Leonardo da Jandra

Entrecruzamientos

I

Leonardo da Jandra

ENTRECRUZAMIENTOS
I

EDICIÓN CONMEMORATIVA Y DEFINITIVA

Primera Edición: (I) 1986, (II) 1988, (III) 1990, Joaquín Mortiz
Coedición: (Ed. revisada) CONACULTA/Editorial Almadía, 2005
Edición conmemorativa y definitiva: noviembre, 2016, Editorial Avispero

© Leonardo da Jandra
D.R. © 2016, Editorial Avispero
Ilustraciones de forros e interiores: Agar García
©Prólogo: Martín Solares
Edición: Alejandro Beteta
Diseño: Daniel Hernández

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de la Editorial Avispero.

* Miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte

Impreso y hecho en México

Mapa cruzado para Leonardo da Jandra

La historia es sorprendente y sencilla como un cuadro de Escher: harto de la vida intelectual, un joven se va a escribir a la selva sobre un joven harto de la vida intelectual. Como no había dónde vivir, se construyó una casa en la cumbre de un cerro frente al mar. Como no existía el lenguaje que necesitaba se lo inventó. Y así: en la década de los ochenta un joven que vivía en la selva oaxaqueña escribió una de las novelas más ambiciosas y estimulantes de la literatura mexicana. Una novela total.

La historia es sencilla y furiosa.

Mientras cazaba y pescaba para comer, un joven filósofo diseñó una aventura en tres partes. Sólo podía llamarse *Entrecruzamientos*, porque no había otra forma de definir una urdimbre de vidas, pasiones y enigmas que reúnen a tres personajes complejos e insólitos en las bahías de Huatulco. El libro cuenta la expedición del joven Eugenio, un estudiante de La Sorbona que, harto de la colmena urbana, decide explorar las más agrestes selvas del Pacífico mexicano, hasta encontrar un motivo para vivir. Sus pasos lo llevan a una bahía en forma de media luna, una especie de Comala al revés, gozosa y desierta. Un día descubre unas huellas en la arena y ese rastro lo conduce a la presencia de don Ramón, un anciano de origen celta, que se dedica a leer y escribir en un refugio imponente. Al descubrir que han leído a los mismos autores —y a fin de elevar el nivel de la confrontación—, uno le propone al otro fundar una especie de seminario informal: releer a los clásicos indispensables por las mañanas y discutirlos al final de la tarde, luego de haber pescado y cazado cada quien su propio alimento. El desarrollo de esa discusión tragicómica, divertida y punzante, más las experiencias que de ella se desprenden pronto se vuelven indispensables para ambos rivales, y la expedición se convierte en iniciación.

Para que un héroe exista se necesitan dos cosas: un amigo fiel y un enemigo implacable. En el caso de Eugenio, la bella pintora Raga

y el mismo don Ramón le ayudarán a encontrarse. El rival no es la jungla, sino su impaciencia, que lo arrastra a continuas caídas: lo mismo se enfrenta a mariguaneros rijosos o a cazadores furtivos que a bellas turistas en busca de un recuerdo sexual —pasando por soledades en verdad insondables.

Es una novela de cazadores. Desde que llega a Oaxaca, Eugenio sueña con cazar un venado y fundar su propia utopía. Lo que no sabe es que el primero está oculto en el interior de la otra.

Es un libro de aventuras. Entre lo intelectual y lo corporal, la opinión está dividida: hay quien prefiere las magníficas discusiones que mantienen don Ramón y Eugenio en la playa, otros eligen las incursiones de estos dos a pescar en alta mar con riesgo de sus vidas; pero nadie, hasta ahora, ha refutado la coherencia del proyecto. Los tiburones rapaces que acechan en un arrecife y los huatulqueños bravíos, a punto de trenzarse a machetazos, son apenas un pálido reflejo de los violentos y creativos argumentos que intercambian los protagonistas. La vida intelectual reverbera en la vida material de estos personajes.

La novela es un manifiesto. Desde el costado creativo, el único punto en que coinciden don Ramón y Eugenio es que en el arte no hay circunstancias atenuantes. "Cuando vas al venado, vas al venado". Si uno quiere realmente la presa, no se permite la menor distracción. El artista y su arte deben ser impecables.

El problema de la identidad de sus personajes, Da Jandra lo resolvió por el camino largo: para saber quiénes eran, primero debían preguntarse en qué consistía el país donde habitan. Al "¿a quién habito?" que propuso André Breton, Da Jandra le añadió el "¿y dónde habita el cuerpo que habito?", extendiendo la búsqueda de la identidad personal a nivel nacional, ancestral. Por ello, cada episodio de *Entrecruzamientos* tiene las dimensiones de una montaña o de un avión gigantesco, movido por muchos motores: el erotismo, la sensualidad, el enigma de la identidad, la pregunta por el sentido de la vida en la Tierra, en un nivel; y en otro: lo solar se enfrenta a lo lunar, lo guerrero a lo artístico, el campo a la urbe, el águila a la serpiente, el

instinto a la razón, lo democrático a lo autoritario, las minorías a las masas, la utopía al desencanto, lo sagrado resistiendo a lo profano. La materia de *Entrecruzamientos* es la búsqueda desesperada del sentido de la existencia.

En un siglo que produjo pocos personajes memorables, *Entrecruzamientos* puede jactarse de poseer tres: el celta don Ramón, la pintora Raga, decididamente solar, y el inconforme Eugenio. A todos los anima la invención de un lenguaje capaz de expresar lo mismo las ganas de vivir que la angustia existencial, el sentido del humor y la sensualidad de la carne. En lugar de matizar, Eugenio prefiere *picassear* con las palabras. La libertad y el juego dirigen este lenguaje original y excesivo. A su vez, al lenguaje lo mueve una visión en verdad propositiva y coherente sobre la presencia de los mitos en nuestra vida diaria, los riesgos a que conduce la cercanía con el poder y la necesidad de construir una utopía personal, de pareja y de grupo. Da Jandra la desarrolló en su ensayo *Presentáneos, pretéritos y pósteros* (Joaquín Mortiz, 1993). Quien quiera iniciarse en cinco siglos de búsqueda y cuestionamiento debería seguir las discusiones entre los dos oponentes. En el primer tomo de *Entrecruzamientos*, se compara a la Paideia griega con la Toltecáyotl náhuatl; en el segundo, las aportaciones del Renacimiento y la Colonia en la Nueva España; el tercero enfrenta la actualidad de Europa y de México.

El paisaje es parte de la cacería. A Eugenio la visión de los atardeceres le ayuda a presentir esa totalidad que debe existir, pero que siempre está en otra parte.

En la búsqueda de sí mismo Eugenio se encuentra con los huatulqueños. El pelado descrito por Samuel Ramos, el pachuco de Octavio Paz o el ajolote de Roger Bartra, tienen en el huatulqueño de Leonardo da Jandra a uno de sus más notables herederos. Cuando examina al hombre de las costas de Oaxaca, Da Jandra revela otra forma del ser nacional.

El lector que emprenda este viaje no echará nada en falta. Hasta ahora no hay nadie que haya leído el primer tomo y no haya sentido

la necesidad imperiosa de concluir los demás. El broche de oro es la invención de la novela dentro de la novela y la invención del autor.

Es, en verdad, nutritiva. Frente a infinidad de novelas sin pasiones, inertes, que sufren de presión baja, *Entrecruzamientos* sobresale por su aliento envidiable. A sus treinta años de edad está más viva que nunca. De ella puede decirse lo que Simon Leys dice sobre sus libros predilectos: la prueba de su sencillez es que se le puede resumir en unas cuantas frases. La prueba de su misterio es que se le puede discutir hasta el infinito.

La trilogía de Da Jandra pertenece al tipo de novelas que pueden cambiar nuestro punto de vista. Aunque no hubiesen existido jamás las bahías de Huatulco, don Ramón, Raga o Eugenio por las magias narrativas de *Entrecruzamientos*, esa geografía y esos personajes ya existen en el reino de la literatura más exigente y gozosa: la literatura que ayuda a vivir.

Martín Solares

Entrecruzamientos
I

A Vlady, por extender su visionaridad hasta un árbol de la selva oaxaqueña. Y a don Joaquín Díez-Canedo, por la paciencia de bibliófilo con que leyó esta obra; y por el empeño que puso en prevenirme del rechazo con que serían recibidas expresiones como: tiernidad, liquidez, sorprendencia, aprovechante, arborescencia, arduidad, magicizante, confundiente, soberbizante, ensabiecido, y un etcétera interminable de pirotecnias verbales propias de la excesividad del trópico.

Bahías de Huatulco, Junio de 1986

Leonardo da Jandra

I. Preambulación aproximante

Para el merodeador que fui del mundo del cemento y de la inviolable lógica de los desechos asfixiantes, el acontecer actual no podía menos que aparecer como una clara y brutal regresión a los dominios de lo arcaico. Hace ya más de un año que estoy aquí, en Playa Tortuga, y aun cuando me sienta por momentos impotente ante las efusivas manifestaciones del indómito trópico, lo cierto es que habito un espaciotiempo que dejó ya atrás, y para siempre, la agresiva maravillositud de aquellas vivencias narradas con natural sorprendencia en *La vorágine* de Eustasio Rivera, *Canaima* de Rómulo Gallegos o *Gran Sertón: Veredas* de João Guimarães Rosa. Pero aquí no se trata de justificar forma alguna de querencia; ni, mucho menos, de emparentar lo irreconciliable. Simplemente se explicita una sobrevivencia; y su porqué es tan válido como cualquier otro obrar que lleve al ser al extremo límite de su potenciación y lo haga sentirse, ya sea fantasiosamente, como algo más que una partícula azarosa deviniendo en la devorante infinitud del tiempo.

Y debo reconocer que las consecuencias de las recias lluvias que cayeron en las últimas semanas, hubieran doblegado al ser desenergizado que, hace poco más de año y medio, llegó de Francia con una ilusión que pronto vio fosilizada. Desde hace cuatro días, inicio caprichoso de la cuenta de los desenlaces, llevo muertos ya veintidós alacranes, varios cientos de zancudos, cuarentaicinco tábanos playeros de quemante picadura y veintisiete chales, pequeños tábanos negros de volcánica escocedura. Y todo ello, sin contar la reptante presencia del coralillo y de la cascabel, las miríadas de bulliciosos sapos y el asedio constante de una colonia de comején instalada con tal solidez en la cabaña que obliga a cambiar todo de lugar cada quince días. Sin embargo, aquí estoy; sin otra alternativa más deseable y lejos ya de aquel mundo que me traía aprisionado en el sinsentido total de no saber para qué se ha nacido.

Hace apenas año y medio que, entre brumosas formaciones eurocríticas, descendía de un nocturno vuelo transoceánico un ser recién maestrizado en la Sorbona, y que miraba para adelante como Colón ante el Nuevo Mundo que nunca entendería. Y he aquí lo que pasó: de repente el México que encuentro ya no es el de hace tres años. Algo está pasando a nivel de las estructuras profundas; se siente pánicamente sacudir el edificio. "¿Qué sucede?", pregunto a los amigos de la ahora lejanísima adolescencia. "Bueno, pues se acabó el idilio, el colapso es inevitable". "No creo que pueda ser tan grave la cosa", digo tratando de reconciliarme con un mundo al que durante los tres últimos años no he dejado de mitificar. "Estamos jodidos, hay augurios de que el viejo sol se está muriendo". Vinieron los tragos, las charlas reencontrantes y, por fin, el brusco enfrentamiento con una realidad empeñada en oponerse a la imagen onírica que de ella me había formado. El resultado no pudo ser más naufragante: la poca predisposición racionalista que a duras penas había sobrevivido tres años de inmunización en un mundo donde se desconoce totalmente la preparación iniciática para la muerte, se encontró de pronto con una vida cimentada poderosamente en la fugacidad del movimiento. No había nada sólido en los señalamientos del destino; el ayer y el hoy, el arriba y el abajo, la muerte y la vida, todo giraba torbellinamente engrosando la fatídica cuenta de los días. No sé si estaba ya escrito en mi mente antes de que aconteciera ante los ciegos ojos de una objetividad impasible, lo cierto es que los cursos sorbonales, y mi tesis *Chamanismo y literatura,* sólo sirvieron para entrar en una red burocratizante que terminó de manera acelerada con las últimas sustentaciones energéticas. Me vine abajo de manera estrepitosa con todo el edificio que en mis sueños llamaba el centro del pueblo del sol, el ombligo de la luna.

Tres años perdidos en el penúmbrico mundo de la racionalidad decadente, que se veían ahora como un informe mosaico carente de significado y fundamento. Clases atiborradas de nihilistas curioseantes, un sudor untuoso, palpable, propio de las insanas aglo-

meraciones masificantes. Y allí, en el sacrosanto altar de la palabra, exhibían los seudosabios actuales de azulada indumentaria, la bancarrota total de un sistema aplastado por la radicalidad de los hechos. ¿Pero cuáles hechos?

Para nosotros, los latinoamericanos, el mito de la Ciudad luz había llegado a su fin; tan sólo restaba cumplir los compromisos contraídos, ultimar detalles, para regresar al promisorio campo creativo que ahora era Latinoamérica. Es por ello, que la atención se transoceanizaba en forma progresiva; de manera que, de todos los que nos reuníamos en el pequeño ático comunal del Boulevard Saint-Michel, sólo uno, de aberrantes inclinaciones vargasllosianas, mostraba especial interés por la polémica disyuntiva que traía en vilo a toda la intelectualidad gala: ¿quién iba a ocupar el lugar de Jean Paul Sartre?

Pero a mí qué me iba a importar el hecho de que Michel Foucault fuera más cabal en su locura que Jean Françoise Lyotard, o que Michel Serres fuera más socialista que Pierre Bourdieu, o que Le Roy Ladurie tuviera más pureza que Jacques Derrida y Jean Toussaint Desanti. En fin, conmigo nada tenía que ver la anarquía libertaria de Deleuze, ni el criticismo metafilosófico de Cornelius Castoriadis, ni el incomprendido Edgar Morin, ni el derechizado Philippe Sollers, ni el nuevo sofista André Glucksmann, ni el colaboracionista Régis Debray, ni el ecologizado Henri Lefebvre, ni el ya olvidado Althusser, y mucho menos mi compañero de parranda Bernard-Henri Lévy —¿hijo bastardo de Raymond Aron?— quien jamás podrá olvidar los mezcales que nos tomamos en casa del ¿suicidado? Garzón Bates, poco después de aquel famoso bombardeo amoniacal con que la ¿izquierda? estudiantil mexicana recibió a los nuevos filósofos en el auditorio de la Facultad de Filosofía.

Así estaba la cosa al final de los tres años, dos de obligación y uno de *flaneurage* que empleé en ver a mi país desde el lado oscuro

del enciclopedismo. ¿Y qué podía hacer si debajo de la piel oficial del papeleo maestrizante se debatía un ser de rostro borroso y corazón amortajado?

Intenté durante varias semanas enderezar el rumbo de los días: recontacté viejas amistades y posibilité la dirección de un curso en la Facultad de Sociología de la UNAM; en fin, hice todo lo planeado pero nada resultó; o, con más propiedad, resultó todo lo contrario de lo planeado. "Tiempos de sobrevivencia", me decían. "Ahora lo vital es mantener lo poco alcanzado". Y no hace falta ser un sagaz observador para darse perfecta cuenta de que mantener lo alcanzado significa, simple y contundentemente, entrar en los dominios de la regresión. Ante tal envejecimiento precoz de los otrora faustos proyectos, se adueñó de mí una nostalgia desesperante que me encadenó a un terco propósito de vivir aislado. Para colmo, en uno de esos días murió mi padre (mi madre lo había precedido hacía diez años), que si bien me legó una considerable cantidad de dinero, me dejó con su partida un vacío que ahondó hasta lo insufrible la crítica situación en que me encontraba. Durante un mes no vi a nadie. Sepultado en la casa que el viejo había habitado en Coyoacán, me entregué, ayudado por el calor de dos galones de tequila, que para tal fin me había agenciado, a una apasionante regresión al mundo ilímite y excepcional que había sido mi infancia. Un mes más tarde, la gastritis descomunal, las llamadas escandalosas en la puerta (el teléfono ya había sido desconectado) y, sobre todo, el monstruoso ser que un día encontré frente a mí reflejado en el espejo del baño, me hicieron tomar una decisión: encontrarle sentido a tanta negatividad y borrar de un golpe el pasado.

Así fue como acometí la barbárica aventura de venir al trópico para tratar de desprenderme de la negatividad existencial que me estaba doblegando. Escribí una nota a mi más cercano amigo comunicándole que partía hacia el sur en busca de nuevos aires, que deseaba estar solo por un tiempo y que yo ya le escribiría poniéndolo al corriente de lo que fuera pasando. ¿Pero qué lugar eligiría para

tamaña catarsis? Pensé desplazarme, en principio, a Baja California y desde allí emprender un descenso a lo largo de toda la costa del Pacífico, hasta que encontrara el lugar que considerase apropiado. No podría precisar ahora por qué deseché de golpe aquel proyecto; lo cierto es que en el último día decidí refugiarme en Zipolite, lugar del que guardaba un entrañable recuerdo desde 1971, y al que desde entonces, habiéndolo intentado varias veces, no me había sido posible regresar.

Bajé por el insano Acapulco, y desde allí y hasta Puerto Escondido comenzó a hacerse notorio el profundo cambio que la zona había experimentado en diez años. Después de pasar, confuso y semiasustado, los cinco puestos militares que tienen a la línea divisoria de Guerrero y Oaxaca en virtual estado de sitio, llegué a un Puerto Escondido que de aquel pequeño pueblo de pescadores conformado por una cabina telefónica y cuatro o cinco cabañas de palma, sólo mantenía el vertedero de aguas negras que atraviesa la calle principal para desembocar en la ya acapulqueñizada playa. Tan sólo diez años y la proliferación monstruosa de hoteles y restaurantes explicitaba con elocuencia el carácter nefasto de ese otro tipo de contaminación, más sutil y degradante, que produce la publicitada industria blanca. Volvió a adueñarse de mí la peligrosa nostalgia, obligándome a reemprender un viaje que ahora sabía que no podría más que alejarme del agonizante pasado.

¿Quién que haya visto alguna vez la espléndida puesta de sol en Zipolite, podrá olvidar esa explosión de haces anaranjados al fundirse con el salitroazúlico horizonte? Ante tal visión, y la de la sinuosa playa que tan mía había hecho hacía diez años, se despertó en mi interior un culebreante sacudimiento que me hizo pensar que por fin había alcanzado el hilo de Ariadna, tan necesario para vencer el laberíntico sinsentido de mi vida. Pronto anocheció; el cansancio del

viaje y el encuentro con Félix el Barrigón, quien ahora habitaba una cabaña-restaurante en la mera entrada de la playa, predispusieron un nocturnizaje del que despertaría con ácido sabor de boca a la siguiente mañana.

Resulta que cruzando Puerto Ángel me había encontrado con unos gringos que llevaban la misma dirección, de manera que acordamos recorrer juntos el trecho que separa a Puerto Ángel de Zipolite. En el trayecto se desarrolló una charla que me hizo por momentos viajar en el tiempo y regresar a aquel legendario año de la apoteosis eclíptica. Uno de los gringos, maduro ¿o pasado? en el agringado arte del mirar alrededor a ver qué pasa, estaba convencido de que a Bob Marley, al igual que a Jimmy Hendrix, Jim Morrison, Janis Joplin, John Lennon y tantos otros guerreros del rock, los había asesinado la CIA. Aunque tal comentario no tenía nada de nuevo, me hizo retrotraer de golpe al lejano 1969 y revivir un Berkeley veraniego donde las inquietudes políticas comenzaban a mostrar las fisuraciones existenciales por las que se colaba un Tolkien fantasmagórico y un Castaneda que hablaba de un mundo rebosante de poder, pero sin saber el cómo ni el porqué de sus raíces. Con tan amena rememoranza entré a Zipolite, y al encontrar a mi amigo el Barrigón (aclaro que tal apodo, cuya mención le era sólo permitida a los más allegados, no molestaba al aludido por cuanto que su origen radicaba en una patológica hinchazón producida por una afición salvaje al mezcal) con su cabaña tan a la mano, como diría Heidegger, decidí que pasaríamos allí la noche. Los gringos sacaron sus bolsas de dormir; yo me columpié sobre una hamaca y no tardé en caer rendido.

Así habían quedado las cosas en el recuerdo de un anochecer salpicado por los inevitables ladridos de los agresivos perros. Pero he aquí que en lo más agradable del ritual onírico, se estremece el mundo y me veo enceguecido por un sol abrasador y rodeado por ¿estaría soñando todavía? una azulada patrulla de malencarados marinos. Revivo entonces el mal sabor que me dejó la visión del aparatoso sector naval de Puerto Ángel, y no bien echo pie a tierra para

asegurar la solidez de lo experienciado, cuando voy viendo que sobre la mesa que rodean los gringos, a su vez rodeados por los marinos, se halla abierto un descomunal paquete de marihuana. El gringo que ayer me parecía tan maduro está, ahora sí, bien pasado, y sin dejar de mascullar puras maldiciones en inglés, no puede evitar ¿remembranzas de Vietnam? que su expresión trasluzca el temor con que mira el fusil ametralladora con que lo amaga uno de los malencarados. Así que vámonos yendo a la comandancia de Puerto Ángel. Surgen los ruegos, las súplicas. Digo que yo no sé nada. Preguntan a los gringos por mí y dicen sin entender ¿o entendiendo? que sí. Tú también, andando. Por fin interviene el Barrigón; hay un pequeño intercambio rumoroso de ofertas y demandas que culmina en: "Hay que darles veinte mil pesos". Ni modo, así es la vida cuando uno no sabe ni el cómo ni el porqué de lo que pasa. Hicimos la colecta y les menté la madre a los gringos. Terminé amigándome con el cabo que mandaba la cuadrilla y le dije al Barrigón que me iba a la chingada.

Tal fue, de forma somera, el inicio calamitoso de mi nueva vida. Después, los mezcales del Barrigón amortiguaron un poco el infortunio, y ya para el mediodía me encontraba limpiando, con uno de los hijos del Barrigón, la cabaña que éste habitara antes de su descendimiento huevoneante hacia la playa. Inspeccioné los alrededores y a duras penas reconocí los restos arqueológicos de la llamada Casa de la Iguana. Y una vez más fui poseído por ese absurdo estado de ánimo emparentado con el envejecimiento, que nos lleva a rumiar con nostalgia que todo tiempo pasado fue mejor. Como sea, en dicha casa, en agosto de 1971, viví unos momentos de total desinhibición; algo parecido a aquellas experiencias comunitarias que tanto renombre darían a la pedregosa Ibiza y al hachisiano norte de Marruecos. Allí solíamos reunirnos, para la contemplación de la magnificente puesta del sol, una veintena de jóvenes de los más diversos credos y nacionalidades. Y justo en el momento en que Tonatiuh descendía a iluminar la infernal vida de los muertos, principiaba el mágico sonido de las quenas al que no tardaban en incorporarse los

blusísticos acompañamientos de percusiones (botellas, palos, lo que fuera), guitarras y armónicas. Inundaba entonces la atmósfera una untuosa nube de hierba quemada y la energía individual vibraba en un todo que estimulaba la sublimación de las partes, ¿qué bello, no? Bueno, así me parecía en otro tiempo el ambiente que emanaba esta ya ruinosa y alacránica Casa de la Iguana.

Pasaron tres días de acostumbramiento y puesta a punto, en el transcurso de los cuales comprobé, de manera incontrovertible, que Heráclito tenía razón: es imposible detener el tiempo y pretender que algo sea siempre idéntico a sí mismo. Pero ya nada del esplendoroso tiempo del eclipse quedaba en pie. Todos los nativos pretendían vivir zopilotemente de los desechos turísticos y cada enramada era un nido nauseabundo de malvivientes emigrados de la caótica Tenochtitlan, al acecho de alguna presa en quien hundir sus afiladas garras. Al cuarto día, mientras gozaba con ingenuidad del rumoroso encanto de las olas, saquearon mi cabaña, dejándome prácticamente en la calle. Bajé encabronado a la enramada del Barrigón y allí se me hizo saber que mi desdicha era colectiva y que el robo era lo menor de todo lo que me podía haber pasado.

—Así está aquí la cosa, ñero —me explicaba condoliente el Barrigón—. Todos roban, ya nadie quiere un trabajo honrado: esos chingados chilangos vinieron aquí a malear a la chamacada, no hay el menor respeto, cada quien jala pa su santo.

Ni modo, me fui a Pochutla, tierra legendaria de voraces mercaderes, a reponer mi equipo. Ya de regreso, y siguiendo los consejos elementales del Barrigón, le dejé en custodia lo más preciado de mis bienes.

Se sucedieron con rapidez las semanas, y parecía que ya Zipolite se estaba habituando a ver a otro tránsfuga del asfalto recorrer sus más entrañables rincones con *La rama dorada* de Frazer bajo el brazo. Y hablando de entrañables rincones, ninguno más famoso y concurrido que el de la mítica Gloria justo en el extremo final de la playa. ¿Pocha, gringa, mexicana? Sin duda, la tal Gloria era ya un

lastimoso sobrante de aquella mujer que a todos había admirado en 1975, cuando, contra viento y marea, levantó a la comunidad contra los caciques de Pochutla y se instaló como diosa protectora de cuanto mochilandante llegaba a aquellos lares. Revés tras revés, desgracia tras desgracia, habían doblegado la fuerza de aquella mujer que, como tantos ingenuos que arriban al trópico con el corazón en la mano, se había metido a redentora saliendo crucificada. Así pensaba el Barrigón, y el pendenciero Vulfrano y el apacible Urbano asentían enmezcaladamente, dando a entender que nadie tenía la culpa de que aquella desorientada mujer se dedicara a llenar el tonel sin fondo de las Danaides tropicales.

El Barrigón me presentó a un cuñado suyo, llamado Gonzalo. Era este un hermoso espécimen tropical, hacedor de innumerables hijos y buzo-pescador consumado. Con él hice mis primeros descensos en ese mar de apariencia negadora de su peligrosa esencia, y que a cada rato cobraba el impuesto de varias vidas acostumbradas a tomar las cosas como meros fenómenos aparenciales. Corría entre la hippiada el rumor de que Zipolite significaba playa de la muerte, y como nunca tuve la oportunidad de preguntarle al legendario Andrés Henestrosa qué tan cierto era el comentario, me conformé con saber que cada año oscilaba entre cinco y diez el número de ahogados. ¿Efectos del mezcal, la marihuana o el toloache? La falta de respeto a lo desconocido y el temor consecuente al afrontarlo, tal era la opinión de Gonzalo y de algunos de los más experimentados sacadores del ostión, langosta y lapa. Pero nadie es virtuoso por mucho tiempo en el trópico, y la pasión de Gonzalo eran las doradas gringas que exhibían sus encantos sin recato, y el quemante mezcal que hacía del ecuánime buzo un energúmeno inaguantable. Fue así que, en uno de los tantos ligues que Gonzalo se traía entre manos, se le metió en su enmezcalada terquedad ir a sacar la botana para reponer el desgaste de una noche de excesos irrefrenados. El hombre estaba todavía borracho y para energizar un poco más su forzado motor, en el trayecto de ida no dejó de manosear a la insensible gringa y beber

como un desahuciado. Bajó tres o cuatro veces y dijo que se sentía muy mal. Regresamos de inmediato y comenzó a temblar de manera aparatosa al tiempo que aparecía en su rostro la clara expresión de ese temor a lo desconocido al que tantas veces, y cuando estaba en sus cabales, Gonzalo se refería como una manifestación citadina de la falta de respeto hacia lo insondable. Al llegar a la playa, Gonzalo era ya un lastimoso y babeante cadáver. La gringa se puso histérica y fue necesario darle unas cachetadas; sin embargo, dos días después reía con estruendo al ser manoseada de manera salvaje por Ramón, el mejor amigo del difunto Gonzalo.

Zipolite estaba condenado, ése era el único punto en el que todos parecían estar de acuerdo. ¿Qué hacer? He aquí la interrogante que nadie se atrevía a plantear por temor a la impredecibilidad del cambio.

Una década, un mundo, ¿quién no oyó hablar de los excesos de Zipolite hacia mediados de los setenta? Toda una historia explicitadora de la búsqueda sin rumbo fijo que enfebreció a los que pensábamos que cambiar el mundo era algo apasionante e inarriesgado. Y he aquí lo que encontramos: un regreso triste, doloroso, degradante, a un mundo más despiadado, autoritario y enajenante que el que con tanta alharaca habíamos abandonado. ¿Zopilóticos presagios?

Tan imposible era volver a los sesenta, como imprudente tratar ahora de enfrentar al caótico Zipolite con el apacible estado de ánimo de hacía diez años. Baste como muestra esta anécdota decidora de la huitzilopóchtlica fiereidad con que trataban los descendientes de la raza de bronce a los visitantes del imperio tecnolátrico.

Era costumbre ahora reunirse en la enramada de tío José a esa hora en que tan bulliciosa fuera antes la Casa de la Iguana. Pues bien, estábamos tomando un coco loco para celebrar la partida de alguien de cuyo rostro no quiero acordarme. El ambiente había alcanzado ya ese punto de desbordamiento en el que brotan incontenibles los primigenios instintos, y los perros, que hasta entonces pululaban hus-

meantes por debajo de las mesas, se apartan silenciosos por temor a la electrizante aparatosidad que se condensa en las embrutecidas mentes de los enmezcalados. Éramos como una veintena de enloquecidos tronantes. En un extremo de la mesa que solía ocupar, se encontraba un gringo enorme y de rostro preocupado, una putilla chilanga, de esas que bajo la bandera del amor libre navegan siempre arrimadas a un buque tanque al que le ayudan a aligerar parte de su carga, y Chico, un joven nativo que con sólo verle los ojos se revelaba un interior traicionero y malsano. En el otro extremo estaba yo acompañado de Carla, una exuberante *ragazza* romana que acababa de regresar de la India y Nepal, donde había pasado un fantástico año. En las mesas vecinas hervía un mundo comejénico de pasiones liberadas. Se armaron dos o tres conatos de bronca que, gracias a la intervención de Pablo, un jarocho somatotónico pero muy equilibrado, terminaron sobre la inmensa olla cocolóquica que se vaciaba a grandes pasos. La putilla no dejaba de reír con sarcasmo con Chico a costa del gringo, mientras que con la punta de su pie derecho le daba un experto masaje a mis genitales. En eso, que se va dando cuenta Carla y con su cigarrillo quema el dedo gordo de ese pie al que ya empezaba a encariñarme.

—¡Qué mala onda! —exclama la putilla al mismo tiempo que sacude la mesa y derrama el contenido de los vasos.

—*Scusa* —le dice Carla muy tranquila—, *solo volevo buttare la sigaretta.*

El gringo navega a la deriva, mira por doquier y sólo ve rostros que ahuman el suyo y lo hacen sentirse naufragado.

—Yo irme —pronuncia en un español con marcado deje texano.

—Aún no, espera un poquito más, ya verás que bien la armamos —añade la putilla aferrándose ladíllicamente al enrojecido cuello del gigante.

El juego continúa, el ambiente se caldea, las acciones van más lejos.

—*Andiamo a fare l'amore* —me dice Carla.

—Deja que me sirva el último trago —le contesto rememorando aquel texto náhuatl del *Códice Florentino* donde la tlacahuapahualiztli se expresa con una contundencia inmistificable: "no te arrojes como perro a las mujeres". De repente, incitado por la putilla, Chico toma el sombrero del gringo ya predispuesto a marcharse. El sombrero vuela alrededor semejando un ovni, y el gringo corre tras él tirando todo a su paso. La putilla entra en éxtasis y levantando la camiseta enseña unas tetas bastante aceptables a la vez que le dice al gringo:

—¿No quieres uno de estos sombreritos más picudos y mejor forrados?

El jolgorio se generaliza; el gringo está al límite, no sabe qué hacer y no encuentra ningún instructivo técnico que le indique cuáles son los pasos a seguir. Por fin el sombrero regresa a manos de Chico. El gringo se abalanza frenético hacia él y se traban en un desigual combate, que culmina su primera fase cuando un tremendo puñetazo tirado por el gringo se estrella en el rocoso rostro del aguerrido costeño que cae al suelo seminoqueado. Se agita la plebe; entre varios sujetan al gringo y le dicen que se calme. Se oye entonces un amenazante rompimiento botellal y, sin que nadie tenga tiempo para evitar lo inevitable, surge la felina figura de Chico que se arroja sobre el indefenso gringo desgraciándole la cara con el resto de la botella de cerveza que llevaba en su mano. Gritos, confusión; el gringo se sujeta con sus manazas el rostro tratando de contener el caudaloso sangrado. Ya lo chingaste, le dice alguien al agresor, anda, pélate, que esto se va a poner de la chingada. Mientras, entre varios sientan al gringo y al sacarle sus manos de la cara para poder ver qué tan grave es el daño, se oye un colectivo "¡Puta madre!" al aparecer en una de sus manos el ojo derecho ensangrentado.

Ni qué decir que Chico se largó (dicen que a Candelaria) y el gringo fue conducido de urgencia, y con un ojo de menos, a Oaxaca, donde armó un gran revuelo consular que tuvo como consecuencia una razzia federal que dejó a Zipolite, aunque sólo por un tiempo, libre de indeseables. A mí, claro está, nada me sucedió, pues siendo

yo un sujeto comunitariamente deseable-deseado (por mi *ragazza*, por mis viejos amigos nativos y por el mismo mar de Zipolite que me había demostrado su protección en un par de imprudenciales inmersiones), nada tenía que temer que no fuera la implicación en un embrollo similar al ya narrado.

Éste era pues, el belicoso Zipolite que quedaba de aquel mítico paraje paradisiaco perdido de manera irremediable. Sin embargo, ya fuera por la energizante manifestación del lugar, ya, y era lo más probable, por la influencia naturalizante del libro de Frazer, lo cierto es que empezaba a experimentar en mi ser un cambio favorable hacia la percepción de los peligros inmediatos y la mejor manera de afrontarlos. Ahora, y por primera vez en mi vida divagante, me sabía sujeto de una lucha entre la razón y los sentidos, cuyo posible desenlace remontaba los etéreos dominios de lo abstracto para arrojarme con violencia ante una realidad palpitante que sólo admitía el imperio de los hechos.

Volaba entonces gavilánicamente sobre un horizonte enmosaicado de tamáyicos azules y agarianos violetas, y me sentía poseedor de una dicha que sólo la itálica gavilana, que descubría conmigo la pasión encumbrante de los vientos, podía compartir por instantes. Todo era demasiado pleno, libre, satisfactorio, y ello me hacía temer que después de tamaña elevación sólo podía venir un abismal descendimiento. Y así fue. Estábamos en casa de Gloria comentando lo sano que se había vuelto el ambiente de Zipolite después de la aparatosa razzia, cuando se le va ocurriendo a Carla ir a la vecina y solitaria playa de Camarón, a hacer lo que en una solitaria playa, acompañado por la sinfónica orquestación de las olas, se puede hacer mejor que en ningún otro lado.

—Tengan cuidado —nos dijo Gloria al vernos partir—, no olviden que este mar se alimenta de ingenuos y enamorados.

Caminamos una media hora amorosamente compenetrados, y llegamos al lugar que yo ya conocía por haber buceado una vez allí con el difunto Gonzalo. Corrimos, nos revolcamos en la arena sintiéndonos parte de ese mundo ajeno al tiempo y que desde siempre había estado allí esperándonos. Nos fundimos en un éxtasis de pasión, y yo me quedé flotando en la kantiana paz de los sentidos, mientras Carla se iba al mar a sembrar las semillas de una especie que estaba destinada a adueñarse en el futuro de las recónditas profundidades de los sueños. Desde el mundo sideral en el que fluctuaba, la vi subirse a unas rocas y zambullirse en un magnífico clavado. Pasaron los minutos, las horas, los años, y una eternidad más tarde me levanté y no vi a Carla por ningún lado. Me metí rápido en el lugar donde ella había efectuado el clavado y busqué, busqué, hasta que voy levantando la cabeza y veo que la playa se aleja de mi visión y me hace tomar conciencia de que me encuentro a merced de una corriente endemoniada. Al principio me puteé hasta lo indecible por no haber traído las aletas. Después, tal vez por efecto de tanta puteada, se adueñó de mí tal temor que dejaron de obedecerme las piernas, y como nunca antes me supe una mierda impotente y semihundida disolviéndose en el inmenso océano del pánico. Luché aferrándome con desesperación a las salitrosas visiones de un pasado neblinoso, hasta que ya anocheciendo fui a salir a una playa que no tardé mucho en identificar como San Agustín, un par de kilómetros más abajo.

Llegué a media noche a casa de Gloria, y luego de transmitir el suceso y entrarle duro a los adormecedores mezcales, me sentí balbucir por el resto de la noche: ya sabía yo que este vuelo tan alto no podía durar, la caída era inevitable. Lo que no sabía en aquel momento de desintegración era qué tan bajo había de ser el descendimiento que me estaba destinado.

Desoí los consejos del Barrigón, dictados con la sabiduría y la sensatez que dan tantos años de vida al margen del tentacular monstruo tecnoburocrático, y me vi envuelto en un ir y venir telegramático y oficializante que me hizo descender de golpe a los abismos sor-

bonales que ya creía superados para siempre. Cuando, cuatro días después de la notificación transoceánica, llegó una representación bellamente fantasmal de Carla, aunque más madura y aristocrática, diciendo ser su madre, yo ya no era dueño del presente y devenía sonámbulo en un mundo sin futuro ni pasado. Se me detuvo el tiempo y un enorme vampiro negro clavó sus colmillos en mi desprotegido corazón, comenzando a írseme la vida allí donde con tanta fuerza había palpitado cuando aún gozaba la cuenta de los instantes.

Se contrataron varias lanchas en Puerto Ángel para buscar el cadáver; se hizo saber a todas las comunidades circunvecinas que el hallazgo del cuerpo sería muy bien gratificado. Todo fue inútil, la hija de Poseidón jamás abandonaría el océano. Por fin, aquella madre ejemplar, cansada ya del acoso animal de pescadores, marinos y demás deshumanizada fauna, vino a despedirse de mí, pues regresaba a su nunca tan deseada patria. Me vio, me comunicó la partida y se quedó observando algo en mi rostro que pareció intrigarla.

—*Vada dal dottore* —me dijo en un italiano con marcado deje fúnebre—, *la sua apparenza non mi sembra buona*.

Fue justamente a la mañana siguiente que comencé a orinar petróleo, y sentí que unas garras aceradas se clavaban en mis entrañas.

—Nada, ñero —me dijo don Félix Méndez de la Rosa, para entendernos mejor, mi gran amigo el Barrigón—. Mañana nos vamos con el sol a Pochutla, el doctor Tapia jala parejo con los de Zipolite; él te arregla, ya verás. Si no fuera por él ya me hubieran tronchado esta pata.

Levantando el pantalón me enseñó un muslo cicatrizado y carcomido hasta el hueso y con un punto central violetazúlico que mostraba la quemante entrada de una bala. Miré de pronto al Barrigón y pensé que jamás había visto un Barrigón tan lúcido y decidor. Lo observé con detenimiento y me encontré con una fuerza templada en los embates enseñantes de la vida.

—Anda, ñero —dijo tomándome con afecto del hombro—, no hay problema, ya verás, de esto puedes aprender un chingo.

Al amanecer siguiente, cuando las espadas encendidas de Tonatiuh cortaban el traslúcido horizonte, salimos para Pochutla, y ya desde el inicio don Félix fue sicoterapeutizándome.

—Yo creo que es el hígado, ñero, le acaba de pasar también a un chilango y a un canadiense. Así es la vida, uno nunca sabe dónde lo va a atrapar el mal momento para ponerlo a uno a prueba. Pero sea lo que sea, aquí me tienes, mi fuerza es tu fuerza.

Oía yo el armonioso fluir de aquellas palabras emanadas de una sincera muestra de afecto, como un ser al que ya nada puede importar el doblegante retorcimiento de los hechos. Por eso, al llegar a Pochutla y encontrarme de frente con un hombre que parecía habitar un mundo más allá de las pasiones y los cotidianos enrevesamientos, me vi asintiendo como un autómata a todas las negativiscencias que me revelaba el destino.

—No hay duda —comentaba el metamundano doctor Tapia—, es una hepatitis entrando en su fase crítica. Se toma usted estos medicamentos y después de un mes de reposo absoluto, si no surgen complicaciones, venga a verme. Ah, y no deje de tomar dulces, ¿entendido?

Tardé poco más de dos semanas en entender la magnitud del abismo que había estado a punto de tragarme para siempre. Cuando ya empecé a sentir una notable mejoría, veía como parte de una prehistoria narrada en una infancia inmemoriable los momentos de indecisión que siguieron después de mi regreso a Zipolite. Había pensado en volver a la Ciudad de México y entregarme al cuidado de mi mejor amigo, Leonardo, pero la falta total de energía para poder desplazarme, la vívida sensación de fracaso que aureolaba tal proyecto y, lo más importante, la honestidad con que el Barrigón ofreció ayudarme, me hicieron permanecer en Zipolite, que ahora veía imponente y legendario.

Durante la convalecencia, desfilaron ante mí las imágenes barrigonianas explicitadoras del paso de Zipolite de la barbarie al desperdicio indicador de la futura llegada de los grandes hoteles y lujosas mansiones. Pueblo pirata por excelencia, Zipolite había surgido (los

restos arqueológicos encontrados sugieren que antes de la Conquista se estableció allí una colonia rudimentaria) como consecuencia de un reagrupamiento de huidos, que se refugiaron allí por haber cometido alguna malosidad en otro lado. De Escobilla, de Tonameca, de Río Grande, de las sierras pochutlecas, emigraron a finales de los cincuenta los más ancianos pobladores de Zipolite; todos debiendo vidas y, por ello, prisioneros de una desconfianza que hacía imposible la armoniosa convivencia comunitaria. El Barrigón, originario de la exuberante Chacalapa, había tenido que abandonar su próspero platanal como consecuencia del asesinato de dos hombres cuya inevitabilidad me narró en aquellas tardes de agradable atmosferación rulfiana. A los veinticinco días de iniciadas las ofrendas medicamentales al reivindicado hígado, me sentía ya tan en fusión con lo existente que decidí desplazarme a Pochutla para oír la experta opinión del anciano doctor Tapia.

—¿Ha pasado ya un mes? —me dijo al verme en la sala de espera de su consultorio.

—Creo que no —respondí—, pero me siento bastante bien y quiero que usted diga la última palabra.

Y en efecto, mi organismo había respondido de manera ejemplar. El viejito, luego de recetarme vitaminas y otros medicamentos secundarios, me despidió con afecto recomendándome nada de excesos por unas semanas, y mayores precauciones higiénicas en ese medio que no respeta ningún tipo de distinción más que una condición templada y sana.

Tenía yo por costumbre, cada vez que me veía obligado a visitar el infernal pueblo de Pochutla, dirigirme a la nevería que está justo enfrente de la alameda, para degustar unos deliciosos helados de mamey o refrescarme con un par de exquisitas aguas de guanábana. Ese día, al entrar en el mencionado local y estar navegando ya en la dulzura esencial del primer vaso de agua, reparé en que alguien sentado en una bulliciosa mesa vecina me miraba discreto, pero sin ocultar su empeño de llamar la atención. Miré con idéntica discre-

ción hacia aquel cuadro y vi a un hombre maduro, de sólida contextura y armado de un rostro tan singular y genuinamente tropicalizado, que me hizo sentir de nuevo la fluidez del tiempo y la celeridad con que se actualiza de pronto el más remoto pasado. El hombre, luego de llamar al orden a los chamacos que lo acompañaban festivamente alborotados por el inusual deleite de tan espléndidos helados, miró de nuevo hacia mi estar, y al encontrarse con mi mirada inclinó su cabeza como dando a entender que el saludo correspondía a un reconocimiento de un acontecer no olvidado. No sé si fue el buen estado de ánimo que aquel día tenía o la positividad del gesto con que aquel hombre me había saludado, lo que me hizo experimentar una elemental pulsión gratificante. Me levanté parsimonioso y le dije a la morenita que atendía el negocio que por favor les sirviera al señor y a los muchachos lo mismo que habían tomado. Regresé a la mesa con intención de apurar el último trago, y el hombre, que al parecer no había dejado de observar mis movimientos, se encaminó hacia mi lugar.

—Disculpe usted —dijo con la misma sobriedad que inspiraba su semblante—, su rostro me recuerda a un amigo que conocí en 1971 allá en Zipolite con mi compadre Félix Méndez.

—Pues claro, cómo no, ahora recuerdo, ¿usted es de Huatulco, verdad?

—Sí señor, Antonio Ramírez para servirle.

Reparé entonces en su apariencia y, como si se hubiera pulsado el botón activador de los sucesos más abismales, me vino a la mente una lejana tarde esplendorosa en que al calor de los mezcales se había desarrollado una singular plática en torno a la pérdida de identidad de la cultura zapoteca de la costa. Revivía ahora aquel enigmático don Antonio que, en medio de los excesos característicos de toda reunión de nativos enmezcalados, parecía un islote de lucidez en el embravecido océano de los instintos brutalmente liberados.

—¿Sigue usted viviendo en Huatulco? —interrogué con intención de proseguir el diálogo.

—Bueno —respondió sonriendo—, la verdad, aunque nací en Huatulco, nunca he vivido allí por mucho tiempo; mi casa, que es su casa, está en Playa Tortuga.

Le pregunté que cómo era ese lugar, pues nunca había oído hablar de él. Estuvimos así durante casi un par de horas atrapados en un entretejimiento de preguntas y respuestas que nos fueron acercando a un estado de tal energización, que pareciera resultado de una larga y cultivada selección de afinidades. Cuando por fin nos separamos, me encargó especiales saludos para su querido compadre el Barrigón, así como algunas amistades que de antaño tenía en Zipolite. Por mi parte, quedé comprometido a visitar Playa Tortuga en cuanto me sintiera restablecido. Don Antonio estaba convencido, y durante la conversación no había dejado de insistir, que en Playa Tortuga encontraría muchas cosas que en Zipolite se habían perdido para siempre. Y qué lejos estaba yo en aquellos momentos de saber la magnitud del mundo que en Playa Tortuga me estaba destinado.

Regresé a Zipolite pletórico y revitalizado; tenía la firme convicción de que lo más bello de la vida era la cautivante impredecibilidad del cambio. Al verme, el Barrigón se hizo de inmediato partícipe de mi mejoría y comenzó a chotearme con la idea de que lo que yo necesitaba para estar nuevo era una mujer. De pronto pensé en la completitud que experimentara al lado de Carla, y me vi introduciéndome en un mundo oceánico impregnado de su olor...

—Hay un chingo —fueron las últimas palabras que logré alcanzar del cablegrama que el Barrigón me había arrojado para sacarme del abismo del tiempo.

Y no había aún terminado de disiparse la perfumante reviviscencia de algas y corales, cuando oí a otro en mí hablar de Playa Tortuga como de un mundo mítico al que sólo se podía acceder con un rostro y un corazón a prueba de todo desfallecimiento. El Barrigón, luego de haber recibido con agradable sorprendencia los saludos que le enviaba su compadre, me tomó con cariño por el hombro y dijo:

—Tienes que ir allá, Eugenio, tal vez sea lo que tú andas buscando.

Dos semanas después, al dejar Zipolite, y ya recuperado, me sentía feliz y con una apacibilidad interior que me permitía comprender que los momentos más encumbrantes de la vida son impensables sin los desgarradores fracasos. Subir para bajar y bajar para subir, tal era el curso natural que debía seguir el hombre en su existencia. La cuestión era encontrar la sabia flexibilidad natural con que poder mantenerse firme sobre el mareántico cambio.

Seguí las indicaciones que don Antonio me había dado, y ya era casi mediodía cuando la camioneta que me había levantado en Pochutla llegó a una pequeña bahía ahogada casi por completo en una cenagosa y pestilente laguna.

—¿Qué es esto? —pregunté al camionero.

—Ah, es el rebalse, siempre se pone así por estas fechas.

Me bajé en uno de los pocos islotes existentes y desde allí contemplé con asombro la espantosa esteticidad que resulta de la mezcla del civilizador y antiecológico cemento con los recursos naturales empleados desde tiempos primigenios en la construcción de una simple cabaña en el trópico. Caminé garzamente hacia el rumoroso llamado de la playa, y creí estar seguro de que jamás encontraría una entrada de mar de igual encantamiento y hermosura. Me quedé completamente absorto en la contemplación de la ficcionante fenomenicidad que ante mí aparecía, y sólo un respirar más tarde, al oír tras de mí el carcajeante saludo con que por estos lugares se recibe a los foráneos, reparé en el porqué de mi estancia allí y me encaminé hacia la mesa que, con gran despliegue de botellerío indicador de la pasión celebrante, cuatro costeños tenían tomada por asalto. Pregunté por el pescador que me recomendara don Antonio, y al oír el nombre de este último y del lugar hacia donde me encaminaba, uno de ellos se levantó solícito y me dijo que esperara un momento, que enseguida le avisaba a Teto, el hombre señalado para llevarme en su lancha.

Teto, que tendría treinta años, era sobrino de don Antonio, y durante la travesía no dejó de hablar de él como si se tratara de uno de los últimos representantes de la bravura y el señorío zapotecas. Al fin, pasados unos veinte minutos, se despejó ante nosotros el costeño enselvamiento, dejándonos ver una playa resplandeciente, despertadora de una sensación paradisiaca.

—Tiene usted suerte —me dijo Teto sacándome con brusquedad del encantamiento visual—, a pesar del rebalse el mar está bastante tranquilo y vamos a poder varar aquí cerca.

Luego de un par de comprobantes aproximaciones, Teto me dijo que me pusiera aguzado, y que en el momento que la lancha rebasara la zona de rompimiento del oleaje, saltara y me alistara para recibir mi mochila. Seguí las indicaciones de la experiencia y tras una delfínica zambullida reaparecí, con el agua hasta el cuello, para tomar mi equipaje y llevarlo a un lugar seguro en la inclinada playa. Teto, exigiéndole toda su capacidad al motor, metió marcha atrás y desapareció más allá del peligroso rompimiento espumante. Al rato, y tras fondear con firmeza la lancha, se arrojó al agua y se vino nadando hacia donde yo estaba. Recogimos mis cosas y caminamos un trecho en silencio, hasta que Teto me señaló un regular enmontamiento y me dijo que ésa era la huamilera de su tío, y que al final, justo al pie del cerro, estaba su casa.

Dejamos atrás los arenosos linderos de la playa y nos adentramos en una vereda que contrastaba con el explosivo enmarañamiento circundante. Se oyeron unos ladridos y pronto vino a nuestro encuentro un muchacho, cuyo rostro recordaba de la heladería en Pochutla, acompañado de dos perros lugareños que no cesaban de gruñir y dar vueltas con no muy buenas intenciones de recibimiento. Se abrió de golpe la espesura y surgió la visión arquetípica del cautivante mundo de la costa oaxaqueña: don Antonio se mecía en una hamaca colgada en la parte exterior de la cabaña, y en una esquina, una mujer y una chiquilla devenían atareadas entre varias ollas de barro y un comal llameante.

—Pásele, pásele —dijo don Antonio levantándose para recibirme—, llega usted en buen momento.

Me dejé llevar por la sana conmoción que produjo mi llegada. Cuando apenas comenzaba a percibir la natural diferencia entre este mundo recién descubierto y el abandonado en Zipolite, la muchachita me trajo una jícara con agua para lavarme las manos, y enseguida llegó, servido por la mujer, uno de los más exquisitos bocados que he probado en mi vida, ¿consecuencia del hambre bestial o de la impresión del viaje?, simple y excesivamente venado enchilado. Don Antonio, tras presentarme a la excelente cocinera como Victoria, su mujer, me preguntó si me gustaba la cacería. No sé si fue lo inesperado de la cuestión, o el hecho de hallarme inmerso en un océano de inagotable potencialidad gustativa, pero debo admitir que me sentí incapaz de estructurar respuesta alguna. Don Antonio sonrió y con gran dominio de la situación desvió el tema hacia el estado actual de mi salud y las vicisitudes en que había dejado a Zipolite.

Pasamos el resto de la tarde hablando de la peligrosidad con que había descendido el nivel de vida del campesino y el pescador en los últimos meses. Teto decía que era ya imposible seguir manteniéndose de pescador y que, a don Antonio le constaba mejor que a nadie, del campo costeño sólo el comején vivía. Don Antonio hizo una seña misteriosa a su mujer y de pronto nos vimos degustando un auténtico pechuga de Miahuatlán que, al decir del anfitrión, era el complemento ideal para un buen asentamiento digestivo del venado.

—Pues yo creo —sentenció don Antonio con su característica seriedad—, que la culpa de todo lo que está pasando la tenemos nosotros mismos. Perdimos la medida de las cosas, nos endiosamos a lo pendejo y despreciamos el verdadero sentir del corazón. Por eso nos encarreramos como perros tras el dinero, sin respetar la autoridad de los años ni los consejos de los que por su experiencia saben más. ¿De qué otro modo podría explicarse la desgana y el abandono con que se ven las tareas del campo y la creciente dedicación de los jóvenes a la malosidad?

—Yo no pienso que sea eso lo mero principal, tío. A mí me parece que estamos mal porque los que mandan desde allá arriba perdieron el rumbo, ¿o no piensa usted así, mi estimado?

Los vi mirarme con avidez, como queriendo atrapar las imágenes que en mi mente despertaba la pregunta. ¿Quién era yo, qué hacía allí, por qué ese cambio tan drástico y desquiciante de la Sorbona al trópico? Me eché otro trago de ese mezcal pechugamente abrasador y les dije que siempre fue y sería así, que el hombre estaba condenado a correr detrás de sus propias invenciones.

—Eso está muy bien —interrumpió Teto, ya al alcance de los mezcales—, pero yo hace apenas unos meses que regresé de vivir ocho años en Nezahualcóyotl en el D.F. y allí están igual de jodidos que aquí.

—Mucho más —añadió don Antonio.

—Bueno, pues por mucho que sea allá el empeoramiento, aquí no le vamos atrás. Lo que yo quisiera que me dijera usted, que al parecer es muy estudiado, es ¿hacia dónde chingados va todo esto?

Y no supe certeramente por qué la nueva pregunta activó una dinámica recordadora, ¿tal vez la mención de Nezahualcóyotl?, que me hizo revivir aquellos versos iluminantes recogidos en la nunca bien justipreciada colección de *Cantares mexicanos*, de la Biblioteca Nacional de México:

> ¿Qué era lo que acaso tu mente hallaba?
> ¿Dónde andaba tu corazón?
> Por esto das tu corazón a cada cosa,
> sin rumbo lo llevas: lo vas destruyendo.
> ¿Acaso puedes ir en pos de algo, sobre la tierra?

Me pareció que don Antonio había comprendido la fuerza elemental del poema náhuatl, pues se limitó a perder su vista en el claro que se abría frente a la enramada, y su rostro adquirió la apacibilidad del luchador que sabe que no hay nada seguro más que la acechante

muerte. Teto, por el contrario, dejó aflorar la profunda turbulencia interior que lo zarandeaba en el marasmo social sin encontrar saliente alguna a qué aferrarse.

—La verdad que eso suena muy bonito pero no me dice nada, ¿o no, tío? Don Antonio regresó de pronto del mundo sin fronteras en que estaba y dejó escapar muy quedamente:

—Ya están llegando los zancudos, ¿trajo usted mosquitero?

Al día siguiente, me levanté con el sol y me dediqué a conocer la playa. Llegué frente a la isla con curiosa forma de tortuga, ¿provendría de allí el nombre del lugar?, y al ver el incesante golpeteo del mar contra las rocas, me vino la imagen de Teto, ya en plena oscuridad y bastante bebido, despidiéndose de don Antonio:

—Bueno tío, a ver cuándo me lleva a esa cueva de donde saca los venados. Ah, y salude de mi parte a don Ramón.

Luego se dirigió hacia la hamaca donde yo empezaba a dormitar, me agarró fuertemente mi mano derecha al mismo tiempo que me sujetaba por el hombro diciéndome:

—No se moleste, nomás quería despedirme. Estuvo a todo dar la plática, verdad de Dios, pero tiene usted que ver un poco más afuera de su cultivada parcela, entonces se dará cuenta del animalerío jijo de la chingada que está ahí, por todas partes, esperando el momento para desmandarse.

Extraño personaje ese Teto, irreverente, indómito, agresivo, desconfiado, ¿no era acaso el extremo opuesto del impenetrable don Antonio? Resultaba contrastante la natural admiración que sentía por don Antonio y la incómoda radicalidad que me inspiraba el comportamiento de Teto. Cuando por fin oí el alejante ronroneo del motor, rasgando la nocturna sinfonía de miríadas de insectos, pensé que por nada del mundo haría yo aquel viaje en plena oscuridad y bebido.

—No hay problema —expresó don Antonio como intuyendo mi azoro—, la costumbre le va a iluminar el camino. Teto es un buen marinero, conoce ya la autoridad del mar.

Ahora, sentado en la saliente arenosa que señala justo la mitad de la playa y perdido en la inacabable horizontalidad del mar que se abre a ambos lados de la isla, me sentía poseído por la tenebrosa incertidumbre que ha llevado a los cerebros más lúcidos de mi generación, ¿el aullido ginsbergiano?, a la extrema salida del suicidio. Qué lejana la pasión brutal y renovadora de Teto; qué inasible el controlado temperamento de don Antonio. Uno podía ser mi padre; el otro mi igual. Qué diferencia tan grande en el modo de ser de tres mexicanos. Sin embargo, había algo hermanante: una especie de velada complicidad, un estar de acuerdo enraizado en un esplendoroso pasado y un resurgiente futuro. Pero, ¿cómo se podrían vencer las diferencias en favor de lo unitario, si las razones por las que yo habitaba este mundo eran en esencia discordantes con las de Teto o don Antonio? ¿Dónde estaría Teto cuando hacia mediados de la década de los sesenta *La náusea* de Sartre nos hacía vomitar la indigesta tragazón de una cultura que nunca había sido, ni sería jamás la nuestra? ¿Cómo explicarle a don Antonio lo terrible de haber sido hijo de un republicano español racionalista que jamás superó la traumática irracionalidad de la Conquista? Y a Teto, que hablaba con orgullo de Villa, Zapata y Cabañas, ¿cómo hacerle entender que toda la estruendosa revuelta de los sesenta había fracasado por causa del monstruoso autoritarismo de los partidos comunistas? Lo drástico e inmistificable de todo esto era que yo me encontraba atravesando un peligroso puente ficticio tendido entre dos mundos difícilmente reconciliables. De un lado, el mundo de Teto y don Antonio, con todos sus vicios y potencialidades milenarias; del otro, un enorme hoyo negro: la razón autodestruyéndose en un girar infinito en torno a la irracional nada.

Pasaron así dos jornadas de profundas divagaciones cuestionantes. Durante el día me iba a la playa y allí me trenzaba en fuer-

te discrepancia con el Mircea Eliade de *El chamanismo y las técnicas arcaicas del éxtasis.* Este libro, que en mis tiempos sorbonales había sido santificado al extremo, me parecía ahora de un eurocentrismo trasnochante e injustificable. Había allí un menosprecio ¿ignorancia? de las grandes culturas mesoamericanas que no podía perdonarse en un tipo de estudio de las pretensiones del de Eliade. Pero, ¿con quién compartir mi desacuerdo?, ¿a quién poner enfrente como fuerza incentivadora de la búsqueda de lo auténtico? Decidí entonces tomar unos apuntes aforísticos que pudieran servirme en algún momento de la lucha entre la razón y la irracionalidad que ocupaba toda mi reflexión metacotidianizante. Por la noche, reaparecía don Antonio visiblemente fatigado y platicábamos un poco sobre las formas de curación de la gente de antes, hábitos de los animales silvestres y el peligro de desaparición de algunas especies como el mixilote, el puma costeño y la majestuosa águila de cabeza blanca. Don Antonio, luego de disculparse, se retiró temprano esas dos noches.

—Tuvo una tarea dura y ya no es un chamaco —expresaba doña Victoria al ofrecerme otra taza de café—. Pero, Dios mediante, mañana acaban, es que están limpiando el pozo.

Para mí, todos estos comentarios no solicitados no sólo eran extraños, sino que me desplazaban del mundo en que don Antonio y yo dejábamos la charla, al mundo encorajado de mis lecturas diarias, y de aquí a la aplastante realidad que constituía el escenario de la debatiente sobrevivencia.

Al levantarme con el alboroto de las chachalacas y el penetrante olor a tortilla recién hecha, el sol ya lucía imponente sobre el verde montañoso del extremo de la playa. A esa hora don Antonio ya no estaba en la enramada, y como quiera que él llegaba a almorzar cuando yo apenas iniciaba mi matinal terapia literaria, sólo nos veíamos al anochecer. Por ello, al regresar la tercera mañana a comer algo, me resultó sorpresiva la presencia de don Antonio meciéndose en la hamaca.

—¿Qué tal los libros? —dijo acomodándose en su descansamiento.

Me acerqué a saludarlo y, sin previo acuerdo de ambas partes, nos vimos yo dándole el libro de Eliade y él tomándolo y leyéndolo en un silencio que se consumó al interrumpir la voz de don Antonio la festiva ruidiscencia del trópico:

—¿Es de origen mexicano la palabra chamanismo?

—¿Me permite? —le dije cogiendo el libro y abriéndolo en una de las páginas señaladas por la esquina doblada de la hoja... "El chamanismo *stricto sensu* es por excelencia un fenómeno siberiano y central asiático. El vocablo nos llega, a través del ruso, del tungús *shamán*".

—¿Entonces en México no hay chamanes? —apuntó don Antonio sin ocultar la sarcasticidad de su mirada.

—Bueno, bueno, vamos con calma, don Antonio. Es éste un tema que requiere de muchas tardes y cuantiosos mezcales.

Reímos juntos la salida, y estando así, suspendidos en el espacio del mutuo celebramiento, oímos un gran estruendo producido por los perros que prevenían con ferocidad la llegada de alguien.

—Hombre —expresó don Antonio levantándose de la hamaca—, ahí viene la persona indicada para iluminar un poco nuestra oscuridad.

Miré hacia el dinamismo que motivaba aquel desbordamiento espontáneo, y vi a un hombre embutido en un traje de neopreno, de fuertes piernas denotadoras de un ejercicio arduo y asiduo ¿tendría cincuentaicinco años? En una mano traía los implementos profesionales de buceo (aletas, visor, etc.) y en la otra un impresionante fusil submarino de tres ligas. Nadie que haya tenido acceso al complejo entrecruzamiento racial que determina el ser del mexicano, podría dudar que el rostro de aquel hombre señalaba una procedencia de raíz occidental inocultable. Saludó con afecto y respondí de igual manera. Don Antonio, dándose cuenta del tipo de energización que se estaba desarrollando entre mi ser y el del recién llegado, procedió a una presentación distensante. Extendí mi mano con decisión

y sentí el contacto reconfortante de otra mano sensible y fuerte, que hablaba de un corazón rebosante de vida y en armonía consigo mismo. Oí que tras mi nombre alguien decía don Ramón, y cuando me encontré de nuevo dueño de mí mismo, vi que era don Antonio el que concluía: "El es mi patrón".

No fue poca la sorpresa que me produjo esta revelación de don Antonio, que consideraba tardía e inexplicable. En un minuto me pasaron por la cabeza infinidad de posibles explicaciones, pero no acertaba a precisar por qué hasta ese momento don Antonio no me había dicho que trabajaba para un ser tan extraño e impactante. Avanzó don Ramón unos pasos y, hablando más para don Antonio que para mí, dijo que iba a dar un paseo a la isla, pues hacía tiempo que la tenía abandonada. Sufridor de toda una vida de hostigante confrontación entre cés, zetas y eses, captó al instante mi atención la peculiar manera con que don Ramón pronunciaba las palabras "hace" e "isla". Él también pareció darse cuenta del efecto desmistificador de su dicción, pues enseguida se aprestó para continuar su marcha.

—Don Ramón —intervino con presteza don Antonio—, tenemos una duda y yo quisiera pedirle el favor de su respuesta.

—¿Qué es ello, Antonio?

—Pues se trata de saber si en México hay o no hay chamanes.

De golpe el semblante de don Ramón adquirió mayor gravedad. Me miró fugaz para atrapar mi reacción y luego expresó:

—Mira, Antonio, la palabra en cuestión parece ser de origen budista-lamaísta, y en México esas formas de religión jamás fructificaron. Pero si lo que quieres saber es si existía y existe aquí un conjunto de experiencias de raíz semejante a lo que en aquellas religiones llaman chamanismo, pues te diré que sí. En el México prehispánico existían dos conceptos básicos para definir la estructuración sociocultural de un individuo: por un lado el rostro, personalidad, apariencia diferenciadora, especifidad intransferible y única; por el otro el corazón, centro de la voluntad y la fortaleza, fuente impulsora de vida, juez insobornable de toda acción. Pues bien, aquel indivi-

duo que engrandecía estos dos conceptos, aplicándolos al mejoramiento de los demás y de su propia vida, era un tlamatini, auténtico médico, iluminador de existencias, hombre de conocimiento. Por el contrario, el que usaba de artificios y enyerbamientos para debilitar el rostro y el corazón de los demás, era un nahualli, falso tlamatini, hechicero, oscurecedor de existencias, ¿está más o menos clara la cuestión, Antonio?

—Para mí está bien, don Ramón, pero no sé qué piense aquí el amigo Eugenio al respecto.

Y qué podría yo pensar u opinar, si la impresión del inimaginable aparecimiento de don Ramón se había ahora sublimado con la impecable adoración de aquella respuesta. Cuando don Antonio quebrantó mi ensimismamiento preguntándome no sé qué cosa, lo primero que atrajo mi percepción fue la agigantada imagen de don Ramón alejándose con paso firme hacia la playa. Permanecí un rato mirando aquella espalda imponente y la solidez con que se desplazaba, hasta que una arborescente discontinuidad se tragó de golpe mi visión dejándome ante la fría imagen de mi padre corriendo delante de mí en un parque de senderos interminables.

—¿Qué decía usted, don Antonio? —pregunté al oír por segunda vez aquella voz ya tan familiar.

—Nada, nada; sólo le pedía su parecer sobre mi patrón.

Observé con detenimiento a don Antonio y vi que su interior vibraba gozoso al participar del impacto existencial que había supuesto para mí el conocimiento de su misterioso patrón.

—¿Cuánto tiempo hace que lo conoce? —interrogué.

Don Antonio se entretuvo un tiempo mirando hacia dentro y al cabo contestó:

—Va para quince años.

—Pues imagine nada más el alcance de su pregunta. Yo apenas lo acabo de conocer...

II. La somnolencia de la razón y el despertar de los sentidos

Ayer fue un día muy significativo desde el eje referencial conformado por lo narrado y lo vivido. Habiendo terminado la tarde anterior el primer bosquejo de estas experiencias tropicalizantes, apresté todo para dedicar la mañana del día siguiente al cautivante apasionamiento de la cacería. Dispuse mentalmente los pormenores del recorrido a seguir y me retiré temprano al adormecedor protegimiento de la hamaca. Y así estaba, oníricamente extasiado con el combate que dos imponentes venados libraban en aspiración al gozoso poseimiento de una nerviosa y altiva venada. Comprobé con extremo cuidado la puesta a punto de mi arma, y decidí esperar el momento propicio en que la cornamenta de los contendientes se trabara, ofreciéndome la posibilidad de un escopetazo de doble efecto. Pisé descuidado una rama, ¿por qué seca a pesar de tanta lluvia?, y el penetrante resquebrajamiento alertó el control sensciente de la hembra, pues comenzó a moverse en forma alocada en torno al explosivo entrechocamiento de los machos. De pronto se presenta la esperada oportunidad; apunto con precisión y suena un espantoso tronido que está a punto de tirarme de la hamaca. Alguien pasa con una linterna a mi lado y me dice:

—Nos va a madrear San Pedro, viene un aguacero de la chingada...

Veo la envejecida musculosidad de don Antonio, semioculta por un extraño calzoncillo atemporal, desplazándose en la enramada iluminada por los magicizantes relámpagos. Apenas tengo el tiempo justo para incorporarme y sentir la verticalidad de la vivencia, cuando comienza a caer un aguacero que, si bien no duró cuatro años, once meses y dos días como el que barrió con Macondo, hizo posible que durante una noche mar y tierra se unieran en un pantanoso abrazo infernal. A la mañana siguiente, el espectáculo era de tal catastrófica magnificencia que me pasé cerca de un par de horas

subido a una antediluviana ceiba, contemplando los efectos de esa torrencial eyaculación que San Pedro había mandado para aniquilar la lujuria insaciable de la zancudidad.

Al acercarme más tarde a la cabaña vi que, en medio de gran alboroto, doña Victoria y los chamacos entraban y salían de la enramada como impulsados por una fuerza incontrolable.

—¿Qué pasa?

—Es el comején —me respondieron—, está saliendo del suelo por el agua.

Adentro parecía como si el piso hirviera en una masa blancuzca y engullente. Acarreamos agua hasta el límite del extenuamiento, y ya cuando me disponía a desaparecer en mi hamaca, reparé en el extraordinario amontonamiento que se hallaba a un lado del tapesco. Eran cientos de enormes camarones arrojados allí por la premura de los sucesos.

—¿Y eso? —interrogué.

—Están saliendo por el agua —me dijo doña Victoria.

Unos minutos después llegó don Antonio con otra provisión considerable de camarones.

—Es increíble —le dije—. Jamás pensé que todavía pudiera suceder algo como esto fuera de un libro.

—Vente conmigo —me sugirió don Antonio—, y verás que esto no es nada comparado con lo que hay allá esperando.

Y, en efecto, pareciera que uno de los cuentos de García Márquez hubiera tomado la laguna de Playa Tortuga por el escenario natural de sus excesos.

Comí camarones enmolados, al mojo de ajo, en chiloso caldo, guisados con arroz; en fin, fue una semana camarónica. Todo esto me hizo volver cuestionante a la celebrada narrativa latinoamericana de los cincuenta y los sesenta, y entender por qué tantos prohombres ensalzadores, ¿o ensalsadores?, de la burocrática pasión nacionalista se entregaron desbordantes a festejar un mundo de folclóricas sorprendencias para turistas y eurocentrizados.

Y cuál no sería mi sorpresa cuando, al abrir la edición de Planeta de *Todos los cuentos* de García Márquez, me encuentro con unas cuartillas mimeografiadas en el lejano otoño parisino de 1980. Centro mi atención en ellas y descubro que se trata de la última entrevista concedida por el socrático Marcelo Quiroga Santa Cruz, y que un compañero boliviano me había dado con motivo del asesinato de tan insigne orador por la junta golpista que tomó el poder en Bolivia en 1980. Eché una mirada sondeante y descubrí en una de las cuartillas un desleído subrayado verdoso, que parecía llamar la atención sobre algo que había despertado entonces mi interés. Enfoqué con detenimiento y leí: "Nunca pude comprender a esos lamentables tributarios de la corriente criollista que recorren el campo con fines de documentación y, con una libreta en la mano, preguntan por la manera coloquial de expresar un sentimiento, el nombre local de un pájaro, la versión autóctona de una interjección y luego, con ese material extraño, con esas hebras de una realidad disecada por su visión turística (peor que la del extranjero, porque la superficialidad de su observación se refiere a lo que debiera serle familiar), hacen esos *collages* plagados de giros idiomáticos y particulares que figuran, casi en tantas páginas como las de su novela, al final de la edición, para esclarecer el sentido de lo dicho a un lector que, como ellos, se asoma a ese mundo rural que les es contiguo, como si fuera otro mundo".

Qué lucidez en estas palabras, pero, también, qué alejamiento hipercriticista de la vivencia. El ser urbano, pequeño burgués e izquierdista, pretendía borrar de una sublime pincelada todo el mundo natural que lo sustentaba y explicaba. Una cosa estaba clara: había que alejarse del anecdotismo folclorizante no menos que del culto servil y degradante a la decadencia foránea. ¿Y entonces?

Desde aquel encuentro con don Ramón, tan sorpresivo como misterioso, comencé a interrogar de manera velada a don Antonio con el

objeto de obtener la información que me permitiera explicar por qué aquel hombre de otro mundo, otra cultura, otras gozaciones, estaba precisamente allí donde se estaba embarneciendo mi rostro y endulzando mi corazón. Don Antonio, siempre esquivo y comedido, me dio a entender que todo podía llegar a su tiempo y que no había que dejar que la soberbia y el avorazamiento violentasen el natural encaminamiento de las cosas. Y así dejé hacer al tiempo su cometido, permaneciendo en la mayor despertez posible a la espera del momento en que consolidara una relación que, estaba convencido, me podría llevar al buscado afianzamiento de mi persona.

Una mañana, muy de temprano, cuando la luz es tan tenue que parece envolver a lo circundante en una atmósfera de hechizantes revelaciones, creí ver a través de las mallas de la hamaca una figura felinesca que se alejaba con sigilo hacia la playa. Volví a dormirme nuevamente, y un par de horas más tarde, al levantarme, no podía precisar si la presencia de alguien me había despertado en la madrugada o si había sido uno más de esos sueños tan vívidos que experimentaba. Me fui como de costumbre a la playa y me encontré con las mismas huellas que veía todos los días sin darle mayor importancia. Pero esta vez algo se sacudió en mi interior, haciéndome revivir la imagen fugaz de la masa oscura que había visto alejarse a través de la hamaca. De regreso, y con la cabeza hormigueante de cavilaciones, pregunté a uno de los chamacos si vivía alguien más que nosotros en Playa Tortuga. Me miró con sorpresa y me respondió que no.

—¿Entonces esas huellas que aparecen a diario en la arena?

Volvió a mirarme con la ingenuidad de esos muchachos crecidos sin ataduras en el trópico y me dijo:

—¿Esa pasadera en la playa?

—Ajá —afirmé.

—Ah, pues es don Ramón que se levanta a correr todos los días con la oscurana.

Pasaron varios días de provechoso diálogo con el medio, y creí sentirme de nuevo como en los mejores tiempos zipolitenses. Cier-

tamente hubo momentos de ligera recaída en el vacío que había dejado la desaparición de Carla; pero pronto la energía de mi mente sometía a la pulsión libidinal de mi cuerpo, hablándole de otras gozaciones de mayor consistencia y duración. Al segundo día después de mi llegada, don Antonio me había llevado a un paraje que, a la primera mirada, me pareció la representación tropical del paraíso. Se trataba de un sólido pozo de excelente conformación y apariencia, situado justo en medio de un jardín exuberante de palmeras, plátanos, tamarindos, mangos; en fin, un espacio en verdad contrastante con el salvaje enmarañamiento circundante. Ahí, y bajo los refrescantes efectos del agua de ese pozo, habría de vivir algunos de los momentos cotidianos más gozosos de mi vida; y más adelante, con la llegada de las torrenciales lluvias, tendría también que soportar las más endemoniadas agresiones de la zancudidad. Pues bien, para ir a ese lugar energizante había que bordear un manglar enlagunado que transmitía la sensación de encontrarse más allá de las ruidosas confrontaciones del espaciotiempo. Era tal el silencio que lo único que se oía por minutos era el chapoteo repentino de una lisa o el vuelo impredecible de una paloma asustada. Don Antonio me explicó que aquel silencio obedecía a que el lugar era zona de caza. Y que bastaba que uno tomara las precauciones necesarias para dar confianza a la temerosa animalidad, para que se notara la gran cantidad de ojos que a uno lo estaban observando. Justo al final de la laguna estaba el pozo, y a él acudía yo a diario, a eso de las cuatro de la tarde, a endulzar la salinidad que se adhería a mi cuerpo durante las repetidas incursiones que por la mañana hacía en el mar.

Una tarde acompañé a don Antonio a tumbar unos cocos y bebimos y charlamos hasta que ya el sol se estaba poniendo, y su ida lo dejaba a uno extasiado ante una vivencia de una magicidad indescriptible. De pronto, se rompe la compacidad del momento y aparece un hombre de pelo cano y fuerte complexión, con una jabonera en una mano y la toalla en la otra. Llega, inclina su cabeza a manera de saludo.

—Buenas tardes, don Ramón, se nos hizo la tarde larga con la plática —dijo don Antonio.

—Ya veo, Antonio, que están ustedes en plena armonía con el medio.

Miré de nuevo a aquel hombre muy bien conservado para su edad, ¿cuál sería?, y comprendí que aquellos músculos educados en la mejor disciplina, estaban en completa concordancia con una forma auténtica de concebir el mundo. Don Ramón se acercó al pozo y comenzó a bañarse. En los momentos anteriores a la imprevista llegada de don Ramón, estábamos hablando don Antonio y yo de los hombres de razón y la indiada. Extrañamente, y desde entonces, don Antonio había alterado un poco su comportamiento y parecía sentirse como fuera de su mundo, desplazado.

—¿Y qué tal va su estancia en Playa Tortuga? —preguntó don Ramón totalmente cubierto por una nube de espuma.

—Bien —respondí comprendiendo por qué la presencia de este hombre hacía a un lado a don Antonio.

—¿Está usted haciendo algún estudio o simplemente vacacionando?

Al oír la pregunta me percaté de que don Ramón sabía mucho más de mi persona de lo que yo suponía; fue por ello que me limité a responder con la intención de permanecer a la defensiva:

—Más bien, reponiéndome.

Estuvimos en silencio durante el tiempo que duró el resto del enjabonamiento, el enjuague y el secado de don Ramón. Al cabo, don Antonio se decidió a salir de la nada existencial que lo había tragado, con la clara intención de iniciar un diálogo relajante.

—¿Don Ramón, cuál cree que deba ser la raíz del distingo entre hombre de razón e indio?

—Hombre, buena cuestión —respondió el interpelado.

—¿Y usted qué opina? —dijo dirigiéndose a mí.

—En México, el problema racial es una herida supurante que sólo podrá cicatrizarse con el advenimiento de una revolución cultu-

ral que enraíce al presente en la tierra fértil del esplendoroso pasado. Mientras ello no suceda, continuaremos asumiendo la hipócrita actitud ambivalente que nos hace ensalzar lo autóctono ante lo foráneo y denigrar a los indios ante nosotros mismos. En mi caso, y por la condición de mi padre como refugiado español, se dio un entrecruzamiento cultural que no dejó de ver a lo auténtico mexicano con admiración y respeto; tanto más, cuanto uno más comprendía la bárbara condición de la Conquista y la desgraciante secuela que dejó.

Don Ramón esbozó una sonrisa de asentimiento, dándome a entender que él, a su vez, entendía la especificidad de mi procedencia y el porqué de mi contestación.

—Me parece una respuesta sincera, aunque en exceso declamatoria —añadió—, pero quisiera saber qué piensa usted ahora después de su vivencia en el trópico.

Hubo un rápido intercambio de miradas entre don Ramón y don Antonio, y a éste pareció serle muy próxima la pregunta, pues comenzó a asentir con la cabeza como incitándome a responder sin comedimientos ni evasiones.

—La verdad no sé —respondí medio confuso—, necesito más tiempo para tener una opinión certera de lo hasta ahora vivido. Sin embargo, y para no escapar a la intención de la pregunta, creo poder afirmar que lo que llaman hombre de razón no sólo continúa subyugando y explotando al indio, sino que, y esto es lo más grave, ha logrado también, mediante una sicología comercial tendenciosa y etnocida, que el indio reniegue de sí mismo y vea a los suyos y a su tradición como algo bajo, rastrero, y de lo que hay que procurar alejarse a como dé lugar y cuanto antes... ¿Y cuál es su opinión al respecto?

—Bueno, Antonio y yo ya hemos hablado largo y tendido sobre este particular, ¿no es cierto, Antonio?

Aquél asintió.

—Para él, el problema es causado por el abandono y la resignación del indio ante el fracaso de la Revolución del diez. Para mí, la dualidad hombre de razón-indio es, como toda generalización, el

resultado de una deformación específica de la relación dominante-dominado. Estando así el problema, por su propia naturaleza, fuera de mi alcance, no veo por qué habría de preocuparme su solución.

—No entiendo muy bien su respuesta —argüí con la intención de resquebrajar un poco la cuidada inasequibilidad de don Ramón—, ¿quiere usted decir que no le importa lo más mínimo el hecho de que el hombre blanco explote al indio o el burgués al proletario?

Me miró con una expresión de ¿fuerza o fastidio?, y luego, suavizando un poco su apariencia, dejó brotar una respuesta que tenía en su raíz su condición final.

—Mire usted, hace muchos años que me separé decididamente de los infantiles juegos dialécticos y de las disquisiciones que abruman la existencia de los que divagan pero no viven. Sin embargo, no quiero que esto vaya más allá de lo que en realidad es: una charla circunstancial que quizá algún día pueda ser profundizada. Por ahora, ahí va mi opinión. Como señalé, a mí no me importa lo más mínimo el hombre blanco, el burgués, el indio, el gringo, el ruso, o cualquier otra representación carente de vida propia. Yo trato con seres individuales, diversos, únicos, irrepetibles. Y dentro de esta pequeña fracción de individuos que me es dado conocer, los hay de gran nobleza y del más bajo servilismo, sinceros y mentirosos, egocéntricos y comunitarios. Pero jamás, óigalo bien, jamás he podido comprobar que todos los nobles, sinceros y comunitarios, conformen un mundo genérico y partidista en oposición a los serviles, egocéntricos y mentirosos. No existe en la contundencia de los hechos diarios tal maniqueísmo. Hay grandes hombres burgueses, como hay grandes hombres proletarios; y lo mismo cabría decir de los indios y de los estúpidamente llamados hombres de razón. Por otro lado, no creo que haya escapado a su capacidad de observación la cantidad de hijos de la chingada, como dicen aquí en México, que encuentra uno por estos lugares tan nutridos de gente desposeída y explotada. Y, ya para concluir, porque se me ha hecho tarde, le

diré que el eje referencial de mi existencia es, por usar una expresión grata a los antiguos pobladores del Anáhuac, forjar un rostro refulgente y un corazón jadeítico. Y dudo mucho que esto pudiera lograrlo en una forma de sociedad, de ésas ahora tan cacareadas, donde para ir al baño hay que pedir autorización, ¿me entiende? Tengan ustedes muy buenas tardes.

A partir de la conversación con don Ramón, volvió a adueñarse de mí el desamparo existencial que desde los primeros brotes de mi adolescencia nunca ha dejado de acosarme. ¿Vivir? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Dónde? ¿Para qué? Desde mi estancia en Europa, el en sí, por sí y para sí del mundo hipertrófico de la razón había dejado de tener consistencia y atractivo. Pensaba entonces que aquí, en Latinoamérica, tendría plena validez el ser en, por y para un todo social libertario y justo. Es por ello que lo dicho por don Ramón había sido como una brusca inmersión en el helado estanque de una realidad que volvía ridículas e inoperantes todas las teorizaciones importadas de otras tierras, otros pueblos, otros mundos. Francamente me sentía a la deriva, nadando sin rumbo fijo y centrando todo mi esfuerzo en mantenerme a flote. Siendo así, ¿cómo no habría de despertar mi interés la aparente seguridad con que aquel hombre sano, fuerte y sabio devenía entre varios mundos?

Don Antonio, al verme tan pensativo y semiabatido, se acercó más a mí, propiciando una serie de diálogos que me fueron aproximando al rostro del personaje que tantas cosas habría de sugerirme. Supe por este recurso que el patrón de don Antonio había salido del norte de España hacía muchos años, y que su nombre era Ramón San Isidro de Breogán. Había sido maestro de la UNAM y ahora, ya jubilado, se dedicaba a investigar y a escribir. Don Antonio lo había conocido en 1965, y desde entonces se había desarrollado entre ellos una relación de profundo respeto y amistad.

Una tarde, varios días después de la cuestionante charla del pozo, don Antonio me dijo que me iba a llevar a cazar chachalacas. Estuvimos hasta ya entrada la noche hablando de aventuras cinegéticas y, sobre todo, del modo y las precauciones que requería la captura de la chachalaca por su extrema desconfianza y sensibilidad. A la mañana siguiente, apenas clareando, don Antonio me despertó con urgencia, pues había que caminar un trecho considerable antes de llegar al lugar. Partimos, y después de una hora de caminata llegamos a un paraje de tupida maleza, entre la que sobresalían tres o cuatro árboles de no muy gruesa estructura pero múltiple ramaje.

—Ese es el palo de zazanil —dijo don Antonio señalando uno de los árboles—, esa frutita es lo que más aprecia la chachalaca. Vamos a sentarnos aquí a esperar; ten lista la escopeta y no hagas ruido.

Me acomodé en un lugar apropiado y me dediqué a examinar con desconfianza la arqueológica apariencia de la Topper calibre 20 que me había dejado don Antonio. No bien había pasado media hora, cuando sentí un ligero aleteo seguido del movimiento de uno de los árboles. Miré hacia el lugar donde se había movido el follaje y no pude distinguir el menor indicio de vida. Comencé a sudar, el corazón iniciaba ya la marcha incontrolable de la pulsión emocional. De pronto oigo varios aleteos semejantes al primero y, entonces sí, me es dado percibir el paranoico comportamiento de una chachalaca que se acaba de posar en una rama justo enfrente de mí. Preparo la escopeta, apunto, y el jodido pájaro se va con su indetenible bailoteo a otra rama. Miro hacia don Antonio, el sudor me cae en los ojos y por momentos vivo la sensación de estar nadando.

Tranquilo, me dice sonriente desde un guarecido rincón el rostro del férreo zapoteca. Miro de nuevo hacia la cima del árbol y veo un inquietante ir y venir chachaláquico que me sume en un emocional desquiciamiento. Tranquilo, me digo, todo lo que debo hacer es seleccionar una y seguirla. Lo hago y la chachalaca seleccionada se para exactamente detrás de una rama, permitiéndome ver de un lado su

alargallinado cuello y del otro su no menos larga cola. Pongo la parte delantera en la mira y ¡pum!, el estruendo sacude la selva y el pájaro cae del árbol armando un alboroto increíble. Don Antonio se levanta y me indica que corra hacia el árbol. Corro y oigo encima de mí, por todos lados, el canto festivocinglero de las chachalacas que una vez oído permanece para siempre inconfundible en la memoria. Llego bajo el árbol, busco por doquier y no encuentro nada. La inquietud comienza a tornarse desesperación, y sigo buscando entre la maleza y nada. Al llegar don Antonio a mi lado, la desesperación es ya postrer abatimiento.

—¿Qué pasó don Antonio, no cayó aquí?

—Mira, ven acá —me dijo—, aquí está la sangre, la tocaste.

Observé las gotas de sangre sobre las hojas secas y me quedé así, absorto, un tiempo ilímite.

—Vámonos —expresó don Antonio—, ya no hay nada que hacer, se fue herida y alarmó con sus quejidos a las otras.

—¿Pero no estará por aquí cerca?

Me sentía muy mal, fracasado, culpable, como si todo a mi alrededor riera a carcajadas. Don Antonio me tomó del hombro y me encaminó diciéndome:

—Hay animales que tienen su fuerza en el pecho y son grandes voladores, como las palomas, los patos y, el más precioso de todos los pájaros, el chuparrosa; hay otros que llevan el poder de lo que comen a sus patas, como el faisán, el guajolote silvestre y la chachalaca. Esa chachalaca casi seguro se va a morir, pero está ahora a no menos de medio kilómetro de aquí. Así que ni modo, tómalo con calma y vámonos para casa que hay más tiempo que vida.

Al regresar a la cabaña, me arrojé en la hamaca y desde allí pude oír una ligera plática entre don Antonio y su mujer. Momentos después, doña Victoria se acercó y me dijo que don Ramón había arponeado un pargo grande y que me invitaba a comer. Agradecí la noticia, que venía a endulzar un poco la salazón de la mañana, y decidí que lo mejor sería dedicar el tiempo que restaba hasta la

hora del almuerzo a una terapia onirizante que me llevara a un mundo de plenitud donde las cosas doblegaran su naturaleza ante la sola mirada.

La vereda que conducía a la cabaña de don Ramón era muy sinuosa y empinada; sin embargo, el hecho de que estuviera protegida por un techo de sombreante arborescencia le daba un encanto especial que compensaba la arduidad del esfuerzo. Al llegar a la cima del cerro, se encontraba uno de pronto con una visión panorámica de trescientos sesenta grados que producía una sensación total de vivencia única e intransferible. En la parte central de este inigualable mundo observante se hallaba la cabaña de don Ramón, y bajo el techo exterior que protegía la aparatosa cocina se encontraba aquél en pleno movimiento trajinante. Me vio y saludó con la cabeza. Correspondí y continué absorto por un rato, imaginando la cantidad de energía que había sido requerida para construir allí aquel refugio extraordinario. La cabaña era de piedra y barro, con el piso interior de ladrillo y el circundante revestido con una gruesa capa de cemento. Sólo así, me aseguraría don Ramón más tarde, se podía combatir la expansionista insaciabilidad del comején. La cocina estaba formada por cuatro horcones gruesos de madera de corazón, que sostenían un tapesco con dos fogones y un gaudiano recinto para hornear. Era allí, precisamente, donde estaba ahora don Ramón avivando la combustión.

Me preguntó si gustaba un mezcal. Asentí y me invitó a pasar al interior de la cabaña. Al entrar y ver lo que allí había no pude evitar la salida de una exclamación, cuya natural procedencia hizo que don Ramón me interpelara sonriente:

—¿Son muchos, verdad?

—Realmente impactante —respondí.

Y la verdad, estaba ya tan acostumbrado a la exhuberancia del trópico, que la visión de aquellos cientos de libros ordenados con impecabilidad en estantes de maderas preciosas y protegidos con vidrio, me parecía la realización fugaz de un sueño.

—Ese es mi mundo, mi pasión, mi vicio, mi verdadero alimento —añadió don Ramón al verme extasiado ante tal espectáculo.

—¿Y esa escalera? —dije señalando un sólido andamiaje de madera.

—Es la comunicación con el dormitorio y la terraza; luego subiremos un rato.

Salimos de nuevo al exterior y don Ramón me enseñó las mandíbulas de su más reciente pesca. Jamás se me hubiera ocurrido que pudiera existir un pez que tuviera unos colmillos de casi cinco centímetros de largo. Don Ramón me aclaró que ese pargo pesaría unos treinta kilos, pero que había algunos que llegaban a los cincuenta.

—¿Y no es peligroso acercarse a ellos? —pregunté sabiéndome en unos dominios que sólo conocía de oídas.

Don Ramón me miró agudamente y a su vez preguntó:

—¿Conoce usted alguna actividad que atente contra lo ordinario y que no sea peligrosa?

Toda la cabaña era un auténtico muestrario de la biodiversidad lugareña. Junto con unos cuadros de magicizante colorido, colgaban de sus paredes los más diversos caparazones de tortuga, mandíbulas de diferentes tipos y tamaños de tiburón, esqueletos enteros de delfines, tejones, jabalíes, pieles de venado, oso hormiguero, tigrillo y mixilote; en fin, un pequeño museo de la historia natural de Playa Tortuga. Don Ramón me indicó que lo acompañara a través de la escalera interior, y llegamos a una terraza que era digna culminación del gusto excesivo que imperaba en toda la cabaña. Sobre una mesa de caoba bellamente labrada, se hallaba lo que a mis ojos aparecía como un espléndido banquete.

—A ver qué le parece este pescado horneado —dijo don Ramón sirviéndome con una exquisitez que se me hacía fuera de lugar.

Abrió una botella de vino blanco:

—Auténtico albariño —añadió llenando dos relucientes copas de vidrio.

Probé el vino, seco, con la cautivante amargura de la vid, fuerte y reposado.

—Este vino es la representación procesada de los indómitos caldos acidificados de Galicia —aclaró don Ramón, regocijándose en la actualización de un pasado entrañable.

—¡Excelente! —exclamé con la explosión saborizante en la boca—. Pero lo incomparable es la sensación entre dulzona, acidificante y picosa que deja la ingestión del pescado, ¿se puede conocer cómo lo preparó?

Don Ramón pareció perder su mirada en la rocosa presencia de la isla que, desde la inigualable situación en que nos encontrábamos, se mostraba con claridad como el estilizado cuerpo de una tortuga. Llevó su copa a la boca y, luego de escanciar con lentitud el dorado contenido, dejó escapar un tenue hilo de voz que comenzó a ovillarse en torno a una estructura vital de sincerante enraizamiento.

—No puede usted imaginarse la violenta naturaleza del cambio al que me vi obligado para poder manejar positivamente la enérgica manifestación del trópico. Aquí aprendí la verdadera medida de mi ser respetando la medida natural de las cosas; aquí sublimé mi pasión y sufrí las más duras pruebas. Fue aquí, justamente, donde comprendí la contundencia vital de la filosofía estoica: no existe nada ni nadie que pueda permanecer por encima del diario sacrificio de su importancia. Y aquí fue, por último, donde descubrí que el desprendimiento de la tiranía tecnológica del espaciotiempo, me proporcionaba el amor, la paciencia y el esfuerzo necesario para llevar las cosas a un fin armonioso y disfrutable. Fue así, y desde la partida de mi compañera, que me entregué a cocinar; y en verdad que encuentro pocas actividades cotidianas tan distanciadoras y relajantes como la pasión por la cocina. ¿Usted preguntó sobre la preparación, verdad? Todo el secreto consiste en espolvorear el aderezo del pescado con unas rayaduras de dos variedades de quesos franceses que un amigo de Celaya produce, selecciona y seca con un esmero sin igual en el medio mexicano de los quesos.

Me quedé callado observando a este hombre, que por momentos exhalaba la dulzura poética de las flores y acto seguido podía volverse belicoso y desconfiado como un guerrero. Ahora creía tener acceso al porqué las respuestas de este ser sabiamente envejecido eran desconcertantes, anfibológicas, inasequibles. ¿Y quién que viva una larga temporada solitaria en el trópico puede evitar que, una vez vencido el natural recelo hacia los extraños, su ser no se vuelque incontenible ante el calor y la proximidad de un conocido? El hombre necesita ser oído, comprendido y querido por alguien que considere su igual o semejante. ¿Era ésta la razón por la cual don Ramón me había invitado a comer después de aquel comportamiento tan frío e intempestivo que había tenido en el pozo? Así pues, decidí ir directamente al centro de aquel mundo de apariencia inexpugnable, sin más defensa posible que la honradez y sinceridad del procedimiento.

—El fundamento de su rememoración me recuerda la filosofía náhuatl.

—Puede ser —contestó distraído.

—¿Y en qué centra su atención actualmente, don Ramón?

Se oyó un penetrante graznido. La mirada de don Ramón me señaló una dirección a la altura de la playa y muy por encima de nuestras cabezas. Barrí con detenimiento el horizonte, y por fin vi una pareja de grandes pájaros que parecían en franca determinación beligerante.

—Esas águilas de cuello blanco —expresó don Ramón con nostalgia—, son quizá los últimos representantes de un tiempo esplendoroso. Sólo tienen un enemigo, el hombre, y no sería nada sorprendente que ahora saliera de la maleza un pobre campesino que, deseoso de poseer el pescado que aquéllas disputan, les diera un balazo sin preocuparse mayormente por las consecuencias. Es éste uno de los problemas más graves del lugar. Como le habrá dicho Antonio, Playa Tortuga es desde antiguo un punto en el que acostumbran a converger los campesinos cazadores de toda la zona. ¿No ha visto usted la cantidad de grandes árboles derribados sin razón

aparente? Pues están así por el castigo de haber servido, aunque fuera por momentos, de refugio a una iguana. En fin, no dejemos que la obligada ignorancia del prójimo salobrice el endulzamiento de este bello momento, ¿qué me decía usted?

—Le preguntaba en qué actividad...

—Ah, sí, la verdad estoy tratando de encontrar dónde reside el enraizamiento que ha determinado mi vida, ¿me explico?

—No muy claramente.

—Bueno, se lo voy a expresar de otra manera: estoy plasmando el entrecruzamiento vital de dos culturas fundamentales que tienen sus orígenes en Grecia y el Anáhuac.

Don Ramón salió por un momento del espacio circundante, dándome el tiempo necesario para cuestionar el proceder de tan singular individuo, que podía pasar sin problema por mi padre, maestro o amigo. Al regresar traía en una cestilla unas cocadas de la casa, y en una mano, semiocultos, dos espléndidos cigarros puros.

—No sabía que fumara usted —dije, sintiéndome feliz de que un hombre de su edad y de tan sana complexión compartiera ese vicio que por momentos, al fumar más de media cajetilla diaria, me hacía sufrir el doble yugo del abatimiento físico y la incapacidad mental para afrontarlo.

—Sí, fumo en determinadas ocasiones, como hacían los antiguos nahuas al usar su caña de humo como un gozo ritual —dijo don Ramón disponiéndose a prender su puro—. Hubo un tiempo, cuando vivía en la Ciudad de México, que llegué a fumar cerca de dos cajetillas diarias. Imagínese el proceso acelerado de autodestrucción al que me estaba sometiendo. Después, inmerso en la areté helénica, vino un período de purificación que me alejó de manera drástica de todos los excesos. Y por último, al descubrir la dinámica vital de la cultura náhuatl, decidí gozar de todo pero con ritualidad; es decir, evitando en lo posible caer en los excesos.

Las volutas del denso humo del habano que apuraba don Ramón se extendían por el aire a manera de glifos simbolizadores del diá-

logo energizante que empezaba a fluir con cadencia entre dos seres que tenían en común la pasión por el conocimiento, aun cuando difirieran las formas de afrontarlo. El vino comenzaba ya a encender de manera luminosa la natural oscuridad del subconsciente, y desde los rincones más olvidados de mi mente brotaban chispeantes pensamientos que fundían, en un firmamento de reconfortantes imágenes, las inquietudes más lejanas con la satisfacción emanante de la plenitud del momento.

—¿Podría hacerle una confesión sincera, don Ramón?

—Por supuesto, hágala usted; sin sinceridad no puede existir algo perdurable.

—Pues la verdad es que, a pesar de conocer muy poco sobre su forma de ser y actuar, no deja de confundirme la aparente facilidad con que entrecruza dos culturas tan distintas y contrapuestas como la griega y la náhuatl. Por otra parte, o quizá como otra forma de lo mismo, ¿cómo se puede explicar este acoplamiento o fusión entre lo indómito, natural y sensual, y lo sofisticado, artificial y tecnológico?

De repente sé que mi pregunta ha sido certera y profunda; don Ramón me abarca con su ver y no parece hacer el menor esfuerzo para evitar que su expresión trasluzca cierta inesperada satisfacción.

—Difícil cuestión —expresa afirmando con la cabeza—. Si fuese usted un ser menos complicado de lo que yo sé que es, le diría con elementalidad que el cuerpo vibra con una cultura y la mente con otra; algo así como poner de un lado el culto mágico-pacífico de la luna, y del otro el ritual bélico-sanguinario del sol. Pero usted es un joven preocupado en demasía por encontrarle una función abstracta a la cultura; esto es, quiere aprehender su razón de ser destrozando la racionalidad de las cosas, ¿o me equivoco? Bien, ármese usted de esa suficiencia académica que tanto gusta a los vendedores de verdades, y ponga de un lado el mundo donde impera la razón, y del otro, el mundo donde rigen los sentidos. Tendremos así del lado racional la eternización deseante del momento, canto hipócrita a la vida, pánico a la muerte; lo metaterrenal como determinante, un lenguaje

abstractizante que funciona por silogismos y que llega a su consumación con la supeditación total del ser pensante ante lo pensado: el yugo tecnológico. Mientras que del lado sensorial tendremos la efímera gozación del presente: culto exacerbado a la muerte, descreimiento de lo vital, lo terrenal como determinante; un lenguaje sensciente que se eleva de manera majestuosa por mor de la plasticidad de las metáforas y que culmina en la sublimación del productor por medio de su producto: la libertad artística. Ahora bien, si usted desea completar la inutilidad de este cuadro ponga de un lado a los poetas, literatos, filósofos, etc., que ensalzaron a la razón, y del otro, a los que se entregaron a la gozación de los sentidos. ¿Y qué tendremos al final?

—Creo que me vendrá bien un poco más de vino —sugerí alzando mi copa vacía ante la mirada inquisitiva de don Ramón.

Me sirvió un poco más del excelente vino ¿frío?

—¿Y cómo lo enfría?

Don Ramón me señaló un enorme árbol del que colgaba una oscilante canasta sujeta por una cuerda:

—Todo es cuestión de envolver la botella en unos trapos mojados; después se le da el impulso primario y lo demás lo hace el movimiento.

Miré el fluctuante ir y venir de la canastilla y un ligero vértigo sacudió por momentos mi existencia. Estaba fuera de mí, sin saber dónde ni para qué. Llevé la copa a la boca y al sentir la fría liquidez del vino regando la aridez de mis entrañas, se iluminó de nuevo mi inquietud enfrentándome al rostro ennoblecido de don Ramón.

—Pues sea lo que sea, lo cierto es que me simpatiza mucho su crítica de la razón y la consecuente reivindicación de lo irracional.

—¡Un momento, un momento! —exclamó don Ramón como sacudido por una detonación interna—. Yo no he dicho tal barbaridad. Para mí, y más que nunca en la perspectiva actual, tan irracional es la razón como racional la irracionalidad. Lo que yo hice fue tratar de darle a entender que su pregunta era algo final y no inicial; en otras

palabras: ni Grecia es la razón, ni los sentidos son el Anáhuac. Existe un juego muy complicado de determinaciones y se requiere de mucha paciencia, tiempo y esfuerzo para poder encontrar cierto sentido final a la aparente dualidad. Mas si lo que usted pregunta se refiere con exclusividad a mi caso, pues le diré que lo que yo hice, hago y seguiré haciendo es dejar que las tendencias polarizadas se confronten y que sobreviva darwinianamente la más apta. En este sentido, sí puedo decirle que el viejo logos estuvo a punto de ser noqueado.

—¿Por qué dice "estuvo"?

—Porque fue justo al desgarrar el plumaje que fantasmagorizaba a la intelectualidad de la década de los cincuenta, que se me mostró en forma descarnada el sacrificio del espacio en el ritual consagrante del tiempo-movimiento. Descubrí, entonces, con sorpresa que la cultura griega estaba en la actualidad muerta, mientras que la náhuatl se afirmaba subterráneamente.

—¿Y no piensa hoy lo mismo?

—No tan estrictamente; con la edad uno aprende a redescubrir el mundo, de manera que lo que aparecía estático se anima, la inflexibilidad se suaviza, surgen puentes entre los otrora irreconciliables extremos de la vida, y lo que antes se creía muerto para siempre, renace cual ave fénix para perpetuar su pasado. Aunque, a diferencia del mito donde el plumaje se sublimaba en un fantástico cuadro, en el antimítico renacimiento de los hechos diarios no se puede evitar que los plumajes se rasguen y que con la revitalización del pretérito embalsamado, se activen también los más oscuros designios de la impotencia senil. Y ahora me va usted a disculpar, pero no creo que haya algo más propio para sublimar la áspera aromaticidad de un buen cigarro puro que la quemante sabrosidad de un espléndido mezcal curado con nanche, ¿no opina usted lo mismo?

Don Ramón se levantó, y tras el crujiente alejamiento de sus pasos en la escalera interior, se detuvo de pronto el fluir natural de las cosas, dejándome flotante en una silenciosa atmosferación plenificada por el encantamiento esencial de lo vivido. Sentí un abandono

progresivo de la subyugadora dinámica cuestionadora y mi contacto con el apacible exterior se tornó una esplendente liberación de los sentidos. Dejé caer los párpados y las imágenes de la isla, la playa y el verdeciente manto de la vegetación se fueron absorbiendo en mi interior hasta fundirse con el canto susurrante de las olas y el revitalizante olor a mar. Y así estaba, viviéndome como una partícula más en esa infinitud de erosionadas grandezas que constituye una playa, cuando percibí la tenue presencia de una fuerza energizante que me traía a otra realidad. Don Ramón se acomodó silencioso en su asiento y, como si supiera de la inquebrantabilidad ritual del momento, se limitó a servir el amarillecido contenido de una botella en dos pequeños recipientes de barro. Estuvimos un largo rato deleitándonos con el sabor dulciquemante del excelente curado, hasta que sin razón alguna justificante, me oí preguntar a la fresca brisa de la tarde:

—¿No es acaso el individualismo judeocristiano, y no la paideia griega, el causante de la decadencia de la razón? Y si quisiéramos contraponer lo sensible a lo racional, ¿cómo explicar entonces que en el mundo náhuatl, al lado de la escultura, la pintura y la arquitectura monumentales, existiera una producción poética metasensible tan notable?

Don Ramón pegó la enésima bocanada a su agonizante puro y, con la brillantez del ocásico sol pintando su sabio rostro, exclamó:

—¡El majestuoso poder de la metáfora!

III. Resurgimiento sistemático de la dolencia

Que trata de cómo el movimiento tiró por tierra la pretensión absolutizadora del espaciotiempo.

A partir de aquella primera ascensión al mundo donramoniano, comenzó a crecer entre nosotros una relación de mutuo respeto y afinidad intuitiva. Don Ramón me permitió tener acceso a su biblioteca, y con ello me posibilitó la reconexión con un cúmulo de referencias eruditas que ya creía desplazado de manera irremisible por la impresión descarnada de los hechos.

Anoche, varios meses después de los difíciles momentos a que fui sometido por la confrontación donramoniana entre el saber vivencial y el saber eruditizante, volvió de pronto a poseerme la empequeñecedora presencia de la muerte y me vi encadenado a la repetición monótona y trepidante de aquella celebrada parte cimera de los *Cantares mexicanos*, y que la tradición atribuye a Nezahuacóyotl:

¿Es acaso verdad que se vive en la tierra?
¡No para siempre en la tierra: tan sólo un breve instante!
Si es esmeralda, se rompe,
si oro, se quiebra,
si pluma de quetzal, se rasga.
¡No para siempre en la tierra: tan sólo un breve instante!

Estábamos don Antonio y yo en plena playa, enmarcados en una ambientación de claroscuros que se rompía por momentos con la irrupción esclarecedora de la luna entre espesos nubarrones de refrescantes presagios. Habíamos llegado a las diez y era poco más de medianoche. Entre silencio y silencio el rostro de don Antonio se encendía con el abrasamiento del cigarrillo y, alerta la mirada en la localización de una posible mancha saliente de las olas, se dejaba ir en una plática que se retrotraía hasta otros tiempos de esplendorosa vivencia.

—No, esto no era así, era otro su modo. No una ni cuatro, sino diez, veinte. De altura, la verde, zacacillo, carey... esos hijos de su chingada madre las están acabando.

—El hambre es canija, don Antonio —repuse con intención de exculpar la irracional matanza de tortugas por parte de los pescadores.

—No es el hambre, es el vicio, la taradez de sentirse muy machos llenando mesas y mesas con envases de cerveza; ni un centavo llega a la familia, todo se queda en las cantinas. Y la verdad esto que hacen ahora de capar a las tortugas no tiene perdón. Verdad de Dios que no me tentaría dos veces el corazón para mandarlos con San Pedro.

Los ojos de don Antonio refulgen justicieros iluminando la noche de un tiempo que se desplaza inapelable hacia el ocaso. Se siente el palpitar apasionado de un corazón que en sesenta años de desbocamientos repentinos y desaceleramientos meditados, no ha dejado de tener por guía a la rectitud y por objetivo el respeto casi religioso al fluir natural.

El silencio ha alcanzado una significación ritual y comienzo a sentirme incómodo por la inutilidad de la vivencia a que he arribado. Habla, di algo, grita mi interior. Y sin otra pretensión que la de evitar que estos momentos de frialdad cristalicen cortantes en el tiempo, dejo escapar un murmullo interrogante:

—¿Y cómo es eso de la capada, don Antonio?

Otra vez el cadencioso deslizamiento de las olas se eleva sobre el imperante silencio. Se presienten entrechocamientos, se enlazan con granítica pasión mundos devenidos con fugacidad, y, al fin, apenas un instante después de masticada la vivencia, surge reposada la respuesta.

—Pues cómo va a ser, lo mismo que castrar un toro o un puerco, con la salvedad que esos cabrones sólo capan a la tortuga hembra para sacarle los huevos.

—¿La matan sólo por los huevos?

—Así es, le hacen un corte con el cuchillo y luego de quitarle los huevos la tiran otra vez al mar, y así se va el pobre animal hasta que por la chuquía lo ataca un tiburón o se muere al cabo de varios días.

—¿Y no hay quien controle esto?

Don Antonio se limita a negar con la cabeza; saca el paquete de cigarrillos Alas y me ofrece. Tomo uno y, mientras me lo prende, pienso que, como yo, él fuma demasiado. Prende el suyo y, como si supiera mi pensamiento, inhala el aire con especial fruición. Le digo lo que pienso y me responde que sólo en momentos especiales se entrega libremente a la erosión del cigarro. Da otra bocanada y su mirada se aleja de nuevo hacia la neblinosa orilla de la playa.

—Un huevo de tortuga —explica—, vale hasta cinco veces más que uno de gallina, y una tortuga llega a echar en una sola puesta más de cien, ¿se imagina la cantidad de dinero que eso significa? De ahí viene el contrabando, el exterminio sin control. No, ya nada puede ser como era antes.

Don Antonio se incorpora pausado; sacude el pantalón y me dice: "Ahora vengo", propiciando un punto y aparte que aprovechan los múltiples demonios que pululan en mi mente para lanzarse a una ofensiva desconcertante.

Y quién podría decir dónde termina la razón y empieza la magia, o viceversa. ¿Acaso no estaba el mundo sumido en una farsa de manipulación y decadencia? Tal vez tuviera validez la frase de don Antonio: "Ya nada puede ser como antes era". Pero lo cierto es que, desde sus orígenes, el ser humano no ha cesado de transitar entre el caos desquiciante y los delirios de perfección y supraordenamiento. Ahora, no cabía la menor duda, atravesábamos una fase de desquiciamiento. Por doquier proliferaban los excesos viciantes, y los mundos subterráneos del subconsciente afloraban en retorcimientos existenciales de imprevisible desenlace. Cioran y Adorno, Schopenhauer y Nietzsche; nihilismo de izquierda y nihilismo de derecha. La dinámica del mundo como negatividad; un estar desesperadamente en contra, buscando siempre la negación: del poder, del autoritaris-

mo, del deseo senil de absolutez. Todo parecía indicar que estábamos en el fondo mismo de la devorante negatividad. Ningún valor quedaba ya en pie, y nadie se atrevía a mantener con solidez el rumbo a un nuevo destino, donde los movimientos sociales, los partidos y las nacionalidades no se cerraran sobre sí mismos para perderse. Y qué hacer para merecer dignamente la sobrevivencia en un mundo donde ya no existen los límites naturales detenedores de los excesos. Quién podría precisar en nuestro espaciotiempo desquiciante si el camino al sabio envejecimiento debía pasar ahora por la razón tecnológica o por la magia. Por otra parte, bastaba detenerse cinco minutos en la captación de cualquier mensaje audiovisual posmoderno para enfrentarse de golpe con la más falsa realidad: la magia consumida enlatada y en terapéuticas audiovisualizaciones estupidizantes. Desde sus más remotos orígenes nunca las técnicas del éxtasis se habían separado de la dinámica natural como ahora. Nada había podido soportar la explosión sideral de los tecnólatras y los adoradores del valor de cambio. Magia, ciencia, filosofía, arte... ¡Lo que ahora se cuestionaba era la sobrevivencia misma de la especie humana!

Se oyen unos chapoteos en un mundo distante. Se interrumpe de golpe la fluencia especulativa y comienza a llegar cadencioso el golpeteo de las olas. Una masa emerge pesada desde un fondo espumososcurecido. La emoción suspende la acostumbrada potestad del raciocinio. Me levanto y de inmediato el temor a ser visto me hace retroceder al refrescante contacto con la arena. La masa se bambolea, y en su desplazamiento permite apreciar la delimitación de un contorno tortuguiforme. De pronto, la oscuridad unifica la visión en una totalidad indiscernible. La negritud es compacta, abismal. Trato de ver mis manos y la búsqueda se pierde en los acechantes sonidos de una noche densa, poblada de sorprendencias. De nuevo regresa rumoroso el reconfortante deslizamiento de las olas. Se diluye la impenetrable negrura del entorno y, tras un denso nubarrón aguiliforme, aparece tímida una luna iluminadora de un paisaje nocturnal paradisiaco. Miro hacia la orilla y no veo nada. Me pre-

cipito con rapidez hacia el espacio que antes creía ocupado por la masa oscura y nada, ni siquiera las huellas del extravío visionante. Resignado, regreso al lugar del que partí y me tiendo boca arriba con la intención de dejar que todo huya sin el menor debatimiento. Miro la luna, apenas en cuarto creciente, y la inclinación de su posición sobre el horizonte me hace entender lo avanzada que se encuentra ya la noche. Decido no ver, relajarme y ser uno con la audición susurrante del medio. Comienzan a llegar las notas reiterantes de la sinfónica erosión de los embates espumosos contra la arena. Me quedo así unos agradables segundos hasta que siento el estrujante contacto de los millones de partículas erosionadas que, como yo, están condenadas a permanecer por el resto de la eternidad siendo parte de una playa inconquistada. De pronto mi mente se llena otra vez de las palabras magia y razón, y al pensar en el concepto magia surge por contigüidad la palabra primitivismo, y tras ésta, veo el rostro viejo y suficiente de Frazer postulando los principios eurocéntricos que supeditan el resto del mundo al imperio de Occidente.

Resulta que, desde hacía varias semanas, los doce volúmenes de la obra de Frazer venían ocupando la mayor parte del tiempo que pasaba en la biblioteca de don Ramón. Había algo en el andamiaje teórico del viejo inglés que no sólo no me convencía, sino que, incluso, llegaba a disgustarme. Era, tal vez, esa forma entre zorruna y erudita con que dejaba entrever que el camino andado por Occidente era la vía necesaria y ejemplar para consumar la civilización y alejarse de la barbarie. Cuando meses atrás, tendido en la extasiante playa de Zipolite, me había encontrado con el famoso apartado del dominio mágico del sol, donde se dice que "las incesantes guerras de los mexicanos y su cruel sistema de sacrificios humanos, los más monstruosos que se recuerdan, tienen su origen, en gran medida, en una teoría equivocada del sistema solar", me había dado cierto coraje el énfasis puesto adrede en la monstruosidad de los sacrificios. Por lo demás, y tal vez debido al especial estado de ánimo que en aquel entonces poseía, había aceptado con recóndita fruición el hecho de que el sabio

inglés, al igual que tantos intelectuales eurocentrizados mexicanos, confundiera imperdonablemente las diversas cosmovisiones grandiosas del Anáhuac bajo el rubro de la más tardía y violenta de sus manifestaciones: la azteca. Sin embargo, me sentía yo ahora como parte viva y disfrutante de Playa Tortuga, y, en cuanto tal, experimentaba como un ataque directo la suficiencia con que este nuevo Frazer, en su edición completa, sistematizaba la magia en teoría (la magia como seudociencia) y práctica (la magia como seudoarte), y de un solo plumazo relegaba el devenir de todo lo que me cautivaba a un confuso estadio primitivo anterior al surgimiento de la religión y de la ciencia; así, era una tautología decir que la magia es necesariamente falsa y estéril, pues si llegase alguna vez a ser verdadera y fructífera, ya no sería magia, sino ciencia. ¿Pero no era acaso la parte mágica del arte y de la ciencia, en todas sus expresiones actuales, lo que hacía soportable el yugo frío y circular del dominio tecnológico?

Para corregir un poco las consecuencias de la exasperante unidireccionalidad frazeriana, don Ramón me había aconsejado unas cuantas lecturas, pero apenas me adentré en la primera de ellas, *Historia de la magia y de la ciencia experimental* de Lynn Thorndike, y me vi impelido hacia el mundo de don Antonio y su contundencia antiespeculante...

Fue apenas un ligero aleteo, un vertiginoso precipitarse sobre el abismo del tiempo y, cuando me alerté, ya era demasiado avanzada la caída. Sentí que una garra me tomaba por el hombro y me arrancaba, totalmente desenergizado, hacia la otra realidad que desde hacía varios meses habitaba de manera incuestionable.

—¿Qué tal, hombre, atrapado por alguna ficción tropicalizante?

Miré hacia arriba y vi la sólida apariencia de don Ramón predisponiéndose para el acomodo.

—¿Aún no ha salido nada, verdad?

—Nada —asentí ensimismado.

—¿Y qué pasa? Te siento demasiado metamundanizado.

Volví a mirar entonces ese rostro ya cercano y querido, y comprendí cuánto de ese mundo de cés, zetas, zantes y expresiones retorcidas, le debía a este extraño descendiente del mítico Breogán, ahora señor en tierra zapoteca. Pero sin tener siquiera opción a cuestionamiento apendejante alguno, me oí responder:

—Simple y contundentemente todo se debe al defecto innato de no saber sistematicometodologizar.

—Entonces el problema es de índole sistematicometodológica.

—Así es, don Ramón —le dije llevado por la dinámica lúdica del momento—, tengo la necesidad de una terapia sistematicometodologizante.

—En otras palabras, lo que quieres es saberte sistematicometodologizado.

—Eso es, experimentar una verdadera sistematicometodologización.

—¿Y podría ser de otra manera que no fuera sistematicometodológicamente?

Tras la carcajada se abrió el mundo del silencio y volví a oír el arribo de las olas. ¿Hasta dónde podía uno seguir con este juego autodevorante de querer vivir, viviiir, viviiiiiiiiir, por encima de todo?

—Lo que sucede —oí decir a don Ramón—, es que te autoenmascaras queriendo ser lo que nunca fuiste, ni serás, ni tiene la menor importancia que lo seas: un sistematicometodologizador. ¿Me echas una mano para traer leña?

Luego de prender la fogata y sentarnos en torno a ella, don Ramón me preguntó qué pensaba de los libros que me recomendó. Me solté un largo rato hablando de todas las fantasmagorías que me abordaron esa noche, y de la frustración en que me habían inmerso esas lecturas que de golpe tiraban por tierra mi reciente vivencialidad en el trópico. Don Ramón permaneció impasible observando

la combustión de los leños y, al cabo de un silencio armoniosamente compartido, dejó escapar un tenue hilo de voz:

—Dramatizas demasiado; hay que ser más flexible, aceptar la incesante cambiabilidad de las cosas y entender la circunstancialidad ajena no como una negación de la propia, sino como una referencia de potencial utilidad. Por lo demás, hay que tener presente que pocos hombres se atreven a enfrentar el curso determinante de su época; de ahí que sea raro que congeniemos con autores cuya óptica histórica estaba delimitada por unos acontecimientos que, en la actualidad, nos parecen en extremo disparatados. Pero veamos también que, en un mundo de cambios constantes, es lógico que las tendencias descollantes del pensamiento vuelvan a resurgir con nuevos bríos, posibilitando así las regresiones, los arcaísmos y, algunas veces, reencuentros de fértil perdurabilidad. Es por ello que no debe sorprendernos que Frazer sostuviera que con la difusión de las religiones orientales, que inculcaron la comunión del alma con un único Dios y la salvación eterna como único fin de esta vida, se diera una desintegración moral y cívica que debilitó los lazos de la familia y del Estado, negando el antiguo ideal civilizador del patriota y del héroe en favor del santo y del monje. De manera que tuvieron que pasar mil años para que esta recaída en la barbarie fuera superada con el renacimiento de la ley romana y la filosofía aristotélica, posibilitando el retorno de Europa a la más sana y viril visión de la occidentalidad. Pues bien, apenas medio siglo más tarde, otro sajón más lúcido y capaz que el primero, el filósofo de la historia Arnold Toynbee, durante su visita a México dictó dos célebres conferencias en el auditorio del IMSS, donde se refirió con agudeza a la ceguera con que Occidente se había impuesto al resto del mundo, remarcando algunos detalles fundamentales que se le habían escapado al inquisitivo Frazer, tales como la doma del caballo y la invención del hierro y del acero, debidos al coraje y la industriosidad asiática. Entonces, ¿por qué habríamos de encolerizarnos si, por ejemplo, un personaje tan inimportante para nosotros y obnubilado por la cultura griega, como el

profesor seudomarxista de la Universidad de Birmingham, George Thompson, nos dice que el contradictorio mundo de los aztecas se agotaba en una primitiva violencia tribal?

Don Ramón se levanta, toma el par de troncos de olorosa madera de corazón que quedaban de reserva y los arroja a la fogata. Se sienta de nuevo y su mirada parece reflejar la atracción ritual que desde tiempos inmemoriales ha hecho que el hombre se ensimisme contemplando la caprichosa fluencia de las llamas. Tengo muchas cosas qué decir pero no sé por dónde empezar. Pasa un intervalo de expectante interiorización y, al fin, don Ramón activa la exteriorización de la vivencia.

—¿Y bien?

—Pues es difícil, don Ramón, esa filosofía del cambio de la que usted habla no deja nada en pie y, al mismo tiempo, parece indicar que todo lo que existe tiene una natural y justificada trascendencia. Veamos mi caso: cuando estaba en Europa atrapado por las redes del academicismo y la pasión teorética, miraba hacia las culturas precortesianas como si se tratara de un mundo pleno de promesas truncadas que era necesario retomar para abarcar toda su potencialidad. Ahora, y después de los meses transcurridos en la costa, estoy de nuevo dudando de todo; lo grave es que ya no veo posibles mundos que puedan estimular mi voluntad de búsqueda y realización. Además...

Don Ramón, ignorando, ¿con intención?, el esfuerzo que supuso mi arranque, comienza un canturreo que me obliga a callar:

> Así habla Ayocuan Cuetzpaltzin
> que ciertamente conoce al Dador de la vida...
> Allí oigo su palabra, ciertamente de él,
> al Dador de la vida responde el pájaro cascabel.
> Anda cantando, ofrece flores, ofrece flores.
> Como esmeraldas y plumas de quetzal,
> están lloviendo sus palabras.

¿Allá se satisface tal vez el Dador de la vida?
¿Es esto lo único verdadero sobre la tierra?

Don Ramón me mira en silencio. Mil demonios se debaten dentro de mí.

—No sé a qué viene todo eso —le digo malhumorado—. Yo hablaba...

—Está bien que hables —me vuelve a interrumpir—, que reniegues, que te encabrones, que dejes que todo encuentre su fluencia natural. Si te he interrumpido, a sabiendas de tu desagrado, ha sido porque me parecía un momento crucial para constatar cierta diferencia entre el mundo occidental, del que todavía huyes como ingenuo, y el mundo náhuatl, al que tendrás que dedicar mucho más empeño y estudio si lo quieres de verdad conocer.

Las palabras de don Ramón dieron en el blanco. En realidad mi conocimiento de las culturas que poblaron el Valle del Anáhuac es un cúmulo de datos aislados e imprecisos. Me siento un poco más calmado. Miro a don Ramón que se entretiene dibujando con un palito sobre la resplandecida arena y le digo:

—¿A qué se refiere esa última estrofa que pregunta sobre lo único verdadero en la tierra?

—Ése es justamente el punto a desarrollar —me responde sin dejar de manipular el rústico implemento de dibujo—. Para Descartes, la salida de la duda original era la afirmación metódica del yo pensante; para los nahuas, lo único verdadero sobre la tierra era la flor y el canto. He aquí la diferencia crucial entre filosofía y poesía, ciencia y arte. Pero volvamos a esa duda precartesiana y precortesiana que tan mal estado de ánimo te produce...

Y por enésima vez me siento atrapado en un selvático lodazal, hundido paquidérmicamente hasta las rodillas y acosado por la insaciable agresividad de aguijoneantes nubes de mosquitos. Oigo una estruendosa carcajada, busco su procedencia, y me encuentro con la irracional imagen de un venado revolcándose en el borde de la ciéne-

ga y con una expresión inconfundible de burla compasiva. Venzo la desesperación que me aprisiona, y un odio inusitado hace aparecer en mis manos la vieja Topper calibre 20 de don Antonio. Apunto con rapidez y ¡praaffff!, estalla el universo en mil pedazos ensangrentados. Incorpóreo, tal vez en transición hacia la nada, oigo la sufrida voz de don Antonio regañarme: "Te dije que cuidaras siempre de no apoyar el cañón de la escopeta en el lodo...".

—¿Y bien? —interroga don Ramón sonriente.

—Pues de la patada —expreso con una acentuada sensación de salobridad en la boca—. Revoloteo sobre todo sin poder abarcar algo. Ni siquiera acierto a distinguir dónde reside la hipertrofia de civilización que me inutiliza por momentos.

—¿Y no será una consecuencia del deslumbramiento primitivista?

La pregunta de don Ramón aumenta todavía más mi desconcierto.

—No veo adonde quiere llegar —le digo en un extremado tono de sinceramiento.

Don Ramón se queda pensativamente fijo en el fuego; su rostro adquiere una gravedad que me hace sentir lo meditado de la respuesta.

—Mira, Eugenio —dice calmadamente—, hace más de quince años que frecuento el trópico y, aunque he visto varios intentos prometedores, hasta la fecha aún no conozco a ningún tránsfuga de la civilización que haya podido realizarse en este medio. Si me preguntas la razón, te daré la respuesta que un día encontré en el tristemente ignorado A. Castiglioni y que esperaba el momento propicio para leértela. Sacó una hoja del bolsillo de la camisa y la acercó a la luz del fuego: "Los hombres civilizados que han vivido entre los primitivos, perdiendo contacto con la civilización por muchos años, tienden a identificar su mentalidad con la de los nativos. Y es que cuando se destruyen las superestructuras de la civilización, el hombre primitivizado, impulsado por el terror, tiende a sobrestimar los peligros que lo amenazan y para defenderse acude a formas de pensamiento y acción desde tiempo atrás ya superadas. Este retor-

no puede producirse por muchas causas: hiperexcitación, encantamiento, alucinaciones por estupefacientes, etc.; estados que refuerzan la necesidad violenta del individuo frente a un grave peligro. De ahí la sensación de inferioridad y aislamiento frente a las fuerzas indominables de la naturaleza, y la necesidad de recurrir a todos los medios para superar el peligro. Es en esta forma como aparece la regresión: el individuo dominado por el terror, la necesidad de evasión y el deseo de agresión, retorna a las primeras creencias y a las prácticas primitivas... ".

—¿Entonces qué hacemos nosotros aquí, don Ramón?

—Bueno, lo que tú estás haciendo es retornar a un estado de angustia primitivizante, reactivando los recuerdos de la infancia y de un pasado remoto desenterrado por el miedo. Según Castiglioni, y yo sólo estoy de acuerdo en parte, es el predominio de la emoción sobre la razón; algo así como sostener que siempre que la función senscientе predomina sobre la función abstractizante, el individuo regresa a un estadio arcaico. Pero, como pronosticó Vico en sus reflexiones sobre la barbarie, el grupo repite siempre la historia del individuo...

—Le hablo en serio, don Ramón; si usted cree todo lo que me está diciendo, ¿cómo es que ha podido subsistir aquí por tantos años?

Don Ramón me mira extrañado:

—¿Quién te ha dicho que creo en lo que te estoy hablando? Te leí lo que hace tiempo encontré en la obra *Encantamiento y magia* del por mí muy querido Castiglioni; pero jamás sostuve que tal fuera mi parecer.

—¿Y cuál es entonces su parecer?

—Pues en principio, yo no huyo de la decadente occidentalidad como tú la llamas; ni tampoco me permito el vislumbramiento mágico del trópico. Para muchos, Castiglioni entre ellos, el mundo mágico existe cuando se pierde la actividad crítica del yo; es decir, la capacidad racional de análisis. Para mí esto es una concepción eurocéntrica y delimitante. La auténtica magia, esto es, el mundo ritual de las vivencias extáticas, tiene su propia crítica y fun-

damento; pero esto es algo que escapa a la suficiencia dialéctica de la mentalidad occidental. Bastaría, por ejemplo, que cualquiera de esos propugnadores incondicionales de la razón se pasara toda una noche encima de un árbol, con un cielo kantianamente estrellado sobre sí, acosado por interminables oleadas de mosquitos y atento al menor ruido asimétrico con la sinfónica orquestación del medio, con el fin de poder distinguir a tiempo y localizar con exactitud la sigilosa pisada del venado, para que se diera cuenta cabal de lo mucho que ha perdido el hombre por su entrega incondicional al fetichizado mundo tecnológico...

—Sigo sin poder vislumbrar una salida oxigenante a todo este cúmulo de opiniones. ¿Por qué no personaliza usted un poco más sus respuestas y me dice cuál es su auténtica posición?

—¿Con respecto a qué?

—Pues, por ejemplo, ¿qué piensa de la división frazeriana entre guerreros-héroes y místicos-santos? ¿Coincide usted en que el desplazamiento del culto social de los primeros por los segundos implica un regreso inevitable a la barbarie?

—¡Vaya pregunta, querido amigo!

—¿Qué tiene de extraordinario?

—Ese es el meollo de todos mis desvelamientos actuales; a saber: ¿puede existir una sociedad permanentemente guerrera?, ¿es posible una forma de asociación perdurable externa e internamente si todos, o la mayoría de sus integrantes, se entregan a la renuncia ascética y al misticismo?, ¿se debe, por tanto, en tiempos de belicosidad perseguir los naturales brotes de pacifismo, y en tiempos de paz eliminar los peligrosos remanentes del virtuosismo guerreante?, ¿y no daría esto como consecuencia, bien una sociedad incompetitiva, ultraterrenal y fanática, o bien una sociedad autoritaria, violenta e intransigente? He aquí algunas de las cuestiones cuyo intento de esclarecimiento ocupa todo un capítulo del primer tomo de mis desvaríos existenciales. ¿Te das cuenta del caudal histórico al que remite este río de preguntas? Es la eterna lucha de Ares con-

tra Atenea, de Tezcatlipoca contra Quetzalcóatl; guerras floridas y areté, logos y flor y canto. En fin, es un mundo aparte del que ahora nos ocupa...

—¿Es que no hay una estrecha relación entre el mago, el guerrero y el místico?

—¿Y el filósofo y el poeta y el político?

—Está bien, tratemos de rehacer el caos, volvamos al principio. Si aceptamos que la religión y la ciencia son estadios superiores que inutilizan el fundamento de la magia, ¿no se colige de aquí que nuestro tiempo tecnológico señala el fin irreversible de una búsqueda?

—Otra vez estás sentando premisas unidireccionales que sólo pueden conducirnos a conclusiones gratuitas. ¿Dónde has encontrado tú un ser perfectamente científico, religioso o mágico? Mientras exista la capacidad de sorprenderse ante lo desconocido, seguirá existiendo la magia; mientras exista el temor, consecuencia del vértigo existencial en que nos sume ese desconocimiento, seguirá existiendo la religión, y mientras el hombre continúe sorprendido y apresado entre el horror a la nada y el deseo de abarcar el todo, continuará ejerciendo su imperio la ciencia. En todo caso, se trataría más bien de establecer un juego de determinaciones en la siempre vigente dirección spinoziano-fichteana. La pregunta sería, pues, ¿cómo saber el momento en que el exceso de una determinación debe ser contrarrestado con el surgimiento de otra?

Don Ramón se calla. La fogata es ya una ruinosa manifestación de abrasamientos agonizantes. Sé que cualquier movimiento, ir a buscar más leña, por ejemplo, puede activar un punto final brusco y desencumbrante.

—¿Y cómo afronta usted este juego de determinaciones en su vida diaria? —le pregunto con cautela.

Me mira con fugacidad y regresa a su distraimiento. Hunde varias veces su palito, se detiene un momento y me afronta:

—Mi religión es el culto al medio, mi magia el respeto ritual a la diversidad energética de las fuerzas del entorno, y mi ciencia la

mejor manera de afrontarlo. Por lo demás, los cambios de determinaciones son impredecibles, vienen dados por el momento...

—Y pasando a un nivel histórico, ¿no podríamos decir que la determinación de la magia produce iluminados y visionarios, es decir, grandes artistas; la determinación de la religión, obsesiones y sugestiones colectivas, esto es, grandes profetas y mártires; y la determinación de la ciencia grandes tiranos y líderes guerreantes?

—Vuelvo a repetirte que no existe tal purismo interexcluyente. Muchas veces las determinaciones latentes, consideradas por su ocultamiento secundarias, al ser puestas a la luz revelan su condición de causalidad hegemónica. Veamos el devenir histórico, ¿dónde ubicaríamos la primera gran caída de la magia?

—Sin duda con la aparición del cristianismo...

—Afirmación muy cuestionable. ¿Dónde quedaría, entonces, todo el esplendor helénico, los altos vuelos racionales socráticos, los múltiples empeños nomológicos aristotélicos, la legislación política y el Estado ideal platónico y la singular moral epicúrea?

—Bueno, el caso griego cabría más bien considerarlo como el primer gran desplazamiento de la magia por la razón; mientras que en el caso del cristianismo la determinación emergente sería la religión.

—Buen señalamiento. He aquí una refutación de la superficial unidireccionalidad frazeriana; y, al mismo tiempo, una confirmación de la espiralidad del devenir histórico. Grecia, devastada por sus absurdas guerras civiles, terminó por perder la determinación de la razón y del Estado, propiciando la invasión, que tanto encolerizó a Frazer, de la cosmovisión oriental y, con ella, el nuevo dominio de lo mágico. Hécate, diosa de la luz y de la bondad, se convierte en protectora de los hacedores de tinieblas...

—¿Pero no cree usted que esta primera caída de la magia ante la razón, y el posterior resurgimiento de la magia oriental, sirvió de crisol para que helenismo y judaísmo se unieran en el ideal cristiano?

—Sí, siempre y cuando consideremos el helenismo y el judaísmo en cuestión como momentos de decadencia y no de esplendor. Ni el misticismo neoplatónico de Plotino, ni el teísmo alucinado de San Agustín, hacían la menor referencia positiva a la gozación de la terrenalidad que persiguieran los judíos y los griegos.

—De todas maneras, con el advenimiento del cristianismo la magia se convirtió en herejía y, como tal, fue perseguida y castigada. ¿No significó esto un retroceso mayor que el representado por la caída de Grecia?

—¿Adonde quieres llegar?

—A lo siguiente: creo con firmeza que la fe religiosa produce mayores aberraciones que el encantamiento mágico.

—Es posible...

—Además, estará de acuerdo conmigo en que la magia, por su respeto intrínseco a las fuerzas portentosas de la naturaleza, está mucho más cerca de la ciencia de lo que puede estarlo la religión. De ahí que hayan sido precisamente los grandes estudiosos de la magia natural, como Agrippa von Nettesheim, Paracelso, Bruno, Roger Bacon, etc., los que propiciaron la segunda gran caída de la magia en favor de la ciencia experimental renacentista.

—No faltarían científicos y filósofos que a la mención, en verdad arbitraria, de esos escurridizos personajes, opusieran con fervor la integridad religiosa de un Alberto Magno o su discípulo Tomás de Aquino. Como sea, tanto el individualismo renacentista, como más tarde la Revolución industrial, y en nuestros días la Revolución tecnológica, si bien implican en su pasión científica un desplazamiento radical de la determinación mágica, no dejan de confirmar, al mismo tiempo, la imposibilidad de un modelo social donde una de las tres determinaciones (magia, ciencia o religión) pretenda absolutizarse de manera autoritaria. Valgan como ejemplo las pulsiones arcaizantes que, como consecuencia de la crítica belicosidad de la ciencia actual, proliferan por doquier en una amalgama monstruosa de fanáticos sectarismos y formas comercializadas de ritualizaciones oscurantistas.

—Sí, pero también están los ecologistas, con el viejo sueño marxista de humanizar lo natural y naturalizar lo humano. Todo está cambiando…

—Siempre ha sido igual. Surgirán otros *Asno de oro* como el de Apuleyo, otras *Enseñanzas de don Juan;* habrá grandes buscadores de lo total como Leonardo da Vinci o Marcel Duchamp. Tendremos caudillos iluminados como Alejandro Magno o Fidel Castro, y mártires como Jesús o Che Guevara. En fin, querido amigo, no hay tal evolución lineal, ni logros irreversibles, ni revoluciones que no lleven en su ansia de poder el germen de la reacción y el autoritarismo…

—¿Qué nos queda entonces en este marasmo cambiante y enloquecedor?

—Tal vez lo importante sólo sea estar, mantenerse a flote en este río de…

—¡Mierda!

—¡Cuida los demonios de tu infancia, muchacho! Y aunque el río sea de mierda, como tú lo ves, el mejor salvavidas siempre residirá en la fuerza elemental del sinceramiento y la integridad.

—¿Sinceridad o apendejamiento?

—Tal es la cuestión. El problema es saber dónde termina la sinceridad y principia el apendejamiento…

Se oyen unas sólidas pisadas en la arena. De manera instintiva miro hacia los límites donde se funden el comienzo y el fin de dos mundos de inagotable contenido. Don Ramón mueve con sigilo su varita y señala la oscura espacialidad que se abre a sus espaldas. Imposible distinguir silueta alguna en medio de tamaña negritud. Busco la luna, que supongo oculta tras algún ennubamiento tenebrante, y la inexistencia de la menor difusión lumínica me hace entender que la pacífica deidad de místicos y magos hace ya tiempo que desapareció en la

atemorizante frialdad de Yohualli-Ehécatl, el paralizante viento de la noche.

—¡Helo aquí! —exclama don Ramón incorporándose.

El sonido caminante se acerca claro y rítmico, y por fin acierto a distinguir la arqueada figura de don Antonio con una masa negruzca sobre sus espaldas.

—¿Qué fue, Antonio?

—Una prieta, don Ramón.

—Estupenda para una barbacoa.

La imagen de los dos hombres bajando la tortuga se me aparece como uno de los cuadros rituales que energizan la cabaña de don Ramón. Me acerco al animal, que aletea desesperado, y me invade una sensación de profundo respeto, que pronto se transforma en una angustiosa rememoración.

—¿Qué pasa, hombre? —me dice don Ramón golpeándome con afecto la espalda.

—No sé —respondo poseído por una emoción extrañante—, tal vez sea consecuencia de todo lo que hemos estado hablando, pero siento una inexplicable admiración por la desesperante impotencia que emana de este animal. ¿Tiene huevos, don Antonio?

—Puede que tiernos; los demás quedaron enterrados.

—¿Cuántos años cree usted que tenga?

—¡Sepa! A lo mejor nacimos el mismo año.

—Creo que te estás dejando apendejar —me palmea de nuevo don Ramón—. ¿No es cierto, Antonio?

—Pues al principio siempre es así, a uno le pesa la vida del animal. Después tortuga, venado o cristiano, todo es igual. Hay que hacer lo que manda el corazón y ya.

—¿Y el respeto a lo natural, don Antonio? ¿No piensa usted que existen imperativos que están más allá del individuo?

Don Ramón y don Antonio se llevan la tortuga hacia los matorrales. El indefenso animal se pasará el resto de la noche debatiendo en vano, tratando de voltearse para regresar a su nunca tan

deseado medio. Una vez más no puedo evitar imaginarme sometido a semejante tortura: ¿podría aguantar mi mente?

—Date cuenta, Eugenio —me aborda don Ramón ya de regreso—, aquí ni Freud, ni Lacan, ni Francisco de Asís, ni Cousteau, ni ningún ecologista metaurbanizado, tienen la menor opción criticante. No es con paliativos autocastigantes ni con remordimientos pequeñoburgueses como se va a lograr la armonización de las confrontaciones existenciales. Es el colmo del apendejamiento vivir ignorando las monstruosas manifestaciones de lo que llaman civilización, para anonadarse de pronto ante un acontecimiento que se remonta a tiempos inmemoriales.

—Según usted parece indicar, para no apendejarnos hemos de permanecer impasibles ante todo. ¿Dónde queda entonces la capacidad de sorprendencia?

—Yo no he dicho, ni siquiera insinuado, tamaña barbaridad. Uno se apendeja cuando se deja sorprender por las consecuencias de la dinámica interna de su lucha, cuando duda ante lo inevitable; en fin, cuando permite que la presencia especulativa del deber ser negativice la fuerza del ser actual. ¿O no es así, Antonio?

—No se me hace que sea necesaria tanta palabrería. Para mí, uno se apendeja cuando permite que le enturbien su mirar y le atemoricen el corazón.

IV. En busca de los orígenes de la dinámica beligerante

Podría decir, aun acostumbrado a los violentos chaparrones que inundan de pronto las juniales tardes de la Ciudad de México o a los invernales efluvios que entristecen decembrinamente la ciudad de París, que nunca había visto llover de manera tan aparatosa como la temporada pasada en Playa Tortuga. Sin embargo, y pese a la exuberante agresividad del medio, los tres meses de acuosa efervescencia se me fueron con rapidez hacía el recuerdo. Hice cosas que nunca había hecho, como bajar doce metros a pulmón libre para arponear un pargo de cinco kilos; saboreé platos que nunca había probado; leí un montón de libros profundos y estimulantes; y encontré, en la persona de don Ramón, un auténtico impulsador de mi pasión cognoscente. De todo, ¡menos matar un venado!

Varias veces, adentrado en la maleza en que acostumbra guarecerse el venado, había visto desaparecer relampagueante una sombra imprecisa. "Haces demasiado ruido al caminar", me había dicho don Antonio. Otras más, noctivagando en los linderos de la playa, había oído unos penetrantes chiflidos de sonorencia casi humana, acompañados enseguida de una torbellínica carrera que parecía arrastrar todo a su paso. "Te olieron", volvió a criticarme el recio zapoteco. "Nunca debes venadear con el aire a tus espaldas".

Por fin, ya pasadas las lluvias y en plena implantación de los abrasantes calores tropicales, don Antonio me condujo a un apartado lugar donde dos árboles de ébano tapizaban de secas vainas un suelo muy huellado por los venados.

—Mira —me dijo don Antonio—, aquí está la cagada tierna, segurito y vienen esta noche.

Al oír esto, se me despertó vivamente la emoción y le pedí a don Antonio que me indicara el lugar más propio para acecharlos.

—Pues ahí mismo —respondió señalándome dos gruesas ramas del más frondoso de los árboles—. Te traes tu hamaca y te estás quietecito hasta que oigas las pisadas; después, acomodas con cui-

dado la escopeta y prendes la lámpara hacia el cielo, la vas bajando despacito y verás que se te hace matar un venado.

Fue así que, recostado el sol sobre el horizonte, tomé los implementos que con tanto esmero había preparado durante el día y fui a colgarme del árbol como hace milenios hicieran nuestros antepasados. Imposible narrar todos los pormenores de la espera y la cantidad chorreante de pensamientos que acudieron a mi mente. Las tres o cuatro primeras horas representan un hito en mi vida que jamás podré olvidar. Sentía las nalgas agujereadas por tanto zancudo; la hiperexcitación me había vuelto loco y por doquier oía pisadas y veía masas oscuras en sigiloso desplazamiento. Toda mi existencia, en sus rasgos más pronunciados, desfiló con fugacidad ante mi mente, y la constante visión del constelado firmamento me hizo revivir de manera sorprendente los imperativos kantianos a los que había aludido don Ramón motivado por semejante experiencia: el cielo estrellado sobre mí y la ley moral en mí. Se sucedieron largas y densas las horas, y lo cierto es que hubo un momento en que ya no supe distinguir la vigilia de los sueños. Prendí varias veces la lámpara creyendo haber oído algo, y nunca pude encontrar la figura deseada de ese extraordinario representante del pacifismo más puro y naturalizado, acostumbrado a señorear por igual en los dominios de la luz y de las tinieblas. Al amanecer, mi cuerpo era un doloroso entumecimiento de miembros, y tenía la agobiante sensación de que mi vejiga terminaría por reventarse de un momento a otro. Así es que bajé con todos los bártulos del árbol y, en el mismo lugar donde había orinado justo antes de embarcarme en tamaña odisea, solté un río humeante que justificó todos los castigos nocturnales. Al regresar, don Antonio estaba tomando su café y se me quedó mirando entre sorprendido y desconfiado.

—¿Y el venado?

—Se lo llevó la chingada —le respondí en un tono que no dejaba lugar a preámbulos.

—¿Qué pasó?

—Eso es lo cabrón, que no pasó nada.

—Algo hiciste mal.

—¡Oh, qué ganas de joder! ¿No ve cómo vengo?

—¿No te habrás cagado por allí cerca?

—¿Está prohibido o qué?

—No, derecho, ¿no habrás hecho por allí alguna necesidad?

—Pues que yo recuerde sólo oriné dos veces bajo el árbol...

—¡Me lleva la chingada!

—¿Y eso?

—¿Cómo que y "eso"? Pues si serás rebruto. Ten por seguro que ni en semanas aparecerá por allí el más pendejo de los venados.

Hacia finales de noviembre llegaron las palomas de ala blanca, que huyendo de los adormecedores fríos del norte se amontonaban de felicidad en torno a la tropicalísima laguna de Playa Tortuga. Fue en ese oasis de costeña verdecencia, donde me di gusto disparando el Remington calibre 22 de don Ramón; y, ante la exquisitez de las inigualables pechugas de paloma, se disiparon totalmente los remordimientos de raíz pacifistacitadina. Allí también descubrí por primera vez las impresionantes huellas del casi extinto puma costeño; y en uno de los más recónditos extremos de la laguna, creí con seguridad que me estaba destinado abatir mi primer venado.

La amistad con don Ramón había alcanzado una profundidad a prueba de toda desconfianza, de manera que podía yo disponer con libertad de los estupendos implementos tecnológicos con que contaba el singular celta. La primera vez que usé la escopeta Browning automática calibre 12 de cinco tiros, fue bajo su supervisión y en plena lección de cómo debe dispararse al vuelo. Después, conocido ya el mecanismo de funcionamiento y limpieza, pude disponer del fantástico instrumento a mi arbitrio.

Pues bien, heme aquí, luego de varias aproximaciones exploradoras guiadas por el experto don Antonio, de nuevo sobre un árbol; pero esta vez encima de un huanacaxtle que está justo en el borde de la parte más enmontada de la laguna, y con un viejo recipiente don-

de, para evitar que el animal olfatee mis emanaciones corporales, se está quemando con lentitud un trozo de excremento seco de vaca. Son poco más de las seis de la mañana; no hay mucho zancudo y me siento poseído por un estado de ánimo extasiante. A unos minutos de haberme instalado y tener pronta la Browning con cinco tiros del cero, comienzan a llegar las palomas arroyeras y, poco después, un grupo de desconfiantes chachalacas.

El espectáculo no puede ser de mayor emoción. Totalmente impasible, permitiendo tan sólo el ligero desplazamiento de la cabeza, observo el cada vez más confiado acercamiento de los sedientos visitantes. En este tiempo, y movido por las sugerencias de don Ramón, estoy ya en plena elaboración de lo que una vez puesto en orden serán estos escritos. Así es que, con extrema precaución, abro la bolsa que tengo colgada junto a mí y extraigo una pluma y un cuaderno para tomar unas notas. Cuando por fin me doy un respiro entre ver, gozar y escribir, deduzco por la posición del sol que habrán transcurrido unas tres horas sin el menor indicio de la venádica presencia. Nunca se sabe, resuena en mi mente la voz de don Antonio, pueden bajar temprano o al atardecer. La cuestión es estar siempre alerta. Y es justo en este momento, cuando siento claras y distintas las pisadas de un animal que viene acercándose. Alisto la escopeta, le quito el seguro y encañono el lugar que me señala el oído. ¡Helo aquí! ¿Pero qué es eso?, me pregunto observando al animal que viene derecho hacia el agua. Ya más cerca, llego a la conclusión que no puede ser otra cosa que un tejón; un enorme tejón solitario. ¿Le tiraré, no le tiraré? No lo olvides, resuena otra vez la metálica voz en mi interior: cuando se va al venado, se va al venado. Mierda, ¿le tiro o no le tiro? ¡Tírale, pendejo, se te va a ir! ¡No le tires, afiebrado, el disparo va a asustar a todos los animales! Y así estuve, en una sucesión acelerada de pros y contras, durante un tiempo carente de solidez e infijable. Cuando volví a la laguna, la imagen del tejón se había reducido a una peluda cola que se balanceaba sobre unos cuartos traseros en dirección a la espesura. Automáticamente apunté en esa dirección

y ¡pum!, se me fue un disparo. Sentí, más que vi, un fenomenal alboroto entre los matorrales, y, veloz como un águila, bajé del árbol y me precipité con la escopeta en la mano tras el rastro del animal, que sin duda estaba tocado. Busqué con cuidado y no vi nada; avancé un poco más y casi me caigo del susto que me produjo el animal al salir disparado de un matorral para encaramarse a un árbol. Apunté entre el ramaje y ¡pum!, nada, ¡pum! y salta al suelo, ¡pum! y por fin se queda quieto a unos quince metros de mí en actitud agonizante. Me queda un solo tiro en el cargador; sin quitar un ojo de encima de la estertórica presa, extraigo de un bolsillo de la camisa tres tiros y se los meto a la Browning. El animal boquea con desesperación; tras él se hace ya visible un profuso rastro de sangre. De repente, levanta su cabeza como queriendo largarse. Apunto a su pescuezo y deja caer la cabeza en una clara manifestación de agónica impotencia. Comienzo a intranquilizarme, parece que los zancudos lo notan y se lanzan a asediarme. ¿Estará mortalmente herido? ¿Entonces, por qué tarda tanto en consumarse? ¿Y si me acerco? No, puede ser peligroso, hay que tener cuidado; y más con un animal en agonía. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¡Pinche animal de mierda, muérete ya de una vez! Crece la sensación de angustia y, ante la imagen del abdomen del animal que se infla y desinfla de manera agitada, se adueña de mí el remordimiento y me contagia su respiración frenética. Maldigo una y mil veces que esto me tenga que pasar a mí. Estoy a punto de tirar la escopeta al carajo, pero me detengo sobresaltado al ver en ella la expresión sonriente de don Ramón. Y el animal sigue agonizando, la laguna agoniza, Playa Tortuga agoniza, el mundo entero agoniza. ¡Mierda! Apunto a los cuartos delanteros del causante de tan espantoso desasimiento y ¡el animal se incorpora dispuesto a largarse! Busco su cabeza y ¡pum!, siente el impacto de lleno y se lanza al aire en aparatosas acrobacias espeluznantes. Entre salto y salto clava sus colmillos en lo que encuentra, desgarra todo a su paso. Hasta que por fin viene a caer a un par de pasos de mi ser helado. Lo primero que acude a mi mente es el extraordinario cuento del peruano Ar-

guedas, "La agonía del Rasu-Ñiti", o algo parecido, que vivencializa con maestría la postrer danza de un principal quechua, ¿varayoq?, al final de la cual el nahuálico cóndor cae muerto ante la admiración de los congregados. Me acerco a la nunca tan respetada presencia del tejón y compruebo, con una mezcla de repulsión y sorpresa, que está totalmente acribillado. ¡Cielos, qué energía, qué fuerza, qué lección! Lo agarro por la cola y me aproximo a la laguna para lavar la sangre del crimen cometido.

Para mi desgracia, cuando llegué a la cabaña estaba don Antonio en amigable plática con don Ramón; de manera que a la desenergización emanante del sacrificio realizado, se vino a sumar un cachondeo que me enfureció a tal grado que tuve que retirarme a la playa y lanzarme a correr como una deleznable reencarnación de Caín, hasta que finalmente me arrojé sobre la arena exhausto. Ignoro cuánto tiempo estuvo mi cuerpo allí, encogido bajo la calidez energizante del sol, pero mi mente no cesó de vagar desquiciada a través de sufrientes mundos, acosada por una sucesión interminable de ensangrentados tejones en actitud amenazadora. Horrorizado, sentí que una de las más temibles representaciones tejónicas se prendía de uno de mis brazos, y al despertar sobresaltado me encontré con la imagen de Toñito, el hijo de don Antonio, que me miraba sonriente:

—Dicen mi papá y don Ramón que se deje usted de pendejadas y que se vaya, que lo están esperando en la casa.

Me tomé el tiempo suficiente para darme un baño y desprenderme de una vez del absurdo sentimiento de culpa que todavía me acosaba. Al llegar a la cabaña, don Antonio y don Ramón platicaban en torno a una mesa ocupada por dos vasos y la inconfundible botella de mezcal de don Antonio (un envase de licor de café Kahlúa desprovisto de su original identificación). Aparentaron no verme, y sólo cuando ya estuve ante ellos me invitaron a sentarme.

—Pues ahora sí te toca a ti, Antonio, tú invitas, tú debes ser por tanto el encargado de las introducciones. Pero esta vez sin preámbulos, ve derecho al asunto.

Don Ramón y don Antonio se miran en una dimensión que me parece distante a raíz de mi vivencia en la costa. Ojeo fugazmente a don Ramón y me detengo de golpe frente al mirar derecho y sincerante del siempre alerta don Antonio.

—Va a estar medio cabrón, pero ni modo, así son las normas de la vida, lo mismo en el aprecio que en el enfrentamiento.

La voz de don Antonio se concentra, y al hacerlo me hace, al mismo tiempo, sentir la profundidad de donde vienen las imágenes que comienzan a revolotear colibrímente.

—Hay quienes nacen con estrella y hay otros que nacen estrellados. El día que yo nací mi padre mató a un turco que quería caciquear la región. El hombre se llamaba Antonio, de ahí que, para equilibrar el desarreglo, me pusieron el nombre del finado. El día de mi bautizo mataron a mi padre y el día del velorio mataron a quienes lo mataron. De ahí para adelante todo es enmontamiento, huición, estar siempre corriendo y acechando para que no te acechen. Nací, pues, estrellado.

Don Antonio apura un buen sorbo de mezcal y prende con fruición un cigarrillo.

—Bueno, así que desde muy chamaco me hice a la desconfianza; mi vista y mi oído se hicieron muy agudos y podía estar horas parado en un árbol sin que ni los perros que pasaban por debajo tuvieran el menor rastreamiento. A los ocho años maté mi primer venado y el día de Todos los Santos de 1935, recién cumplidos los trece años, contraje mi primera deuda con San Pedro al enviarle un hijo de la chingada que se puso abusivo con mi madre. De ahí para acá Dios me perdone por las vidas que tomé, pero verdad de Dios que no había semana que no me chingara tres o cuatro venados, ni año que no enviara a San Pedro algún cristiano. Entonces, tiene razón don Ramón al decir que mi escuela fue la cacería y mi maestro la malosidad de la vida.

Don Antonio interrumpe la narración y le grita a su mujer que traiga por favor unos limones, que va a hablar para largo y se le reseca la garganta. Vienen los limones, se mete la mitad de uno en la

boca, lo mastica y lo escupe. Se echa un nuevo trago de mezcal y pregunta ya entrado en los efectos de la agávica quemazón:

—¿En qué estábamos, don Ramón?

—Tu última cacería. Antonio...

—Ah sí, le voy a platicar aquí al inquieto compañero el último envío a San Pedro. Bueno, pues ahí va. Fue, si no me recuerdo mal, en la cuaresma de 1973. Vivía yo entonces en Santa Cruz y le tocaba a mi compadre Polo el puesto de vigilancia de la cooperativa. El pueblo estaba muy tranquilo hasta que llegaron cinco hermanos que, según comentarios, venían huyendo por alguna maldad hecha en Copalita. Hubo varios pleitos por su causa, y el mayor de ellos a todo el mundo se le echaba amenazando y mentándole la madre. Pero de ahí no pasaba a mayores. Hasta que un amanecer, creo que del tercer viernes, me viene Apolinar, el agente, a decir que acababan de encontrar acuchillado en la cooperativa a mi compadre Polo. Ah chingados, me dije, eso sí que es grave. Nos fuimos de volada para allá y sí, el pobre de Polo estaba tirado en un charco de sangre, con una cuchillada en la cara, otra en el brazo y varias más en la barriga; para qué seguirle: todito reventado. "¿Y qué se sabe?, le pregunté a Apolinar. "Pues dicen que tío Mingo vio anoche a los huidos platicando con el difunto". "Hay que dar parte a Pochutla mientras vemos qué pasa", dije para ir adelantando el entierro del finado. "Yo voy, tío", habló mi sobrino Teto, "al cabo tengo allá un asunto que me urge". "Muy bien", respondí, y luego de dejar montada una guardia nos fuimos a la agencia a ver qué averiguábamos con la plática. A eso del atardecer llegaron las autoridades de Pochutla, y un licenciado que traían, luego de mirar una y otra vez el cuerpo desnudo de mi finado compadre, dejó escapar, como para que nada más oyeran los que lo acompañaban, que se habían trabado en pelea pues el difunto tenía en las uñas trozos de piel y sangre que debían ser del que lo había acuchillado. Inmediatamente mi compadre Juan, Apolinar y yo nos hicimos a un lado, y tras breve plática acordamos mandar a ver si alguno de los huidos tenía huellas de haber peleado. Y tal como suponíamos, resultó ser el

bravucón, que era el mayor de ellos, el que tenía toda la cara arañada. Lo mandamos llamar y se disculpó diciendo que no estaba bien, que lo había tirado el caballo sobre un espinal y que estaba lastimado. "Es él, compadre, no nos quepa duda", dijo mi compadre Juan. "¿Le caemos?", sugirió el agente. "Esperen, esperen", dije yo, "mejor vamos con calma. De momento hay que ponerle unos topiles encima para evitar que se nos pele".

Así estaban las cosas, todos alerta pero sin poder dar un paso. A la madrugada, ya para amanecer, me cayeron el agente, mi compadre Juan y varios más, que ya habían aprehendido al cabrón en plena fuga y que entre sus cosas llevaba el aparato de radio que siempre oía mi compadre Polo y que le habían robado al matarlo. "Hay que chingarlo ahora mismo", dijeron varios. "Nada de eso", sentencié. "Enciérrenlo en la agencia hasta que vengan los judiciales de Pochutla".

Don Antonio suspende por un momento la fluida rememoración y se embucha el enésimo trago de mezcal.

—Pues para qué hacerla larga, vinieron los de la judicial y se lo llevaron. Los demás hermanos desaparecieron como chachalacas después del escopetazo. Hubo alboroto en el pueblo. Enterrado el pobre Polo ya nadie se acordaba de él. Toda la plática era qué chingones somos, en nuestro pueblo nadie se mete a la brava, y demás pendejadas de chamaco. Pasaron las semanas, los meses, y apenas pasadito el medio año del suceso, que se riega la noticia que soltaron al asesino y que se viene para acá con sus hermanos para rajarle la madre a los que lo apresaron. Y córrele ñero, de todos los que se hinchaban con el valor del apresamiento no quedó ni uno. Para Puerto Escondido, para Salina Cruz, para todos los lados se fueron; y al final, el mismo agente Apolinar nos vino a decir a mi compadre Juan y a mí, que platicábamos para buscarle una solución definitiva al pleito, que lo sentía mucho, que él se iba, que de pendejo se dejaba matar, mejor se rajaba y ya. Y ahí estamos mi compadre Juan y yo solitos ante los huidos. Mi compadre era de la opinión de que fuéramos a Oaxaca a buscar a los federales. Yo le hice entender que si había salido tan

pronto de la cárcel era porque tenía dinero e influencias, de manera que no podíamos contar más que con nosotros mismos. "¿Entonces, compadre?". "Pues no hay más que madrugarlos".

Mi comadre Chencha, que vendía pan, nos vino con la nueva de que los huidos estaban en Tangolunda, apenas a medio día de camino de Santa Cruz, y que se aprestaban para venirse de inmediato. "Agarra tu escopeta", le dije a mi compadre, "y vámonos a Chagüé a esperarlos". Arreglamos todo y ya de salida, al anochecer, que va llegando mi sobrino Teto con su 22 y que me dice: "Tío, déjenme ir con ustedes, este riflito está viejo, pero hay que ver cómo encuentra el blanco". Y nos fuimos. Después de casi tres horas de camino llegamos a un pequeño cerro y mi compadre, ya nervioso y cansado, dijo que ahí era el lugar indicado para la espera. Revisé el sitio con calma y vi que allí el aire revoloteaba, así que no era aquél el lugar propio para esperarlos. A regañadientes de mi compadre tomamos de nuevo el camino, y un par de kilómetros más adelante encontramos un recodo muy enmontado, donde la vereda se hacía estrecha y no soplaba ningún aire. "Aquí nos quedamos", dije con firmeza. Y allí nos quedamos, cada quien acomodado en el árbol que más le había convenido. Y pasó la primera hora, la segunda, la tercera, y yo empecé a decirme que aquello no era más que añadir un nuevo venado a los muchos que ya me había chingado. Al rato me ganó el cansancio y empecé a cabecear; me cambié despacito de posición y, al acomodarme, que voy viendo la claridad con que se anuncia el amanecer. Cuántas veces en mi vida había visto amanecer encima de un palo, esperando en el órgano, en el ébano, en el ciruelo, en el pochote, en los aguajes, y sin embargo, estaba un poco nervioso y me sudaban las manos. Un cabrón más, me decía, qué es uno más después de haber chingado tantos. Y que voy sintiendo unas pisadas, apresto la escopeta y por costumbre busco el cuerpo del venado. Pero no eran las pisadas desconfiadas del venado, se oían más lejanas y pesadas. "Ajá", me dije, "ése es un caballo". Y así era, al ratito divisé el caballo sobre el que venían dos jinetes. Por suerte empezó a clarear rápido, y ya cuando estaba la bestia entrando en

la vereda se detuvo de improviso y reconocí en el hombre que venía al frente al grandísimo hijo de la chingada que estábamos esperando. En ese momento casi le gana la inquietud a mi compadre, y el huido como que se las olió; aprestó su carabina y le dio al chamaco que lo acompañaba en la montura una escuadra que sacó del cinto. Después taconeó suavecito a la bestia y avanzó despacito sin dejar de prestar atención al menor movimiento del ramaje. Atrás se oyeron otras pisadas y varias voces, y deduje que eran todos los hermanos que venían guardándole la espalda. El hijo de la chingada parece que sintió la intranquilidad de mi compadre Juan, pues se salió de la veredita y vino derechito hacia el palo donde estaba yo. Apunté con mucho cuidado a la cabeza y, ¡qué San Pedro lo bendiga! La bestia saltó asustada y junto con el cuerpo desmadrado del grandísimo cabrón cayó a tierra el pobrecito chamaco. Metí otro tiro en la escopeta, apunté, y me quedé siguiendo la espaldita flaca de aquel indefenso escuincle que, asustado como un conejo, corría entre los matorrales sin siquiera haber sacado la escuadra. Todo se quedó en silencio, nada se movía, nada se oía; por fin, pasado un cuarto de hora, bajé del árbol y me acerqué al cuerpo ensangrentado de aquel pobre diablo cuya alma llamaba ahora a las puertas de San Pedro. Llegaron mi compadre y mi sobrino. "Corrieron como venados, tío", dijo Teto. "¿Y por qué chingados no le tiraste al chamaco? Tenía una buena escuadra", respingó mi compadre. "Está bien así, compadre, no hay que chingar a los mandados sino a los que mandan".

Allí mismo descuartizamos el cuerpo del desgraciado y en un costal metimos los restos y lo llevamos al mar para que sirviera de botana a los tiburones...

—¿Y los demás hermanos? —pregunté mordido por la impresión del desenlace.

—Pues tres de ellos se fueron para Zipolite, y al otro creo que lo mataron allá por Mazunte.

—¿Y allá viven?

—¡Sepa la chingada!

—No lo tome así, don Antonio, es que quería saber si los conocía.

—Uno creo que se llamaba Aristeo y otro Erasto...

—Pues claro que los conocí, frecuentaban mucho a Félix el Barrigón. Y al decir esto, acudió a mi mente la conflictividad incesante de la que eran causa tío Tello (Aristeo) y su familia de rateros y traficantes. Varias veces había estado a punto de tener serios problemas con ellos y, por el Barrigón, sabía que habían sido ellos los que robaron mis pertenencias cuando habitara en la cabaña de aquél.

Don Antonio, ya amarrado por los mezcales, mostraba ahora una expresión de felínica acechanza, acentuada por el encendido brillo de sus ojos. Llamó con reciedad a su mujer y le dijo que queríamos comer.

—Ya va —respondió ella con un tono que dejaba entrever cierto desagrado.

—Don Ramón ya está más allá de todo esto —añadió don Antonio como queriendo explicar la actitud de su mujer—, es como ese López del libro que me prestó.

—Lope —interrumpió don Ramón—, Lope de Aguirre.

—Ese mismo, que veía en todas las mujeres un peligro capaz de chingar al más parado de los machos. Así que don Ramón, ya ni modo, se enamoró de los libros; pero tú, Eugenio, deberías traer una compañerita para que mi mujer comadreara a gusto y no se diera a juntar tanta bilis, ¿verdad don Ramón?

—Cierto —respondió aquél alzando con sopesada lentitud su vaso y deleitándose en un paladeante sorbo del contenido.

Con la llegada de la comida, se hizo un paréntesis silencioso que sólo se interrumpió una o dos veces durante el transcurso de la misma. Al concluir, don Antonio se palmeó repetidas veces su musculoso abdomen y alzando su vaso concitó a un brindis por el cazador y la cocinera. Bebimos y, en el momento en que la mujer de don Antonio retiraba los platos, don Ramón aprovechó para decirle que ni él mismo se atrevería a desafiar la excelencia del tejón enchilado que habíamos comido. Se fue la señora sonriente y con la solicitud de los

obligados cafés para ayudar a la combustión de tan profusamente sazonado platillo. Don Ramón extrajo de un bolsillo de su camisa un apetitoso cigarro puro y lo prendió con el mismo deleite que un principal náhuatl lo haría con su caña de picietl.

—Y bien —señaló enfrentando mi visión—. ¿Cómo ve un sociólogo transurbanizado las extremas manifestaciones de la pasión cinegética?

Ignoro cuáles fueron los mecanismos que se activaron en mi mente; tal vez el estado próximo al encantamiento en que me había sumido el relato vivencial de don Antonio, quizás fuera la acción excitante de la combinación tejón enchilado-mezcal; lo cierto es que de la pregunta planteada sólo la última palabra quedó vibrando en mi mente como si se tratara de algo extraño a la vivencia.

—¿Por qué hemos de recurrir siempre a lo griego, silenciando la magnitud de lo propio?

Don Ramón se quedó mirándome un poco sorprendido por esa respuesta que se había tornado en agresiva pregunta.

—Hombre, vaya planteamiento, es como si yo le dijera a Antonio que por qué no flechó a su enemigo o lo acometió con una rodela en lugar de usar una escopeta *made in* USA.

—No veo la relación de ese salto histórico.

—¿Qué no la ves? Pues hagamos la cosa más sencilla. ¿Dónde existe en la cultura náhuatl un tratado como el *Cinegético* de Jenofonte? ¿Por qué, sino por el conocimiento y la práctica del arte de la cacería, pueblos como los lacedemonios y los persas alcanzaron su esplendor y su dominio? Para los griegos, la caza es una invención de los dioses, concretamente de Apolo y Artemisa, y es por medio de la caza como se forjan los grandes héroes del esplendor helénico. Castor adiestró a Heracles, Quirón a Aquiles. Y es Jenofonte, precisamente, el que sistematiza la cacería como parte fundamental de la paideia. En el *Cinegético* se dice que la caza hace al hombre vigoroso, aguza su visión y su oído y le precave contra el envejecimiento prematuro, ¿o no es cierto Antonio?

—Así es —respondió amodorrado aquél.

—La caza, querido amigo, es la mejor escuela para la guerra, pues obliga al cazador a recorrer caminos difíciles cargado con sus armas, a soportar las penalidades del mal tiempo y a dormir al aire libre. Por último, le enseña a despreciar los placeres vanos y lo educa en la verdadera justicia natural...

—Todo eso está muy bien —dije interrumpiendo el acalorado discurso de don Ramón—, pero no creo que Sócrates, Platón o Aristóteles pensaran lo mismo.

—¿Quién te dijo tamaña barbaridad? En *Leyes* de Platón, obra de las más maduras y específicas, se señala la instrucción de la caza como una parte importante de la legislación educativa. Lo que Platón condena severamente es el uso de la red y de las trampas, y también la caza de aves, por considerar que no robustecen el carácter del hombre. Y, fíjate bien hasta dónde llega el genio visionario de este gran sublimador de las élites: prohíbe estrictamente que la caza se practique en las noches. Vamos a ver, Antonio, tú que sabes más que nosotros de estas cosas, ¿cuál es la causa principal de la escasez de la pesca?

Don Antonio se sacude sobre la silla y, tras breve meditación cuyo esfuerzo se refleja en la seriedad de su semblante, expresa:

—Pues yo creo que el chingado trasmallo.

—Preciosa respuesta, Antonio. ¿Y cuál es la forma de cazar que hace más vulnerable al venado?

—Ah, pues ahí ni para que darle más vueltas: la lampareada.

—¿Lo ves? —apunta don Ramón—, hasta en esto los griegos eran precursores...

—Me sorprende su repentina paideiofilia, don Ramón. Tenía entendido que era precisamente la saturación del logos griego lo que lo había arrojado en la fresca sensibilidad de la cultura náhuatl; y en último término, ¿qué, sino la decepción de Occidente, lo ha llevado a refundirse en este aislado paraje de la costa tropical?

—¡Me cago en diez! Contigo no se puede puntualizar, coño. Todo lo metes dentro del retorcido enfrentamiento cultural que te

corroe el alma. Vamos a ver, ¿qué carajos sabes tú de la cacería prehispánica?

—Pues, la verdad, no mucho, pero me consta que esta disciplina era tenida muy en cuenta desde la educación en el Telpochcalli. Además, tenían su numen protector: Camaxtle, al que se encomendaban siempre que se iniciaba la cacería. Claro, me podrá usted objetar que hacían sacrificios humanos y que cazaban en grupo y con gran gritería, pero esto...

—Me parece que estás desbarrando otra vez. En principio, hay que puntualizar que el tal Camaxtle no era una deidad azteca, sino de Tlaxcala y Huexotzinco. Que yo sepa, no era tal deidad objeto de sacrificio humano alguno, sino que se le ofrendaban puros animales. A la que se le hacía un sacrificio ritual humano era a la diosa Yoxtlamiyáhuatl, personificada en una joven doncella que para tal fin era degollada. Por otra parte, cierto que aquí la cacería se iniciaba con un ritual colectivo, ¿pero acaso los griegos no habían elevado a rango épico cacerías de grupo, como la célebre *Cacería del Jabalí de Calidón*. Además, al igual que en Grecia, aquí también los mejores cazadores eran honrados y renombrados. Ahí están los términos de amiztlatoque y amiztequihuaque para hablarnos de la alta estima en que tenían a los cazadores más esforzados y valientes...

—Entonces estamos de acuerdo.

—¿En qué?

—En que hay que revalorar la importancia de lo propio sobre lo extraño.

—¿Pero de dónde sacas tú que lo que es propio para ti lo es para mí? Yo no tengo porqué pelearme con determinadas culturas que no me satisfacen. Y de las que me atraen, tomo lo que más me parece y ya. Lo propio para mí es el universo. Me dirás que cada cual tiene su propio universo, por eso mismo hay que tratar de ensanchar la visión; celebrar lo diverso y no restringir el mundo propio a un empobrecido regionalismo desfasado.

—En nuestro tiempo, don Ramón, tal y como están las pugnas imperiales, es indispensable hacer retoñar la autenticidad de lo propio por siglos cercenada, para evitar ser absorbido por la caótica turbulencia de lo que usted llama universal.

—Pamplinas, o como dice Antonio, puras pendejadas. Lo que hay que hacer es tomar más en serio el estudio de las culturas para no caer en el absurdo resentimiento histórico que caracteriza a los incapaces. Y para terminar ya de una vez con esta humareda sin fuego que estamos levantando, ¿por qué no subes mañana a mi casa para que te lea lo último que estoy escribiendo y que tiene que ver precisamente con estos tópicos, eh?

—Me parece muy bien.

—En eso quedamos entonces. Antonio, despídeme de tu señora que no la veo por ningún lado, me voy a mi refugio a descansar la mona.

—Desde que le mataron a la mujer, don Ramón se hizo muy huraño —dijo don Antonio una vez que ya estábamos solos.

—¿Asesinaron a su señora?

—¿No te platicó de esto?

—Nunca.

—Fue una pena, era una gran mujer.

—¿Y cómo sucedió?

—Fueron esos sardos hijos de la chingada. ¿Sabías que pintaba retebonito?

—Vi en la cabaña de don Ramón algunas cosas. ¿Y fue aquí en Playa Tortuga?

—No, no, aquí se los hubiera llevado su chingada madre. Fue allá, adelantito de Pinotepa.

—¿Cómo? ¿Así nomás?

—Pues casi casi. Antes don Ramón tenía carro y parece que era su señora la que venía manejando. A eso de medianoche pasaron por uno de los puestos de vigilancia, y sepa si por el cansancio, porque los habían revisado ya en otros puestos, porque venían a bastante ve-

locidad o por qué chingados, pero lo cierto es que la señora no pudo frenar a tiempo y se pasó unos cincuenta metros el alto que le daban los sardos. Cuando don Ramón, que venía dormido, despertó, se encontró en medio de una balacera de la fregada, y con el cuerpo de su esposa que se le venía encima con toda la cabeza ensangrentada. No hubo nada que hacer, el tiro era en la nuca y murió al instante. Así fue esta chingadera. Pero verdad de Dios que este hombre ha sufrido de a madre.

Don Antonio se aferró a la botella y sirvió en mi vaso y en el suyo los últimos chorros del abrasante contenido.

—¡Salud! —dijo apurando de un solo trago toda su parte.

—¡Salud! —respondí al tiempo que mi vista se elevaba hacia la mansión comejénica de don Ramón. Me invadió entonces una calurosa efusión de vivencialidad inigualable y pensé en la profunda identificación que existía entre el heroico efecto del mezcal y ese hombre de entereza inquebrantable.

—¡Es un gran tipo! —fue lo último que dije.

La lectura de los escritos de don Ramón fue, en cierta medida, accidentada. Fuera por los efectos de la cruda que a ambos nos doblegaba, o bien por la amplitud del tema que sobrepasaba con mucho mi cúmulo historiográfico. Cuando al final de la lectura de una veintena de cuartillas, que don Ramón acompañó con la ingestión de varios vasos de agua, me preguntó mi opinión; tardé un largo rato buscando una síntesis apretada de tan gran despliegue de erudición y buen oficio.

—Necesito tiempo y lecturas para no caer en un asentimiento gratuito —respondí al fin.

Por toda respuesta a lo dicho, don Ramón se encaminó al librero y extrajo con inusitada rapidez un montón de libros con los que fue ametrallando la superficie de la mesa. Jaeger, Garibay, León-Porti-

lla, Gutierre Tibón, Thompson, Grimal; en fin, todas las referencias indispensables para emprender de manera crítica un comentario sobre lo que él me había leído.

—Mañana salgo para México, ¿se te ofrece algo?

—No se me ocurre ahora qué puedo necesitar —contesté.

—Pues piénsalo con calma, tienes toda la tarde. Tengo que entregar allá un trabajo y atender algunos asuntos, por lo menos tardaré un par de semanas. Es el tiempo de que dispones para que podamos tener una charla sensata sobre el tema. Ah, y no se te vaya ocurrir entrarle a toda la paja del granero, tardarías cuando menos un año en extraer alguna harina de tan hinchado volumen. Limítate a masticar los subrayados, ¿de acuerdo?

Asentí.

—Pues hasta entonces.

Y recomencé así una metodologización de la vida diaria que me hizo entender por qué don Ramón había sentado sus reales en el impredecible trópico. Es de común parecer que la efusión tropicalizante inclina al individuo a la hueva existencial, al reventón y a la violencia pasional que acompaña a la liberación de los instintos primarios. Para los nativos la dureza del medio no puede ser enfrentrada más que con un estado anímico que pueda fluir fácilmente entre los extremos; de manera que sufrimiento y gozación, carestía y abundancia, elevación y descenso, no son más que partes de un transcurrir que reclama como mejor comportamiento la flexibilidad. La muy querida frase de don Antonio, "hay más tiempo que vida", puede considerarse una ejemplificación de la mejor disposición vital para enfrentar la tropicalidad. Por otra parte, para los habitantes de los grandes conglomerados urbanos el trópico es sinónimo de reventón. Se arriba a él cuando mucho un par de semanas al año, y en ese periodo se tratan de agotar todas las pulsiones acumuladas en el transcurso de una vida consagrada a la lucha despiadada por el poder: poder hacer, poder tener, poder ser; el primero en el trabajo, el primero en cultura, el primero en ordenar y disponer las supuestas soluciones para

este mundo esencialmente irresoluble. En definitiva, ser el *number one*: desde el vecindario a la delegación, de la ciudad al estado, del estado a la nación y desde la nación a lo sublime universal. Pero, trátese de heroicidad antigua o de numberguanidad actual, ¿acaso no ha sido siempre lo mismo? Por eso se viene al trópico a explotar, a fundirse con las radiaciones del astro mitificador por excelencia, a ser uno, el primero, en transgredir la férrea frialdad de las monstruosas normas urbanas. Sin embargo, existe también otro trópico: el trópico fascinante y descubridor de Gauguin, el trópico que soñaba Van Gogh, el trópico que nunca encontró Rimbaud. Y este trópico es un volcán eruptivo de energía, de sacudimientos creativos, de rompimientos explosivos, de soluciones prefijadas y planteamientos seudoinamovibles. Un mundo rebosante de potencia que se puede transformar en una actualidad negativa e insufrible, o en una vivencia de impresionante fertilidad. Todo depende del método, diría don Ramón, y aquí el mejor método no es la previsión mecanicista de lo por suceder, sino el enfrentamiento cabal de lo que está sucediendo.

Dispuse, en consecuencia, un programa de flexibilidad controlada, que se iniciaba muy temprano con una carrera a todo lo largo de la playa, el consiguiente baño y, luego del desayuno, la entrega de lleno a la lectura. Decidí comenzar por lo más arduo, que era, sin lugar a dudas, la descomunal *Paideia* de Werner Jaeger. Puede uno no estar de acuerdo con el método jaegeriano; se puede criticar fundadamente el hecho de que el autor haya ensalzado a los personajes de su simpatía y menospreciado a aquellos que no eran de su agrado; se puede, por último, mirar con cierto sarcasmo la justificación exagerada que del modo de ser de lo griego hace el historiador, movido por una atracción pasional hacia ese pueblo. Pero todas estas posibles anotaciones cuestionantes no son nada, o sólo una pequeña sombra, a la luz de tan impresionante tarea. Todo el sentir, el pensar, el gozar, el crear, el sufrir; en fin, la totalidad misma de la cultura griega está abarcada en esta monumental obra. Por eso, más que un libro parece un mural, un impresionante fresco donde, con técnica maestra, se

hace desfilar la confrontante diversidad de un todo social destinado a ser base y ejemplo de todo un devenir histórico: la occidentalidad.

Me sumergí en la obra de Jaeger durante cinco metacotidianizantes días. Al finalizar su lectura una idea flotaba en mi mente. ¿Por qué los gobiernos no nombraban una comisión, encabezada por el más connotado de sus historiadores, para aplicar el ejemplo de Jaeger a sus respectivos países? Fue precisamente el campo abierto por esta pregunta lo que me hizo pasar inmediatamente a la *Toltecáyotl* del siempre admirado León-Portilla. ¿Quién podría cuestionar que la obra de León-Portilla está plena de veneros que conducen al buscado redescubrimiento de los orígenes? Una obra hecha en su tiempo y para su tiempo. ¡Qué impacto, sin embargo, el que uno sufre al pasar del León-Portilla de *La filosofía náhuatl* al de la *Toltecáyotl*! ¿Es que la filosofía náhuatl no era toltecáyotl? ¿Y no cabría, asimismo, hablar de una aztecáyotl, una zapotecáyotl, etc.? ¿Y qué tanto de todos esos mundos específicos perdura conformando el universo del ser actual mexicano?

El esfuerzo portillano merece todos los elogios, como también los merece la obra de su maestro y precursor Ángel María Garibay. Son marcas en el camino, señalamientos que contribuyen a evitar el enmontamiento de aquellos que buscan la autenticidad de lo mexicano. Pero el camino es largo, sinuoso, lleno de subidas desesperantes y de abismos que amenazan tragar todo esfuerzo que se separe especulativamente de su sólido fundamento. Por eso, la *Historia del nombre y de la fundación de México* de Gutierre Tibón es, más que un mero señalamiento, un alto obligatorio para recuestionar lo avanzado y acumular las nuevas fuerzas que podrán conducir al buscador a la ansiada cima.

Pasaron diecisiete días de altos vuelos. Ya no un planear zopilotemente sobre los agonizantes restos de una existencia condenada al desconsuelo, sino un aguiliplénico volar hacia la inhabitada región de los encumbrantes vientos. Don Antonio, que los primeros días no dejaba de mirar con sorpresa mi entrega febril a la lectura, al

cabo de dos semanas se me acercó con timidez y, luego del acostumbrado saludo y un breve intercambio de palabras, me dijo:

—Pues yo no sé mucho de esas cosas, como don Ramón que sí es un maestro, pero se me afigura que para la fuerza de tu edad ese avorazamiento por los libros puede ser peligroso, ¿o no?

—Pierda cuidado, don Antonio, lo que ocurre es que, como el macho que tarda en ver a la hembra, tenía mucho deseo acumulado, ¿me entiende?

—Sí, te entiendo, pero no dejes de mirar para adelante, ¡hay más tiempo que vida! A lo mejor y quién sabe te pasa lo del macho que de tanto darse a la hembra se quedó en los huesos.

El decimoctavo día, ya mediada la mañana, estaba yo adentrado en el *Diccionario de mitología griega y romana* de Pierre Grimal, cuando oí unos gritos provenientes de la playa. Seguí metido en la tarea, hasta que llegó corriendo una de las muchachitas de don Antonio diciéndome que fuera a ayudar, que había llegado don Ramón con Teto. Y en verdad que lo que traía don Ramón era carga. Latería, vinos, libros, harinas, cereales, etc., etc. Nos saludamos efusivamente y al ver la expresión que yo ponía ante tanto bulto, expresó sonriente:

—¡Ah, es para el resto del año!

Hicimos varios viajes cargados al límite, y por fin, casi un par de horas más tarde, cuando estábamos descansando de la fatiga del último viaje, llegó Toñito a decirnos que ya estaba la comida. Don Ramón le dijo a Teto que nos acompañara a comer, pero éste alegó una serie de asuntos pendientes para esa tarde; así es que don Ramón lo llevó a un lado y lo despidió dándole algo, ¿dinero? Ido Teto nos sentamos a la mesa, y de inmediato don Antonio sacó su enigmática botella y sirvió tres vasos.

—¡Por su regreso, patrón! —exclamó incitándonos a llegarle al contenido—. ¿Un cigarrito?

Don Ramón permaneció dubitativo unos segundos y al cabo movió la cabeza asintiendo.

—La alegría es la alegría —dijo después de prenderlo con fruición—. A propósito, Eugenio, te traigo ahí unas revistas, recuérdame luego de la comida que te las dé; es bueno enterarse de lo que los sabios citadinos hacen para evitar el desastre.

—¿Cuál desastre? —preguntó don Antonio con el semblante preocupado.

—Pues cual va a ser, Antonio, el desastre al que nos quieren llevar los conductores del Imperio. ¿Y qué tal la erudivivencia? —preguntó dirigiéndose a mí.

—Muy erudivivencializante.

—¿Muy erudivivencializante o muy vivencialeruditizada?

—Pues por momentos se trata de una erudivivencialización y por momentos de una vivencialeruditización.

—Lo importante es que te estás erudivivencializando.

—De eso se trata, de vivencialeruditizar.

—Bien, dejémoslo entonces en un logro erudivivencial.

—¿Y por qué no en un empeño vivencialerudital.

—Se ve que estás en forma, ¿eh?

En ese preciso instante doña Victoria llegó con los humeantes platos. Don Ramón se inclinó sobre el suyo, esencializándose, y al fin prorrumpió:

—He aquí, Eugenio, lo que es una totalidad armoniosa lograda por mor de la afinidad de las partes que la conforman, ¿no es así, Victoria?

—Así es, don Ramón —respondió sonriente aquélla.

—Pocas personas tienen el don de sublimar lo elemental, lo sencillo; para ser franco, yo no puedo, mi pasión por lo alambicado, lo retorcido, va más allá de mi esforzado raciocinio. Vamos a ver, Victoria, ¿qué ingredientes lleva este plato tan suculento?

La mujer de don Antonio se limpia nerviosa las manos en el delantal y expresa con timidez:

—Ahí lo de costumbre, don Ramón: cebolla, jitomate, unos chilitos y un puñito de orégano.

—¿Te das cuenta, Eugenio, lo que puede hacerse con tan poco?

—En verdad que es un caldo delicioso, doña Victoria —señalé luego de saborear la exquisitez del platillo—. ¿Y cómo lo hace?

Doña Victoria me mira sorprendida por tanta adulación.

—Pues es lo común de acá —contesta con alegría.

—¿Cómo que lo común, vieja? —la interrumpe don Antonio.

—Bueno, es que Antonio pescó hoy unos bacocos que son los más sabrosos para el caldo.

—Pero dile de una vez cómo lo haces —volvió a interrumpir don Antonio.

—Primerito se fríe el pescado, luego se fríe aparte la cebolla, el jitomate y los picantes; y ya listo todo, pues se junta, se le echa el agua conveniente y al último se le pone un poco de sal y un puñito de orégano, se deja hervir y ya.

—¡He aquí un plato que no se puede encontrar en los mejores restaurantes! —exclamó efusivo don Ramón—. ¿Y sabes por qué, Eugenio?

—Seguramente porque en tales sitios es imposible conseguir este pescado tan fresco y delicioso.

—¿Y el toque de la cocinera?

—Bueno, claro, por supuesto que la cocinera es importante...

—Justamente eso, querido amigo, es lo que yo llamo la armonización de las partes en un todo, ¿o no, Antonio?

Don Antonio, que había estado ocupado en la absorción de su caldo, deja la cuchara a un lado y, luego de limpiarse la boca con la manga de su camisa, dice con calma:

—Pues a mí me van a disculpar, pero todo eso de lo que están platicando se me hace pura cohetería.

—¿Cómo es eso, Antonio? —interrogó confuso don Ramón.

—Así como le digo. Mire usted, les voy a platicar una historia que un viejo tío mío me contó cuando andaba yo muy dado a la aven-

tura. Dijo mi tío que hace cientos de años, antes de que vinieran los españoles, había un señor zapoteca que era muy querido por su gente. Pues resulta que un día este señor tuvo el gusto de enmontarse en una cacería; así es que les habló a sus principales y se fueron al día siguiente con el sol tierno a hacer el gusto del señor. Llevaban ya andando mucho trecho y cobradas algunas presas, cuando hete aquí que el señor ve un venado y lo flecha, pero el disparo fue desviado por una ramita y le dio al animal en tal mal sitio que echó a correr por el monte. El señor, desoyendo los gritos de su gente, se tiró tras el venado como un perro, y fue siguiendo el rastro de la sangre que el animal dejaba tras de sí. Y fueron pasando las horas y el señor avorazado en su querencia no se dio cuenta de que ya el sol estaba declinando. Se metió por breñales y barrancas castigando en muy mala manera todo su cuerpo. Cuando al fin, muy fatigado, se sentó a descansar, se dijo: "¡Ay!, perdí a toda mi gente y ya se está metiendo la noche y ahora qué haré". Fue así como el señor se quedó entristecido lamentando su desgracia, maltratado por tanta hambre y tanta sed. Hasta que le llegó un olorcito muy sabroso; se levantó y fue en pos de él. Al poco de caminar divisó una cabañita, se acercó y llamó para ver si le podían dar sustento. Y de la cabañita salió un viejito que le dijo que se acercara, que lo poco que tenía bien se podía compartir. En el fuego estaba una ollita de barro y el viejito le dijo al señor que si quería podía servirle un poco de su comida. "¿Y qué es eso que huele tan rico?", preguntó el señor. "Ah, pues son las tripitas de un venado que pude salvar de los desperdicios que dejó un ocelote". "Comamos entonces", dijo el señor. Y comieron, y el señor no le dijo al viejito quién era en realidad, sino que le dio a entender que era un cazador cualquiera que se había extraviado por causa de un venado herido. El señor comió como nunca había comido en su vida, y a la mañana siguiente el viejito le dijo por dónde tenía que ir para encontrar el camino. Se despidieron y se fue el señor, y tal como se lo había indicado el viejito, dio con el camino y poco después con su gente que lo recibió con gran alegría y festejación. Pasaron los días y el señor, en

su gran casa, estaba muy disgustado con sus cocineros, pues no podían hacer un plato tan sabroso como el que le diera el viejito. Así que mandó llamar a uno de sus principales y le dijo que fuera a la montaña y trajera a aquel viejito y le diera lo que él pidiera, porque era el mejor cocinero de la región. Y trajeron al viejito y el señor le pidió que preparara aquel plato que le había gustado tanto. "Ay, mi señor", le dijo el viejito, "eso no va a poder ser". "¿Cómo es así?", le preguntó el señor. "Así es mi señor, para poder gozar de la misma manera aquel plato se tienen que dar muchos sucedidos, tiene que haber un ocelote que mate un venado y deje nada más sus desperdicios, tienen que tomarse los desperdicios y echarse a cocer así con su caquita y todo, pues en el cerro no hay mucha agua, y por último, tiene vuestra persona que pasar los mismos castigos que pasó cuando lo probó". El señor entendió la lección del viejito y después de darle ropa y comida lo dejó marchar en paz.

—¿Qué te parece, Eugenio? —preguntó gozoso don Ramón.

—No sé —respondí—, pero me parece haber oído esa historia referida a otra espaciotemporalidad.

—¡Eso no importa, hombre! —gruñó don Ramón—. Lo importante es lo que se puede concluir de esta hermosa historia que nos contó Antonio, ¿a saber?

—Pues no sé, son muchas las respuestas...

—¿Cómo que no sabes?

—Bueno, si lo quiere así, he aquí una conclusión: ¡hasta la mierda se puede gozar!

—No es el caso, Eugenio, no es el caso —dijo don Ramón negando con la cabeza—. En fin, digamos que me enmonté y anduve perdido un par de semanas entre la espinosa maleza de la Ciudad de México y que este plato inigualable me trae de nuevo a mi realidad: ¡salud!

Después de la comida, don Ramón me pidió que lo acompañara a su refugio. Una vez allí, extrajo las revistas de una de las bolsas y puso especial énfasis en una de ellas; por cierto, una de las más prestigiosas de las publicaciones literarias mexicanas.

—Ahí hay un artículo mío —dijo sin darle mayor importancia—, léelo y dame tu opinión.

Hojeé la revista y no vi por ningún lado el nombre de don Ramón. Éste se dio cuenta al instante de mi velada curiosidad y señaló con un cierto aire de misterio que entre su verdadero nombre y su seudónimo de escritor había la misma diferencia que entre su ser en Playa Tortuga y su ser en la ciudad.

—Pocos conocen mi verdadera identidad; por lo demás, si antes lo fue mucho, ahora ya no es para mí una cuestión preocupante. Lee la revista y sabrás por su tono cuál es mi trabajo.

—¿Quieres una copita para endulzar el sabor que nos dejó el caldo?

—Está bien —respondí.

Extrajo de otra de las bolsas una botella de apariencia para mí desconocida, la abrió y sirvió un par de copas.

—¿Qué es esto? —pregunté cuando hube probado tan excitante bebida.

—Aguardiente das herbas, algo típico de las rías gallegas.

La bebida tenía un color entre amarillo, verde y anaranjado, y su sabor era una mezcla del ardor característico de la destilación pura de la vid y el dulciaromático toque final de escogidas hierbas esencializadas.

—¿Y qué te pareció la paideia frente a la toltecáyotl? —interrogó don Ramón cambiando bruscamente de tema.

La pregunta me encontró fuera de lugar, así es que tomé el respiro necesario para ubicarme en una perspectiva más libre dentro del juego.

—¿Se refiere usted a las culturas o a las obras específicas de Jaeger y León-Portilla?

—Hombre, muy buena cuestión la que me planteas, ¿sabes?, te estás convirtiendo en un perfecto sofista. Bueno, dejemos para más tarde el problema de las culturas y hablemos exclusivamente de los libros que leíste.

—Pues en principio —señalé—, aun cuando la obra de Jaeger me parezca fundamental, tengo que dejar bien en claro que lo que a mí me interesa es lo propiamente mexicano.

—Está bien, está bien, no es necesario tanto énfasis —expresó don Ramón dolido en su pasión universalizante.

—Hablo en serio, don Ramón, a mí lo griego no me llega, lo siento más sofisticado, más aéreo, menos terrenal que lo náhuatl.

—¡Coño! —explotó don Ramón desde su fundamento—, no me vas a negar que la obra de Portilla es una transposición sistemática de la *Paideia* de Jaeger. Además, la mencionada *Toltecáyotl* de Portilla no deja de ser un conjunto débilmente amalgamado de ensayos desiguales...

—Sin duda —interrumpí—, esto hasta el mismo autor lo reconoce. Yo también considero que *La filosofía náhuatl* del mismo autor es una obra más consistente. Pero no se trata aquí de comparar a obras y autores, sino de esclarecer o, si usted quiere, comprobar el valor intrínseco de ciertas obras pioneras en su género, ¿o no piensa usted igual?

—Bueno, bueno —expresó don Ramón ya más calmado—, nadie está aquí negando el valor del esfuerzo de Portilla, de López Austin ni de su maestro el padre Garibay. Su labor como sistematizadores de la cultura náhuatl es digna del mayor elogio. Pero de ahí a echar tierra sobre la cultura griega, ¡carajo!, se requiere respeto mutuo, ¿eh?

Por comentarios de mi padre sabía que nada hay más inamovible que la tozudez gallega, así es que decidí superar la muralla temperamental donramoniana dando un ligero rodeo.

—¿Pero qué piensa usted sobre la perspectiva mexicanizante que abren estos escritos?

—Hay muchas formas de búsqueda de la mexicanidad.

—Sí, por supuesto, como también hay muchas mexicanidades: la de Tlacaélel y Nezahualcóyotl, la de Cuauhtémoc y Moctezuma, la de Zapata y Porfirio Díaz, la de Calles y Vasconcelos; pero aquí hablamos de lo que es determinante.

—Pues para mí hay dos formas fundamentales de enfrentar el asunto: la de los eruditos y la de los vivenciales. Entre los primeros estarían, por ejemplo, Garibay, León-Portilla, etc.; y entre los segundos, Seler, Soustelle, Tibón, Benítez, etc. Yo, sin despreciar a los primeros, me inclino por los segundos.

—¿No le parece muy arbitraria tal diferenciación?

—¿Por qué arbitraria?

—¿Se ha dado usted cuenta que la mayor parte de los vivenciales que ha nombrado no son mexicanos?

—¿Quéééé? —respingó don Ramón.

—Bueno, cierto que llegaron a profundizar sobre lo mexicano, pero nunca como los que usted mencionó bajo el rubro de los eruditos.

—Mira, Eugenio, cuando tú hayas hecho una aventura explorante como la de Soustelle en la década de los treinta entre los lacandones, o conozcas el territorio mexicano como lo conoce Tibón, entonces podrás hablar con cierta autoridad de lo que es o no mexicano; mientras, limítate a asimilar...

—¿Asimilar qué?

—Pues qué va a ser, lo que veas, lo que oigas, lo que huelas, aún te falta mucho por vivir.

—¿No me va a salir ahora con que el conocimiento es una cuestión de años?

— ¡Joder! Te di mi opinión y ya.

—Mejor dejamos la plática para otro día, creo que está usted muy cansado del viaje...

—Sí, es un cambio acojonante, necesito terminar de llegar, como dice Antonio.

—Pues muchas gracias por las revistas, don Ramón, nos vemos mañana.

—Sí, hombre, pierde cuidado, hasta mañana.

Esa noche me costó un esfuerzo titánico poder conciliar el sueño. El cielo se había nublado repentinamente y un calor untuoso y hormigueante castigaba sin clemencia mi deseado reposo. Me volteaba una y otra vez en busca de un acomodamiento que propiciara el sueño, pero el sonido estridente de los grillos, sublimado por el acosamiento de los zancudos, hacía imposible la huida definitiva hacia un mundo relajante y sin fronteras. Por fin logré centrar mi atención en la sedativa afluencia de las olas y poco a poco la fuerza del mar me fue arrastrando hasta sumirme en las burbujeantes profundidades del subconsciente. Allí, entre coralinas formaciones arborescentes, el espacio se ahondaba abismalmente y el tiempo comenzaba a perder su devorante dinámica, estirándose en un suceder lento y armonioso que realzaba hasta extremos nunca antes vividos la determinación de cada partícula de realidad. De repente se me hizo claro que la existencia del todo no era más que una argucia humana; lo que en realidad estaba allí, vibrando en una inagotable inmensidad, eran las irrepetibles esencias que la fugaz noción humana del tiempo encerraba siempre en una confusa totalidad. Me sentía una sólida existencia tortuguiforme, pero algo que latía evanescente en mi interior me hacía participar de la monstruosa rapidez con que la vivencia humana agotaba la diversidad. Qué crimen se me revelaba ahora la totalización de las diferencias. Aleteando de manera rítmica, sin ningún destino prefijado, me dejaba llevar por las cadenciosas corrientes que hacían desfilar ante mí un mundo incuestionable y pletórico de autenticidades. Recorrí así infinidad de dominios deshabitados, hasta que me posé sobre el arenoso fondo de un abismo. Una mancha negruzca ensombreció de pronto la excelsitud de la vivencia. Dio varias vueltas sobre mí, para terminar arrojándose con agresividad en pos de mi existencia. Activé todas mis fuerzas; aleteé angustiado hacia el oscuro fondo de una cueva y, apenas entrando en el refugio, sentí que algo terrible y cortante me aprisionaba de una de mis aletas traseras. Debatí con desesperación por librarme; concentré todo mi esfuerzo en un último intento escapatorio y desperté sobresalta-

do ante la imagen vaporosa de don Ramón, que me tomaba por una pierna.

—¡Vamos, vamos, se nos hace tarde!

Minutos después de haber tornado de nuevo a la celérica espacio-temporalidad humana, corrí esforzado por la playa en seguimiento de un don Ramón increíblemente energizado. Al llegar frente a la isla, recorrida poco más de la mitad de toda la playa, di la vuelta como de costumbre y dejé que don Ramón se fuera hacia el extremo final. Cuando llegué al punto de partida, la imagen de don Ramón se veía diminuta cruzando de regreso justo donde nos habíamos separado. Me dediqué a hacer unos ejercicios relajantes en espera de la llegada del atlético viejo. Llegó con la respiración un poco agitada pero rítmica y, luego de una serie de respiraciones recuperantes, me dijo que me colocara enfrente de él y lo imitara en sus movimientos. Comenzó así una serie de flexiones y estiramientos que, al mismo tiempo que me hacían ver la deficiente elasticidad de mis músculos y articulaciones, me mostraban la impresionante flexibilidad y contundencia de don Ramón. Rotaciones de tobillos, de rótulas, de cuello, de cintura; cincuenta abdominales, cincuenta lagartijas con los puños cerrados sobre la cortante arena, abertura frontal y lateral de piernas; cincuenta flexiones sentado con las piernas abiertas agarrando con las manos los tobillos y tocando la arena con la frente...

—No puedo más, me duelen mucho los músculos de las piernas —le dije a don Ramón, que se limitó a sonreír pero sin dejar su entrega total al ejercicio.

Lo vi hacer después unos movimientos raros y enérgicos, y ya cuando empezó a lanzar diferentes patadas a un enemigo ficticio, comprendí que aquel enigmático viejo era un karateca consumado. Desde donde yo estaba, divisé unas curiosas ondulaciones en la arena; me acerqué y vi que se trataba del surco dejado por una tortuga que durante la noche había salido a poner sus huevos. Llamé a don Ramón y juntos seguimos el rastro hasta que encontramos varios montones de arena. Don Ramón los inspeccionó con cuidado, cla-

vando una vara sobre ellos; y señalando uno de los montones dijo que allí estaban enterrados los huevos. Se oyó entonces un mecánico ronroneo, no tardando en aparecer una lancha que parecía encaminarse hacia nosotros.

—Vamos a borrar las huellas —expresó don Ramón—, esos tipos son capaces de llevarse más tarde los huevos para traficarlos.

La lancha se acercó a toda máquina, y ya cuando estábamos finalizando el borradero del rastro en la arena, se paró justo enfrente y vimos que eran tres individuos que venían excitados.

—¡Perros! —gritó el que manejaba el motor.

Yo ignoraba el porqué de aquel calificativo, pero don Ramón, según me explicaría más tarde, sabía que con tal insulto nombraban a los que se dedicaban a hacer todo lo contrario de lo que habíamos hecho; es decir, a desenterrar los huevos para traficar. Don Ramón, que bien pudiera haber explicado el malentendido, sin embargo se sintió muy molesto, y con el mismo tono en que habían lanzado el insulto profirió:

—¡Tu madre!

Rugió amenazante el motor y la lancha se lanzó a toda velocidad contra la playa. Vararon y en seguida se vinieron sobre nosotros. El que venía manejando, presumible dueño de la lancha, y que aparentaba la edad aproximada de don Ramón, explotó casi sofocado del enojo:

—¡Pinches gringos hijos de la chingada! ¿No saben que está prohibido sacar los huevos de tortuga?

Don Ramón, muy tranquilo pero alertado, dio un par de pasos al frente y le preguntó al agresivo pescador:

—¿Usted no es de por aquí verdad?

—Y qué chingada madre importa eso —respondió el interpelado.

—Sí importa y mucho —añadió don Ramón—, porque si ustedes fueran de por aquí sabrían quién soy yo y hubieran sido más precavidos para no decir las estupideces que dijeron.

Asustado, comprobé que los otros dos tripulantes de la embarcación, como de veinte y cuarenta años, me rodeaban de manera pe-

ligrosa. Miré preocupado a don Ramón, pero éste parecía un bloque de granítico semblante.

—Pues a mí me vale madre quién seas —remarcó el más viejo de los tres—, y cuídate que nada más te llamé perro porque si doy parte en Puerto Ángel te refunden en la cárcel de Oaxaca.

—Aparte de irrespetuoso, es usted un iluso que no sabe dónde anda —añadió don Ramón ya más excitado—, y eso de perro, lo repito, será su madre.

El pescador echó de inmediato mano a su espalda y de una funda que traía oculta en la parte interna del pantalón sacó un afilado cuchillo y se dejó ir sobre don Ramón gritando:

—¡Pinche gringo, te va a llevar la chingada!

Todo sucedió con una velocidad relampagueante, ni los dos pescadores que me rodeaban ni yo tuvimos tiempo de hacer nada. Don Ramón, primero con una terrible patada lateral que dobló al agresor, y después con un tremendo mazazo en la nuca, dejó tendido a su rival que escupía espumarajos de sangre. En vista de lo sucedido, los dos pescadores que estaban rodeándome se hicieron acobardados para atrás, como diciendo que ellos en esto no habían tenido la menor parte. Don Ramón, que abría y cerraba una y otra vez la mano, los enfrentó con reciedad:

—¿De dónde vienen ustedes?

—De Puerto Ángel, señor —dijo el más joven de los dos.

—Pues llévense a este buscapleitos de mierda, y cuando vuelva en sus cinco díganle que ande con más cuidado con su lengua, ahora sólo la mordió, la próxima vez de seguro que la va a perder.

Fue entonces que al acercarme para ver el estado en que se encontraba el golpeado, reparé en su pelo blanco y en la cicatriz que tenía sobre el mentón.

—Yo a este tipo lo conozco —le dije a don Ramón—; sí, pesca en Puerto Ángel, pero es de Guerrero. De veras que muy bien hecho, don Ramón, este cabrón se creía mucha cosa allá en Puerto Ángel y siempre que alguien de Zipolite le quería comprar pescado, pues era

el único que tenía trasmallo, le hacía dar veinte mil vueltas y al final, riéndose, le decía que ya todo estaba vendido.

—¿Y a qué vienen por acá? —interrogó don Ramón a los dos asustados pescadores que ya cargaban hacia la lancha el cuerpo maltratado de su patrón.

—Es que aquí el jefe tiene un hijo en Santa Cruz y venía a verlo para unos asuntos.

—Pues váyanse de una vez y espero que esto no tenga segundas, ¿eh...?

Se fueron los pescadores, y de regreso a la cabaña don Ramón caminaba cabizbajo, y yo, bien por el miedo que me había producido la inminente pelea, bien por la forma sensacional en que se había enfrentado don Ramón, me repetía una y otra vez que a partir de mañana mismo empezaría a aprender karate.

—¿Y cuánto tiempo lleva usted practicando, don Ramón?

Me miró esbozando una expresión esforzada y susurró roncamente:

—Hace como veinte años.

Al llegar a la cabaña de don Antonio, éste ya se estaba aprestando para ir a nuestro encuentro:

—¿Qué pasó? Me vino a buscar el chamaco diciendo que había alboroto en la playa.

—Fue un individuo tan mal educado como mal encarado —contestó don Ramón—. Venía de Puerto Ángel para Santa Cruz, creo que a ver a un hijo suyo, y se vino sobre nosotros amenazante.

Luego de que don Antonio fue enterado de los detalles, se quedó un momento como pensando en voz alta:

—¿Quién chingados podrá ser ese cabrón?

Le expliqué cómo yo lo había conocido en Puerto Ángel y por fin a don Antonio pareció prendérsele el foco.

—Pelo cano y una cortada abajito de la boca, ¿eh? Pues cómo chingados no voy a saber quién es si vino una vez a bravear conmigo cuando yo vivía allá en Santa Cruz; pierda cuidado, don Ramón,

el hijo de ese cabrón y yo traemos pleito pendiente; mejor que no le busquen porque verdad de Dios que hace mucho tiempo que ya no le hago ningún mandado a San Pedro.

Desayunamos con don Antonio, y ante la seguridad emanante de su plática don Ramón se tornó menos preocupado por las posibles consecuencias de lo sucedido. Me preguntó si quería acompañarlo a su refugio y tras despedirnos de don Antonio subimos en silencio.

Los acontecimientos de esa mañana habían operado en mi ánimo unos cambios tan pronunciados como inusuales. Del temor experimentado en el momento mismo del conflicto, había pasado ahora a un estado rebosante de energía que me hacía mirar con extrañeza el apocamiento experimentado por don Ramón. Al verlo tan ensimismado preparando una jarra de limonada, me sentí movido a infundirle mi euforia y le hice ver que su comportamiento había sido una verdadera muestra de virtud agonal. Don Ramón tomó la jarra y un par de vasos y se encaminó hacia la mesa de la terraza.

—Nuestro problema, Eugenio —dijo una vez ya sentados—, es que no hemos sido educados para guerrear; por la sofisticación de la mente hemos sacrificado la fortaleza de cuerpo; existe una terrible disociación entre los dos componentes de nuestra existencia, de ahí que, aun en el caso de que el cuerpo actúe con fuerza y destreza, la mente no dejará de censurar este comportamiento como represivo y brutal, ¿me entiendes?

—No creo que éste sea su caso, don Ramón —añadí complaciente.

—Mi caso, Eugenio, es una lucha por lo que nunca podrá ser. Como decía mi paisano y querido amigo Buñuel, la lucha por la libertad de ser es trágica porque nunca podrá verse realizada. No tienes idea del grado de inseparabilidad en que se encuentra mi vida con la tragedia; sin ir más lejos, la raíz de mi venida a este mundo de consciente plenitud está inserta en el terreno de una absurda tragedia.

Pensé al instante en mi padre y las horribles anécdotas de la Guerra Civil Española volvieron, como en mi infancia, a impresionar vivamente mi interior.

—Sí, esa guerra fue un conflicto monstruoso.

Don Ramón fijó su mirada en mis ojos y esbozó sonriente:

—Todas las guerras son monstruosas; pero lo más sorprendente es que a mí esa guerra no me afectó.

—No entiendo, don Ramón, ¿cómo no pudo afectarle un conflicto que lo obligó a cambiar drásticamente su vida?

—Es una larga historia, querido amigo, que creo que ni siquiera merece ser recordada.

—Siempre es bueno desahogarse —dije incitando el resurgimiento de ese recuerdo que empezaba a intrigarme.

—Yo no estuve en la Guerra Civil, Eugenio, mi tragedia sucedió casi un par de años antes del levantamiento. Corría el invierno de 1934 y era yo entonces un muchachote que acababa de ingresar en la Facultad de Filosofía de Santiago de Compostela.

—Un lugar precioso —interrumpí.

—En efecto, así lo era. Había en aquel tiempo un ambiente estudiantil extraordinario, y el hecho de ingresar a la universidad era un ritual que suponía toda una serie de acontecimientos inviolables. El desfile por la Raiña y los Soportales; la inmersión en la fuente de Fonseca y la hombría obligada de visitar el Pombal, pequeña zona roja de la más baja calaña y que frecuentaban usualmente campesinos, pescadores de las rías y los infaltables estudiantes. Pues heme allí con un grupo de condiscípulos tomando una cerveza en una de esas tabernuchas que impregnan su invernal fundamento de esa mezcla nauseabunda de aserrín, orines, colillas de cigarros y escupitajos. Tú ya sabes que cuando uno es estudiante está dispuesto a todo. Y allí, la parte más importante del todo eran aquellas mujeres que prometían a los atontados estudiantes una transgresión de lo prohibido, iniciándolos en los placeres que estaban reservados a los ya hombres consumados. Quién sabe si por mi poca experiencia, por el instinto alborotado, o por la imaginación voladora, pero lo cierto es que me entusiasmé con una rubia de ver muy vicioso y bien dotada que pasaba ya de la treintena de años. Me fui acercando pro-

gresiva aunque tímidamente a su querencia, como dice Antonio, y terminé por invitarle una copa. Atrás de la tabernucha había unos cuartos muy mal dados, pero que servían muy bien para lo que estaban destinados. Convine con la mujer el precio del asunto, que entonces eran cinco pesetas, lo recuerdo muy bien, y pasamos a uno de esos cuartos. Entramos, y al ver desnudarse a aquella mujer se despertó en mí una pasión animal incontrolable. La hetaira, al fin sobrada de experiencia en estos casos, se dio cuenta de mi estado de ánimo y comenzó a desabrocharme el pantalón. Ya te imaginarás el paraíso que yo estaba descubriendo. Tomó mi miembro con sus manos y no pude contenerme y la agarré con fuerza de sus grandes pechos. Chilló con estruendo, pero pareció gustarle, pues se tiró en el camastro incitándome a consumar el acto. Yo estaba en las nubes, mi mente había sido totalmente vencida por mi cuerpo, y la pulsión de mi virilidad me hacía sentirme poco menos que endiosado. De repente se oyeron unos tronidos paralizantes, seguidos de una gritería alertante. Se hizo un silencio amenazador y la mujer, asustada, pugnó por librarse de mi cuerpo. Me poseyó una furia inmensa y me dije que nada del mundo podría apartarme de aquel gozo. La sujeté con vehemencia dispuesto a llevar al fin aquella explosión de energía que pugnaba por salir de mi interior. Y se abrió de golpe la puerta y apareció la agresiva imagen de una pareja de guardias civiles gritando una serie de insultos. "Ven acá, mocoso", dijo uno de ellos, que después supe que era cabo, "muéstrame tu carnet de identidad". Lo extraño es que, quizá debido a la excitación que me embargaba, no sentí el natural temor que entonces inspiraban aquellos uniformes; así es que les dije que salieran de allí y que me esperaran en la taberna. El cabo se abalanzó sobre mí y me golpeó con el revés de la mano sobre la nariz. Desde chico este era mi punto vulnerable, de manera que el menor golpe desencadenaba una profusa hemorragia. Siempre que esto sucedía, la visión de la sangre activaba en mí una fuerza salvaje, y no terminaba hasta ver tirado por tierra al agresor. En aquel momento no pensé en nada, me fui encima del

uniformado y sujetándolo por el cuello lo golpeé una y mil veces contra la cómoda de mármol que la hetaira tenía al lado de la cama.

Cuando al fin pudieron aplacarme, el cuerpo del guardia civil yacía con la cabeza deshecha por causa de tanto golpe. Se armó un revuelo descomunal y gracias a mis condiscípulos, que se arremolinaron para protegerme, pude salir corriendo semidesnudo ante la mirada atónita de los transeúntes que me veían escapar como un animal en desbandada. Esa misma noche salí para Portugal y me vine para América. Como ves, fue un *coito interruptus* inolvidable.

—Tiempos gloriosos aquéllos, don Ramón, en que uno se podía embarcar hacia lo desconocido impulsado por una heroicidad juvenil indominable. Hoy, el simple hecho de ser joven es un delito; por eso no debe extrañarnos el temor enfermizo a la muerte que aqueja a las sociedades actuales. Su generación tuvo una alternativa; la mía está perdida.

—No es para tanto, la potencialidad humana no tiene límites definitivos.

—Eso está muy bien como aforismo, pero los hechos diarios nos demuestran que las nuevas generaciones no están preparadas para enfrentar la belicosidad de los acontecimientos. ¿Cómo extrañarnos entonces de que una sociedad enferma en su juventud no se precipite hacia la decadencia?

—Repito que nada es definitivo, Eugenio. La humanidad ha fluctuado, fluctúa y fluctuará siempre entre la pugna de las dos determinaciones fundamentales que conforman el ser del individuo: mente y cuerpo. Cuando la determinación de una época es mental, proliferan las artes y, en general, las llamadas manifestaciones del espíritu; cuando la determinación es somática, surgen los retos belicistas y las pasiones irracionales encuentran un fermento propicio.

—¿Y por qué no ha de ser posible el ideal sabio-guerrero, como el que bosquejó Jenofonte en su *Anábasis?*

—Es posible, pero tampoco sería algo definitivo. Además, el propio Jenofonte, como se desprende de la grandiosidad de su *Ciropedia,*

no dejó de remarcar que la auténtica *kalokagathia* no es patrimonio exclusivo de una raza o una cultura, sino que, como flor suprema de la forma y la cultura humana, sólo se da de un modo completo en las criaturas más nobles de una raza. Pero fíjate bien que era ése un espaciotiempo en esencia opuesto al actual. Allí, el soldado era el verdadero hombre, vigoroso y valiente, disciplinado en toda forma de lucha, contra los demás y contra sí mismo; era el prototipo del hombre libre e independiente en un mundo donde no existía un Estado bien cimentado ni un régimen de seguridad civil. Hoy, por el contrario, el militar es el paradigma de la cobardía, la arbitrariedad y la represión. El héroe actual es el tecnólatra, un ser de mente hipertrofiada y un cuerpo calamitosamente deteriorado.

—¿No sería la misma diferencia que existía entre Sócrates y Alejandro?

—No, no, de ninguna manera. La fealdad somática de Sócrates nunca le impidió valorar la correcta proporcionalidad y la fuerza de un cultivado cuerpo humano. Y ni qué decir que el joven Alejandro no era el hombre bruto y amoral que representan en la actualidad la mayoría de los militares. La educación de raíz socrática que le impartió su maestro Aristóteles moldeó sabiamente la virilidad del joven aventurero.

—¿Pero cómo explicar entonces el hecho de que Jenofonte, uno de los más destacados discípulos de Sócrates, tuviera que mirar hacia Persia para encontrar en la grandeza de Ciro el ideal que en su sabio maestro no había hallado?

—Sócrates era un hombre cabalmente citadino. Jenofonte amaba la vida dura de la campaña. Esto, aunado a la decadencia que atravesaba entonces el pueblo griego, bien pudo ser la causa de que encontrara en la pujante Persia y en su admirado Ciro, el ideal humano que la helenidad estaba perdiendo.

—¿Entonces cree usted que la decadencia de las artes agonales precipita la decadencia total de una nación?

—Caray, es una pregunta demasiado pretenciosa.

—Bueno, pongamos el caso griego.

—En el caso griego hay que tener presente que, desde Homero, la glorificación del pasado y de la nobleza era el rasgo fundamental de la educación aristocrática. Esto se ve de forma muy explícita en las obras de Teognis y Píndaro. Sin embargo, con este último, asistimos ya a un proceso de acentuada discontinuidad: la nobleza se debilita permitiendo el fortalecimiento de la nueva casta urbana, como pasa ahora, que acentúa la separación entre las actividades de la mente y el cuerpo. De manera que las aristocráticas artes agonales ceden su lugar a los celebrados deportes masivos.

—He ahí el origen del desastre que doblega en la actualidad a Occidente.

—No creo que sea correcto hablar de Grecia como origen único y exclusivo de todos los males que aquejan a Occidente. Es claro que Occidente no sería lo que es si Grecia no hubiese sido. Y esto, tomado en su acepción más amplia, significa que de Grecia no sólo provienen los grandes males, sino también los logros más sublimes que la occidentalidad ha hechos suyos. Para Occidente, Grecia es la nebulosa cultural originaria; allí están gravitando todos los principios humanísticos de los que tanto se enorgullece el Occidente actual.

—Sí, pero allí están también las monstruosas deformaciones que nos están llevando hoy al holocausto: el culto desmedido al héroe, al conquistador, al militar; el ensalzamiento de lo propio y el menosprecio de lo ajeno; el desplazamiento de la salud rural por la enfermiza comodidad urbana. En fin, el mundo griego es espejo reflejante de la debacle actual, ¿por qué no pretender entonces otras alternativas?

—¿Cuáles? ¿Las del mundo azteca? ¿Las del absurdo mundo de castas hindú? No dejemos de lado a la Historia, ahí están las confirmaciones y las refutaciones de todas las teorías posibles.

—Las de la toltecáyotl, por ejemplo...

—Por muy bella que pueda ser una cultura predominantemente artística, si no tiene una salvaguarda militar correspondiente, no podrá subsistir ante el primer embate de cualquier horda salvaje.

—Entonces no nos queda más que resignarnos a la barbarie.

—Ya te he dicho que nada es definitivo. Las preferencias de la humanidad fluctúan, son caprichosas; el pacifista más combativo de hoy puede ser el más beligerante de los aventureros del mañana. Abracemos la diversidad y que sea la confrontación de las partes la que determine el curso del destino.

—Parece un discurso hecho con la intención de ser leído en una reunión de intelectuales tercermundistas antigringos.

—Déjate de babosadas. Bien sabes que a mí la pugna de los imperios me tiene sin cuidado.

—¿Pues qué, don Ramón, no existe acaso una ética y una justicia social que lo muevan a tomar parte en la pugna de los contrarios?

—Sin duda, pero así como hay partidarios de Teognis y de Platón, que colocaban la justicia por encima de todo, existen también seguidores de Tirteo, que ensalzaba la valentía como fundamento de toda virtud social. ¿No te parece muy elocuente al respecto el desagradable suceso de esta mañana en la playa?

—Podría también entenderse lo de esta mañana desde otro punto de vista diferente al de la relación valentía-justicia.

—¿Cuál?

—Platón en *Leyes* refiere que no fue la falta de valor o del arte beligerante lo que causó la caída de Esparta, sino más propiamente su incultura, reflejada en el predominio de los apetitos mundanos sobre la razón. ¿Usted cree que si este pescador de Puerto Ángel tuviera un nivel cultural más desarrollado habría llegado a nosotros con la agresividad animal que exhibió?

—Muy buen razonamiento. Pero entonces, como el mismo Platón lo señala, hay que arrebatarle al hombre inculto todo poder de determinación.

—Podría ser una conclusión pertinente...

—Ahí está el problema de la decadencia que no ha dejado de preocuparnos. ¿No es, por cierto, el hombre inculto el que posee hoy día la determinación del poder beligerante?

—Bueno, si hacemos una comparación entre artistas, filósofos, científicos y militares, en efecto, el poder está en manos de la más baja cultura.

—¿Solución?

—Pues educar a los militares.

—¿Y por qué no fortalecer a los cultos?

—También podría ser...

—Y fíjate que llegamos de nuevo a la concepción jenofonteana de sabios-guerreros, con el consiguiente realce de las artes agonales.

—¿Y por qué no una República de sabios como la propuesta por Platón?

—Es una tan hermosa como ingenua utopía. La casta militar seguiría siendo una amenaza por más preparación que se le diera, ¿o has olvidado la dinámica decadente que trae consigo la sustentación de la seguridad ciudadana en un cuerpo de mercenarios?

—Todo parece indicar entonces que no hay más opción que educar cultural y militarmente a los ciudadanos.

—Eso fue precisamente lo que en tiempos del esplendor helénico se llamó areté.

—No, no. Yo hablo de algo así como una combinación de la paideia con la areté.

—Bueno, eso en parte fue el sueño de Tlacaélel al tratar de asimilar la toltecáyotl a la aztecáyotl.

—Por cierto, ahora que toca usted este tópico me viene a la memoria una de las objeciones que le opondría al capítulo que me leyó antes de irse a México. Parece desprenderse de allí que la superioridad de una cultura viene dada por el predominio militar. Entonces...

—¿Y no nos demuestra la Historia esto con cantidad de ejemplificaciones? ¿Por qué Alejandro dominó a los más recios pueblos de la antigüedad? ¿Por qué los aztecas se adueñaron del Valle del Anáhuac? ¿Por qué los españoles conquistaron México? La razón última de una imposición hegemónica siempre reside en el poder, y la esencia del poder es la dinámica militar.

—Sí, pero no olvidemos las victorias pírricas. Hay conquistas temporales que se revierten a la larga contra el conquistador. Estamos en tiempos de resurgimiento de lo conquistado sobre lo conquistante. Y no creo que sea esto un problema de poderío militar, sino de agotamiento de las alternativas impuestas por los conquistadores.

—Aun cuando parezca ser como tú dices, no pienso que a la larga pueda resurgir forma alguna de cultura que no vaya respaldada por un resurgimiento del poderío militar. Ahí está, para no perdernos en digresiones fantasmagóricas, el ejemplo musulmán. Mientras la civilización judeocristiana detente el poder militar, no habrá mayor peligro de una amenaza panárabe.

—Cuando yo hablaba de un agotamiento de las alternativas dominantes, no me refería implícitamente al mundo árabe, sino que pensaba en los pueblos del sol americanos. Creo que, sin tener que pasar necesariamente por esa fase de resurgimiento militar que usted menciona, Latinoamérica está destinada a ser una de las más grandes potencias culturales del siglo XXI.

—Ah, ah, amigo mío, mucho me temo que Latinoamérica, justo por su atraso tecnológico-militar, está destinada a permanecer siendo un botín de las potencias imperiales.

—¿Se da cuenta? Siempre llegamos al mismo callejón sin salida.

—Sí hay salida, como la vieron ya desde hace tiempo los más grandes iluminados de nuestros próceres y sabios. El verdadero obstáculo para alcanzar esa salida es la injerencia imperial. Mientras no exista una auténtica pancomunidad latinoamericana, todos los proyectos aislados estarán condenados a permanecer sujetos a una órbita imperial.

—¿Y cómo relacionaríamos el concepto sofisticado de la areté que tenían los griegos con las necesidades de un pueblo predominantemente ligado al campo, como es el latinoamericano?

—Ahí está justamente el reto, en desarrollar una educación defensiva que no sea la ensalzada por Homero, quien desplazaba en

favor de la nobleza al hombre ordinario; aquí habría que buscar, por el contrario, un arte militar que disciplinara por igual a todos los ciudadanos.

—¿Como Cuba y Nicaragua?

—No hablo de delirios paranoicos ni de excesos totalitarios. Tiene que haber una armónica correspondencia entre la seguridad hacia afuera y la libertad hacia adentro.

—Volviendo a lo griego: en la segunda parte de los *Erga*, Hesíodo opone a la areté de Homero una areté del hombre sencillo basada en el trabajo y la justicia. ¿Y no fue esta areté la que trataron de aplicar desde un principio los próceres del imperio norteamericano?

—El imperio norteamericano está cimentado sobre un caos originario, donde el racismo y el fanatismo puritano resurgen una y otra vez para ahogar los logros pragmáticos y los sueños liberales.

—Decía usted que...

—¿Qué te parece si preparamos algo de comer?

Don Ramón propuso una tortilla de tilcuites, pequeños pececillos que capturan los nativos en los ríos de la zona y luego los ponen a secar.

—Es lo más parecido a las angulas —expresó don Ramón.

Me tocó la tarea de pelar y cortar las papas mientras don Ramón preparaba los tilcuites en un baño de jugo de limón.

—Esta charla que hemos tenido me ha hecho mucho bien —señaló—. Después de lo de esta mañana me sentía un poco culpable. La verdad que hacía ya mucho tiempo que no tenía este tipo de problemas. Pero así es la vida, siempre hay que estar preparado.

Hicimos la torta y preparamos una ensalada de cebolla, jitomate y aceitunas con un profuso riego de aceite de oliva y vinagre.

—Desde que era muy chico —puntualizó don Ramón—, la mezcla del aceite y el vinagre siempre me ha cautivado; creo que son reminiscencias rituales.

Nos sentamos de nuevo en la terraza y don Ramón trajo una botella de vino blanco.

—Clos San José —dijo al tiempo que la abría—, un vino de la Martell bastante aceptable; hasta en esto nos estamos superando, ¿eh?

La torta de tilcuites estaba extraordinaria, el vino un poco ligero pero bien saborizado. Durante la comida don Ramón habló convencido sobre la certeza del adagio antiguo de que el hombre es lo que come.

—El día que en México se le otorgue el lugar que le corresponde al consumo de pescado, los vuelos creativos serán de un alcance relevante, ¿no piensas tú lo mismo?

—Nuestra tradición es agrícola —respondí—, llevará mucho tiempo acostumbrar al pueblo al consumo de pescado.

—Todo está sacudiéndose, Eugenio, vienen cambios fundamentales.

Don Ramón preparó su indispensable café; yo preferí el abrasamiento tropicalizante del mezcal. Prendimos sendos cigarros puros que trajo don Ramón.

—Los mejores en su género —remarcó—, auténtica capa y morrón del inigualable invernadero que es Valle Nacional.

Le dije que, aunque era un esclavo del tabaco, no alcanzaba mi conocimiento para tanto.

—No importa —replicó—, en realidad no hace falta ser un Lukács o un Duchamp para reconocer la excelsitud de este tabaco. Por cierto, ¿en qué habíamos quedado de la vieja disputa entre Homero y Hesíodo, Teognis y Tirteo?

—En realidad no quedamos en nada...

—¿Cómo es eso, después de tanto haber hablado?

—Bueno, podíamos partir de que sin una auténtica areté que moldee la naturaleza de los ciudadanos es imposible la existencia de ningún pueblo ni Estado.

—Cierto, y podemos añadir también que el nuevo ideal no puede basarse exclusivamente en la verdad filosófica, como quería Jenofonte, ni tampoco en el deporte agonal al que con tanto júbilo cantaba

Píndaro; deberá ser una especie de paideia total, que evite la espectacularidad, el protagonismo individual y los excesos autoritarios del Estado.

—Entonces ni Atenas ni Esparta y, por consiguiente, nada del mundo griego.

—Despacio, despacio, no podemos desprendernos con impunidad de las determinaciones originarias.

—Veamos, pues, los dos modelos: el ateniense es, a mi entender, el menos recuperable. Se podrá ensalzar la virtud del Areópago, así como reconocer el innegable florecimiento de las artes; pero la paideia ateniense llevaba ya en sus raíces el germen de la decadencia que más tarde acabaría doblegándola. El exceso de individualismo, la preponderancia de la virtud privada sobre la virtud pública, ¿no fueron éstas las razones que Demóstenes, Isócrates y el mismo Sócrates señalaron una y otra vez como causas de la decadencia ateniense?

—Yo creo, Eugenio, que uno de los principales errores de la constitución ateniense fue, precisamente, la falta de una escuela de guerra del Estado. Las academias privadas que enseñaban estrategia no tenían ni el rigor ni el nivel necesario; de ahí que la mayor parte de los estrategas atenienses tuvieran un conocimiento vago y deficiente del arte guerreante. Los atenienses eran educados para gobernar, no para ser gobernados, y, como muy certeramente señaló Sócrates, el hombre educado para gobernar debe no sólo cultivar los refinamientos del espíritu, sino también templar con firmeza su cuerpo. Tiene que sobreponerse al hambre y a la sed, dormir poco, levantarse muy temprano; los goces de los sentidos no deben atraerlo con exceso; ningún trabajo debe asustarle; debe aguantar por igual los rigores del frío y del calor y dormir a cielo abierto. Para Sócrates el hombre que no fuera capaz de esto, estaba destinado a figurar entre las masas gobernadas. Esta fue justamente la contradicción que doblegó al pueblo ateniense: convirtió la disciplina agonal en un espectáculo deportivo y se entregó, sin fundamento, al vuelo metamundano del

espíritu. Pero, ¡cuidado!, los logros espirituales de la paideia ateniense son imborrables. Es inconcebible la occidentalidad sin el filosofar característico que cimentaron los atenienses.

—Pero, como usted muy bien ha señalado, si no hay una correspondencia entre la disciplina física y la disciplina mental todo logro cultural se viene abajo.

—Sí, sí, mas no implica ello que rechacemos por entero los logros alcanzados.

—Sin embargo, me parece a mí que el modelo espartano es más actual. Platón nutrió su *República* con los ideales de la agogé espartana. Allí, desde el embarazo se velaba por la educación de los hijos; había selección racial y eugenesia; el desarrollo del infante era incumbencia del Estado, no como en Atenas que corría a cargo de padres indolentes y esclavos. El paidónomo era la suprema autoridad educativa; allí se disciplinaba a los jóvenes, endureciéndoles el cuerpo, vistiéndolos y alimentándolos de acuerdo al ideal perseguido; las comidas eran colectivas. En fin, predominaba la vida pública sobre la privada, y al ser la educación una función pública, los encargados de impartirla tenían que ser seleccionados por sus aptitudes, no había lugar al fraude, la incompetencia y el nepotismo...

—Muy bien, pero veamos ahora el lado oscuro. En principio hay que señalar que el pueblo espartano era un pueblo típico de conquistadores y, como tal, propenso a ensalzar la determinación racista de sus orígenes. La raza dórica sirvió a Píndaro para forjar su ideal del hombre rubio, de alta estirpe; así se representaba a Menelao, a Aquiles y, en general, a todos los helenos de la antigüedad heroica. Aquí tenemos, pues, como en todo modelo militar autoritario, el culto racista a lo propio y el consiguiente desprecio de las demás razas. Además, después de la derrota de Leuctra, la organización militar espartana, hasta entonces considerada invencible, se vino abajo de manera estrepitosa. El mismo Platón, que tanto había glorificado la agogé espartana, se encargó entonces, ya a la vista de los acontecimientos, de criticarla por su esencial ignorancia de las

manifestaciones del espíritu. Asimismo, el culto excepcional que se le tributó al cuerpo hizo que los dorios abrazaran la pederastia, y sus mujeres se entregaran a un brutal desenfreno sexual...

—De donde llegamos otra vez a lo mismo: los modelos griegos son irrecuperables.

—¡Qué no, coño! La paideia griega, como búsqueda armoniosa de una unidad entre los apetitos del cuerpo y los vuelos de la razón, es totalmente válida. El no cumplimiento parcial de una norma no implica su automática invalidación. Los atenienses, más que los espartanos, sentaron un ideal que Occidente aún no ha podido realizar. Ahí está el reto.

—Lo que ocurre, don Ramón, es que el concepto de occidentalidad ya no es la unidad hegemónica incuestionable que rigió hasta la mitad del siglo XX. Ahora es tiempo de nacionalismos, de diversificación y autodeterminación de las partes. Quizá no sea esto lo mejor para la humanidad en su conjunto, pero no cabe duda de que es algo nuevo y prometedor, y tal vez sea lo mejor para cada una de las nacionalidades.

—El nacionalismo es parte de un proceso de cerrazón y fanatismo, no lo olvides.

—No siempre, algunas veces es la opción actualizadora de las diversidades. Además, me sorprende la defensa a ultranza que usted hace de Occidente, por cuanto que su forma de vida contradice a todas luces la normatividad existencial de los pueblos occidentalizados. Ahí está, por ejemplo, el karate, ¿por qué si tanto defiende la paideia y la areté griegas hace uso de una disciplina guerreante oriental?

—Hombre, pues la verdad que es ése un punto muy cuestionable. Hasta donde yo sé, el karate y su ancestro el kun fu no eran originalmente disciplinas populares; surgieron en los centros de espiritualización o lamasterios como dinámica templadora de las pasiones corporales y como disciplina defensiva. Para que en Occidente se hubiera dado algo semejante, el cristianismo habría tenido

que intramundanizarse; es decir, la vida terrenal tendría que haberse impuesto a la vida celestial. Además, nadie está aquí negando que toda cultura puede aportar algo interesante...

—A lo que yo quiero llegar es a lo siguiente: ¿por qué no aplicar el mismo rigor para valorar la cultura griega y la cultura náhuatl?

—Bueno, muchacho, para mí la cultura náhuatl es un mundo a descubrir. Existen muchas contradicciones, mucha confusión entre historia y mito.

—Usted lo ha dicho, es un mundo a descubrir.

—¿Y qué esperas encontrar, una revelación en pleno siglo XX?

—Digamos que estoy encontrando cierta luz en la hasta ahora mitad oscura de mi vida.

—¡Ah caramba!, eso sí que es cautivante.

—Hablo en serio, don Ramón, la parte occidental de mi ser está enferma de decadencia.

—¿Y culpas a los griegos?

—A los griegos, a los romanos, al escolasticismo, al cartesianismo, al idealismo alemán...

—Espero que dejes a Cervantes en pie.

—Está bien, si le parece dejamos aquí la plática.

—No hombre, no lo tomes tan a pecho. Vamos a ver, háblame de esa luz que te cautiva.

—Mire, don Ramón, yo no sé cuan profundamente sienta usted a México. Su carácter ya está forjado, es muy difícil cambiarlo. Pero mi visión del mundo es inquieta, insegura y tengo la sensación de que una inmersión en las raíces de la mexicanidad me ayudará a consolidarla.

—Todo esto suena muy sincero y prometedor. Pero vayamos al grano. ¿Te parece bien que hagamos un análisis comparativo entre las díadas paideia-agogé y toltecáyotl-aztecáyotl?

—Sería caer en un lugar común que el más elemental diacronismo rechaza. Prefiero acometer el tema de una manera más propia aunque sea descabellada.

—Tú dirás...

—A mi entender, el fundamento de la mexicanidad actual no reside tanto en el cincuenta por ciento que supone la influencia de la Conquista, cuanto en la mitad hasta hoy oscurecida de la determinación prehispánica. Y la dinámica de este fundamento está enraizada en una lucha miticohistórica entre las dos fuerzas que siempre han cautivado a toda la humanidad: de un lado los altos vuelos del espíritu, plasmados en la excelsitud de las artes; del otro el desbordamiento de la fuerza corporal, consolidado en el poderío beligerante. En el México prehispánico estos dos movimientos confrontativos tomaron forma en las imágenes de Quetzalcóatl y Tezcatlipoca. El primero representaba el lucero que señalaba el inicio y el fin del viaje del sol hacia el Mictlán; el segundo era la representación de la fuerza fría y mágica de la luna. Ambos combatían desde su origen mítico por convertirse en sol, astro supremo y detentador de la vida. Quetzalcóatl pretendía iluminar su reino con el predominio de las artes; de ahí su aversión a lo mágico-militar y a los sacrificios sangrientos de sus súbditos y esclavos, y el consiguiente culto a la penitencia y al pacifismo. Tezcatlipoca, por el contrario, propugnaba por la prioridad de lo bélico y lo cruento, de ahí su pasión por los sacrificios humanos y por la brujería. Éste era continuador convencido de lo propio; aquél era portador de unas doctrinas extrañas que llegaron algún día del otro lado del océano. Se dio, así, una guerra larga y despiadada de la que salió huyendo Quetzalcóatl con destino hacia el sol y prometiendo que algún día su causa regresaría triunfante. Fue un triunfo de lo mágico-militar sobre lo artístico-pacífico, y esto marcó el desarrollo ulterior de la mexicanidad consumada en el imperio azteca.

—Según Chavero y Orozco y Berra, que hasta donde yo sé fueron los primeros constatadores de esta tesis, el combate cósmico-religioso entre Quetzalcóatl y Tezcatlipoca pasa por dos fases: en la primera venció Quetzalcóatl; en la segunda Tezcatlipoca...

—La leyenda de las pugnas por convertirse en sol es muy bella, don Ramón, pero no deja de ser una leyenda. Aquí lo que importa es señalar el fundamento histórico de la confrontación que va a deter-

minar el ser del mexicano como una totalidad de pares opuestos: lo propio y lo extraño, lo pacífico y lo violento, lo ritual y lo sanguinario, lo artístico y lo guerrero, lo religioso y lo mágico, el autocastigo y la gozación, el temor vital y la pasión por la muerte. Esto es para mí lo que realmente cuenta; lo demás, si Quetzalcóatl era irlandés o fenicio o celta, si Tezcatlipoca lo venció embriagándolo con pulque o con licor de teonanacatl o con otras hierbas, si Quetzalcóatl se fue a Tlapallan o a Yucatán o murió quemado, todo ello me parece uno de esos crucigramas que tanto entretienen a los que se relacionan con el mundo desde un escritorio.

—La verdad sea dicha, yo también soy uno de esos que se recrean lúdicamente con el crucigrama quetzalcoatliano. Ignoro de qué lugar venía, dónde y cuándo llegó, pero me atrae el misterio de su innegable extranjeridad. Y cómo no me habría de cautivar la leyenda de un heroico vencedor de la grandeza del océano Atlántico cuyo dominio de la astronomía y de las artes marcó el esplendor de todo un pueblo, sin dejar el menor indicio claro del lugar de su origen. Ahí están las tres incógnitas que imposibilitan la solución de la ecuación: desconocimiento del hierro, desconocimiento de la rueda y desconocimiento del alfabeto, en un tiempo histórico en que ningún pueblo que poseyera el conocimiento artístico y astronómico del que era portador Quetzalcóatl, podía permitirse ignorar estos tres componentes esenciales de la ecuación civilizadora.

—Lo que ocurre, don Ramón, es que usted, como la mayoría de los extranjeros que descubren la sorprendente diversidad de lo mexicano, no deja de ver en Quetzalcóatl al precursor idealizado de su propia aventura.

—¡Carajo, cómo te gusta complicar las cosas!

—No tiene por qué molestarse, don Ramón, estamos tratando de esclarecer nuestro enraizamiento.

—No, si no me molesto, nada más que soy alérgico a todo lo que huela a sicoanálisis. Por otra parte, también quería decirte que tu explicación se centra en la lucha de Quetzalcóatl y Tezcatlipoca por ser

sol, es decir, por lograr el poder, pero no hace la menor referencia al enfrentamiento solilunar.

—Justamente eso es lo que...

—Mira, déjame leerte unos fragmentos que sobre el particular he subrayado.

Don Ramón se levantó y se encaminó hacia el interior de la cabaña. Tardó el tiempo que empleé en servirme un trago y prender un cigarrillo. Ya de regreso, abrió el libro capital de Gutierre Tibón: *Historia del nombre y de la fundación de México*; y mientras buscaba el número de las páginas, guiado por su pequeño cuaderno profusamente escrito con diferentes colores, dejó escapar entre dientes:

—La extraordinaria labor de este hombre aún no ha sido reconocida con justicia; quien sabe, quizá tengas razón en aquello de la pugna entre lo propio y lo extraño. Aquí está, te voy a ir leyendo los subrayados, no me interrumpas hasta que termine:

"Huitzilopochtli, el que fue a buscar el nuevo asiento de los aztecas, es un sacerdote del dios solar. Así resulta de los demás autores: lo es, por ejemplo, el Huitzilopochtli que en el cerro del Peñón mata a Cópil, hijo de la diosa lunar. La guerra civil entre los aztecas continúa en el Valle, al cabo de la larga peregrinación: y quienes triunfan son los adictos al culto solar y cruento de Huitzilopochtli".

"Entre los nahuas la deidad suprema, Tezcatlipoca, es nocturna lunar... El culto lunar no exigía sacrificios humanos. Los aztecas eran un pueblo de cazadores y agricultores trashumantes, y sólo cuando Huitzilopochtli les prometió, por voz de sus sacerdotes, la conquista de las cuatro partes del mundo, el poder, la riqueza y la gloria, hicieron del culto solar el eje de su religión. Con la muerte de la luna y de las estrellas a manos del Sol-Huitzilopochtli, quien les abre a todos los pechos sacándoles los corazones, se establece el pacto, la alianza entre los aztecas y el sol, dios bélico y sanguinario.

"Independientemente del parentesco del astro mayor con sus compañeros celestes, queda el hecho de que con el simbólico sacrificio y con la emblemática alimentación de los corazones de la luna y

las estrellas, el sol adquiere un terrible poderío religioso. Ya es el dios de la guerra, ya es el numen que hay que alimentar con sangre y corazones humanos: de hombres que equivalen, aquí abajo, a los astros menores que centellean en el cielo; esto es, los hombres estrella. Ha empezado para los aztecas la fase de su mística bélica, que los transformará de pobre tribu errante en dueños de uno de los imperios más poderosos.

"...En cierto momento del éxodo azteca hay un cisma entre los sacerdotes del sol y los de la luna, estos últimos contrarios al sacrificio humano... Las razones del rompimiento entre las dos 'congregaciones' las expresa paladinamente el propio Huitzilopochtli: Vuestro dios dice que su venida no fue a enhechizar ni a encantar las naciones ni a traerlas a su servicio por esta vía, sino por ánimo y valentía de corazón y brazos, por el cual modo piensa engrandecer su nombre y levantar la nación mexicana hasta las nubes y así manda que su hermana sea dejada en este lugar con sus encantamientos y hechicerías.

"Por otra parte, la luna, llamada Coyolxauhqui, es hija de Coatlicue y por consiguiente, hermana uterina de Huitzilopochtli, el sol. Huitzilopochtli, al nacer, mata a su hermana por medio de Xiuhcóatl, 'serpiente de fuego' y pone en fuga a sus hermanos, los Centzon Huitznahua: expresión oculta del eterno drama del astro mayor, que cada día, al nacer, mata a la luna con la claridad del rayo solar (la culebra de fuego) y derrota a las estrellas.

—¿No pretenderá leerme todo el libro?

—Te dije que me dejaras terminar...

—¿Qué objeto tiene que me lea usted algo que apenas hace una semana terminé de leer?

—Está bien, de lo que te he leído ya podemos sacar algunas conclusiones: a la postre no es el culto lunar sino el solar el que termina imponiéndose en el Anáhuac; no es el encantamiento y la magia, artes de los cultores lunares, lo que va a desempeñar una función determinante en el poderío azteca, sino el belicismo y el militarismo

propios de los cultores del Sol-Huitzilopochtli. De aquí se colige que existe una tremenda contradicción entre tu tesis del enfrentamiento Quetzalcóatl-Tezcatlipoca y la confrontación entre Huitzilopochtli y Malínal Xóchitl y su hijo Cópil.

—Precisamente ahí entra la segunda fase de la dinámica confrontativa que determina al ser dual del mexicano. Esa contradicción de la que usted habla sólo existe desde una perspectiva histórica externa y superficial...

—¿Pues qué, muchacho, pretendes pasar sobre todas las investigaciones efectuadas?

—No, no, al contrario. Todos los documentos que se conservan sirven de apoyo a mi tesis.

—¿Cuál tesis, la de la confrontación Quetzalcóatl-Tezcatlipoca?

—Ésa es sólo la primera fase de la fundación de la mexicanidad. Fíjese bien que aquí, al contrario de lo que sucedió en Grecia, donde lo ateniense y lo espartano nunca lograron conformar una totalidad duradera, sí se logró una unidad superadora de los dos polos del conflicto. Pero no fue una unidad, como usted parece dar a entender con la lectura de esos subrayados, dada *a priori*, sino *a posteriori*. Los primeros sustentadores de lo que más tarde sería la aztecáyotl eran, exceptuando la fracción lunar que fue aniquilada durante la peregrinación, bárbaros y semisalvajes. Baste mencionar al respecto el suceso de la guerra de las orejas que tanto impresionó a los sacerdotes de Colhuacan y a su rey Coxcoxtli. Los aztecas originarios desconocían las artes y la astronomía; no había, pues, lugar en su cosmovisión de recolectores y de cazadores trashumantes para el afianzamiento del tan bello como complejo mito del enfrentamiento solilunar. Cuando los aztecas llegaron al Valle del Anáhuac, la confrontación originaria entre Quetzalcóatl y Tezcatlipoca atravesaba una fase de distensión. Cierto que los seguidores de Tezcatlipoca habían triunfado, pero los cultores de Quetzalcóatl, que no habían sido aniquilados por completo, gestaban una nueva reforma al amparo de algunos señoríos. Es con el belicismo propio de los aztecas que comienzan a

polarizarse de nuevo las tendencias, y con el posterior triunfo sobre la triple alianza quedan definitivamente sentadas las bases para la consolidación del poderío estratégico-militar. Es así como la pugna primigenia por alcanzar el poderío solar, desplaza la discordia de los númenes principales para personificarse en la imagen del cuarto de los hijos de la pareja divina Tonacatecutli-Tonacacíhuatl. Pero el gran reformador, el hacedor extraordinario de la grandeza azteca, el que fusiona las dos tendencias originarias en una nueva que las conlleva superándolas, no es el dios sangriento Huitzilopochtli, sino el excepcional humano Tlacaélel. Es él quien rehace el rostro de los aztecas y le da firmeza a su corazón reescribiendo su pasado; es él quien manda quemar los códices que hacían aparecer a su pueblo como una tribu de salvajes trashumantes; es él quien rehace la historia para darle a su pueblo la condición de elegido; es él, por último, el que hace que la vieja pugna entre la luna y el lucero matutino por convertirse en sol se dirima en favor de Huitzilopochtli, el nuevo numen conquistador.

—¿El hombre inventó a su dios?

—¿Y no ha sido siempre así, aunque después se haya desvirtuado?

—¿Y cómo explicarías entonces el rechazo huitzilopóchtlico de la magia si Tezcatlipoca continuó siendo el numen primigenio todopoderoso?

—Ese rechazo hacia el encantamiento y la magia no es más que una anécdota tribal. En cuanto los aztecas obtuvieron el poder, la magia se fusionó con su polo opuesto en una totalidad superior. Al rehacer la historia de su pueblo, Tlacaélel se cuidó de que la dinámica ritual-belicista que los había llevado al poder, se fundiera con los legados de la toltecáyotl. Fue una síntesis sublimadora que no negó a los contrarios, sino que los llevó a su más plena expresión.

—Según Ixtlilxóchitl, los aztecas no eran sino los mismos colhúas que escaparon a la desintegración del reino tolteca; y la investigadora Laurette Séjourné parece ser de la misma opinión al sostener

que a la llegada de los españoles las denominaciones azteca y colhúa eran intercambiables. Además, como el mismo Ixtlilxóchitl refiere, Quetzalcóatl Topiltzin tuvo un hijo, Póchotl, que al parecer fue el único sobreviviente real de la destrucción de Tula. Este Póchotl fue padre de la doncella Az Cátl Xóchitl, quien casó con Nopaltzin, hijo de Xólotl, fundador del imperio chichimeca y del señorío de Tezcoco. Fue de esta manera, según Ixtlilxóchitl, como se realizó el entrecruzamiento entre los cultos toltecas y los bárbaros chichimecas. ¿Cómo entonces se podrían relacionar estos hechos con tu hipótesis?

—Pues el mismo Ixtlilxóchitl es el que se encarga, un poco más adelante de donde usted extrajo las referencias, de disipar la aparente confusión: el principal tolteca Huetzitin escapó con su gente y familia cuando sucedió la destrucción de los toltecas en Chapultepec, y fue con ella por las tierras del reino de Michoacán hasta llegar a Aztlán. Allí murió este postrer sobreviviente del culto pacífico-artístico que se había desarrollado en torno a la personalidad mítico-histórica de Quetzalcóatl, y le sucedió en el poder Ocelopan, que fue quien decidió traer de vuelta, a la tierra de sus antepasados, a toda su gente. Con ellos venía una hermana suya, mujer muy varonil y esforzada que no es otra sino la ya mencionada Malínal Xóchitl, a la que, como ya vimos, el numen Huitzilopochtli condenó porque su culto mágico-pacífico era un obstáculo para la expansión estratégico-militar de los aztecas. En conclusión, se puede decir que la confrontación originaria entre Quetzalcóatl y Tezcatlipoca se extendió al pueblo bárbaro de los aztecas, y tanto allí como aquí salió triunfante lo bélico-cruento sobre lo mágico-pacífico.

—Y dices tú que el artífice del poderío azteca fue Tlacaélel; ¿dónde queda entonces la grandeza de Izcóatl, de Moctecuzoma Tlhuicamina, de Axayácatl?

—Le voy a pedir el favor de que me traiga la *Filosofía náhuatl* de León-Portilla. Todo el respeto que le merece a usted Gutierre Tibón me lo merece a mí León-Portilla; y creo yo que hasta la fecha nadie ha sabido como él valorar la magnitud de Tlacaélel.

Don Ramón se encaminó una vez más hacia su biblioteca. El sudor y el cansancio acumulados en la larga plática me hacían sentir pegajoso como un sapo y prisionero de una somnolencia que acentuaba con desagrado el endurecimiento de los músculos de mi cuello. Me levanté a estirar y relajar las extremidades, y la visión aérea de la isla y el mar hicieron que cediera por un momento la pesadez mental en que me había sumido la polémica. ¿Servía de algo todo esto? Por lo menos me parecía una buena forma de aprovechar la energía del trópico en una dirección opuesta a la iguaneante exposición sedentaria a los rayos del sol. Miré hacia el astro, que se estaba ya acercando a la entrada del Mictlán, y no pude menos que reconocer la grandiosidad emanada de su presencia. Libremente comenzaron a fluir los dorados recuerdos y me convencí de que lo importante no era la confirmación histórica de mis raíces, sino la comprobación de que ya no podría vivir en un espaciotiempo donde la fuerza cósmica del astro se limitara a manifestarse festivamente en dos o tres meses del año. Éste era ahora mi medio, mi fuente vital, el espacio de mi realización; todo lo demás era plática, especulación, pura soberbia. Por la tardanza de don Ramón deduje que había ido al baño, así es que me encaminé hacia la parte frontal de la cabaña para tratar de disipar la modorra que, aunque ya en decrecimiento, aún me estaba doblegando. Al lado del complejo andamiaje que hacía las veces de cocina, encontré una cubeta con agua; me venció la tentación y me di un par de jicarazos. De inmediato se abrió un mundo de frescor, y la brisa marina llegó con su mensaje refrigerante hasta lo más profundo de mi acaloramiento. Se acercó don Ramón y, al verme chorreante de satisfacción, se aprestó a imitarme.

—Hombre, qué gran idea has tenido —dijo después de darse varios jicarazos—, esto es como tomar una buena taza de humeante café en el polo.

Regresamos a la terraza y don Ramón me puso el libro de León-Portilla enfrente.

—Aquí está tu biblia.

—Todo buen libro tiene algo de biblia.

—¿Algo de biblia o algo de la Biblia?

—Dejémonos de rodeos especulativos y vayamos al asunto.

—Te escucho.

—Bueno, al contrario de lo que creía fray Juan de Torquemada, que Tlacaélel era un personaje fingido e imaginario, son numerosas las fuentes en donde se habla del devenir histórico de este gran dirigente, político y sabio. Según la *Séptima relación* de Chimalpain, Tlacaélel nació en el año diez conejo (1398), el mismo día en que también nació su hermano Moctecuzoma Ilhuicamina. Ambos eran hijos de Huitzilíhuitl II, pero de madre distinta. La primera manifestación pública del joven Tlacaélel, descrita en la *Historia…* de Durán, tiene lugar de la siguiente manera:

"Hecha la elección de Izcóatl hacia 1424, los mexicas se vieron en la trágica disyuntiva de tener que aceptar servilmente las continuas vejaciones de que los hacía objeto el tirano Maxtla de Azcapotzalco, o reaccionar contra él iniciando la guerra. Ante el peligro de ser aniquilados, Izcóatl y los señores mexicas habían optado por someterse de la manera más completa a los tepanecas de Azcapotzalco. Fue entonces cuando el joven Tlacaélel habló por primera vez en público, incitando a los mexicas a una lucha que iba a ser el principio de la grandeza de Tenochtitlan. He aquí las palabras de Tlacaélel: '¿Qué es ésto, mexicanos? ¿Qué hacéis? Vosotros estáis sin juicio: aguardad, estaos quedos, dejadnos tomar más acuerdo sobre este negocio: ¿tanta cobardía ha de haber que nos habemos de ir a entretejer con los de Azcapotzalco?' Y llegándose al rey, le dijo: 'Señor, ¿qué es ésto? ¿Cómo permites tal cosa? Hablad a ese pueblo; búsquese un medio para nuestra defensa y honor, y no nos ofrezcamos así tan afrentosamente ante nuestros enemigos".

"Largo y fuera de lugar sería relatar aquí el modo como vencieron los mexicas a los de Azcapotzalco. Baste repetir que según el testimonio de Durán, Tezozómoc, Chimalpain, los *Anales Tepanecas* de Azcapotzalco y los *Códices Ramírez* y *Cozcatzin*, a Tlacaélel se de-

bió principalmente esa primera victoria de tan grandes consecuencias... Constituido implícitamente en consejero de Izcóatl, de quien afirma categóricamente el *Códice Ramírez* que 'no hacía más que lo que Tlacaélel le aconsejaba', lo primero que emprendió fue una doble reforma: la concesión de títulos a los guerreros mexicas que se habían distinguido en la lucha, y la distribución de tierras al rey, a los señores, o nobleza recién constituida, y a cada uno de los barrios de la Ciudad de México-Tenochtitlan... [Asimismo] Determinaron quemar los códices, libros de pinturas de los vencidos tepanecas y aun los propios de los mexicas, porque en esos libros de pinturas la figura del pueblo azteca carecía de importancia:

> Se guardaba su historia.
> Pero, entonces fue quemada...
> Los señores *mexicas* dijeron:
> no conviene que toda la gente
> conozca las pinturas.
> Los que están sujetos (el pueblo),
> se echarán a perder
> y andará torcida la tierra,
> porque allí se guarda mucha mentira,
> y muchos en ella han sido tenidos por dioses.

"Y a propósito del rango principal, que desde entonces asignaron los mexicas a su numen tutelar, Huitzilopochtli, dentro del antiguo panteón náhuatl, hay en la *Séptima relación* de Chimalpain un breve pero expresivo pasaje: El primero en la guerra, el varón fuerte Tlacaélel, como se verá en los libros de años, fue quien anduvo haciendo, quien anduvo siempre persuadiendo a los mexicas de que su dios era Huitzilopochtli.

"Tlacaélel mismo insistió en la idea, sino es que la introdujo, de la necesidad de mantener la vida del Sol-Huitzilopochtli con el agua preciosa de los sacrificios.

"Hablando con el rey Moctecuzoma Ilhuicamina, a propósito de la dedicación del Templo Mayor de Tenochtitlan, se expresó así Tlacaélel: Sacrifíquense esos hijos del sol, que no faltarán hombres para estrenar el templo cuando estuviese del todo acabado. Porque yo he pensado lo que de hoy más se ha de hacer; y lo que se ha de venir a hacer tarde, vale más que se haga desde luego, porque no ha de estar atenido nuestro dios a que se ofrezca ocasión de algún agravio para ir a la guerra. Sino que se busque un cómodo mercado donde, como a tal mercado, acuda nuestro dios con su ejército a comprar víctimas y gente que coma; y que bien, así como a boca de comal de por aquí cerca halle sus tortillas calientes cuando quisiera y se le antojase comer, y que nuestras gentes y ejércitos acudan a estas ferias a comprar con su sangre y con la cabeza y con su corazón y vida, las piedras preciosas y esmeraldas y rubíes y las plumas anchas y relumbrantes, largas y bien puestas, para el servicio del admirable Huitzilopochtli... Este tinguez y mercado, digo yo Tlacaélel, que se ponga en Tlaxcala y Huejotzinco, y en Cholula y en Atlixco, y en Tliliuhquitépec y en Técoac, porque si le ponemos más lejos como en Yopitzinco o en Michoacán o en la Huasteca o junto a esas costas, que ya nos son todas sujetas, son provincias muy remotas y no lo podrían sufrir nuestros ejércitos. Es cosa muy lejana, y es de advertir que a nuestro dios no le son gratas las carnes de esas gentes bárbaras. Tiénelas en lugar de pan blanco y duro, y como pan desabrido y sin razón, porque como digo, son de extraña lengua y bárbaros y así será muy acertado que nuestro mercado y feria sea en esas seis ciudades que he nombrado... Y ha de ser esta guerra de tal suerte que no pretendamos destruirlos, sino que siempre se esté en pie, para que cada y cuando quiera que queramos, y nuestro dios quiera comer y holgarse, acudamos allí como quien va al mercado a mercar de comer.

"Tal fue el modo como consolidó Tlacaélel la grandeza mexicatl. Sin aceptar jamás la suprema dignidad de rey o tlatoani que insistentemente le ofrecieron... Las siguientes palabras de Tlacaélel conser-

vadas por el mismo Durán, muestran claramente la actitud del gran consejero de los señores mexicas:

> Por cierto, hijos míos, yo os lo agradezco
> y al rey de Tezcuco
> pero venid acá:
> yo os quiero que me digáis
> de ochenta años a esta parte,
> o noventa que ha que pasó la guerra de Azcaputzalco,
> ¿qué he sido?, ¿en qué lugar he estado?
>
> ¿Luego no he sido nada?,
> ¿pues para qué me he puesto corona en la cabeza?,
> ¿ni he usado de las insignias reales que los reyes usan?,
> ¿luego no ha valido nada todo cuanto he juzgado y mandado?,
> ¿luego injustamente he muerto al delincuente
> y he perdonado al inocente?,
> ¿luego no he podido hacer señores,
> ni quitar señores como he puesto y compuesto... ?
>
> Mal he hecho en vestirme las vestiduras
> y semejanzas de los dioses,
> y mostrarme sus semejanzas,
> y como tal dios tomar el cuchillo y sacrificar hombres;
> y si lo pude hacer
> y lo he hecho ochenta o noventa años ha,
> luego rey soy y por tal me habéis tenido;
> ¿pues qué más rey queréis que sea?.

—Hasta aquí mi estimado León-Portilla. ¿Se da usted cuenta de la importancia histórica de Tlacaélel?

—Más que nada a mí me parece un ser diabólico y retorcido...

—Vamos, vamos, don Ramón, no me venga ahora con escandalizamientos y beaterías.

—¡Qué escándalos ni qué carajos! ¿No fue Tlacaélel el causante de la desaparición del culto pacífico-artístico de Quetzalcóatl?

—Efectivamente, y es él, por tanto, el primer gran sublimador de lo auténtico mexicano.

—Otra vez ese nacionalismo estrechante y suicida.

—¿Y por qué no decir, más bien, el triunfo de lo propio sobre lo extraño?

—¿O sea que para ti, lo propio es lo bélico y lo sanguinario, y lo extraño es lo pacífico y lo artístico?

—No extraiga de la manga conclusiones gratuitas, usted sabe que...

—Yo lo que sé es que la tal grandeza de Tlacaélel es sobremanera cuestionable. ¿Pues cómo hemos de ensalzar a un hombre que hizo de la intriga política un arma temible, y que arregló su tianguis sacrificatorio de tal manera que toda el hambre de su insaciable Huitzilopochtli recaía precisamente sobre los señoríos donde aún pervivía el culto pacífico-artístico de Quetzalcóatl? Además, fijémonos bien en dos detalles explicitadores de la calidad diabólica de este singular personaje: de un lado, él mismo dice: "¿luego, no he podido hacer señores, ni quitar señores como he puesto y compuesto?"; del otro, ¿cómo explicar que este hombre haya vivido casi cien años de poderío incuestionable, mientras en la silla real se sucedían los regentes sin rostro ni corazón propios?

—¿No estará insinuando que Tlacaélel mandó matar a todo aquél que no le obedecía, incluyendo a los reyes?

—Yo no insinúo nada; son los hechos históricos los que hablan y reclaman un mayor comedimiento.

—Bueno, déjeme ahora tratar de completar el cuadro para que vea que tanto la paideia como la areté atenienses y la agogé espartana, tuvieron en el Anáhuac unos paralelos de no menor altura y significación. Siguiendo con la confrontación dual propuesta tenemos: el Calmécac, donde Quetzalcóatl era el numen protector y guía. En

este centro de educación superior, la dinámica determinante recaía sobre lo pacifico-religioso; de allí salían los grandes cultores de la flor y el canto, los encargados de las funciones rectoras, los sacerdotes, sabios y reyes. Y el Telpochcalli, donde Tezcatlipoca, como telpochtli genérico, y Hutzilopochtli, como numen emergente y superador, guiaban y velaban por el culto de lo estratégico-militar; allí se impartía todo lo concerniente a las artes guerreantes, los guerreros y los nobles que, en la personificación de los caballeros águilas y tigres, eran los encargados de conseguir el alimento cósmico del Sol-Huitzilopochtli. Ahora bien, aun cuando el desempeño de cada centro estaba determinado por la naturaleza característica de su deidad protectora, ello no era óbice para que los estudiantes de un centro no aprendieran también la disciplina básica que se enseñaba en el otro. De tal manera que se daba una armoniosa interrelación entre las disciplinas propias de cada centro, haciendo posible una cabal compenetración entre las partes y el todo.

—Correcto, todo eso que dices no merece discusión, es lugar conocido y aceptado, y punto. Pero veamos una cosa, ¿cómo explicarías entonces que un imperio basado en la determinación estratégico-militar haya sucumbido de manera tan estrepitosa ante el ejército de supuestos rateros y malvivientes que comandaba el aventurero Cortés?

—Ahí está la parte medular del asunto. Ya no podemos dudar que la fluctuación del poder entre lo pacífico y lo bélico ha señalado desde sus orígenes los diferentes derroteros de la mexicanidad. Pues bien, al contrario de ciertos rumores eurocéntricos e imbasificados, el Imperio azteca fue conquistado en su plenitud y no cuando estaba iniciando su decadencia. Lo que sucedió, sin embargo, es que la pugna mítico-histórica entre Quetzalcóatl y Tezcatlipoca atravesaba, a la llegada de los españoles, un momento de indecisión; es decir, Moctezuma II, parte debido a su inclinación decididamente sacerdotal, parte debido a la injerencia del notable Nezahualpilli, se dejó influenciar por lo mágico-mítico, debilitando, por consiguiente, la

determinación que había heredado de lo estratégico-militar. No puede caber la menor duda de que si Cortés y sus bandidos hubieran llegado en el transcurso de las tres regencias que supervisó Tlacaélel, la derrota de los españoles hubiera sido total. No olvidemos que Nezahualcóyotl nunca pudo ejercer mayor influencia sobre Tlacaélel; lo más que logró fue que su señorío de Tezcoco fuera una especie de baluarte para la conservación de la más pura tradición tolteca; allí no llegó la quema de códices decretada por Tlacaélel e Izcóatl. Todo lo contrario sucedió con Nezahualpilli. Éste, que no desmerecía en nada la grandeza de su padre, logró ejercer sobre Moctezuma II una gran influencia, moviéndolo hacia el culto tolteca de Quetzalcóatl. Si aunamos a esta aseveración el hecho de que el posible nuevo Tlacaélel, esto es, Cuauhtémoc, no tuviera todavía el ascendiente sobre los aztecas que tenía su honorable antecesor, tendremos una más clara visión del porqué la conquista de los españoles fue relativamente fácil dado el poderío militar del Imperio azteca.

—No puedo estar por completo de acuerdo contigo, mi querido Eugenio, estás echando de manera tendenciosa todos los triunfos en tu costal. ¿Por qué no decir, con más propiedad, que era mayor el poderío estratégico-militar de los españoles que el de los aztecas?

—¿Y en qué se basaría para sostener eso?

—Pues en dos hechos fundamentales. El primero reside en un error intrínseco al culto sacrificatorio-militar que con tanta elocuencia expuso el propio Tlacaélel. Al hacer de las guerras floridas el centro de la órbita militar y al llevar el objetivo de estas guerras al fin casi exclusivo de conseguir carne viva para su dios, el poderío del ejército azteca queda en una desigualdad inmensa frente a la capacidad incondicional matadora de los españoles. El segundo punto reside en lo que se puede considerar como una pugna entre lo técnico y lo mágico. Los caballeros aztecas, además de ser educados en las artes gladiatorias, lo eran también en el culto de la magia y hechicería. Y te diré, además, ahora que tocamos este punto, que no estoy contigo en

eso de que con la muerte de Cópil y los adoradores de la luna, la magia pierde su determinación para los aztecas. Cuando Moctezuma II estaba angustiado por la progresiva cercanía de los españoles, se dejó convencer por su consejero Tlillancalqui para que se le enviara contra los españoles un ejército de brujos convocados en su mayoría en Malinalco, lugar donde se refugiaron los descendientes de aquella Malínal Xóchitl que por bruja mandó combatir Huitzilopochtli. Pues he aquí que este ejército de brujos se fue contra Cortés y sus hombres, y fracasaron en todos sus intentos nigromantes, como ha fracasado siempre...

—¿A dónde va con esa perorata occidentalizante?

—Estoy tratando de enseñarte que yo también tengo algunos triunfos en la mano, para que juegues con más cautela.

—Sí, sí. Pero es que usted me está atribuyendo cosas que yo no he dicho ni sostengo, como eso de la desaparición de la magia después de la muerte de Cópil. Lo que yo he señalado es que a la pugna inicial entre Quetzalcóatl y Tezcatlipoca, hay que adjuntarle la pugna interazteca entre los cultores estratégico-militares del sol y los pacíficos-mágicos de la luna. Sólo así se pueden entender las diferentes oscilaciones que ha experimentado la mexicanidad hasta nuestros días.

—De acuerdo, no nos paremos en malentendidos y veamos ya de terminar este juego porque nos anochece. Yo te decía que lo mágico perdió a...

—¡Cuidado! Usted está hablando de lo mágico-militar, pero existe también lo mágico-artístico, lo mágico-astrológico, etc.

—Correcto, te concedo este punto. Pero déjame concluir, ¿quieres...?

—Claro, claro...

—Te voy a referir, con brevedad, una de las historias más bellas y significativas entre lo técnico-militar occidental y lo mágico-militar prehispánico. Se trata de un episodio de la conquista de los quichés. Pedro de Alvarado, que más que español parecía hijo de Huitzilopochtli,

¿o le llamarían Tonatiuh por ser el dios Huitzilopochtli en persona?

—¿Quién se cachondea ahora?

—¡Carajo!, eres más susceptible que una de esas palomas de ala blanca. Está bien, continúo. Decía que Pedro de Alvarado se encontró en una de sus andanzas conquistadoras por Guatemala frente a un ejército de unos diez mil indios que capitaneaba un tal Tecum. Después de tratar de que los indios se le dieran en paz y por las buenas, y en vista de que no se arreglaba nada, Alvarado arremetió con sus hombres contra los indios, y estaba haciendo tal carnicería que el propio capitán Tecum se vio obligado a intervenir para tratar de ganar la causa para su gente. Entonces este Tecum se convirtió prodigiosamente en águila, llenándosele todo su cuerpo de hermosas y auténticas plumas y apareciéndole en su cabeza tres fantásticas coronas de oro, perlas, diamantes y esmeraldas. Alvarado venía a caballo y ante aquel prodigio se quedó quieto y sorprendido. Entonces, y con la velocidad de un rayo, el nahual de aquel Tecum se precipitó sobre Alvarado y, por darle a lo más importante de él, le cercenó al caballo la cabeza de un sólo tajo con una rodela de espejuelos que era parte de su encantamiento. Alvarado se vino al suelo, y como quiera que el nahual vio que el caballo degollado era algo independiente del hombre, se aprestó de nuevo para acometer al aguerrido Tonatiuh, que ya estaba en guardia con su lanza esperando la embestida de tan extraño contendiente. Se arrojó una vez más el águila para degollar a Alvarado, pero éste, que ya estaba esperando el embate, la atravesó con su lanza, y el cuerpo de este indio, de una belleza extraordinaria, cayó por tierra ante la sorpresa general y la admiración del propio Alvarado. Hasta aquí la historia de la muerte de este indio Tecum, que, por traer el cuerpo admirablemente cubierto de plumas de Quetzal, dio el nombre, allí donde cayó, al pueblo de Quetzaltenango.

—Bella historia en verdad; y además me parece un no menos hermoso canto a la excepcional importancia que el caballo tuvo en la Conquista.

—Sí, pero he ahí el error de la magia que no supo comprender

con presteza que el caballo era un mero instrumento del hombre. Si Tecum hubiera lanzado su primer golpe sobre el hombre y no sobre el caballo, aquella guerra hubiera tenido otro desenlace.

—La verdad es que tan bestias eran los caballos como los hombres.

—¿Es ésa la brillante conclusión de tu tesis?

—De ninguna manera...

—Bueno, pues cualquiera que sea, he de confesarte que yo tengo otra hipótesis muy diferente sobre el origen de Quetzalcóatl.

—¿Y cuál es?

—Algún día te la expondré.

—Vamos, don Ramón, no me va a dejar ahora en las fauces de la incertidumbre.

—Llámalo como quieras, pero ésta es por hoy mi conclusión.

—Pues le voy a decir cuál es la mía. La historia de México oscila entre lo pacífico y lo bélico, lo artístico y lo mágico. La última manifestación del poderío de Tezcatlipoca-Huitzilopochtli se dio con el levantamiento insurgente de principios de siglo. Desde entonces la fuerza de lo cruento-militar ha ido de manera paulatina cediendo su lugar a lo pacífico-artístico. No sé cuánto tiempo durará esta nueva emergencia de los partidarios de Quetzalcóatl, pero de lo que no me cabe ninguna duda es de que la fuerza cósmica de la mexicanidad reside en la actualidad en la dinámica artística. Por consiguiente, contra la política extranjerizante que trata de forzar nuestra determinación histórica imponiéndonos un modelo tecnocrático, de antemano condenado al fracaso, cabe sostener, en seguimiento de la reconocida universalidad de nuestros poetas, novelistas, pintores, escultores y músicos, una artesanización de la actividad productiva del país que, a la par que nos permita evitar el despilfarro tan grande de recursos económicos y humanos, haga que triunfe la fuerza de lo propio sobre lo extraño.

—Estoy viendo el fantasma vasconceliano de la raza cósmica palmeándote el hombro.

—¿Tan descabellado le parece lo que le he dicho?

—Más que descabellado yo diría descabezado; pero mejor vamos dejando la plática para otro día, Tonatiuh-Huitzilopochtli ya ha emprendido su viaje al inframundo.

Nos despedimos, y siguiendo las huellas, todavía calientes, que mi astro protector había dejado en su partida, me fui hormigueante de ilusiones hacia el llamado de la fuerza oceánica que aparecía como mítica puerta de entrada a un mundo que pronto empezaría de nuevo a brillar. Llegué a la playa y el contacto con la arena pidió mi desnudez. Me zambullí delfínicamente en el espumoso torbellino y una sola idea, lúcida e insumergible, se fue navegando hacia altamar: ¡ay!, el día en que este pueblo funda en una totalidad inquebrantable la fuerza del mar con la magicidad del arte…

VI. Oceanidades y divagartistizaciones

Es difícil comprobar si la pasión por el mar se transmite vía hereditaria o se va consolidando por medio de un contacto ritual e intransferible. Cuando en 1968 fui invitado a una sesión reichiana en Cuernavaca, ignoraba que la fuerza elemental de la masa líquida pudiera ejercer tan grande determinación sobre individuos que desde su más lejana infancia no habían tenido el menor contacto con el océano. Luego de varias sesiones albercales, donde, gracias al arrobamiento grupal, un individuo era reconducido a la originaria liquidez placentaria, se me acercó la amiga que me había invitado (hoy ya sicóloga consumada) y me soltó toda una arenga tan misteriosa y descabellada sobre la dinámica energizante del mar, que habría sorprendido al mismo Kant, que de la fría *Crítica de la razón pura* pasaba a la especulativa fenomenización de nebulosas y mareas. No podría precisar cuál fue el mecanismo que se disparó en mi interior, pero lo cierto es que a partir de aquella experiencia orgonterapéutica, me vi arrojado a una relectura de los grandes clásicos marinos que me había aconsejado el aventurerismo ibérico de mi padre. Salgari, que antes me había cautivado excesivamente, me parecía ahora un autor cuantitativo y mediocre. La *Odisea* continuaba ejerciendo su fascinación indiscutible, y las obras de Conrad y Melville me hicieron sentir nuevamente como un incondicional gozador de la grandeza de los mares. Sin embargo, ningún libro sobre el tema me ha producido, hasta la fecha, la conmoción existencial de *El viejo y el mar* de Hemingway, obra cimera en su género y que es obligado releer cada dos o tres años.

Devenir, no contrario ni opuesto, sino distinto al mío, el caso de don Ramón era el vital ejemplo de una identificación con el mar desde la más tierna infancia. Los antepasados de don Ramón, cuyo origen se remontaba al mítico Breogán, del que había heredado su apellido materno, habían poblado desde tiempos inmemoriales las costas de Galicia, estableciéndose finalmente en un espléndido lu-

gar de la Ría de Muros desde donde se divisaba el imponente Cabo Finisterre.

Por haber nacido bajo la influencia de acuario, don Ramón hizo del mar la plataforma inagotable de sus sueños; y desde su niñez la atracción que ejercía sobre él la fuerza descomunal de las galernas que azotaban invernalmente las costas de su pueblo, sólo podía igualarse con la brutal iniciación *da Rapa das bestas* y el salvaje señorío de los toros de Barbanza. Gracias a su padre, veterinario que encontraba la verdadera dimensión de su existencia recorriendo incansable las sierras, don Ramón había establecido un temprano contacto con los aislados centros funerarios de sus antepasados celtas; y era justamente desde la inigualable posición observadora de estas milenarias tumbas de piedra, que el inquieto Ramonciño había podido lanzar sus primeros brotes imaginativos a través de la inabarcable masa líquida que se extendía majestuosa ante sus sorprendidos ojos. Amigo de pescadores y campesinos, el muchacho amaba por igual la fiereza del monte y la bravura del mar, por eso, cuando veía a un animal destrozado por los lobos o cuando el mar arrojaba a las playas los cadáveres carcomidos de los ahogados, el muchacho experimentaba una extraña sensación de grandeza que le hacía ver con ojos ficcionantes el espectáculo ritual de un pueblo de hombres templados en la aventura y de mujeres afeadas por el luto. Era el majestuoso culto a la muerte que más tarde encontraría en el Anáhuac.

—¿Y por qué no escribe sobre todo esto? —le pregunté el día en que se había desarrollado tan interesante remembranza.

—En eso ando —se limitó a responder—, como dice Antonio: "hay más tiempo que vida".

Ahora, don Ramón habitaba el otro lado de las ilimitadas visiones de su infancia. Estaba en el trópico, y si bien añoraba de cuando en cuando la fría inmensidad del Atlántico de su niñez, por nada del mundo estaba dispuesto a dejar la exuberante calidez del Pacífico. Pero el Pacífico no sólo era un mar cálido y arrullante como un seno maternal; de repente salía de su descansadez y se tornaba un explosi-

vo estallamiento que arrasaba todo esfuerzo humano que tratara de enfrentársele. A estas manifestaciones de condición sobrehumana, que un buzo consumado como don Ramón podía hacer más o menos predecibles, se le añadía también la presencia de una fauna cuya aparición y comportamiento eran siempre impredecibles; desde la mortal medusa avispa hasta la venenosísima serpiente de cola amarilla; todo un mundo de aceradas mandíbulas y ponzoñosas secreciones era albergado por esta inmensa masa líquida que parecía ser la sede excesiva de todo lo marino.

Habiendo ya realizado algunas inmersiones con aquel alocado Gonzalo, que de manera tan lastimosa viniera a morir en mis brazos, acepté acompañar a don Ramón en sus andanzas submarinas. Primero me llevó a una playa de tal belleza que no tiene par en mi recuerdo; cuando la vi me quedé un largo rato extasiado y me parecía inconcebible que un lugar semejante aún no hubiera sido presa de la voracidad turística. "¡Disfrútala!", me dijo don Ramón, "ya oigo venir la algarabía". ¡Y qué oído tenía el viejo celta! Unos meses más tarde se estableció allí la primera enramada restaurante como vanguardia de la inevitable profanación de hoteles y centros nocturnos que más tarde llegarían. En fin, lo que aquí cuenta es que fue allí donde, con un pequeño arpón de dos ligas, aprendí de verdad lo que es la pesca submarina a pulmón libre. Ninguna de las veces que fuimos a este lugar, don Ramón llevó su impresionante arpón de tres ligas. Le pregunté por qué no pescaba él allí, y me respondió con sarcasmo que el límite de la pesca submarina dependía del orgullo profesional de cada uno, y el suyo no alcanzaba a ser satisfecho en aquel apacible paraje. Como don Ramón era un hombre muy independiente e introvertido, las invitaciones que me hacía para ir a bucear eran contadas, y en el fondo yo tenía la convicción de que yendo a aquella playa él se aburría de manera terrible. Con el andar del tiempo y el afianzamiento de nuestra amistad, me fue predisponiendo para que remontara la medida de mi orgullo y dejara aquel paradisiaco lugar que, entre langostas, cabrillas y pargos que jamás pesaban más de un kilo, me

había dado la gratificación extraordinaria de un robalo que pesó algo más de cinco kilos. Fue así como, un día que estábamos entretenidos en la plática de costumbre, le sugerí que me llevara a algún pescadero digno de su orgullo. Se limitó a sonreír, y ante mi insistencia me dio por toda respuesta un "mañana" que yo creía indevenible. Pero he aquí que rompiendo la claridad del día siguiente, me vi sacudido por el brusco despertamiento característico de don Ramón:

—Alístate que nos vamos a lo bueno.

Y nos fuimos. Atravesamos todo el cerro que partía de la cabaña de don Ramón y llegamos a una pedregosa hendidura que se inclinaba en dirección al mar.

—En tiempo de lluvias este arroyo es un espectáculo cautivante —señaló don Ramón—. Aquí me he pasado yo mañanas enteras desintoxicando mi mente de los desechos especulativos acumulados durante mi estancia en la ciudad.

El lugar era sobrio, imponente, y los árboles frondosos que se disparaban hacia el cielo a ambos lados del lecho del arroyo temporalero le daban al recorrido una fresca sensación edénica. Al rato de caminar saltando de piedra en piedra, llegamos a una pequeña playa, igual de pedregosa que el arroyo, que dejaba entrever en su esplendor la bravura del mar abierto a toda su potencialidad. Don Ramón alistó su equipo y se metió a la oscilante liquidez. Yo me limité a seguirlo en aquel mundo cuya profundidad pronto hizo desaparecer el fondo de mi visión. A diferencia de mi habitual forma de arponear, que se iniciaba siempre con un descenso en picada sobre la presa avistada, don Ramón descendía con alternancia en tanto iba avanzando, de manera que pasaba un par de minutos en la superficie y otro más bajo el agua. Siguiéndolo siempre desde el desplazamiento superficial, lo veía bajar hasta perderse entre los brumosos promontorios rocosos para reaparecer más tarde varias decenas de metros más allá de donde había efectuado su inmersión. En una de esas inmersiones acerté a ver cómo don Ramón se iba con lentitud sobre varias formas que brillaban de manera inconstante en torno a una roca, y de

pronto vi el impulso endemoniado de la flecha que se clavaba sobre una de aquellas formas que, al debatirse por el impacto, desprendía un encendido fulgor. A medida que don Ramón iba subiendo, se me fue haciendo visible la corporeidad de un pargo que pesaría cerca de ocho kilos; saqué la bolsa que llevaba para guardar la pesca y luego de meter el pescado, la até de nuevo al cinturón. Cada vez estábamos más lejos de la playa y el vaivén del oleaje al estrellarse contra los cortantes arrecifes empezaba a producirme una desagradable sensación de malestar. El pargo, que había sido alcanzado casi en el centro de su cuerpo, sangraba con profusión y de cuando en cuando al sacudirse aumentaba la peligrosa efusión. Mi corazón trotaba ya descontrolado y por doquier, en la azúlica inmensidad que me rodeaba, creía ver la presencia angustiante de un tiburón. Solté un poco más de cuerda a la bolsa por si las moscas, y cuando quise ir en pos de don Ramón no lo encontré por ningún lado. La angustia comenzó a desbordarme y sentí unos deseos enormes de orinar. Ligera mejoría, pero mi seguridad continuaba perdida en la salada enormidad. La adrenalina hervía en mi interior, y el proceso paranoide alcanzaba ya tal magnitud que creía ver a mi alrededor una evanescente aureola de temor. He aquí un buzo dominguero cagándose de pánico, me dije para ver si el reconocimiento de tan calamitoso estado anímico me ayudaba un poco a controlar la emoción. Nada, vuelta tras vuelta, la agitación mareántica acentuándose y ese viejo cabrón sin aparecer. ¿Y si me regreso?

—¿Qué haces ahí como un pendejo? —oí a don Ramón que gritaba como unos veinte metros delante de mí.

—Nada, lo estaba buscando, ya voy.

Al llegar, atravesado en la flecha del arpón vi un medregal un poco más chico que el pargo. Mientras lo metíamos en la bolsa me tranquilicé un poco pensando que nos regresaríamos.

—¿A dónde va? —dije al ver a don Ramón alejándose de nuevo.

—¿Qué, ya estás cansado?

—No, no es eso. Pero me parece que ya es bastante pescado.

—Falta otro —añadió dejándome otra vez en el total desamparo.

Esta vez me fui dispuesto a pegarme a sus talones, pero el increíble viejo parecía estar consciente de mi desventura, de modo que se metió en una tumultuosa entrada de agua que pasaba entre varios peñascos. ¿Y ahora qué hago? Miedo de entrar en aquel volcán espumeante, pánico de pensar en permanecer allí esperándolo. Puteé mil veces la pinche terquedad de aquel gallego y me vi obligado a dar vuelta sobre vuelta tratando de penetrar la azulmarina tenebrosidad que amenazaba con tragarme. Todo sucedió con tal rapidez que no tuve tiempo de concientizar el pánico. Sentí un impresionante tirón sobre la cintura que casi me parte la columna, y fui prisionero durante una nadificante intemporalidad de una fuerza descomunal que me arrastraba de espaldas. Por fin, se rompió el cinturón y al volverme angustiadísimo en busca de la causa, me encuentro con una monstruosa cornuda (tiburón martillo) despedazando el contenido de la bolsa con sus dientes. La paralización fue total. Aquí se acaba todo, pensé, y mi mente comenzó a hervir en un pasado colérico de remordimientos y perdones. Como impulsado por un motor llegó don Ramón, me indicó con su mano que me fuera para atrás y se fue tras el monstruo con su arpón alistado. Cuando yo esperaba el relampagueante disparamiento de la flecha, he aquí que el aguerrido viejo se le acerca al animal y le pincha con la punta del arpón en un costado. El tiburón dejó flotando lo que quedaba de la otrora plena bolsa y, luego de dar varias vueltas amenazantes ante el siempre alerta don Ramón, se fue con rumbo al infierno marino del que con seguridad había salido para atacarme.

—¡Vámonos! —grité luego de escupir el *snorkel*.

—Un momento, un momento, relájate...

—¡Vámonos a la chingada!

—¡Qué esperes coño, por tu culpa perdimos todo el pescado!

—¡Por mi culpa!

—Ven acá y no te separes

En ningún lugar he podido experimentar como en el trópico la fluctuación descomunal de diferentes estados de ánimo. Al contrario de lo que sucede en la vida citadina, donde uno puede permanecer durante semanas hundido en una depresión inconsolable, en el trópico todo sucede con una velocidad endiablada; uno puede estar en la misma gloria y apenas un momento más tarde descender de manera vertiginosa a los más espeluznantes e inimaginables abismos, y viceversa. Y esto fue lo que sucedió después de aquel enfrentamiento sorpresivo con el tiburón. De pronto comencé a experimentar un creciente calor interno que me hizo sentir agradable y refrescante el contacto con el agua. Desaparecieron los desagradables vestigios del mareo y, al desplazarme fluidamente en pos de don Ramón, se me hizo clara y distinta la razón por la cual el viejo celta gozaba la inmersión en tales lugares. Me sentía como un pez liberado después de un largo cautiverio, y el mismo don Ramón no pudo evitar el esbozamiento de una sonrisa cómplice tras la impecable transparencia de su visor, al verme sumergir en pos de él hasta una profundidad que jamás había alcanzado. Era increíble que ahora, con el menor esfuerzo, pudiera compensar con facilidad y descender a más de diez metros sin sentir la punzante presión sobre mis oídos que antes me hacía emprender el regreso apenas pasados los ocho metros. Y como no existe energización creciente que no termine por sublimarse, me fue permitida entonces la contemplación de un espectáculo que no puede ser narrado sin el consiguiente empobrecimiento de lo sucedido. En una de tantas zambullidas me fui tras don Ramón, y aunque él descendía una veintena de metros me era posible distinguir con nitidez todos sus movimientos. Sin ninguna causa visible, al parecer siguiendo la trayectoria de algo para mí imprecisable, se dejó venir hacia la superficie desprendiendo gran cantidad de burbujas. De golpe se ilumina el horizonte de mi visión y veo un grupo de varios peces de tamaño impresionante. Don Ramón sube sin hacer el menor movimiento con sus brazos y piernas, como si algo le hubiera pasado y viniera a merced del impulso elemental de la presión. Los enormes

peces, confiados, se acercan más y más hasta que el ágil viejo apunta y ¡zásss!, sale la flecha y se incrusta en la cabeza de uno de ellos. El tiro ha sido formidable y el pez, ahora ya pescado, se queda paralizado ofreciéndome un perfil panorámico que ningún fotógrafo del mismísimo equipo de Cousteau podría igualar. Don Ramón sube a la superficie arrastrando tras de él el inmenso pescado que, cosa extraña, no hace el menor movimiento por liberarse.

—¿Qué te pareció, eh?

—¡Extraordinario! —le digo al tener ya la presa al alcance de mis manos—. ¿Qué es esto, don Ramón?

—Un espléndido jurel toro, un verdadero ejemplar, no baja de veinticinco kilos. Ahora sí, vámonos.

Nos fuimos a nado lento y yo no me cansaba de observar la enormidad del pescado. Al llegar a la playa comprobé que el animal temblaba como sacudido por espasmos.

—Todavía está vivo —señalé.

—Sí —dijo don Ramón—, y si lo dejamos en el agua estará así por varias horas. El tiro le pegó de lleno en su centro nervioso. Este pescado es de una fuerza y una vitalidad impresionantes. Es más fácil dominar un mero de cien kilos que uno de estos jureles.

—¡Qué raro! —comenté admirado—. No opuso la menor resistencia.

—No puedes imaginarte, querido Eugenio, la curricaneada que me hubiera dado, y a ti también si te agarraras conmigo del arpón, en caso de que el tiro hubiera sido diez centímetros más abajo.

—¿Tanto así? —interrogué.

—Bueno —sonrió don Ramón—, la verdad es que tal vez hubiera tenido que resignarme a perder la flecha.

Limpiamos el pescado y, para mi sorpresa, comprobé que casi no podía levantarlo del suelo con una sola mano.

—Aquí hay carne en cantidad industrial —dije impresionado.

—¡Y de primera, amigo mío, de primera! Ningún pescado iguala al jurel horneado con una generosa espolvoreada de un queso fino

francés o de un buen parmesano. ¿Te diste cuenta, Eugenio, de cómo se fueron acercando los jureles?

—Sí, en verdad que es extraño que se hayan mostrado tan confiados.

—No hay nada de extraño, o para ser más precisos, todo extrañamiento implica una irrupción en los dominios de lo no conocido.

—¿Entonces qué quiere decir?

—Habrás notado que cuanto más grande es el pez, tanto más seguro y confiado se siente; sin embargo, esto no deja de ser muy relativo, por la simple razón de que cuando uno se sumerge y empieza a compensar emite un agudo sonido que pone a la vida circundante en estado de alerta. Entonces, lo que hay que hacer, como habrás visto que yo hago, es descender hasta una profundidad considerable y mantenerse allí un rato observando. El aire que uno expulsa en el proceso de inmersión sube muy lento en forma de burbujas, y son estas burbujas, que van explotando con la subida, las que atraen la curiosidad de los peces, que se acercan confiados creyendo que se trata de algo comestible. Uno se deja subir con suavidad, sin hacer movimientos bruscos, viendo en torno y tratando de visualizar la presencia de posibles curiosos. Una vez detectada la presa, todo lo que resta es mucha sangre fría y la impecabilidad del disparo.

—Carajo —interrumpí—, está usted hablando de una práctica de años como si se tratara de algo elemental y al alcance de la mano.

—No creo yo que lo determinante sea la práctica y el amontonamiento de los años; es el método, Eugenio, la gozación metódica de la experiencia y, por supuesto, el coraje, la pasión. No, definitivamente no debes aceptar lo rutinario y fácil si pretendes gozar a plenitud la pesca submarina.

—¿Y con tanques?

—Ése es otro cantar, con tanques y siguiendo la rutina machacante de los cursos de buceo, cualquier rana citadina se siente un Poseidón.

Regresamos en amena plática a la cabaña, y del famoso pescado, que pesado en una rudimentaria balanza que tenía don Antonio dio veintisiete kilos con trescientos gramos, comimos todos durante tres días; bueno, la verdad que no sé cuánto tiempo le duró la mitad que le regalamos a don Antonio, pero don Ramón y yo comimos el primer día un enorme trozo horneado a la Breogán, y en los dos días siguientes un caldo y un escabeche de insuperable factura costeña.

Don Ramón era un declarado defensor de la unidad vida-obra, por eso sostenía con firmeza que entre la escritura y la vivencia debe haber una interdeterminación constante e intercambiable: de manera que ora la escritura arrastra el carro de la vida, ora la vivencia señala el decurso a lo narrado.

—Lo importante, Eugenio —me dijo en una de las diarias charlas que acostumbrábamos tener—, es no esclavizar la escritura a la dinámica cotidiana de los acontecimientos. Tratar de agotar la realidad literaturizándola es, sin duda, empobrecerla. Hay que rebasar lo dado, estirarlo, retorcerlo, enderezarlo hasta donde sea posible, creando el propio mundo que uno quisiera ver realizado. En la escritura, como en el arte en general, y al contrario de la ciencia, todo es impredecible, y es esta impredecibilidad la que hay que hacer propia como si se tratara de algo único e irrepetible.

—¿Y entonces, don Ramón, qué vamos a hacer con los hechos insustanciales que envuelven nuestra existencia diaria?

—Sustancializarlos, ficcionándolos hasta el grado de que pierdan toda su intranscendencia y devengan piezas únicas de un rompecabezas múltiple que cada quien pueda armar a su modo.

La lectura de las revistas que había traído don Ramón de México me produjo un temporal sacudimiento. Inmerso con gozación en la ficcionante vivencia del trópico, había olvidado casi por completo

el signo marcadamente negativo de las directrices socioeconómicas del momento. Leyendo los artículos, entrevistas y comentarios diversos sobre los tópicos de actualidad, comprobé alarmado que todos tenían por común denominador el lamento, la crítica ácida y la desesperanza total. Desde la izquierda y la derecha, tanto en literatura como en política, se disparaban las diatribas y acusaciones, exhibiendo tal bajeza pasional que no podía menos que mover a lástima tan desgraciada actividad de algunas de las mejores plumas de nuestro tiempo.

—¿Y qué opinas de los orquestadores del caos sublimante? —me interrogó don Ramón cuando le devolví cabizbajo las revistas.

—La verdad que leyendo esas cosas uno quisiera sentirse aún más aislado —respondí.

—No es para tanto, no es para tanto, ¿pero qué, ningún trabajo te ha gustado?

—Es el todo, y no algunas de las partes, don Ramón, lo que me produce una combinación de alarma y rechazo.

—¿Ni siquiera mi trabajito sobre Siqueiros te ha parecido aceptable?

Miré a don Ramón muy sorprendido y su amplia sonrisa me hizo dudar de su planteamiento.

—Te hablo en serio, eh.

Viejo sagaz, insondable, don Ramón era siempre, como su ideal del arte, impredecible. Recordé entonces el aludido artículo sobre Siqueiros, y en verdad que me había producido cierta sorpresa encontrar en una revista, sin duda la mejor de México en su género, de clara tendencia conservadora y cuyos exponentes gustaban, siempre que se tocaba el tema, de ensalzar a Orozco como el más grande y genuino muralista; un planteamiento contracorriente que señalaba a Siqueiros, al margen de su enredada actividad política, como uno de los más universales y auténticos innovadores plásticos de nuestro siglo. Sin embargo, no era don Ramón el firmante de este artículo, sino un escritor de cierto prestigio en el medio y que yo, por comentarios

de mi padre, consideraba un republicano de tendencias tan amplias como confusas.

—Ese es mi seudónimo como escritor —puntualizó don Ramón—, son contadas las personas que podrían identificarme como Ramón San Isidro de Breogán; demasiado aparato, ¿no?

—Parece usted un estuche de monerías —le dije apenas saliendo de la sorpresiva revelación—; jamás se me hubiera ocurrido que el autor de uno de mis cuentos favoritos, viniera a ser este vital conocedor de los secretos del trópico.

—¿A qué cuento te refieres?

—Al que lleva por significativo título "Ofrendación familiarizante", y donde usted recrea de modo ejemplar las vicisitudes de un joven que renuncia a todo lo que su familia y la familia de su compañera consideraban útil y provechoso, para entregarse de lleno a una pasión artística anonadante. El final es inigualable...

—¡Uy!, de eso ya hace muchos años, amigo Eugenio. Hoy el final de la historia hubiera sido otro muy distinto, tal vez el suicidio. Pasando a otra cuestión, ¿qué te pareció el artículo?

—Atrevido, polémico; en fin, bastante bueno. Pero no termino de entender por qué escribe usted para una revista tan escandalosamente derechizada.

—Yo no escribo en y para ninguna revista; publico en muchas revistas, que es muy diferente, y ésta de la que hablamos, además de tener en el consejo de dirección a uno de mis más viejos y queridos amigos, es una de las pocas publicaciones serias en su género.

—No hay duda de que la vejez es un reto a todas las ideologías.

—Qué vejez ni qué ocho cuartos —dijo molesto don Ramón—. Yo no formo parte de ningún redil, y si el Vaticano decide publicar lo que escribo, pues a darle; lo demás son, como dice Antonio, puras pendejadas de chamaco...

Una tarde don Ramón me abordó mientras yo leía en la hamaca:

—¿Qué te parece si hacemos un pequeño seminario sobre las raíces artísticas de Grecia y del Anáhuac?

—¿Y eso?

—¿Qué, no te parece interesante?

—Sí, sin duda, pero quisiera saber a qué obedece ese encaminamiento repentino.

—¿Sobre qué estás escribiendo tú?

—Pues de todas nuestras vivencias.

—¿De las mías también?

—¿Por qué pregunta eso?

—¡Coño, contéstame sí o no!

—Dije de nuestras vivencias, ¿le molesta eso?

—No, no. Está bien que existan varios enfoques.

—¿Cómo varios enfoques?

—Sí, tú escribes sobre lo que va sucediendo, y yo trato de encaminar los sucesos en dirección de lo pensado.

—¿Por qué no me dice de una vez lo que se trae entre manos?

—¡Carajo, cómo nos gusta complicar lo elemental!

—Es usted el que promueve estos ennudamientos gordianos.

—Bueno, ahí va el espadazo desennudante, ¿o debería decir, con más propiedad, desnudante?

—Desennudador, desennudarizante, desennúdico, desennudarizador...

—Está bien, está bien, ya está desanudado. He comprobado que tú y yo tenemos una óptica diferente respecto a las directrices que determinan nuestro legado cultural. ¿Cierto?

—Digamos que así es.

—Por otra parte, tú escribes sobre lo que vives y yo vivo en base a lo que escribo...

—Ya no estoy tan de acuerdo.

—Te lo voy a poner en otros términos: en ti la vivencia determina la escritura; en mí la escritura determina la vivencia.

—Dejemos que sea así, ¿y?

—Pues lo que te propongo es que nos enriquezcamos de forma mutua, sometiendo los temas que encaminan mi escritura a un de-

bate previo que a mí me sirva como filtro crítico y a ti como fuente vivencial.

—Vamos a ver, lo que usted quiere decir es que hagamos algo similar a las pláticas que sostuvimos sobre la dualidad pacifismo-beligerancia.

—¡Eso, hombre, eso!

—Puede ser, no veo impedimento alguno...

Estaba ya anocheciendo cuando descendí a la cabaña de don Antonio, ¿mi refugio nocturnal?, con los dos tomos de la *Historia de la literatura náhuatl* de Garibay bajo el brazo, y con el deseo inmediato de tomar un café y zambullirme en la libre caoticidad del subconsciente. Al llegar, Toñito se vino corriendo hacia mí y me dijo de manera atropellada que en un recodo de la isla había un barco fondeado con muchos gringos, que algunos habían bajado a tierra y que venía también una muchacha que hablaba como don Ramón. Don Antonio no sabía nada; así es que dejamos de lado el alboroto de los chamacos y nos sentamos tranquilos a tomar una taza de café con unos panes deliciosos que don Antonio había traído de Huamelula.

—¿Y qué novedades encontró en Santa Cruz?

—De la patada —me respondió don Antonio sopeando con deleite su pan en el café.

—¿Y eso?

—Pues parece que quieren mandarnos a la chingada, como hicieron con los del cerro de Acapulco.

—¿Van a expropiar?

—Así es, veintidós mil hectáreas, o lo que es lo mismo, todo lo que abarca desde Coyula hasta Copalita.

—¡Es una locura! ¿Y para qué quieren tanto terreno?

—Según se dice en Huatulco, es para hacer un centro turístico de alto nivel, aún más grande que Cancún.

—Eso es una sublime pendejada.

—Pendejada o no, ya hace tiempo que andan en esto.

—¿Y ustedes qué piensan hacer?

—Pues de momento ya nos estamos uniendo, las autoridades de Huatulco jalan parejo con nosotros; tanto es así, que ya prohibieron desde Oaxaca el otorgamiento de cualquier papel y le quitaron el poder al representante de bienes comunales.

—¿Y ustedes con qué partido están?

—Hasta ahora hemos marchado con el PRI, pero como van las cosas, quién sabe, ya algunos empiezan a hablar de la COCEI.

—Entrar con los radicales de la COCEI sería una declaración de guerra, don Antonio, hay que ser muy cautelosos y meditar bien los pasos a dar.

—Sea lo que sea, nadie más que el gobierno tendrá la culpa de lo que pase. Nosotros nacimos aquí, lo mismo que nuestros hijos, y aquí nos quedaremos aunque tengan que sacarnos con los pies por delante.

Seguimos platicando de la ceguera del gobierno y de cómo, pretendiendo apagar la hoguera iniciada con la terrible crisis social, le echaban absurdamente gasolina al fuego.

—Ni modo —sentenció don Antonio ya más calmado—, otra vez al monte como hizo mi abuelo en la Revolución, a ver de a cómo nos toca.

Al rato, la plática se desvió hacia la pesca submarina y don Antonio me hizo entender, aunque de manera velada, que ya había abandonado mi pasión inicial por la cacería. Le dije que la cacería jamás dejaría de interesarme y que escogiera él un día para ir a espiar al venado en un aguaje.

—Pues si quieres mañana tempranito nos vamos —añadió—, hoy estuve viendo que ya están bajando al agua, parece que el pochote ya dejó de tirar la flor.

Aún era oscura la mañana cuando don Antonio me despertó sacudiendo con suavidad la hamaca. Doña Victoria ya tenía preparado el fuego, de manera que alistamos todo y, luego de tomarnos un café, salimos hacia el aguaje. Al llegar, ya las primeras rendijas de claridad se filtraban con timidez entre el tupido ramaje. Agarramos cada

quien su pequeña hamaca y la extendimos sobre uno de los enormes huanacaxtles que señoreaban el apacible lugar. Don Antonio metió varios trozos de bosta seca de vaca en una vieja cacerola y, tras prenderle fuego, la colgó humeando de una rama cercana a su hamaca. Y empezó esa espera fascinante que despierta la cotidiana somnolencia de los sentidos, obligándolos a dar el máximo de su capacidad. La primera alerta nos llegó con el alegre revoloteo de una parvada de chachalacas. Don Antonio tenía su vieja y efectiva Topper de calibre 20 lista con munición del cero; yo disponía del Remington automático calibre 22 de don Ramón, cargado con quince balas expansivas. Al ver tanta chachalaca a quince metros de distancia bebiendo confiadas en la charca, no pude evitar dirigir la mira hacia ellas. Don Antonio, desde su estar, me tiró un palito a la cabeza acompañándolo de una mirada recriminatoria que me recordaba su firme convicción: "cuando vas al venado, al venado, no repares en nada más." De todas maneras, en ningún momento había pasado por mi cabeza abrir fuego sobre las chachalacas, por eso me limité a mover negantemente la cabeza y sonreír. Poco después, el lugar se festivizaba con el arribadero de palomas, y era un auténtico regalo para el ojo y el corazón ver tanta vida libre en un tiempo en que el cemento y el chapopote eliminaban los ecosistemas.

Había pasado ya un par de horas y el sol refulgía humeante en torno a la límpida superficie del aguaje. Se oyó de pronto un atropellamiento que castigaba a su paso la sequedad de la hojarasca, y apareció ante nuestros ojos un grupo de confiados tejones cuadrilleros. En total eran ocho; olieron aquí y allá, escarbaron en la humedecida arena, bebieron y se regresaron por el mismo camino que habían venido. Pasó otra media hora, miré a don Antonio y me respondió con su rostro diciéndome ni modo, así es esto. Entonces, sin hacerme partícipe del porqué, cruzó con rapidez su índice sobre la boca exigiendo total silencio. Se llevó el mismo dedo al oído y me señaló un lugar en la espesura, cercano a aquel por donde se habían ido los tejones. Me pareció oír el ligero rompimiento de una

ramita seca en el suelo; agucé el oído, y nada. Pasaron cinco o diez minutos y ahora sí distinguí con claridad unas pisadas. Miré a don Antonio y movió asintiendo la cabeza como diciéndome: ahí viene. Se fueron otros diez minutos en el más impresionante de los silencios. Don Antonio levantó con precaución su escopeta y la apuntó hacia el lugar de donde provenían las pisadas. Inexplicablemente comenzó a alocárseme el corazón y la emoción aceleró el ritmo de mi respiración haciéndola audible. Don Antonio me conminó otra vez al total silencio. Y helo aquí, un hermoso macho asoma desconfiante su cabeza, se detiene allí como petrificado y comienza luego a olfatear en todas las direcciones. El venado se encuentra como a unos treinta y cinco o cuarenta metros del árbol en que estamos. Lo apunto con el rifle y veo con claridad su cabeza en medio de la cruz del telémetro. ¿Y si tiro? ¿Y si fallo? Decido mejor dejárselo a la experiencia de don Antonio. Éste, queriendo sin duda asegurar la presa, espera a que el animal se acerque un poco más. De pronto se oye un murmullo acercante. El venado lo capta con rapidez y, luego de alertar sus enormes orejas, desaparece como si su existencia hubiera sido borrada de la realidad. Don Antonio bufa de encabronamiento.

—¡Me lleva la chingada! —exclama descansando la escopeta sobre la hamaca—. Son esos chingados yopes de Piedra de Moro.

Los murmullos son ya claras voces. Don Antonio me mira extrañado, y con razón, las voces obedecen a un idioma que no es el nuestro.

—¡Los gringos! —prorrumpe don Antonio al ver una pareja ataviada de modo llamativo y que al parecer vienen de cacería como si caminaran en Sunset Street.

Se acercan al aguaje. La mujer se inclina sobre el charco y moja con expresión de alivio su cabeza. El hombre, que trae un estupendo rifle en sus manos, parece notar algo extraño en el ambiente.

—*Can you smell it*? —creo oír que le dice a su compañera. Se acercan más a nuestro estar, y en ese preciso momento una palo-

ma deshorada se posa justo en la rama que sostiene mi hamaca. La gringa mira hacia arriba y se encuentra sorprendida con mi rostro sonriente.

—¡Oh perrrdón! —dice en un español que me recuerda el esfuerzo arrastrante de mis ex amigos franceses.

—No hay cuidado —le respondo disponiéndome a imitar a don Antonio que recoge ya su hamaca.

Don Antonio me mira condescendiente y principia su descenso del árbol. Abajo hay un rápido intercambio de frases de las que sólo acierto a captar... *something wrong*.

Una vez descendidos, la mujer, cuyos armoniosos rasgos sensuales me recuerdan más a una típica belleza mediterránea que a la excesiva conformación de las hembras gringas, expresa, ya más dueña de sí misma:

—Perdonad, no sabíamos que pudierais estar allá arriba, ¿acechabais algo?

—Con su llegada resucitaron un venado —le digo gozando al imaginarme el impacto que le va a producir a don Ramón el hecho de encontrarse en estos parajes con una paisana suya.

—¿Por qué dices que resucitamos un venado? —pregunta con una expresión de incertidumbre que despierta mi fuerza deseante.

—Porque ese animal ya estaba prácticamente muerto, ¿o no es cierto don Antonio?

—Así es —responde éste ya más alegre.

El gringo se ha quedado mudo, es obvio que no entiende el español. Don Antonio se apresta para irse, y esta señal acelera todavía más el intenso deseo que me produce esta almibarada sirena. ¡Carajo, oigo resonar en mi interior, cuánto tiempo hace que no me totalizo con una mujer!

—¿De qué parte de España eres? —le digo tendiendo sin sutileza la red.

—Oh, no, soy de Nueva York. Pero mi padre era catalán.

—Pues hablas muy bien el castellano.

—Bueno, desde mi niñez lo he hablado; además, estuve en España varios años.

—Ahí nos vemos —me dice don Antonio, sabedor experimentado de lo que es la fuerza juvenil del corazón—, tengo que ir a cortar unos palos para la casa.

Se va el sagaz zapoteca dejándome ¿desamparado? en una situación que a todos nos parece embarazosa.

—*We better go* —sugiere con timidez el ¿compañero? de la causante de mi descontrol.

—Ni modo —dejo escapar para no parecer un avorazado tiburonero—, otra vez será.

El gringo me da la mano:

— *I'm glad to meet you.*

—Ajá —le respondo con desapego.

La que ha desbocado mi corazón se me queda viendo. La miro y con mi mirar le entreabro las puertas de mi sentimiento. Sé que entre los dos creció algo, ¿pero qué?

—¿Por qué no vienes al barco? Podríamos charlar un poco más, ¿eh?

—Encantado —le digo, al mismo tiempo que noto que mi encantamiento no es compartido por el gringo, ¿será su compañera?— Mira —le susurro haciendo todo lo posible por no desbordar mi emoción—, no quiero ser causa de problemas. Yo vivo en una cabaña que está al final de la playa; no hay pierde, es la única. Si quieres ven a verme en la tarde, ¿está bien?

—Perfecto —me responde dándome con la mano el sentir de su corazón—. Hasta entonces...

Me fui a la cabaña, agarré el primer tomo de la *Historia de la literatura náhuatl* y bajé a la playa a refundirme en una curiosa lengua de arena que el caprichoso movimiento marino había sedimentado entre varias rocas. Allí estuve toda la mañana, penduleando entre los cautivantes difrasismos de la poética náhuatl y la hormigueante imagen de aquella mujer cuya remembranza eclipsaba por momen-

tos la belleza de los más floridos poemas. Varias horas más tarde, iguanamente saturado por el bombardeo despiadado de tanto rayo de sol, regresé a la cabaña con el ánimo de comer algo y echarme en la apacible hamaca. Al llegar, doña Victoria me dijo que don Ramón me esperaba arriba para que comiera con él. Subí, y en medio del camino que me voy dando un susto de tamaño lovecraftiano, al armarse un gran revuelo como consecuencia del enfrentamiento entre una serpiente corredora y una pequeña iguana. La serpiente tiene a la iguana mordida cerca del cuello y la iguana aprisiona con igual fuerza la cabeza de la serpiente. Incentivados tal vez por mi presencia, los reptiles se revuelcan con violencia en el suelo. Entre respiro y respiro noto que la serpiente se está engullendo la extremidad delantera izquierda de la iguana, que a su vez no deja de apretar la cabeza de la serpiente entre sus mandíbulas. Cinco, diez, quince minutos, y el efecto engullidor de la serpiente vence por fin el terco aferramiento de la iguana, de la que sólo es visible ya una extremidad inferior y la cola. Unos cuantos movimientos más y ¡glug!, la iguana desaparece entera en el interior de la serpiente, que se me queda mirando como gozando con orgullo su triunfo. Entonces, movido por la aversión visceral al héroe ¡antinumberguanidad! que desde chico me han despertado las películas hollywoodianas, agarro con firmeza una rama y descargo cuatro o cinco golpes en la cabeza de la seudovencedora. ¿Qué tal, eh? ¡Increíble! De la boca del ofidio agonizante comienza a salir íntegro y coleando el cuerpo de la iguana. Ya está casi afuera; se me queda mirando como si expresara su agradecimiento y sale vuelta la chingada perdiéndose entre los matorrales. ¡Ah esta vida despiadada y devoradora, nunca se sabe quién dará la última mordida!

—Pásale, pásale —me dice don Ramón al verme llegar—, ¿cómo van la flor y el canto?

—Apenas están brotando, esperemos que ninguna mandíbula se cierre sobre su existencia —respondí.

—Sí, ya me ha dicho Antonio que casi te atrapan allá en el aguaje.

—No, no me refería precisamente a ese tipo de atrapamiento, sino a algo que vi ahora en el camino.

—Ah, bueno, ¿no sería un venado?

—No, era la lucha de una iguana por la sobrevivencia.

—Hombre, justo una iguana es lo que hoy he preparado.

—Ummm...

—¿Qué sucede?

—La verdad que no me excita mucho ese platillo.

—Espera a probarlo y verás.

Nos sentamos a la mesa y don Ramón sirvió con abundancia en dos platos.

—Antes de nada, y para eliminar esa extraña inapetencia que te embarga, vamos a tomarnos un mezcal.

Llenó dos pequeños vasos y ¡salud!, nos los empinamos de un solo golpe.

—Es increíble —continuó diciendo don Ramón—, pero jamás creí que pudiera existir algo superior al aguardiente gallego: y este mezcal, pues la verdad supera todo lo que yo he probado, ¿no piensas igual?

—Puede ser...

—Coño, algo te pasa, muchacho, te estás desenergizando; bébete otro trago, verás que se te quita ese amodorramiento, ¡salud!

—Sírvame otro, la verdad que sí me está cayendo a todo dar.

—Mejor vamos a comer. Este plato, frío, es una ofensa imperdonable.

Empecé a comer desganado. Al principio no podía evitar la imagen de la serpiente tragándose a la iguana; sin embargo, pronto la explosión totalizante de sabores comenzó a diluir la recién vivida experiencia en un mar de marejadamientos estimulantes.

—¿Qué te parece, eh?

—¿Qué le echó?

—Más bien qué no le eché, diría yo. Vamos a ver: primero herví la iguana con hoja de aguacatillo, cilantro y pimienta. Después la freí

con manteca de cerdo. Luego hice un preparado subversivo con dos chiles anchos, dos pasilla, dos guajillo y dos de árbol; asé en la brasa una cebolla y una cabeza de ajo, mezclé todo y lo trituré; y ya que estuvo todo listo, le añadí miel y un puñito de consomate y puse todo a hervir nuevamente en espera de tu cesárica, ¿o augústica?, presencia.

—Mejor tlamatínica...

—¿Qué, tan alto has llegado ya?

—Cada quien es libre de fijar sus referencias y sus ideales.

—¿No te gustan los romanos?

—Tanto como a usted.

—La verdad yo prefiero esta iguana.

—Debo reconocer que está excelente.

—¿Sabías que la iguana era uno de los platos favoritos de Moctezuma II?

—Sería porque cuando no andaba por las ramas le gustaba arrastrarse.

—No, en serio, la iguana enchilada era uno de sus manjares predilectos.

—Todos sabemos que a la llegada de los españoles, la cocina imperial azteca era de una riqueza y una diversidad tales que sólo podría aproximársele en excelsitud la gastronomía romana; por cierto, uno de los raros altos vuelos de dicha cultura.

—¿Por qué negativizas tanto la determinación de la cultura romana?

—¿Es que a usted le fascina?

—No es gran cosa; pero quisiera saber tus motivos.

—Simple y contundente, porque es la determinación de la política romana la que marca de manera drástica las tendencias aberrantes de la política mexicana actual: envidia, intriga, nepotismo, corrupción, depravación; tales son los comunes denominadores de la estructuración política romana, y tal es la dinámica cancerígena que hay que extirpar de la mexicanidad actual para que vuelva a adquirir la grandeza original del Anáhuac.

—¿Y Virgilio y Cicerón y Suetonio y César y Augusto?

—De los tres primeros, tal vez cabría concederle cierto lugar a Suetonio; los demás, como Catulo, Petronio, etc., no dejan de ser malas imitaciones de los grandes griegos. Y de los dos últimos, ¿qué decir?, César es el padre de todos los vicios, el hombre de todas las mujeres y la mujer de todos los hombres. Augusto tuvo la oportunidad de darle a Roma el más grandioso esplendor republicano, pero la intriga y el poder lo enceguecieron de tal manera que lo que podría haber sido la más admirable democracia, terminó convirtiéndose en el semillero de las más abominables tiranías. Y qué cabría rescatar, pregunto yo, del legado de las familias Claudia y Julia, las dos podridas ramas que acabaron con el árbol del Imperio. La hechicería manipuladora de la bruja Livia; las abominaciones innombrables de Tiberio y Calígula; padres contra hijos, abuelos contra nietos, sobrinos contra tíos, hermanas contra hermanos...

—Carajo, pareces Savonarola hablando ante el Santo Oficio.

—Tal vez la culpa de todo la tenga el excesivo picor de esta iguana, que me arroja de bruces en la dinámica desgraciante de nuestro tiempo: miles de copias y ningún original.

—¿Cómo es eso?

—¿Cómo es que Shakespeare y Bernard Shaw pudieron dramatizar a favor de Julio César y Quevedo a favor de Bruto? Es el espaciotiempo en que uno vive lo que hace que la Historia se reinvente de infinitas maneras. Hoy aquí, para mí, es más atrayente y estimulante el sabor de esta iguana que reinventar una historia que me es en su totalidad ajena. Además, ¿no fue el gran error de Roma pretender reinventar o revivir la areté y la paideia griegas? Y como muy bien sentenció un poeta querido: sólo se es grande una vez; el segundo intento es siempre una caída.

—Creo más bien que el dicho es: sólo se vive la tragedia histórica una vez; la segunda es siempre una farsa.

—Es lo mismo, lo haya dicho Marx, Cioran o Pito Pérez: lo que yo creo, en síntesis, es que Roma es el perfecto ejemplo del individua-

lismo de las castas o subclases que buscan con fanatismo la detentación del poder.

—Parece que te ha calado hondo la Claudiada de Roben Graves.

—¿Y a qué viene ahora eso?

—Nada, nada. Es un simple comentario. Y por cierto, ya que has hecho uso de tanto aparato autoril ¿autorizado?, deberías leer también *Los negocios del señor Julio César* del siempre sorprendente Brecht.

—Tengo que leer muchas cosas...

—Bueno, será mejor que te sosiegues, no vaya a ser que la pesada digestión de la iguana haga aflorar otras monstruosidades no menos recelosas y remordientes que las que acabas de liberar.

—¿Y cuál es, entonces, su opinión sobre todo esto?

—Hombre, la verdad que tu desbordamiento me cortó la inspiración. Y es curioso, pero jamás pensé que esta sazonación fuera a anonadar de manera tan inapelable mi intención originaria.

—¿Cuál intención?

—Pues esta mañana estuve leyendo algo sobre el actual socialismo monárquico español, y de inmediato se me ocurrió que sería interesante profundizar en la determinación originaria de la pugna entre república y monarquía, pugna que luego habría de sublimarse a partir de la Revolución francesa, para entender a cabalidad por qué es posible y, lo que es más importante, tal vez saludable, la relación del movimiento socializante español con el rey.

—¿Qué, todavía siguen pareciéndole las peras, las manzanas, las uvas y las naranjas de España las más grandes, hermosas y suculentas del mundo?

—¿Qué te sucede, muchacho, a qué viene tanta agresión y resentimiento?

—Perdóneme, pero no pude evitar el recuerdo de las peroratas hispanizantes de mi padre.

—¿De qué parte de España era tu padre?

—De Asturias.

—Mira, Eugenio, no hay que ser tan drástico al juzgar las querencias y los excesos de los demás; sobre todo, cuando uno ha sufrido en carne propia los...

—¿Se puede?

Oímos la voz de un chamaco que nos hablaba desde la parte de la cabaña que da al camino.

—Adelante, adelante —respondió don Ramón.

Vimos aparecer a Toñito y tras él venía la dinámica alocante de mi corazón.

—¡Hola! Pásale. Mira, te presento a don Ramón.

El viejo se levantó para darle la mano.

—Don Ramón, una amiga...

—Catherine —expresó ella—, pero podéis decirme Cathy.

—¿Eres francesa? —inquirió don Ramón experimentando el mismo extrañamiento que yo en la mañana al oír tan singular pronunciación del castellano.

—Soy una especie de cóctel racial —respondió la activadora de mi repentina alegría—, nací en Nueva York, mi padre era catalán hijo y nieto de catalanes, y mi madre típica neoyorkina y nieta de franceses, ¿curiosa mezcolanza, no?

—Así es la vida —añadió don Ramón—, uno no puede elegir el cómo, el dónde, ni el porqué de su efemérides.

—¿Usted sí es español, verdad?

—A estas alturas ya no se sabe —dijo ¿con ironía o *saudade*? don Ramón—. Pero siéntate, mujer, llegas justo a tiempo. ¿Ya has comido?

—Sí, gracias.

—Entonces un café, ¿o un trago?

—La verdad no sé...

—¿Has probado el mezcal? —pregunté.

—No, pero creo haber oído hablar de él, ¿tiene mezcalina o algo parecido, no?

—No, no llega a tanto.

—Está bien, voy a probarlo.

Le serví un trago; lo paladeó y entornó expresivamente sus preciosos ojos verdes.

—¡Caramba, esto es fuego!

Reímos todos la espontaneidad del señalamiento.

—¿Y qué te parece México, paradisiaco o bárbaro? —interrogó tendencioso don Ramón.

—Aún no sé, es la primera vez que vengo y la verdad sólo hemos parado en algunos puertos. De todos los que vi, me gustó mucho Puerto Vallarta y Puerto Escondido.

—¿Y Playa Tortuga?

—¿Dónde está eso?

—Aquí.

—Ah, esto es muy diferente, es un lugar inigualable...

Absorbido freudianamente ¿o reichianamente?, por el influjo catherínico, me había olvidado de la presencia del chamaco, que nos miraba desde una esquina con una expresión curiosa. Le di las gracias y una propina y lo despedí agradecido. Al regresar a la reunión, don Ramón se encontraba en plena fase inquisitiva sobre los temas acostumbrados en este tipo de encuentro. Supimos así que Cathy había terminado sus estudios de cinematografía y que este viaje, que había emprendido desde San Diego con un amigo neoyorkino y tres californianos, todos ellos relacionados con el mundo de las cámaras, era el merecido premio a sus esfuerzos de estudiante.

—¿Son cuatro hombres y una mujer? —preguntó don Ramón, sumiéndome sin quererlo, ¿o queriéndolo?, en el más atroz de los suspensos.

—Oh, no, —contestó sonriente Cathy—, somos tres mujeres y dos hombres.

—¿Qué, tan mudo te ha dejado a ti la digestión de la iguana? —me apuntó don Ramón—. Caray, quién diría que después de tan sazonada plática te ibas a quedar amortajado.

—Así es —asentí por decir algo.

—¿Y sobre qué versaba esa plática tan condimentada? —preguntó interesada Cathy.

—Pues de lo duro que es estar joven y solo cuando la pasión es la fuerza que manda —dijo don Ramón a manera de penetrante puñalada.

—No es cierto —intervine—, don Ramón es muy dado a la cachondidad; hablábamos de su literatura y de la profunda influencia que ejerce sobre ella la obra bukowskiana.

—¿Bukowski? —terció Cathy—. ¿Os gusta Bukowski?

Don Ramón me miró dando a entender que mi salida era una digna réplica a su respuesta. Luego enfrentó a Cathy, que empezaba a sentirse un poco fuera de juego, y le dijo:

—Aquí en México tenemos una legión de bukowskis, quizá menos literarios pero más auténticos.

—El problema es que nuestros bukowskis no literaturizan sus excesos, don Ramón —añadí.

—Por lo mismo, son más interesantes, hay que captarlos en vivo y en directo.

—¿Televisa?

—No entiendo muy bien de lo que estáis hablando —intervino Cathy resistiéndose a dejar el terreno de juego.

—No nos hagas mucho caso, lo que ocurre es que a don Ramón, como a tantos eurocentrizados que proliferan en nuestro impredecible México, no le gusta nada de lo que huela a gringo, y menos su cultura.

—No veo por qué ha de ser así —replicó Cathy un poco molesta—, los Estados Unidos han tenido y tienen grandes escritores.

—¿Cómo Bukowski, como Mailer, como Tennessee Williams...? —preguntó mordazmente don Ramón.

—Como Walt Whitman, Poe, Pound, Faulkner, Hemingway, Ginsberg, Gore Vidal y tantos otros —respondió con decisión Cathy.

—Alcohólicos, drogadictos, fascistas, degenerados, decadencia pura —sentenció don Ramón.

De pronto Cathy rompió en ruidosas carcajadas.

—¡Caray, cómo me gustaría que estuviera aquí Mark! —exclamó cuando ya se hubo sosegado un poco.

—¿Y quién es ese fulano, otro plumífero decadente? —volvió al ataque don Ramón.

—Oh no, él es a *commercial film director*. ¿Sabes? —dijo dirigiéndose a mí—, él es el que me acompañaba esta mañana. Y por cierto, es un judío neoyorkino bastante ortodoxo. Lo que me hizo gracia es que apenas ayer nos dejó a todos los del barco asombrados con su inusitada celebración del libro *Post Office* de Bukowski, que no ha dejado de leer desde que salimos de San Diego.

Quizá fue la mención del barco lo que nos hizo desplazar la atención hacia la inigualable panorámica de la isla y el espléndido yate anclado a uno de sus costados. Desde la terraza se divisaba perfectamente el desplazamiento de varias personas sobre la cubierta.

—¿Cuánto mide de largo? —pregunté.

—Creo que unos quince metros.

Dos de los tripulantes, que se llamaban George y Nancy, subieron a la lancha neumática que estaba amarrada a la popa y, luego de un breve manipuleo, arrancaron con gran estruendo el pequeño motor fuera borda y salieron disparados hacia el medio de la bahía. Viendo el deslizamiento fácil y estable de la lancha, se me ocurrió que algo así necesitábamos nosotros en Playa Tortuga. Don Ramón pareció leer mi pensamiento, pues dijo quedamente:

—Es el próximo paso.

La lancha comenzó a ir y venir en un desplazamiento juguetón y circular que nos hizo volver a la temática literaria.

—¿Y qué opinión te merece la literatura latinoamericana? —preguntó don Ramón a Cathy.

—Bueno, la verdad es que apenas la estoy conociendo. Pero de lo que he leído me quedo con García Márquez, Julio Cortázar y Carlos Fuentes.

—Sin duda, tres de los más grandes literatos de este siglo —afirmó don Ramón.

—Uy, es muy difícil poder asegurar eso, yo pienso de otra manera —replicó Cathy.

—¿De qué manera?

—Bueno. Yo considero que hay otros autores que están más próximos al renacimiento cultural de mi generación.

—¿Cuáles?

—Castaneda, Tolkien y Burroughs, por ejemplo...

—¿Te das cuenta, muchacha? Hablas de un renacimiento y mencionas la brujería, el racismo y la drogadicción.

—*Shit*, parece que estoy hablando con mi padre...

Comprendí que la digestión estaba ahora operando en don Ramón la misma dinámica agresipicante que hasta la llegada de Cathy me había abrumado. Entre don Ramón y yo, creía, no había nada que perder; pero ahora era el sostén de mi apasionamiento lo que de veras estaba peligrando. Así es que no tuve más remedio que intervenir, desplazando el cauce de la conversación hacia un punto menos acidificante.

—Yo creo que, por encima del gusto personal de cada quien, hay que reconocer el valor intrínseco de determinadas obras que marcan, si bien cuestionablemente, el perfil de nuestro tiempo. A mi entender, lo que sucede es que la obra de Bukowski, Burroughs y otros norteamericanos, al contrario de la de los grandes latinoamericanos que siguen prisioneros de cierta heroicidad clásica, busca la consagración del antihéroe como una forma de rechazo a la triturante maquinaria del sistema...

—¡La antiheroicidad es la peor forma de heroicidad! —exclamó triunfante don Ramón.

—Está bien, dejémonos ahora de salidas olímpicas y tratemos de madurar un diálogo no antropofágico, ¿le parece?

—Jmmm...

—¿Qué pasó con la cacareada flexibilidad, don Ramón?

—Una cosa es ser flexible y otra, muy distinta, ser pendejo.

—Oh, qué la canción, hasta dónde va a seguir jodiéndonos esa iguana, ¿eh?

—¿Habéis estado alguna vez en la India? —intervino sabiamente Cathy.

—Es un viaje que me fascinaría —comenté más que nada con el ánimo de apoyar el distanciamiento.

—¿Y qué importa la India ahora? —continuó entercado el gallego.

—Oh, nada más quería hacer mención de la semejanza que existe entre aquel país y México.

—Coño, sólo falta que, como aquel pendejo profesor de la Universidad de Columbia, digas que el mejor literato latinoamericano es V. S. Naipaul.

—Algún día iré a la India —expresé ya casi al borde del naufragio.

—Vete, vete, a ver si superas *El sueño de las escalinatas* de Jorge Zalamea o la visita a la Howrah Station de Calcuta, guiada por el bisturístico Cortázar del *Último Round.*

—¡Uf qué calor! —se levantó Cathy dejándome petrificado ante la inevitabilidad de su partida—, creo que me voy a dar un baño.

Se acercó a don Ramón y se despidió con frialdad:

—Bueno, espero que la próxima vez que nos veamos haya comido usted palomas y no iguanas.

—La próxima vez —dijo don Ramón levantándose para corresponder a la despedida—, vamos a hablar del único gringo que fue más allá de los *hot dogs* y la Coca-Cola.

—¿Ah sí? ¿Y quién es ese dios?

—No tanto, no tanto. Dejémoslo en el simple John.

—¿John Travolta?

—No, qué va, John Cage.

—Ah, vaya. Hasta luego —me dijo Cathy encaminándose hacia la vereda que conduce a la playa.

Me quedé mirándola en silencioso desgarramiento de mi corazón, y el pinche viejo hijo de la guayaba me susurró castigante:

—¿Qué, así nada más la dejas ir?

Miré acobardado hacia el graderío y vi una multitud de vociferantes yos que gritaban a pleno pulmón, ¡éntrale rajón!, ¡no le saques! Estaba ya a punto de entrarle con firmeza a la lidia, cuando se para de manera repentina el objeto de mi turbación y se hace un silencio de muerte en los graderíos.

—¿No quieres venir a darte un baño?

Salí como una flecha en pos del blanco ensolecido. Cuando ya bajábamos en armoniosa energización compartida, oímos la iguánica voz de don Ramón:

—¿No quieren ir mejor al pozo?

—Prefiero la libertad de la laguna —gritó Cathy con mayor brío—; de todas maneras gracias, tal vez otro día.

Caminamos introvertidos durante un rato; pasamos delante de la cabaña de don Antonio y saludamos a doña Victoria, que se mecía descansante en una hamaca.

—Aquí vivo yo —le dije a Cathy.

—¿Aquí dónde?

—En aquella hamaca que está al otro extremo de doña Victoria.

Cathy sonrió y sin más explicación se lanzó en veloz carrera hacia la playa. Dudé un instante, pero comprendí que a estas alturas del proceso deseante ya no había más opción; de manera que me encarreré tras ella con ánimo de alcanzarla. Llegamos a la orilla casi al mismo tiempo. Cathy se arrojó al mar sin quitarse su pantaloncito y su camiseta, y yo me quedé tumbado en la orilla resoplando como un perro después de correr en vano tras un invisible venado. Carajo, me dije, tengo que meterle más ganas al ejercicio. Y la verdad que, después de las dos primeras clases de karate que había tomado con don Ramón, fue tal el grado de adoloramiento de las articulaciones y músculos, que decidí hacerme el tonto y dejar pasar varios días antes de volver al tormento. Sin duda, la culpa del distanciamiento la tenía

don Ramón. Era el caso típico de uno de esos maestros sobremanera capaces y preparados, pero que volvía inasequibles sus enseñanzas al exigir desde el primer momento todo el rigor y el esfuerzo del que uno era capaz.

—¿En qué piensas —preguntó Cathy más sensual que nunca por el efecto que daba a su cuerpo el ceñimiento de la ropa mojada.

—No sé —dije dejando fluir con libertad las inquietudes que se atropellaban en mi interior—, pero algo inusual le sucedió esta tarde a don Ramón; estaba muy tranquilo y de pronto, con tu llegada, se le disparó la agresión.

—Así son todos los españoles cultivados —remarcó Cathy—, al envejecer se consideran sabios, y donde está la sabiduría no puede estar una mujer. Así era mi padre y así eran sus amigos catalanes.

—Pues mi padre era asturiano y jamás dejó de concederle el lugar que le correspondía a mi madre. Creo yo que lo que ocurre es más bien un problema de educación y costumbres. Hasta la generación de nuestros padres, el español, más que ningún otro el del norte, era un hombre de una sola mujer; de ahí que la presencia de otra mujer que no fuera la suya era algo así como una incitación a la traición y al pecado.

—¡Guau!, todo eso me parece demasiado complicado. ¿Y por qué no está aquí, con él, la mujer de don Ramón?

—Porque murió, o más bien, la mataron hace algunos años.

—¿La mataron?

—Sí, los soldaditos de mierda, pero ésa es otra historia, o tal vez sea parte de la misma, porque, como dice don Antonio, desde que murió su compañera don Ramón ya no es el mismo. En fin, Cathy, lo que quiero que sepas es que don Ramón no es como tú lo has conocido hoy. Estoy seguro que ahora mismo él está arrepentido de su comportamiento de esta tarde. Es duro vivir al límite y solo, como él vive.

—Por lo que oí allá arriba deduje que don Ramón es escritor, ¿no es así?

—Ajá.

—¿Y qué tal escribe?

—La verdad, no se puede decir que sea un innovador o uno de los grandes, pero posee una gran erudición y sin duda volaría más alto si cediera un poco en su amor a lo clásico...

Caminamos a todo lo largo de la playa con destino a la laguna. En el trayecto, Cathy no cesó por un momento de preguntar por la vida de don Ramón y por la mía. En la medida en que se le despejaban las incógnitas, aumentaba su sorpresa ante el hecho de que dos seres tan desiguales y singulares como nosotros pudieran vivir tan tranquilos en este selvático lugar. Llegamos por fin a la laguna y, como si ello fuera lo más natural del mundo, Cathy se desnudó totalmente. Yo me quedé extasiado, como un niño al que se le ofrece un regalo que excede la magnitud de sus más fantasiosos sueños.

—¿Qué te ocurre? Anda ven, el agua está deliciosa.

Me quité el short y ¡trágame tierra! toda la impresión se concentró entre mis piernas dejándome desamparado ante un órgano monolítico y salvajemente impudoroso.

—*My God*! *What's that*?

Me zambullí atontado en la laguna, mientras Cathy se carcajeaba ante tamaña muestra de expresionismo tropical.

—Me vas a perdonar —dije al cabo pero sin perder aún el ridículo sentimiento infantil—, hacía meses que no veía a una mujer desnuda, ¡y qué mujer!

Cathy celebró con mayor estruendo mi ¿disculpa? y, por fortuna, el frescor de la laguna comenzó a actuar como inhibidor.

—¿Dices que estás escribiendo sobre todo lo que estás viviendo?

—Asentí.

—¿Y cómo vas a poner estas cosas?

—¿Qué cosas?

—Oh, por ejemplo, esta encantadora situación.

—No sé, ya veré.

—A mí me gustaría mucho filmar estas cosas; creo que van más allá del erotismo vulgar.

—Tal vez —insinué sintiéndome todavía apesadumbrado.

—No deberías sentirte así, es muy bello ver brotar los sentimientos de manera tan sana e impremeditada, ¿no crees?

—Mira, Cathy, es probable que sea resultado de un rechazo ingenuo al machismo ancestral de la sociedad en que me he criado, pero lo cierto es que me siento mal ahora al hablar de esto, ¿por qué no cambiamos de tema?

—Está bien, no tiene importancia.

Cathy se fue hacia lo más profundo de la laguna y comenzó a nadar en un estilo impecable, como si aquel remanso de agua virginal se hubiera convertido de pronto en uno de esos meaderos citadinos que eufemísticamente llaman albercas. Yo me quedé en la orilla de la laguna, dejándome a merced de la presión, de manera que mi cuerpo se sumió quedando sólo la nariz fuera del agua. Estando así, unido al mundo exterior por un respirar lento y armónico, se me vino de golpe a la memoria una de las variadas y duras pruebas que tenían que sufrir los iniciados celtas para llegar a ser druidas, y que consistía en permanecer una noche entera, desnudo y dentro de un ataúd sumergido en el agua, de tal manera que sólo la nariz estaba en contacto con el aire; y para que la prueba fuera rigurosa e inviolable, al iniciado le ponían grandes piedras sobre su pecho con el fin de evitar cualquier intento de escape. Aunque sin piedras en el pecho y libre del ataúd, me sentía ahora como uno de aquellos iniciados con la vida pendiente de la punta de la nariz que apenas sobresalía del agua. Pasaron diez, quince minutos, y empezó entonces a aparecer en toda su magnitud la diferencia entre un acto ritual y lo que era un simple entretenimiento profano. ¡Ahí estaba el porqué de la mediocridad de la vida actual! Recordé con fugacidad el libro de Roger Caillois, *El hombre y lo sagrado*, que había estado leyendo hacía poco, y traté de imaginarme cuál sería la respuesta de un filósofo griego, un druida celta y un tlamatini náhualt, obligados a permanecer inamovibles toda la noche con sólo la nariz fuera del agua. Inesperadamente cambió la dinámica de la visión interna y en lugar de los tres

representantes de un pasado ¿irrecuperable?, vinieron a mi mente las asustadizas presencias de un político, un científico y un artista de nuestro tiempo, obligados a afrontar igual prueba. No pude evitar una explosión carcajeante, y al entrarme sin control el agua por la nariz salí rebotado hacia el aire.

—¿Qué te ocurre? —interrogó sorprendida Cathy.

Tardé un buen rato en controlarme y al fin le dije:

—Es que pensaba en los héroes de nuestro tiempo.

—Y eran yanquis, por supuesto —añadió medio molesta.

—No —señalé—, gracias a la informática, el desgraciamiento es ya de índole universal.

—¡Ah, vaya! —exclamó no muy convencida.

—Parece que alguien viene —dije señalando hacia la playa.

—Son mis amigos, vienen a darse un baño.

—*Hi!* —saludaron al llegar.

—¿Qué tal? —correspondí.

Enseguida las dos mujeres se desprendieron de sus ropas y de los hombres, que se quedaron a mi lado, y se fueron a comadrear con Cathy. Risitas, empujones, chapoteos...

Decidí que ya era bastante por hoy.

—*Do you speak english*? —preguntó el hombre que acompañaba al que en la mañana, junto con Cathy, había hecho fracasar la caza del venado.

—*A little bit* —respondí con frialdad.

—Ou, un pouquido.

—Ajá.

—*Do you live here*? —insistió.

—*Not exactly*...

La situación se estaba tornando en extremo molesta para mí. A diferencia de la mayoría de los gringos que frecuentaban Zipolite, estos eran más ¿cultivados?, más *nice*, pero, quizá por ello, su comportamiento se me hacía más superficial, por no decir más pendejo.

—*Excuse me, but I have to go. See you later*. Nos vemos Cathy —le grité a la ya distante dinámica de mi pasión.

—¿Te vas? Espera un poco. ¿No quieres subir al yate a tomar una copa?

—Estoy bastante cansado —contesté—, si quieres mejor pasa mañana por mí.

—Gracias por todo, fue un día magnífico —oí la cálida voz de Cathy resonando tras de mí.

Al día siguiente, apenas amaneciendo, me despertaron unas sigilosas pisadas sobre la hojarasca; abrí con cautela un ojo y vi que era don Ramón que venía hacia mi hamaca. Se detuvo a un par de metros y, al creerme hundido en el sueño, se dio la vuelta y se encaminó hacia la playa. Estuve a punto de gritarle que me esperara, pero me venció la negatividad y me quedé prisionero de una conciencia culpable. Una vez, en la segunda sesión de karate, don Ramón me había dicho que la esencia de toda disciplina era el método, y que un ser como yo, de natural inclinación a la anarquía, jamás debería olvidar que el antimétodo es el peor de los métodos posibles. Ahora, con la mente ya despierta pero con el cuerpo aún adormecido, se me hizo claro que, o bien me sometía a una sólida disciplina metódica o me iba a llevar el carajo. De golpe se me vino a la cabeza el corrido de Simón Blanco y murmurando aquella parte que dice "de una vez lo que sea tarde", salté guerreramente de la hamaca y me fui corriendo hacia la playa.

Cuando yo apenas iniciaba la travesía de la playa, don Ramón venía ya a toda máquina de vuelta. Al cruzarse conmigo, sin disminuir la celeridad de su carrera, me gritó:

—¡Allá está tu palomita esperándote!

Me detuve a preguntarle ¿qué?, pero la alejante figura de don Ramón me hizo entender que la respuesta se encontraba adelante. Seguí corriendo y, al pasar el montículo de arena que representa el vértice de la forma angular de la playa, divisé a dos mujeres y un hombre que arrastraban sin gran esfuerzo la pequeña lancha neumática. Al

acercarme pude distinguir que una de las mujeres era Cathy, que se quedó esperando hasta que nos aproximó mi carrera. Hasta aquí llegó la fiebre metódica, pensé al ver la emoción con que saludaba.

—¡Chico, pareces un corredor de maratón! —exclamó sonriente.

—El problema es que no hay victoria alguna que anunciar —contesté parándome frente a ella.

—¿No has dormido bien?

—-Pues sí.

—¿Entonces?

Volteé hacia el otro extremo de la playa y, aunque el montículo central ponía fin a mi visión, se me apareció con claridad una imagen diminuta entregada al esfuerzo ejercitante. Los dos amigos que acompañaban a Cathy, luego de saludarme, se fueron cada uno con un rifle en sus manos hacia la maleza. Me acerqué a la lancha y comprobé que su estructuración y diseño superaban con mucho la idea que de ella me había formado al verla surcar la bahía desde la cabaña de don Ramón.

—¿Quieres probarla? —preguntó Cathy.

—Es que todavía no he desayunado.

—Oh, eso no es muy importante; vamos a dar un paseo y luego desayunamos juntos, ¿te parece?

—Está bien —dije dejándome llevar.

Arrastramos la lancha hasta el mar, y al primer jalón el motor de quince caballos comenzó a crepitar festivamente.

—¿Quieres conducirla?

—No, mejor llévala tú.

Se colocó al mando y aceleró de manera endemoniada. La lancha levantó toda la parte delantera y comenzó a deslizarse en el agua con una facilidad extraordinaria.

—Un juguete como éste es el que necesitamos aquí —dije impactado por el ejemplar desempeño de esa maravilla tecnológica.

Cathy pareció no oírme, pues rebosante de energía me gritó:

—¿A dónde quieres ir?

—Al fin del mundo —contesté ya contagiado por la euforia de tan vertiginoso movimiento.

Cruzamos frente a la isla y divisamos dos lanchas que venían de Santa Cruz a toda máquina. Cathy se encaminó hacia ellas, y esto, ¿reminiscencias de la confrontación de don Ramón?, me bajó de golpe la sensación euforizante. Estaba a punto de gritarle que cambiara de rumbo, cuando noté que alguien gritaba mi nombre desde una de las lanchas.

—¿Te conocen? —interrogó Cathy.

—No sé quién sea, acércate un poco.

Enseguida la figura de Teto se me hizo clara en la parte de atrás de la lancha y con una mano en el timón.

—¿A dónde van?

—Nada más a dar un paseo —contesté.

—¿Traen cuerdas?

—¿Para qué?

—Cuerdas de pescar.

—No sé, creo que no.

—Sí, aquí tenemos —intervino Cathy abriendo un pequeño compartimiento repleto de todo tipo de implementos pesqueros.

Le enseñó varios rollos a Teto.

—Esas tricolor son las meras buenas —comentó el experimentado pescador—. Pues si quieren venir con nosotros jálenle, está arrimando el huachinango en San Agustín.

Cathy me miró, dándome a entender que era mi opinión la que decidía. Me quedé dudando un rato. En verdad me atraía la idea de ir a pescar, pero lo repentino de la proposición me había agarrado totalmente fuera de contexto.

—¡Órale! —insistió Teto—, al cabo tengo aquí un chingo de carnada para todos.

—Está bien —me decidí—, te seguimos.

Durante la media hora que duró el recorrido se me mostró de manera inequívoca la razón por la que toda esa zona estaba con-

denada a convertirse en un centro de peregrinante relajación para miles de tecnoburocratizadas existencias citadinas. Casi una decena de playas de insuperable atractivo natural; una temperatura constante de treinta grados centígrados y más de trescientos días de sol garantizados al año. No existían industrias contaminantes en más de cien kilómetros a la redonda; escasos pobladores que desalojar; en fin, otro paraíso dormido que pronto despertaría para entrar en una pesadilla turistizante. Existía, sin embargo, un pequeño gigante que era indispensable doblegar: la aguerrida comunidad de Santa Cruz, fuertemente respaldada por la cabecera municipal en Huatulco. Lo que sea, pero que truene, solía decir don Antonio. Y lo cierto es que esta tronazón me iba a agarrar a mí en su mero centro.

—¡Es extraordinario! —exclamó Cathy embelesada con la visión del lugar—. Al lado de esto, la Costa del Sol española es un vulgar balneario, ¿cómo es posible que hayan permitido que todo esto siga en estado salvaje?

—Ojalá que sea por muchos años —sentencié.

Llegamos frente a San Agustín, una bahía que hizo a Cathy profetizar con ingenuidad:

—¡Aquí va a estar el Yacht Club más bello del Pacífico!

Teto, al margen de nuestras ¿fantasiosas? especulaciones, pareció buscar un punto de referencia o marca, pues luego de varias vueltas se detuvo en un preciso lugar y nos pidió que atáramos nuestra lancha a la suya. Nos entregó un botecito lleno de pequeñas jaibas vivas y nos urgió:

—¡A darle!

Sacamos las cuerdas y, al verlas, Teto señaló que había que ponerle otros anzuelos y una plomada más grande. Busqué entre los implementos y, tras varios muestreos y rechazos, encontré por fin lo deseado. Armé con calma las dos cuerdas y después de ponerle una jaiba a cada anzuelo, las lanzamos al fondo.

—¿Qué profundidad hay aquí? —pregunté a Teto.

—Poca —respondió—, como unas cuarenta brazadas. Suelta cuerda y cuando llegues al fondo levanta un par de brazadas.

Pero no hubo necesidad de cumplir tal requisito, pues poco antes de tocar fondo sentí un fuerte jalón y viene para arriba el primer pescado. Cuando yo ya traía mi presa por mitad del recorrido, Cathy experimentó otro jalón y, aunque más alborotada y con mayor esfuerzo, comenzó a subir su pescado. Metí el mío a bordo y, ¡guau!, exclamé fascinado al ver aquella belleza natural de encendido color rojo contrastado por el azul profundo de los ojos. Ayudé a Cathy a desenganchar el suyo y volví a lanzar mi cuerda poseído por una acción frenetizante. Teto y los pescadores que venían en la otra lancha, sonreían al ver nuestro alboroto. Y venga pescado para arriba, aumentando la manifestación regocijante. Hasta que en uno de tantos ires y venires de mi cuerda, que miro para ver si el extraordinario acontecimiento es compartido por los otros pescadores, y que voy viendo unos rostros babeantes que mordían con los ojos la sensual humanidad de Cathy. Volteo para ver a Cathy y compruebo confundido la causa de tan voraz miramiento. Inmersa en la festividad de las capturas, la mujer no se dio cuenta de que su suculento pecho izquierdo se había salido del diminuto traje de baño. Le comuniqué el desliz, y ella, como si no hubiera pasado nada, se limitó a cubrírselo sin alterar en lo más mínimo su comportamiento celebrante. Hubo unas risitas insinuantes y me dije que no valía la pena alterar el rumbo de tan espléndido acontecimiento. Además, ¿cómo negarle al mexicano, y más que a ningún otro al costeño, su acostumbrado taco de ojo? Seguimos dándole duro a la cuerda, hasta que la fiereza del sol y el hambre me hicieron mirar hacia dentro de la lancha y exclamar admirado:

—¡Oye, ya párale, van como unos quince!

—Espera, espera. Uno más —dijo Cathy sin tener la menor intención de suspender el festejamiento.

Empecé a recoger la cuerda y el espectáculo incomparablemente lujurioso de los huachinangos llenando el fondo de la lancha, comen-

zó a alborotar mi aletargada libido. Cuanto más los miraba más me excitaba. Decidí darme un chapuzón refrescante, y al levantarme con tal fin, Cathy, que ya estaba recogiendo su cuerda, reparó maliciosa en mi erección. Me tiré y estuve un par de minutos nadando alrededor de la lancha. Me acerqué a la lancha de Teto y le dije que nos íbamos, que ya teníamos demasiados.

—¿Cuántos agarraron?

—Unos quince.

—Un chingo de carne; multiplícalos por cinco, que es el peso aproximado de cada uno, y verás que tienen para toda la semana.

Regresé a la lancha y al subirme noté que la mirada de Cathy apuntaba hacia mis genitales.

—Anda, vámonos —sugerí otra vez prisionero de ese absurdo pudor que desde chico me embarga siempre que despierta el ímpetu sexual.

Arrancó el motor y, tras dar las gracias a Teto y dejarle cinco huachinangos, salimos rumbo a Playa Tortuga.

Al alejarnos del lugar donde quedaban Teto y los demás pescadores, me invadió cierta nostalgia, pero no podía precisar si era debida al deseo de continuar tan extraordinaria pesca o a la subterránea admiración que me despertaban aquellos hombres que jalaban los huachinangos con la misma precisión y frialdad con que podían machetear el corazón de un frondoso árbol. De golpe, y porque sí, Cathy se desprendió de su traje de baño y ¡trágame tierra!, la visión catalizadora de los huachinangos se fundió con la de su dorado cuerpo, sobreviniendo la inevitable explosión de la orgónica energía por largos meses reprimida. Sin que mediara palabra alguna Cathy enderezó a toda velocidad hacia una pequeña playa y, poco antes de llegar a la orilla, apagó el motor y ¡pácatelas!, sin darme tiempo de nada se lanzó sobre mi endurecido pene. Y nuestros cuerpos invertidos se dejaron absorber por la pegajosa excitación del huachinánguico lecho. ¡Cielos, lo que es la continencia! Perdimos dos huachinangos, que salieron disparados por la borda como consecuencia del orgásmico

sacudimiento, y magullamos el resto que no pudo escurrirse de debajo de nuestros terremóticos cuerpos. Al final, pinchados aquí y allá por la acción de tan inusual yacencia, quedamos extasiados en una fundición de olores y texturas que me trajo a la mente el bullicioso mercado de la Viga. "¿Qué va a llevar, marchante? ¿Huachinanguito fresco?". Nos dejamos caer por la borda y estuvimos flotando panza arriba una huachinánguica infinitez de tiempo.

Y, con la misma rapidez con que se dejan venir las tormentas veraniegas, se dispararon los acontecimientos. Estando en el yate degustando un suculento y reponedor desayuno, nos sorprendió un aparatoso griterío que llegaba de la playa. Cathy se fue hacia allí con la lancha y un poco más tarde regresó con la triste nueva de que a Susan, la muchacha que se había ido a cazar con George en la mañana, le había mordido una serpiente. Luego de varias preguntas y averiguaciones, concluí que la serpiente en cuestión no podía ser otra que la que aquí llaman hocico de puerco; venenosa pero no mortal. A Susan le entró la paranoia civilizante y, antes de que se relajara por el efecto de unos calmantes, le hizo prometer a los muchachos que se irían de allí esa misma tarde. Se celebró una pequeña asamblea y, con la excepción de Cathy, todos decidieron la partida inmediata.

—Ni modo —le dije a Cathy—, hay que someterse a la moda de las decisiones asamblearias.

Cathy se me quedó viendo meditativa y de golpe se le iluminó el semblante.

—¿Por qué no te vienes con nosotros?

—¿Qué?

—Hablo en serio, en un par de meses tenemos que regresar por aquí y podríamos arrimarnos a dejarte.

En verdad que pocas cosas me son más desagradables que la obligación de tomar decisiones inmediatas. Sin embargo, cosa cu-

riosa, toda mi vida ha estado siempre determinada por el desenlace imprevisible de las circunstancias. Ahora, una vez más, me sentía incapaz de tomar partido en favor o en contra de la marcha. Y mientras mi ser se debatía en las fauces de la indecisión, Cathy no dejaba de bombardearme para inclinar la balanza en favor de la marcha. Que sería una oportunidad única para conocer toda la costa del Pacífico hasta Perú. Que al cabo, podía traer mi hamaca y tenderla entre los dos mástiles. Que en el yate había de todo y no tendría que preocuparme de nada. Que...

—Es que tengo un compromiso con don Ramón —alegué no muy convencido.

—¿Un compromiso?

—Así es.

—¿Y no puede esperar un par de meses?

—Pues...

—No te preocupes, yo me encargo de hacérselo entender a ese viejo gallego.

—No es tan sencillo, Cathy, es que...

—¡Jolines, parece tu papá!

—Está bien, déjame ir a hablar con él.

Don Ramón se encontraba en su mesa de trabajo repasando unos borradores.

—¡Hombre, qué milagro! —exclamó al verme.

—Cualquiera diría que hace años que no nos vemos —expresé a la defensiva.

—Tienes razón, al fin y al cabo el conocimiento es algo secundario; lo importante, y sobre todo cuando se es joven, es la pasión vital.

—Venía a decirle si podía esperar un poco más nuestro seminario.

—Claro, claro, no faltaría más.

—Es que me invitaron a conocer la costa del Pacífico.

—Mira muchacho, nunca te disculpes de lo que vas a hacer si estás convencido de hacerlo.

—Es que me sentiría muy mal si ofendiera su amistad.

—Te agradezco la consideración, y de verdad, Eugenio, no tengas el menor reparo; si yo estuviera en tu lugar haría lo mismo. Aquí te espero, y prepárate porque cuando regreses te voy a vapulear.

—Hasta pronto, don Ramón.

—Buen viaje, ¿tienes libros para el trayecto?

—Pienso repasar la *Paideia* de Jaeger y los dos tomos de la *Historia de la literatura náhuatl* de Garibay.

—Espera un poco, mejor voy a darte algo más propio para leer sobre la cubierta de un yate.

Se fue hacia el librero y, tras rápida búsqueda, me entregó un libro ciertamente extraño: *Mes 400 Coups* de Errol Flynn.

—¿Y esto?

—Es lo más propio para leer en un yate, ¿lees francés, no?

Bajé a despedirme de don Antonio y doña Victoria, que tomaron la noticia como lo más natural del mundo. Le dije a don Antonio que a mi regreso seguro que iba a matar mi primer venado.

—Te lo voy a amarrar a un palo —expresó sonriente.

Llegué a la lancha donde se encontraba Cathy esperándome y partí hacia esta nueva aventura con una pequeña bolsa de mano conteniendo algunas prendas de ropa y ¡sin mi hamaca!

Mark, el judío neoyorkino, y George, camarógrafo de la nueva generación coppoliana y al parecer dueño del yate, ¿regalo de su papá?, me preguntaron cuál era el puerto inmediato donde pudieran encontrar algún doctor para Susan, que ya tenía la pierna bastante hinchada. Les expliqué que podíamos ir a Santa Cruz y desde allí tomar un carro hasta Pochutla. De modo que nos fuimos a Santa Cruz y nos quedamos esperando Cathy, Nancy, que era el nombre de la otra muchacha, y yo, mientras Mark y George llevaban a Susan a Pochutla. Pasaron así dos días de dulce nadidad, durante los cuales me sentí como un pachá en mi harén conformado por las dos hermosas hiperbóreas. Comencé a leer con curiosidad creciente las andanzas de ese mítico desconocido que era para mí Flynn, y

cada página que pasaba me mandaba con más fuerza a los ilímites horizontes de una infancia asombrada por las aventuras del capitán Blood y las heroicas cargas de la brigada ligera. Resultaba en verdad sorprendente que la misma admiración que me despertaran entonces sus películas, se repitiera ahora ante la intrepidez desbordante de su vida. En especial aquellos comentarios emanados de su visita a los burdeles de Marsella, me parecían de una sinceridad y un arrojo extraordinarios. Al leer que los burdeles le infundían la misma sensación de grandeza y respeto que el Louvre o la Capilla Sixtina, me había acordado de don Ramón y su decisiva aventura en el sórdido burdel compostelano. Ambos eran cultores de la vida, ambos amaban el trópico por igual, y de ambos, al contrario de la gran mayoría de los superegos que pululaban en el mundo actual del espectáculo, se podían aprender grandes cosas. Flynn se había reído del vedettismo y la falocracia hollywoodianas que lo habían encumbrado. Don Ramón había pasado sabiamente por encima del academicismo y la hiperracionalidad que durante muchos años lo habían atrapado. La vida de estos dos singulares individuos parecía decir a *sotto voce*: si quieres una obra original y plena, entrégate original y plenamente a la vivencia.

Exceptuando un conato de subversión, originado por la presencia desenfadada y atrevida de las dos muchachas norteamericanas que me acompañaban, cuando tomábamos una cerveza con Teto y sus compañeros de pesca, la espera transcurrió apacible. La bahía de Santa Cruz estaba ya en plena efervescencia turística, y aquel pueblo encenagado que había cruzado en mi camino hacía lejanísimos meses, era ahora un ruidoso conglomerado de cantinas, tiendas y restaurantes. Don Antonio solía decir que cualquier cosa que viniera, aunque acabara con la naturalidad del medio, no podría ser peor que la malosidad de antes. Pero para mí, que sólo conocía aquellos tiempos a través de literarias remembranzas, el antes se me aparecía como un deslumbramiento selvático pleno de pasión y de vida.

Al segundo día, ya anocheciendo, regresaron los muchachos de Pochutla. Susan, bastante repuesta, estaba de nuevo abierta a las excesivas manifestaciones del trópico. Esa noche hicimos una pequeña fiesta y, al calor de los tragos, platicamos de los nuevos movimientos culturales que estaban surgiendo en Estados Unidos. Tal vez por congraciarse conmigo, todos coincidieron en que México era algo extraordinario y que superaba lo que habían oído o leído sobre su excesividad y magia. Mark, cuya capacidad y preparación me hicieron por momentos sentirme ridículo ante la prejuiciosa opinión que sobre él en un principio tuviera, rebasó el cauce de mi sorprendencia al apuntar, cuando ya todos estábamos bien servidos, que sería una atrocidad tratar de uniformar la cultura mexicana con la norteamericana, pues a la larga México sería el reducto más a la mano para que la enervante sofisticación del modo de vida norteamericano pudiera revigorizarse.

A la mañana siguiente, crudos pero armonizados, partimos en dirección al golfo de Tehuantepec. Al cabo de dos horas de haber salido de Santa Cruz comenzó a levantarse un fuerte viento, y las gruesas marejadas se vinieron encima de mi poca experiencia marinera, haciendo que todo lo ingerido en la celebración nocturna saliera expulsado con violencia por la borda. Crudo y mareado, no tuve más opción que amarrarme a una litera y fondear allí mi existencia en espera de mejores brisas. Dormí todo el día de un tirón; al despertarme, salí a cubierta y pude reconocer los arenosos esteros del Istmo.

Empleamos casi una semana en recorrer la fracción costera que va de Punta Arista a la frontera con Guatemala, y en una playa cercana a Puerto Madero tuve mi primer percance. Cathy, que como ya he señalado, era una espléndida nadadora, sentía una atracción casi enfermiza por el buceo. No le gustaba la pesca submarina, sino observar con una parsimonia desesperante todos los detalles de la flora y la fauna circundantes. Mientras yo capturaba algunos peces con un fusil de aire comprimido, más apantallante que efectivo, que traían en el yate, ella se pasaba todo el tiempo entretenida en sus

observaciones gratuitas. De pronto descubría algo a su entender extraordinario y entonces reclamaba de inmediato mi presencia para explicarme la más inimportante chingaderita, un caracol, una vistosa formación coralina, una medusa, etc. En una de tantas llamadas de atención, estando ya literalmente hasta los huevos de tanta pendejada, decidí no hacerle caso. Se vino veloz hacia mí y me arrastró para que viera algo importantísimo. Sacó su cabeza fuera del agua y me dijo:

—¡Cuidado con tocarla, es mortal!

Medio descreído, pero con cierta desconfianza, bajé tras ella y me enseñó una pequeña medusa de vistosos tentáculos encintados. Dimos varias vueltas alrededor y Cathy, señalando con un dedo su visor, me dio a entender que la viera bien para no olvidar su forma.

—¿Qué tiene esa medusa de particular? —pregunté cuando subimos a la superficie.

—¡Oh!, es simplemente letal y se llama avispa, el menor contacto con sus tentáculos y eres hombre muerto.

Me separé de Cathy, pero la hipotética presencia de la medusa me siguió por todos los lados. Pinches viejas, me dije malhumorado, no hacen más que inventar obstáculos. Me fui más para lo profundo con la esperanza de no ver ni a la medusa ni a Cathy y que voy divisando un espléndido pargo. Me lancé tras él y al verme se metió en una enorme cueva. De inmediato se me vino a la memoria la peligrosa aventura de Flynn cuando, arponeando un mero en Mallorca, se le acabó el oxígeno y no se resignaba a perder la presa. Yo buceaba a pulmón libre, por lo que, en el peor de los casos, podía subir a la superficie y bajar nuevamente con más aire. Pero a estas alturas ya estaba contaminado de la terquedad donramoniana. Así que me acerqué lo más que pude y, al mismo tiempo que sentía una fuerte punzada en el oído izquierdo, le disparé un arponazo entre los ojos. La flecha le entró por un ojo y el animal comenzó a debatirse arrastrándome hacia el fondo de la cueva. De repente, el dolor del oído y la falta de aire me hicieron salir disparado hacia la superficie y dejar

la presa con flecha y fusil allá abajo. El dolor del oído era ahora intensísimo, pero no vi allí a nadie que pudiera ayudarme, y bajo ningún concepto estaba dispuesto a afrontar la vergüenza de perder el fusil y quedar como un mentecato. Me zambullí con los pulmones rebosantes de aire y por fortuna el arpón permanecía en el lugar que lo había dejado. Lo agarré, tiré con todas mis fuerzas y el enorme pescado, ya agonizante, se dejó venir conmigo hacia la superficie. Nadé hasta donde estaba Cathy, y al ver el pargo que no bajaba de veinticinco kilos, se quedó impresionada. Subimos a la lancha y regresamos al yate. En el trayecto de regreso el dolor del oído era inaguantable. Cathy me preguntó cómo había sido y lo observó con cuidado.

—Creo que te has dañado el tímpano, está sangrando —sentenció con un deje desesperanzado.

El oído comenzó a drenar una secreción purulenta y, por no tener la medicina necesaria a bordo, tuvimos que ir al pueblo más cercano Cathy y yo a buscar un antibiótico. En la única tienda, que también era farmacia, cantina y mercería, que encontramos, la dependienta, una señora de edad avanzada y amable plática, nos dio un frasquito de Soldrin diciendo que me aplicara varias veces al día unas gotitas, pero que evitara por unos meses el buceo.

—¿Ni siquiera puedo bañarme? —le pregunté medio angustiado.

—Sí, sí, cómo no. Pero póngase un algodón en el oído y úntese luego una capita de glicerina.

Regresamos al yate y por primera vez desde la partida, experimenté la alarmante sensación de que la reventazón del oído era apenas un aviso, ¡cuidado con lo que podría venir más adelante!

Felizmente, el mar, que cuando quiere es capaz de las más desagradables sorpresas, entró en una bonanza que me alejó por momentos de la negatividad que me embargaba. Cathy continuó sus observantes inmersiones, mientras que yo la esperaba plenisoleándome en la lancha. Unas veces me traía estrellas de mar, otras erizos o cualquier insignificancia marina que ella engrandecía con minuciosos

comentarios sobre su hábitat y comportamiento. En una de tantas inmersiones, me trajo un pequeño caracol vacío y me preguntó si había visto con anterioridad alguno semejante. Le respondí que en las playas cercanas a Playa Tortuga había visto bastantes.

—Pues mucho cuidado con agarrarlos —remarcó—, estos cónidos tienen una especie de dardos huecos que inyectan un veneno paralizante; en cuestión de un par de horas te mueres.

En esos días de cabal esparcimiento, mientras unos leían o buceaban, yo me dedicaba a pescar desde cubierta, y sólo en el anochecer nos reuníamos en grupo para departir sobre los más diversos temas y experiencias. En una de esas tertulias, salió a relucir el personaje marino por excelencia: el tiburón. Les platiqué mi aventura con don Ramón y las diferentes opiniones que sobre el particular había oído durante mi vivencia en la costa. Cathy quiso saber qué tipos de tiburones frecuentaban estas costas, y yo le referí que los más afamados por su peligrosidad eran la cornuda y la tintorera. ¿Y andan cerca de la costa? ¿Atacan siempre? ¿Sabía yo si habían comido a algún pescador? Les conté lo que a mí me habían contado: que eran caprichosos, impredecibles y que inclusive tiburones menos agresivos que la cornuda y la tintorera, como el volador y la gata, podían llegar a atacar al hombre, como lo demostraba el caso de un buzo de Santa Cruz que se había salvado de milagro dejando media pierna en las fauces de una gata, cuando estaba sacando ostión. Por otra parte, don Antonio, el señor con el que yo vivía en Playa Tortuga, hacía varios años que había sacado con su sobrino una clase de tiburón que jamás habían visto antes. Vino enredado en el trasmallo y pesó algo más de dos toneladas. Al abrirlo encontraron en su estómago latas vacías de cerveza, un perro entero, dos tortugas enteras, varios pelícanos y cantidad de otros peces.

—¡Seguro que era un jaquetón! —exclamó Cathy.

Como era de esperarse, después de esa plática Cathy ya no quiso bucear sola y le pedía a Mark o a George que la acompañaran en sus inmersiones. Hasta que en una de tantas se encontraron la sorpresa

que decidió el levantamiento de anclas y la suspensión temporal de los paseos en el reino de Poseidón.

Habían salido Mark y Cathy muy alegres de mañana, y cuando regresaron él aparentaba cierta calma, pero ella era un volcán en nerviosa erupción. Mark nos explicó que Cathy se había encontrado con un jaquetón moteado y que había estado a punto de atacarla.

—Nunca oí hablar aquí de tal tiburón —comenté—, ¿cómo es?

—¡Oh! —pudo articular por fin Cathy—, tiene unas manchas blancas sobre las aletas y en la cola, es muy voraz.

—Carajo, entonces estás de suerte —expresé por decir algo que pusiera punto final a la ya injustificada emoción.

Cathy se me quedó mirando con un encendido de ojos que me hizo pensar: ¡ya la cagué!

—De verdad que fue suerte —dijo ya más tranquila—, si no hubiera cruzado por allí en aquel momento ese banco de jureles, hacia los que se arrojó como una fiera, quién sabe si estaría aquí.

Propuse un trago para vencer el susto, y con la aceptación de la propuesta se inició el deseado cambio emocional.

—Pero eso sí —sentenció Cathy ya repuesta con el calor del vodka—, después de comer levantamos anclas.

Bajamos hacia Guatemala y empleamos poco más de una semana en recorrer las solitarias playas que se extienden desde Champerico a San José. Mi relación con Cathy marchaba bien y la única disputa que en realidad tuvimos fue de índole más intelectual que emotiva. Sucedió que una tarde, anclados cerca de la desembocadura de un pequeño río, nos encontramos con unos nativos que sacaban gran cantidad de lisas con una atarraya. Les compramos varios kilos y a mí se me ocurrió prepararlas a la manera en que lo hacía un viejo amigo valenciano de mi padre y que había combatido junto a él por la República. Este republicano dicharachero y maldecidor, que no cesaba de recordar que el fracaso de la Guerra Civil se había debido a la necedad del partido comunista y a la cobardía de los catalanes, aunque vivía en San Juan del Río, Querétaro, solía juntarse con mi fami-

lia en Semana Santa para salir de campamento a algún lado. Y fue en una de esas salidas a Barra del Tordo, Tamaulipas, que lo vi preparar las lisas de manera tan elemental como sustanciosa. Tomaba una pequeña plancha de hierro y la ponía sobre los vivos rescoldos de una fogata; luego vaciaba toda una bolsa de sal gruesa sobre la plancha y, ya que empezaban a saltar los granos de sal, le estiraba con mucho cuidado las lisas encima, dejándolas hasta que estuvieran bien asadas. El resultado era de una exquisitez incomparable. Pues bien, después de haber hecho la lisada y estando ya en plena degustación de los suculentos pescados, profusamente regados con un vino blanco californiano que traían en el yate, se prendió la acostumbrada plática, esta vez teniendo por tema la diferencia que existía entre los ídolos populares de los sesenta y los que ahora prevalecían. Susan arremetió de manera frontal contra el androginismo sofisticado de Michael Jackson, señalando que este nuevo tipo de adulterados Mick Jaggers no tenían nada que hacer al lado de monstruos del mundo pop como Jimi Hendrix o Jim Morrison. Mark, que no estaba de acuerdo con esta aserción, sostuvo que Michael Jackson, al igual que David Bowie y Mick Jagger, eran nuevas manifestaciones superadoras del primitivo machismo espectacular que, si bien había tenido cierta justificación en los sesenta, ya nada tenía que aportar en la actualidad. Comenzó un tira y dale tan ruidoso como confundiente en el que cada hablante sólo se oía a sí mismo, sin prestar la menor atención al comentario de los otros.

—¿Y tú qué piensas? —me abordó Cathy obligándome a suspender la festiva explosión de la salazón marina de las lisas y la ligereza esencial del vino californiano.

—Que esto está superbio —dije echando mano de un barbárico pochismo.

—No, en serio, ¿qué opinas de estos nuevos héroes norteamericanos?

Estuve a punto de contestarle: ¡pero cómo se te ocurre mezclar la deliciosura de las lisas y el vino blanco con la desabridez de los seu-

dohéroes gringos!, pero me contuve justo a tiempo para interiorizar la cuestión y dejar paso a un rigor no deseado:

—A mi entender todo el problema reside en confundir la artisticidad con la espectacularidad.

Cathy se quedó pensando con la mirada detenida en las crepitantes lisas que aún quedaban sobre la lámina; luego me enfrentó con una expresión de extrañeza y dio inicio así al diálogo discordante:

—¿Acaso el arte no es en sí y por sí un espectáculo?

—Ese arte del que hablas, tan en alza en nuestros días, es justo lo que yo llamaría seudoarte.

—¿Por qué seudoarte?

—Porque es una manifestación que centra su determinación más en lo económico que en lo estético.

—¡Caramba, como si se pudiera separar tan fácilmente lo uno de lo otro!

—Ahí está el punto medular de la cuestión: cuando una obra artística se supedita a lo económico, inmediatamente entra en la órbita de la espectacularidad, perdiendo así su inicial ritualidad estética.

—¿Entonces el arte debe ser una actividad ociosa e improductiva?

—De ninguna manera. Lo que yo trato de decirte es que el arte debe ser una actividad metacotidianizante; es decir, debe partir de los hechos diarios para superarlos y no para hipertrofiarlos.

—No entiendo nada de lo que dices, ¿por qué no me aclaras antes qué es para ti el arte?

—¿Has leído *La rama dorada* de Frazer?

—No, ¿por qué?

—Pues ahí se habla de una línea evolutiva que va de la magia a la ciencia pasando por la religión. Para mí el arte sería, entonces, una sublimación totalizadora de la magia, la religión y la ciencia.

—Sigues estando en las nubes, chico. A mí me interesa un arte terrenal, vivible, no un rollo metafísico como del que tú estás hablando.

—Muy bien, descendamos a los resultados, ¿qué pasó con el movimiento pop?

—No sé, pasó y ya.

—Dejémonos de respuestas pendejas y tratemos de sopesar más los comentarios, ¿te parece?

—¡Caray, ya te ha contagiado ese señor!

—¿Qué señor?

—Ese gallego misógino y antiyanqui.

—Quizá tengas razón. Me cuesta mucho más trabajo que antes entretenerme con pendejadas, ¿no quieres otra lisa?

—No gracias.

Tomé una lisa que ya se estaba pasando de tueste y me dispuse a saborearla con una tranquilidad que malamente ocultaba mi turbulencia interior. Cathy comenzó a hacer extrañas muecas que expresaban de manera grotesca la magnitud de su desasimiento. Seguí comiendo, pero a estas alturas ya todos parecían haberse dado cuenta de que algo cercano a la explosión había crecido entre Cathy y yo. Susan, con ese especial sentido que tienen las mujeres y que les permite entrometerse impunemente en cualquier asunto, me ofreció un poco más de vino. Acepté sonriendo y el encabronamiento de Cathy terminó por levantarla con violencia y lanzarla hacia el otro extremo del yate.

—*What's going on?* —preguntó Susan haciéndose la sorprendida.

Dudé entre tirarla por la borda o irme yo al carajo por haberme metido en tamaño apendejamiento. Al final, venció una alternativa emergente que me hizo vomitar con brusquedad todo aquello que Cathy había indigestado con sus ocurrencias. Les grité que la cultura norteamericana había manipulado vilmente el mundo del espectáculo, que la generación pop había convertido su inicial protesta en un deleznable mercado, que los punkis representaban un antinarcisismo hipócrita y adulterado, y que, carente de futuro, la sociedad norteamericana se zambullía reaccionariamente en un pasado impresentizable...

—*Are you communist*? —interrogó alguien, ¿Mark?, medio escandalizado.

—¡Qué comunista ni qué la chingada! —respondí en español aumentando todavía más la confusión imperante—. Lo que soy es un pobre diablo desilusionado y cansado de este infiernito orwelliano.

—Nou entiendou —dijo la voz cuando ya me iba a la chingada.

Subí a la lancha neumática, solté la amarra y vi como todos me veían carincognitados derivar hacia la negritud del océano. Pasé, así, una fracción inconmensurable de vida platicando con las estrellas y confirmando por enésima vez la profunda sabiduría encerrada en aquel poema náhuatl de los *Cantares mexicanos*:

> Acaso de veras hablamos aquí, Dador de la vida... ?
> Aún si esmeraldas, si ungüentos finos,
> damos al Dador de la vida,
> si con collares eres invocado,
> con la fuerza del águila, del tigre,
> puede que nadie diga la verdad en la tierra.

Acompañada de un ligero chapoteo, llegó Cathy a la lancha.

—¿Se puede? —preguntó reconciliadora.

—Adelante.

Y con el lenguaje fusionante de nuestros cuerpos quedó vencido el distanciamiento cultural de nuestras mentes. ¿Hasta cuándo?

Descendimos a lo largo de la costa de El Salvador y, en La Libertad, una patrulla de la armada salvadoreña nos abordó; registraron todo y nos aconsejaron dejar con rapidez la zona, de manera que decidimos cruzar sin detenernos hasta Costa Rica. Navegamos dos días sin mayor contratiempo, aunque menos rápido de lo que quisiéramos a causa de una calma chicha impresionante. Al segundo día, ya olvidado el encuentro con la lancha patrullera, recobramos el ánimo de costumbre y le dimos duro al trago y a la plática. Poco después de medianoche, Cathy me jaló a la cama y los demás quedaron oyendo

música a todo volumen sobre cubierta. Antes de bajar, habíamos visto unas lucecitas como a un par de kilómetros enfrente, y George, consultando las cartas de navegación, dedujo que serían los islotes de Meanguera, y que de continuar con el paso que llevábamos cruzaríamos la temible Nicaragua sandinista durante la mañana siguiente.

Inmerso en una extasiante orgasmodisea con Cathy, entré fluctuando en un mundo tropical que superaba todo lo que al respecto conocía. Llegamos por mar, a bordo de una curiosa barca hecha de piel de tiburón y tirada por dos tortugas de increíble tonelaje, a una playa que me recordaba más el Caribe que el Pacífico, y al bajar a la orilla comprobé, con una mezcla de alegría y estupefacción, que todo el litoral se hallaba repleto de grandes calamares. No veía a Cathy por ningún lado, pero tenía la certeza de que estaba allí conmigo. Caminamos tierra adentro y unas iguanas inmensas, de más de tres metros, se pararon amenazantes frente a nosotros. "No hay peligro", dije, son vegetarianas. Pasamos entre unos frondosos palmares y le pregunté a Cathy si quería un coco. La voz de Cathy, que resonaba como si estuviera dentro de mí, respondió que sí. De manera que me abracé a una palma y comencé a subir con una facilidad sorprendente. Arranqué varios cocos y se los tiré a ¿Cathy?, pero al caer se fragmentaron en miles de partículas vidriosas, como cuando el parabrisas de un auto estalla. El ruido de los estallamientos asustó de pronto la fauna onírica que acechaba nuestros pasos y de todas partes comenzaron a salir faisanes gigantescos que, por la atrofia de sus alas, corrían veloces sobre sus fuertes patas. "¡Tírale, tírale!", grité sin poder quitar de la mente la imagen de una de aquellas aves descomunales dorándose de manera exquisita sobre las brasas. Los faisanes desaparecieron en la espesura. "¿Por qué no les tiraste?", pregunté encolerizado. No hubo respuesta y decidí bajar del árbol. Se oyó entonces un ruidoso arrastramiento en la seca hojarasca, ¿pero no estaba todo verde?, y apareció un ejército de monstruosas garrapatas desplazándose agresivas hacia nuestro estar. "¡Tírale, tíralee, tíraleee!". ¡Ta, tra, ta tra, tra tra tra!

—¿Qué sucede? —me pregunta Cathy sobresaltada.

—No sé, vamos a ver —respondo igual de confuso.

Subimos a cubierta y ¡chingada madre!, Mark está tendido en la puerta de la cabina de mando, retorciéndose de dolor y con las manos crispadas apretando su ensangrentado abdomen.

—*My God*! —exclama Cathy.

Las paralizantes luces del monstruo enceguecen la cubierta. ¡Tra, tra, tra, tra ta ta, traaa! Siento la mordedura en la pierna derecha y al caer veo a Cathy venirse al suelo con la cabeza destrozada. El efecto se extiende con celeridad por mi cuerpo y el dolor obliga a mi visión a perderse hacia dentro. Todo es borroso, penúmbrico, desaparecien-te. La playa comienza a diluirse en la visión, y en la postrera imagen del sufrimiento veo a las enormes tortugas reventadas en la orilla y acosadas por un hambriento universo zopilótico. De la nada en que me encuentro comienzan a emerger unas minúsculas esferitas refulgentes y, por la ilimitabilidad de la visión, me doy cuenta de que estoy viajando en una remota región de espacio cósmico. Todo transcurre con una lentitud desesperante. Tengo la impresión de que la aceleración del despegue me dejó totalmente desquiciado. No obstante la confusa racionalidad de la vivencia, puedo deducir que me estoy desplazando a una velocidad vertiginosa; sin embargo, tengo la desagradable sensación, afianzada en la apenas cambiante mecánica de la visión, de que todo se mueve con angustiosa lentitud. No hay duda de que Einstein tenía razón, me digo en un alarde de intelección, son los sistemas de referencia los que determinan la conmensurabilidad del espaciotiempo. Una masa amenazante se encuentra ahora en el centro de la visión. Se acerca con rapidez. ¡Alarma!, señalan los controles de navegación. De pronto el fenómeno adquiere una expresión humana, y con una velocidad endemoniada atraviesa la pantalla visual y se arroja sobre mí con un arma letal en sus manos. Siento un agudo estremecimiento y poco a poco se afloja la tensión, hasta reintegrarme de nuevo a mi condición de viajero encadenado para siempre a la fría inabarcabilidad del espacio intergaláctico.

Al ¿despertar? añosluzmente más tarde en un recinto de penúmbrica blancura, creí que había sido hecho prisionero por una fuerza carente de imagen y sentimientos. Poco a poco se fue iluminando la penumbra y ¡qué alegría! al ver el sonriente rostro de una agradable morenita acercarse con afección para decirme:

—¿Cómo se siente?

Al interiorizar la pregunta, se me activó un profundo dolor en la cabeza y reparé, asimismo, en que no podía mover la pierna derecha que me latía de manera insufrible.

—Pues medio vivo —le respondí con la mejor de las sonrisas que pude improvisar en tales circunstancias.

—Está usted fuera de peligro, en un par de semanas se le podrá dar de alta.

—¿Dónde estamos, señorita, en Nicaragua?

—No lo quiera Dios, estamos en San Salvador. Los que le dispararon sí fueron los comunistas nicaragüenses.

—¿Y mis amigos?

—Ya han venido a verlo mientras usted estaba bajo los efectos del calmante que le administramos para curarlo. Al rato regresan.

—Pero yo vi que a uno lo habían alcanzado —murmuré recordando lo sucedido.

—Ah, ese se encuentra también fuera de peligro. Está en un cuarto aquí al lado.

—¿Y la muchacha?

—¿Cuál muchacha?

—¿No le dieron también a una de las chicas?

—No sé... Será mejor que descanse.

Imposible descansar mientras la imagen de Cathy con la cabeza destrozada no dejaba de dar vueltas en mi mente con un cariz cada vez más angustiante. Estaba a punto de gritar: ¡quiero saber con exactitud todo lo que ha pasado!, cuando se abrió la puerta del cuarto y entró la enfermera seguida por un par de médicos y varios militares.

—Estos señores le van a hacer unas preguntas —me comunicó siempre sonriente la enfermera—. No se altere, nada más es para completar el informe oficial.

—¿Es usted mexicano, verdad? —interrogó uno de los oficiales.

—Ajá.

—¿Cuál era el fin de la travesía?

—Pues dar un paseo hasta Sudamérica.

—¿No les comunicaron a ustedes lo peligroso que era navegar por estas aguas?

—Así es; por eso estábamos tratando de cruzar a toda velocidad la costa de El Salvador y Nicaragua.

—¿Qué hacía usted cuando sucedió el enfrentamiento?

—¿Cuál enfrentamiento?

—Quiero decir cuando los abordaron.

—Dormía.

—¿Solo?

—Pues... ¿Qué, es necesario que detalle mi vida privada?

—Responda a las preguntas que se le hacen, por favor, es importante para todos.

—Estaba con Cathy, mi compañera...

—¿Y luego?

—¿Y luego qué?

—¿Qué sucedió después?

—No sé, al oír los disparos salimos a cubierta y ya no supe nada más. Ah, sí, vi a Mark tirado...

—Mire usted, preste atención a lo que le voy a decir. Ustedes fueron ametrallados por una lancha patrullera sandinista. Los tomaron por contras. El gobierno de mi país y el de los Estados Unidos ya están cursando las protestas pertinentes. Déjelo todo de nuestra cuenta. Aquí está usted entre verdaderos amigos, pida lo que necesite, pero, en caso de que algún periodista trate de sonsacarle algo, no haga ningún comentario. ¿Entendido?

—¿Puedo hacerle una pregunta angustiosa?

—Hágala usted.

—¿Qué pasó con mis amigos? ¿Dónde está Cathy? Entiéndalo no sé hasta dónde diferenciar lo vivido de lo soñado...

—Todos están bien. El joven que recibió el disparo en el estómago ya ha sido intervenido felizmente, ¿no es cierto doctor? —preguntó a uno de los blanquiembatados que lo acompañaban.

—Así es —respondió secamente el interpelado.

—Y usted, ya lo ve, está fuera de peligro...

—¿Y Cathy?

—Por desgracia murió en el acto.

—¡Hijos de la chingada!

—Lo sentimos mucho...

—¡Hijos de su pinche madre, cabrones, qué culpa tenía ella!

Uno de los doctores le hizo un guiño a la enfermera y entre los dos se aprestaron a inyectarme.

—No se mueva, estése calmado, se puede empeorar —me sensualisusurraba la morenita mientras la inyección en la vena me hacía perder rápidamente el belicoso desbordamiento.

—No se preocupe usted, esos comunistas de mierda lo van a pagar muy caro —oí al militar cuando ya entraba una vez más en el mundo onirizante.

En la tarde, ¿de qué día?, entraron George con Susan y la otra chica, de cuyo nombre no podía ahora acordarme. Me saludaron muy energéticamente, lo que quiere decir palmadas él, besitos ellas; y, tras mandar a la enfermera a buscarme unos cigarrillos, me pusieron al corriente de lo que en verdad sucedido: habíamos sido ametrallados y abordados por una lancha patrullera salvadoreña; le habían hecho señales luminosas a Mark, pero éste, asustado y confuso, había intentado escapar a toda máquina. Lo demás ya lo sabía, exceptuando la noticia de que el cuerpo de Cathy se encontraba en la funeraria La Auxiliadora en el propio San Salvador. Al preguntarle a George qué pasaría con el cuerpo de Cathy y el escándalo posterior, me encontré con la encabronante confesión de que todo estaba ya en

manos del cónsul de los Estados Unidos y que les había prometido con firmeza que él en persona se encargaría del caso; que no hicieran ningún comentario público y que si surgía alguna duda o problema no repararan en acudir a él...

En México al empolvamiento de un asunto de esta índole se le llama eufemísticamente dar el carpetazo; en Estados Unidos se condena al olvido, por no ser un tema publicitable; es decir, que no tiene el menor interés promocional con vistas a la opinión pública.

Después de la rabia que pasé los primeros días, en la parte más encrespada de la cual me prometí armar un revuelo tan pronto como saliera de allí, mi animosidad fue reincorporándose de manera progresiva a su cauce natural y comprendí que lo mejor era experimentar en mí mismo la sabiduría que el mentado carpetazo llevaba implícita. Para los demás, había sido un lamentable accidente o una arbitraria agresión; para mí, a estas alturas, no había duda de que era una más de las manifestaciones inescrutables del destino, mi pinche destino.

Los cuidados de la morenita fructificaron en una rápida mejoría. Podía ya mover un poco la pierna, y del terrible golpe que me había dado en la cabeza, ¿con qué en realidad?, al caer sobre la cubierta del yate, tan sólo quedaba una persistente jaqueca que se acentuaba con la llegada de la noche. Más tarde descubrí que la verdadera causa de los dolores de cabeza no residía en el golpe que me había dado, sino en un libro horroroso que la morenita me había regalado. "Toma", me había dicho medio ruborizada al dármelo, "es sobre México y hay unas escenas muy bonitas, verás que no te aburres". El libro en cuestión se titulaba *Azteca* y su autor, un tal Gary Jennings, era de esos típicos recabadores de información computarizada que, con vistas a la venta fácil y asegurada, no tienen el menor reparo en desgraciar la Historia. Al llegar al pasaje en que se dice que el Calmécac y el Telpochcalli eran unos centros decadentes y confundidores, estuve a punto de tirar el libro por la ventana. Sin duda era uno más de esos engendros editoriales espectaculares, hechos para llamar la atención

de una masa de lectores desprevenidos y sorprenderlos con la sangrienta barbarie del imperio azteca. ¡Qué diferencia con *El corazón de piedra verde* de Madariaga! Pero así es y seguirá siendo nuestro México: o se sucumbe ante su fiereza o se le rinde un culto casi servil. Allí estaban para indicarlo las obras ¿mexicanas o sobre México? de D.H. Lawrence, Bierce, Traven, Graham Greene, Evelyn Waugh, Lowry, Max Frisch, Castaneda y los que vendrán.

Dos días después de haberme regalado el mentado libro, la morenita vino a hacerme las curaciones de costumbre. Me limpió con cuidado la herida de la cabeza y, luego de decirme que pronto me quitarían las siete puntadas que me habían dado, se soltó preguntando sobre el libro.

—¿Te gustó?

—Aún no lo he terminado, pero...

—¿Verdad que es muy interesante?

—Pues...

—Tiene unas escenas muy atrevidas, ¿no te parece?

—¡Cuidado, me estás lastimando!

—Disculpa. Quítate la trusa, vamos a ver cómo sigue esa pierna.

Normalmente la curación de la herida de la pierna, un doble orificio cuya entrada estaba en la parte frontal del muslo y la salida en la parte inferior de la nalga, no había sido motivo de mayor preocupación para ambas partes. Pero esta vez, ¿culpa de la maldita pornografía de *Azteca*?, la morenita se puso un poco nerviosa y yo comencé a sentirme un avergonzado adolescente. De golpe se me despertó la dormida libido, y el órgano se me disparó aparatosamente. Con mucha profesionalidad, pero sin poder ocultar el sonrojamiento, tomó el pene entre sus manos y lo fijó con cinta adhesiva a la otra pierna.

—Pues ese libro acá está semiprohibido, quizá por eso se comenta tanto...

—¿Por qué?

—Yo creo que por las escenas sexuales... ¿no te parecen exageradas?

Se dio la vuelta para limpiar el merthiolate que se le había derramado en el piso, cerca de la cama, y me encontré con sus deliciosas nalgas rodinianamente insinuadas bajo su bata. ¿Ingenuamente? se volteó y al pasarme con suavidad un algodón sobre los bordes de la herida, que se desprende la cinta adhesiva y aparece en escena la intrépida animalidad cimbreándose con descaro. La miro devorándola. Me ve con deseo inocultable. Su pecho late cada vez más fuerte y la erección en sus pezones aflora con provocación bajo el ceñimiento de su bata. Toma de nuevo el pene entre sus manos y ¡lo siento, pero es demasiado!, meto mi mano derecha entre sus piernas y, tras una búsqueda afiebrada, me encuentro con un volcán en plena expulsión lavificante. Se oyen pasos en el corredor y ambos retrocedemos al instante hasta el natural reacomodamiento. Unos toques en la puerta y entra una señora con la cubeta y el trapeador.

—Disculpen, vengo a hacer la limpieza.

—Pásele, pásele doña Margarita —dice ya recompuesta la morenita ocultando el fluir tectónico que estuvo a punto de enloquecerme.

—Pues sí, un libro de verdad muy bonito e interesante, ¿no piensas igual?

—¡Me gustaría muchísimo llevarlo hasta el fin!

—Pues tómalo con calma, hay mucho tiempo, ¿no?

Pero el tiempo se fue con rapidez. Mi estado anímico comenzó a oscilar febrilmente entre las experiencias pasadas con Cathy y el ansia de regresar a Playa Tortuga. Como sea, el volcán de la morenita ya no volvió a ser obligado a entrar en erupción, y una semana más tarde, al dejar San Salvador con rumbo a la Ciudad de México, tan sólo unas palabras escritas con despreocupación en una desolada servilleta hospitalaria eran todo el recuerdo registrado de una aventura que nunca debió trascender los metamúndicos cauces ficcionantes. Miré por última vez las direcciones de la morenita en San Salvador, de George y Susan en los Ángeles, y de Mark y la otra chica en Nueva York y me fui inventando un poema de marcada icnocuicatlidad náhuatl:

Acaso es cierta la amistad?
¿Son perdurables los sueños y los placeres?
Tal vez lo único verdadero sea el sufrir.
¡Ay, en vano buscamos florecer!
Atravesando fugazmente la nocturnidad de la existencia.

Al llegar a la Ciudad de México, fui derecho a mi heredad coyoacanense. En el trayecto, el taxista que me levantó me fue poniendo al corriente de la penuria social en que habían sumido al país los sueños de esplendor augurados por la falsa reencarnación de Quetzalcóatl.

—Mire usted, apenas anteayer venía platicando aquí conmigo en el mismo asiento que ocupa usted ahora. Mire nomás, ¿hasta dónde va a llegar todo esto?

Tomé el periódico vespertino que me ofrecía el taxista y leí el llamativo encabezado: "Asfixia a sus dos hijitos y se cuelga del techo".

—Sí señor, nos está llevando la tiznada. Le juro por Dios que esa mujer fue mi novia durante muchos años. Pero así es la vida, prefirió a otro y ya lo ve, qué culpa tenían las criaturitas. Esto va a tronar, se lo digo yo. Y dicen que lo peor aún está por venir, ¿se imagina? Robos, asesinatos, redadas, escasean los huevos, el aceite, la leche, ¡y a qué precios si se consiguen! Es el fin, señor, el fin de la gran Tenochtitlan...

Mientras el sufrido surcador de asfálticos laberintos desbordaba su cúmulo de lamentos, reparé en los rostros agrios y secos que se desplazaban fugazmente tras el vidrio. ¿Dónde estaban ahora aquellas expresiones tan mexicanas que hablaban de un natural vivaz y festivo? ¿Hacia dónde habían huido las esperanzantes sonrisas y el mirar altivo? Ya no se veían aquellas aglomeraciones espontáneas que desafiaban con su gozosa anarquía la despótica tecnologización del espaciotiempo. Ahora todos corrían agresivos, desconfiados, temerosos, hacia un futuro desprendido violentamente de un pasado indevenible. Pero había otra opción perceptiva, otra perspectiva: que el fin fuera un principio; que del pútrido presente resurgieran con

más fuerza, con más vida, los brotes del mundo de esplendor por largos siglos contenido. Sí, había una esperanza: el florecimiento histórico de lo propio.

Abrí la puerta de la casa y caminé despacio por encima del montón atemporal de correspondencia, propaganda, recibos, hojas, ramas secas y sedimentos polvosos que el abandono había acumulado. Sentí una onda negativa y miré hacia el lugar luminoso que por tantos años había sido la bibliovivencia de mi padre. Las puertas de caoba estaban destrozadas y por doquier se esparcían, hablando de una conquista nefanda, los restos de un mundo otrora floreciente. Me acerqué a ese mundo ya para siempre nadificado y lo que vi en el interior me hizo vivir con fugacidad el sinsentido esencial de todo esfuerzo humano. Me pareció oír unas voces pidiendo con desesperación ayuda desde otro tiempo. "¡Hazlo por nosotros, hijo, sólo tú puedes hacerlo!". Miré de nueva cuenta las profanadas estanterías y el salvaje desconcierto, y las voces volvieron a gritar amenazantes: "¡No toques nada! ¡Te dije que jamás entraras aquí! ¡Vete a tu cuarto!". Me di la vuelta y algo fue golpeado por mi pie derecho. Busqué el obstáculo y vi un trozo de existencia paternal que con torpeza trataba de agarrarse a mi pierna. Levanté la cadavérica presencia y leí en su todavía orgulloso lomo negro: *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, Gibbon, J. B. Bury Editor, Volume V.

Cerré sin pena, sin remordimiento, sin dolor, las puertas de ese mundo que nunca había sido mío y me eché a las calles de otro mundo que jamás llegaría a serlo. Después de caminar un par de horas sin ver, ni oír, sin saber el cómo ni el porqué, se evaporaron las brumosas reminiscencias y me acordé de que ¿tenía? un amigo que se llamaba Leonardo.

VI. Predecisiones y acercamientos

Leonardo era un ser extraño y contrastante. Su agudeza crítica apuntaba con decisión hacia el futuro, pero su pasión estaba enraizada en el pasado. Para él, después de los griegos y los romanos, todo era una farsa; es decir, una repetición histórica condenada a permanecer cómicamente por debajo de sus modelos originales. Como tantos intelectuales mexicanos que rechazaban lo propio por barbárico, Leonardo identificaba razón y evolución con Occidente. Occidente era el lado grecorromano, y tan sólo en la pugna más reciente entre anglófilos y francófilos tomaba abierta y decididamente partido a favor de los primeros. Su ídolo actual era Borges, y en su desempeño dramatúrgico como escritor-director no había ido más allá de meticulosas readaptaciones de los clásicos. Su fervor por las tragedias griegas, que había consolidado en las adaptaciones del *Edipo rey* de Sófocles, el *Agamenón* de Esquilo y la *Medea* de Eurípides, dejaba entrever una labor talentosa que alcanzaría más notables resultados si en lugar de repetir lo ajeno se entregara a originar lo propio. Pero, como decía don Antonio, cada quién trae su camino y sólo él puede enderezarlo o torcerlo.

Encontré a Leonardo en su viejo y afectado departamento de la Colonia del Valle. Nos saludamos con efusión, y un rápido y desbordante intercambio de preguntas y respuestas nos puso a ambos al corriente de nuestras andanzas y desventuras. Luego de oír sorprendido el relato de mis vivencias, Leonardo se soltó hablando con entusiasmo de sus proyectos inmediatos. Estaba montando *Sejano* del inglés Ben Jonson y esperaba que con esta obra daría el ansiado paso a los grandes escenarios. Me habló con mucha admiración del tal Jonson, diciéndome que era un gran escritor absurdamente olvidado y que, si todo salía como él esperaba, pronto adaptaría otra obra del mismo autor titulada *Catilina*. Le pedí que me explicara un poco de qué trataba el *Sejano* de Ben Jonson, y si era el mismo personaje que el ambicioso favorito de Tiberio. Asintió, y en seguida

comenzó una larga perorata sobre la grandeza de Roma y de cómo, sin ningún otro paralelo en la Historia, allí se habían sublimado las pasiones humanas.

—Pues yo prefiero lo nuestro —lo interrumpí con brusquedad.

—¿Cuál nuestro?

—Nuestro pasado, nuestro esplendor imperial, nuestras raíces.

—¿Te refieres a los sanguinarios aztecas? Por favor, mano, sé congruente, cómo vas a comparar la luz con las tinieblas. ¿Cuándo tuvieron los aztecas una filosofía y una lógica como los griegos, o una política y una poética como los romanos?

—Estás hablando de mundos contrapuestos, Leonardo. Ya no podemos seguir imponiendo lo abstracto a lo sensible. La racionalidad occidental está agonizando, y la sensibilidad artística y ritual del mundo náhuatl nunca fue aniquilada con la conquista del imperio de la más grande cultura solar. Aquí cabe un resurgimiento; allí unas exequias.

—¡Estás zafado, mano, el trópico te hizo daño!

—Puede ser, pero yo le apuesto a un pasado cargado de futuro y no a un presente hundido en un pasado totalmente agotado.

—No sabes lo que dices.

—Toma, convéncete —dije dándole el libro de Gibbon.

—¿Qué carajo me das?

—Un fragmento de la visión crítica de tu Roma.

—No seas pendejo, Eugenio. Sólo falta que, como decía Orozco, empieces a hablar en chichimeca.

—¿Y por qué no? Quizá el náhuatl sea más rico poéticamente que el inglés. Por cierto, ¿has leído a Garibay, León-Portilla, Tibón, por citar sólo unos cuantos de los nuestros?

—Qué me importa a mí Ricardo Garibay y esos otros indigenistas de los que me hablas...

—No hablo de Ricardo Garibay, sino de Ángel M. Garibay...

—Es lo mismo, yo estoy con Octavio Paz, todo lo que huela a azteca es nauseabundo y repelente.

—Pero qué, cabrón, ¿acaso ha existido un imperio más institucionalmente sanguinario y depravado que el romano? ¿Olvidas a Nerón y Calígula, a Mesalina y Agripina, a Tiberio y Claudio? ¿Habrá más atroces sacrificios que matarse entre hijos, hermanos, amigos y amantes? ¿Dónde, durante el Imperio azteca, encuentras la prostitución, la homosexualidad y el sadismo del Imperio romano?

—Quizá sea ese el único punto en común: lo peor de los romanos es lo mejor de los aztecas.

—No seas pendejo. Aquí los sacrificios eran rituales y las víctimas eran o infractores del orden establecido o prisioneros de guerra, exceptuando los casos, contados, de consagración y ofrendamiento. Allí nadie estaba a salvo de la sanguinaria caprichosidad de los tiranos. Además, fíjate bien, si hay un punto en común entre los aztecas y los romanos no es otro que el que ambos imperios sublimaron lo estratégico-militar en detrimento de lo filosófico-artístico de las culturas de las que se habían nutrido: la griega y la tolteca, respectivamente. Y si tuviéramos que sintetizar las enormes diferencias entre ambos imperios te diría que los aztecas jamás tuvieron entre sus gobernantes a locos y degenerados.

—Pues el *Azteca* de Jennings no es del mismo parecer.

—¡Tú también con esa mierda!

—¿Qué tiene?

—El *Azteca* de Jennings es un libro sobre un México que el autor nunca entendió; y no lo entendió por la misma razón que tampoco ha podido entender el México presente. Además, ahí no hay literatura, todo es pornografía barata: pornografía política, pornografía religiosa, pornografía sociológica, pornografía histórica; en fin, un libro para ociosos, antimexicanos y apendejados...

—¡Híjole mano, te está acabando Oaxaca!

—Y es más, se me ocurre que la tragedia romana podría escribirse así: Eros contra Tanatos, poniendo bajo la égida del primero las orgías, y del segundo, las matanzas; en medio pondríamos el islote anémico de la virtud republicana y el Senado que, exceptuando al

admirable Coccio Nerva y a dos o tres romanos excepcionales, estaba formado por idiotas y payasos, ¿cómo la ves, eh?

—¿Y es esto lo que me dices que estás escribiendo?

—¿Te parece más interesante la vida rastrera y deleznable de un Seyano o, como tú dices, Sejano?

—Ni modo, mano, por lo menos te cabe el mérito de estar convencido de tu locura.

—A otros les da por darles las nalgas a los foráneos.

—¡Hasta la vulgaridad costeña se te ha contagiado!

—¡Mejor la vulgaridad costeña que el puterío urbano!

Así quedó la cosa con mi amigo del alma, Leonardo. Me entretuve un par de días en la onirizante Nueva Tenochtitlan, comprando libros, asistiendo a varios eventos y proyecciones y visitando a un par de cuates que, aunque no estaban en la línea eurocéntrica de Leonardo, no podían evitar bailar al ritmo imperante que decía: de lo mejor, lo importado. Así, pues, me limité a oír y a observar, tarea que al cabo de dos días me dejó exhausto y decepcionado. En la noche del tercer día tomé el camión a Puerto Escondido en la Terminal Taxqueña, con destino a mi refugio barbáricamente mexicano.

Llegué a Santa Cruz al mediodía siguiente y, luego de buscar a Teto y esperar una media hora a que terminara su almuerzo, partí rumbo a Playa Tortuga. Teto, que lo primero que dijo al verme fue: "¿Dónde quedó la sabrosura gringa?", al notar cierto desequilibrio en mis desplazamientos quiso saber qué había sucedido. Mientras comía lo puse al tanto de los desgraciantes acontecimientos, y por fortuna ya no volvió a tocar el tema para mí tan desagradable.

—Chinga para los que quedamos —fue todo su comentario.

Ya en la lancha, y con la reviviscencia de los parajes tan queridos, me fue invadiendo un sentimiento de apacibilidad indescriptible. Me quedé un tiempo ensimismado en el alejamiento del horizonte hacia el mar abierto, hasta que vi a Cathy, bellamente elementalizada y ahistórica, saludándome festiva desde el espumante encrespamiento de las olas.

—¡Mira! —me interrumpió con brusquedad Teto.

—¿Qué es?

—Una mancuerna de tortugas.

Me dijo que tomara el timón y que me mantuviera a baja velocidad en dirección al bulto verdoso que sobresalía de las olas. Se fue hacia la proa de la lancha y desde allí me dirigía animoso con el movimiento de sus brazos. Se arrojó con rapidez sobre las tortugas y apenas tuve tiempo de gritarle que agarrara al macho.

—¿Quéé́é? —me gritó mientras sostenía la pareja ayuntada.

—Que dejes ir a la hembra.

—¡Pero si la hembra es la que tiene los huevos!

—Por eso, agarra al macho.

Medio a regañadientes hizo lo que le dije, y al sujetar al macho por la parte del caparazón que se abre justo encima de la cabeza, la hembra se desacopló y salió disparada hacia las profundidades. Le ayudé a subir la tortuga y le cedí el timón; y, como si nada hubiera pasado, volvió a enrostrarse con la típica expresión de perdido en el espacio que ponen los pescadores cuando conducen la lancha hacia un rumbo indescifrable.

Cada día que pasaba entre esta gente, me parecía más extraordinaria la facilidad con que pasaban de los hechos más doblegantes a las situaciones más triviales, y siempre permaneciendo fieles al dictado inquebrantable del trópico: no hay pasado ni futuro, tan sólo un presente que vive y muere en cada instante. Aquí no hay lugar para arrepentimientos, remembranzas y autoconmiseraciones; ni siquiera los sueños resisten la fuerza del acontecer diario. Aquí no se fue o se será, se es; sólo los pocos que entienden esto, logran alcanzar un envejecimiento digno.

El viento soplaba del sur, así que pudimos varar en el lado más cercano de la playa. Ayudé a Teto a subir la tortuga sobre sus espaldas y, tomando mi bolsa de viaje, nos fuimos hacia la cabaña de don Antonio. Al llegar, don Antonio y doña Victoria, que estaban almorzando, se levantaron para recibirme. Se alegraron mucho al verme

y, luego de convidarme el infaltable vaso de mezcal, me obligaron a repetir a grandes rasgos la experiencia vivida después de mi partida de Playa Tortuga y la trágica pérdida de Cathy.

—No te lo quise decir antes —comentó intrigante don Antonio—, pero desde el día aquel que conocimos a la muchacha, yo ya sabía que estaba llamada por San Pedro.

—¿Cómo es eso? —pregunté sorprendido.

—¿Te acuerdas que estuviste un rato platicando con ella debajo del huanacaxtle?

—Sí, ¿y qué?

—Pues mientras ustedes platicaban yo vi justo encima de su cabeza un chuparrosa rojinegro.

—¿Y qué tiene de extraordinario eso?

—Según la gente de antes, siempre que a alguien se le para encima uno de esos pajaritos es que está llamado para irse pronto al otro lado.

—¿Y no puede ser que uno vea a uno de esos colibríes sin que pase nada?

—No, nunca. Yo sólo lo he visto dos veces en mi vida: una dos días antes de que mataran a mi tío, y la otra cuando apareció esa muchacha. Ni modo, a todos nos tendrá que llegar algún día.

Teto mató a la tortuga de una certera puñalada bajo la aleta izquierda. Con una rapidez inusitada le desprendió la armadura pectoral sin que el animal dejara de aletear con violencia.

—Se ve que tienes práctica —le dije impresionado por tanta destreza— ¿Cuántas habrás sacrificado?

—¡Újule, quién sabe! Capaz que un par de cientos.

Al tiempo que me respondía, le desprendió las cuatro aletas y se las entregó a doña Victoria para que las preparara.

—¿Cómo las hago? —le preguntó ésta a don Antonio.

—Ahí nomás, entomatadas, ¿o cómo prefieres tú, Eugenio?

—De cualquier manera es deliciosa —contesté.

Finalizado el sacrificio, nos sentamos en amigable plática. Don Antonio hizo venir su misteriosa botellita y ¡salud! por la

amistad y los que quedamos para celebrarla. Miré a don Antonio medio confuso, y éste, dándose cuenta de mi confusión, se aprestó a aclararla.

—¿No te había dicho que don Ramón se fue, verdad?

—No, nada —repuse sorprendido.

—Pues partió apenitas detrás de ti.

—¿A México?

—No, a la montaña.

—¿A qué lugar?

—A un refugio que tiene en la Chinantla.

—¿Y dónde demonios queda eso?

—Pues por allá, en los linderos de Veracruz con Oaxaca.

—Creo que me está usted choteando...

—¿No me crees? Pregúntale a mi mujer.

—¿Y qué busca por allá?

—El encuentro con lo mágico.

—Qué raro, nunca me platicó de eso.

—Así es ese hombre, debe tener nahual de águila porque siempre anda encumbrado.

La noticia de la partida de don Ramón me sumió, al principio, en un total decaimiento. Quedé por momentos al margen de la plática oyendo como, en un mundo distante e incomprendido, don Antonio y Teto articulaban unos sonidos imprecisos. Pensé que de nuevo la rueda del destino se me venía encima y que el mismo trópico, que tanto me había dado, me negaba ahora, en momentos tan cruciales, su querencia. Todo lo entrañable se alejaba de mí, dejándome solo y desgarrado en un abismo vital que me condenaba a autodestruirme especulativamente. ¿De qué valía hacer y conocer cuando la vida se convertía en un tormento?

—¡Qué pasó, Eugenio! No te dejes vencer por el sentimiento —expresó don Antonio tratando de desempozarme anímicamente—. Ten, échate un trago, el mezcal funde hasta las más correosas penas.

Comenzó a darse temple mi cuerpo con el mezcal y un sinfín de emplumadas visiones inundó de vida mi memoria:

—Oiga, don Ramón, ¿dónde residiría la determinación de ese todo armonioso del que habla?

—¿Cuál de todos los todos armoniosos?

—No se haga bolas, ya sabe a qué me refiero.

—No importa realmente el dónde, lo fundamental es evitar la eternización de cualquiera de las determinaciones.

—¡Carajo, para mí sí es importante saber dónde residiría la determinación del todo!

—No veo cuál es la razón de esa importancia.

—¿Qué no la ve? Para usted es muy fácil hablar de Grecia, Roma, España y el Anáhuac como un todo; pero para mí Grecia, Roma y España no dejan de ser lo otro, la dinámica silenciadora de lo propio...

—Joder, otra vez con lo extraño y lo propio. ¿Dónde coño está esa línea todopoderosa y dualizante que haga que lo paradisiaco y lo barbárico, lo mágico y lo bélico, lo festivo y lo ritual; en fin, que Tezcatlipoca y Quetzalcóatl en lugar de ser un todo inagotable se enfrenten en una oposición que condena a cada una de sus partes al fracaso? ¿Por qué no tornar más bien la oposición hacia fuera y ver la dinámica beligerante como un enfrentamiento entre sajones-gringos y grecolatinos-indoamericanos?

—¿Otro traguito? —irrumpió bruscamente don Antonio.

—¡Salud!

—¡Qué sabéis vosotros mocosos de mierda lo que significa una verdadera patria! Sí, es muy fácil decir ahora que la Conquista fue obra de bárbaros y que con ella llegó la decadencia, el fanatismo y todos los males. Pero qué sabéis vosotros del temple de aquellos hombres, si de la teta materna pasasteis a los afeminados claustros universitarios. Sí, claro, la Guerra Civil es una prueba más de la incorregible barbarie hispánica. Sí, seguro que hasta vergüenza te da decir que eres español. ¿Quéé́é? Sí señor, hijo y nieto de gachupines, ¡mírate la cara en el espejo, mamarracho! ¿Hay allí alguna huella de

Cuauhtémoc y Nezahualcóyotl? ¡Qué Quetzalcóatl ni qué carajos! Anda ve, realiza tu parricidio, mata lo que de occidentalidad hay en ti. Aquí te espero, sé que tarde o temprano vendrás y me dirás: "¡Padre, tenías razón, el legado de Occidente es imborrable!".

—¡No se me achicopale, mi Eugenio, éntrele con ganas a la quemazón vital!

—¡Salud!

¿México quetzalcoátlico o tezcatlipóquico, paradisiaco o bárbaro?

—¿Entonces ese hombre vino a México a trabarse con el mezcal?

—No exactamente.

—Pues a lo largo de todo el libro está pedo.

—Sí, pero es una borrachera existencialiteraria.

—¿Y las que agarran los ñeros aquí qué son?

—¡De la chingada!

—Pues no me caía mal ese cónsul, es una pena que al final se haya dejado apendejar.

—Por lo menos no odiaba a México.

—¿Es que hay quien odie a México?

—Con premeditación, alevosía y ventaja.

—A esos hay que chingarlos, ¿son gringos?

—Pues de los dos peores que conozco, uno James Cain sí era gringo; el otro Max Frisch creo que suizo...

—Pura mierda, ¿y por qué no les gustará nuestro México?

—Pocos son los que alcanzan el goce de los excesos.

—¿País de excesos?

—¿Y tú qué piensas Cathy?

—En verdad que estaban en lo cierto quienes me decían que México era la otra cara de los Estados Unidos.

—No la otra cara, sino su negación.

—Como sea, aquí lo normal es lo impredecible, lo mágico; en los Estados Unidos el pragmatismo y el determinismo nos han encadenado al yugo tecnoeconómico.

—Sí, hay que aprender a renacer y morir en cada instante.

—Lo único que me disgusta de México es la monstruosa suciedad y el embrutecimiento alcohólico de los indígenas.

—Ambas lacras españolas.

—Caray, qué curiosos sois los mexicanos, todo lo bueno está adentro y la raíz de todos los males viene de afuera.

—Tal vez eso sea también herencia española, ¿o acaso se alabaron en España las aportaciones de moros y judíos?

—¿Qué tanto remueves mi estimado?

—Nada Teto, nada recuperable...

—¿Otro traguito?

—El verdadero problema del ser actual del mexicano es la dinámica autocastigante que heredó de conquistadores y conquistados.

—No entiendo nada.

—Sí, hombre. Tanto los españoles como los aztecas eran pueblos que venían de avasallar a otros pueblos, guiados enceguecidamente por el más recalcitrante fanatismo religioso.

—¿Y... ?

—Pues de ahí precisamente viene el espíritu de autosacrificio, como renuncia mítico-mística a un presente que el hombre no puede dominar.

—¿Entonces?

—Todo queda en manos de los dioses. No olvides que somos el resultado de una fusión de dos pueblos elegidos. Uno, para consolidar el imperio sangriento del sol; el otro, para someter el mundo infiel al dominio y protección de un dios colérico y celoso.

—Ya conocimos el imperio de la magia y la religión y apenas sobrevivimos sus excesos. No nos queda más que apostarle todo al dominio de la ciencia.

—¡El arte, la alternativa artística, todo en esa dirección!

—¿Sin superar la magia y la religión?

—El arte todo lo puede: los sacrificios humanos son *happenings*; las procesiones rituales son eventos colectivos; la Inquisición

es un ejemplo de arte desquiciante; y las guerras floridas deporte artístico...

—Vamos a comer algo, Eugenio. Tu mirada ya no encuentra asidero. ¡Vieja!

Reparé entonces en el mundo circundante, ¿cuánto tiempo había transcurrido?, y vi a doña Victoria viniendo hacia mí con un humeante plato de explosivo colorido entre sus manos.

—Se lo hice especial, don Eugenio. Este molito es su bienvenida.

¡Mierda! Las palabras de esa mujer fueron como un machetazo que descoyuntó toda mi existencia. Maldita sea, estaba solo en el mundo, completamente incompartido y esta mujer venía y de golpe me ofrecía todo lo que el mundo no me ¿quería, podía, sabía dar? ¡Qué bello se oía eso de don Eugenio! De súbito se ahuyentaban las dudas y todas las búsquedas irresolubles desaparecían para siempre en un pasado especulativo. Sí, no tenía ni hermanos, ni padres, ya ni amigos, ni siquiera había podido el destino mantenerme una compañera durable.

—Es el pedo, Eugenio. Te está poniendo tiernito —dijo riéndose don Antonio.

—No, de veras, doña Victoria. Ha sido un regalo que nunca olvidaré...

¡Ah!, ese picor esencializado de los chiles.

—¿Cuántos tipos de picante le echó, doña Victoria?

—Cinco, don Eugenio.

Y el sabor atrapante de la nuez, la almendra y el cacahuate. Y esas semillas finamente pulverizadas que nos hacen considerar el chocolate como un alimento merecedor de dioses. ¡Y la tortuga!

—Ah, Eugenio, se me olvidaba. Antes de que te pongas más buzo y te dé por ahogarte en ese marasmo que traes, te voy a dar un encargo de don Ramón. Me dijo: "Mira Antonio ahí se lo das a Eugenio cuando venga, si es que viene antes de que se cumpla un mes, si no déjalo ahí hasta que yo regrese".

Tomé el enorme sobre amarillo y leí el mensaje manuscrito:

No importa a dónde vayamos,
siempre sobrará tiempo para llegar.
Bienvenido nuevamente.

Abrí extrañado el sobre y vi que al lado de un montoncito de hojas fotocopiadas había una pequeña carta. Rompí el sobre y...

—Me vas a perdonar, estimado Eugenio, ¿tanto querrás a don Ramón que hasta te ha hecho olvidar el molito?

Guardé sonriente el sobre y ¡salud!, fue ahora la fuerza de la sangre solar, la abrasante sinceridad del trópico, lo que me hizo hundir las sedientas raíces vitales en la tierra y regarlas con la pasión acumulada en el enfrentamiento cotidiano con la Historia. Aquí en el trópico, como en ningún otro lado, se sentía la pervivencia de la dinámica náhuatl: nada venía dado de manera gratuita, nada podía, al final de un camino mal andado, obtenerse por conmiseración o indulgencia. Aquí todo era un reto constante, un incesante sacrificio a las implacables determinaciones del momento. Un mundo sin memoria; una síntesis extrema de dulzura y salobridad, felicidad y dolor, grandeza y descendimiento...

—Aquí cuando hay más vale entrarle y duro, ¿otro poco?

¿Y qué ocurriría si el destino se mantuviera gozoso por mucho tiempo o, por el contrario, que el retorcimiento del curso de los años fuera largo e insufrible? Con seguridad nos echaríamos a perder. Se torcería el rumbo. Habría que iniciar de nuevo, tal vez en otro lugar, la cuenta de los días. ¿El antimétodo como método? Don Ramón decía que era el peor de los métodos posibles. Pero aquí el mejor método sólo podía ser el que lograra abarcar por momentos los extremos. Había que aprender del venado, del puma, de los tiburones...

—Pues sí, ayer cumplió el mes desde que te fuiste —dijo don Antonio ensopando su tortilla en los últimos vestigios del delicioso mole—. No creo yo que tu pierna te permita ir a campear por un tiempo.

—Deje usted la pierna, el problema es el oído, que desde que se reventó no oigo nada del lado izquierdo.

—De plano te fue como en feria.

—Peor que en feria, tío —intervino Teto—, un poco más y hasta su dormitorio le chingan.

Al decir esto, volteé hacia el lugar que debía ocupar mi hamaca, y me encontré con un conjunto deshilachado de cuerdas entre las que se enredaban dos chamacos.

—Ya ves —añadió don Antonio sonriendo—, aquí está por demás encargar las cosas; jamás hay que desprenderse de ellas, pues en un respiro el tiempo te las quita. A ver Toño —le dijo al chamaco más grande—, mañana mismo se me van temprano a Santa Cruz a comprar una hamaca igual a la que chingaron, y ya verán ustedes de dónde sacan el dinero.

Al oír lo dicho por don Antonio, los muchachitos salieron disparados de lo que quedaba de la hamaca y esta actitud me llenó de un inusitado gozo.

—Toñito ven acá —grité.

—Anda, obedece —le dijo doña Victoria.

—Toma —le dije cuando ya estaba al alcance del brazo—, aquí está el dinero. Nada más procura que sea roja, ¿está bien?

Se limitó a recoger los billetes y asentir con la cabeza.

—Así que ni cacería ni pesca, pues puros libros —dijo don Antonio volviendo al tema de mis infortunios.

—No hay de otra.

—Pues porque quiere —terció Teto—, ahí está la lancha para ir a pescar cuando se le ofrezca.

—Gracias, Teto.

—No, derecho, ¿qué tal si paso a buscarte pasado mañana para ir al tiburón aboyado?

Miré enmezcaladamente a Teto y el brillo intenso de sus negros ojos y el cuidado bigote que le daba un aire de gravedad a ese rostro joven, pero curtido, me hicieron inventar la imagen de un Zapata costeño y extrovertido.

—Está bien —me oí decir.

—¡Salud!

—¡Salucita!

—¡Por esta chinga sabrosa que es la vida! ¿O no?

No recuerdo ya lo que pasó, de qué platicamos, cuánto tiempo seguimos bebiendo. Sólo me acuerdo que cuando don Antonio me ayudó a meterme en su hamaca, lo único que acerté a medio decir fue c-u-i-d-a-d... La explosión vomitiva reventó en todas las direcciones, inundando de mole el sistema planetario que me rodeaba. Estuve un largo rato resoplando como ballena y poco a poco la oscuridad del entorno me fue tragando hasta dejarme reposante en un lecho dulce y antigravitacional.

Al día siguiente me levanté espartanamente con el sol y me lancé impetuoso a recorrer la playa. Al primer encarreramiento la pierna se resintió un poco, después fue la cabeza por efecto de la cruda espantosa, enseguida la resequedad de la boca y la garganta; por fin, el calor del ejercicio fundió la negatividad energética acumulada y comencé a sentirme mucho mejor. Me di un baño, tomando las necesarias precauciones para no mojar el oído izquierdo, y me fui a desayunar.

Una vez concluido el desayuno, tomé uno de los libros que había traído de México, *La guerra en la historia europea* de Michael Howard, y me dispuse a leerlo con toda la calma del mundo. Lo abrí y apenas estaba iniciando el prefacio cuando me voy acordando del sobre amarillo de don Ramón. Lo busqué entre mis cosas y no aparecía por ningún lado. Por fin doña Victoria, al verme tan atareado, vino y me dijo si buscaba aquel sobre.

—Sí, ése.

—Ah, pues estaba tirado debajo de la mesa, por eso lo levanté y lo guardé.

—Gracias doña Victoria.

Me fui a la mesa y ahora sí le llegué a fondo:

"Eugenio, los papeles que te adjunto son una adaptación rápida y apretada de una tradición costeña zapoteca que me transmitió An-

tonio hace algunos años. En aquel entonces estaba yo muy lastimado por lo de mi mujer, de ahí que el modo de la transcripción tenga la forma de un anacrónico clasicismo. Algo así como dejar entender que el ofrendamiento huitzilopóchtlico de rebosantes corazones era no sólo inevitable sino ritualmente esplendoroso (recuerda al bárbaro Rivera). Léelo con calma y fíjate muy bien en el manejo velado del espaciotiempo. Hay allí toda una filosofía de la vida que, a mi entender, el trópico actual desmerece por completo.

Un día te dije algo referente a un punto de vista distinto al tuyo, ¿te acuerdas? En el siglo VIII antes de Cristo salieron del norte de África unas expediciones que tenían por fin descubrir y colonizar el mundo que estaba más allá de las Columnas de Hércules, mencionadas en el *Critias* de Platón. Estas expediciones estaban formadas por enormes barcos, como nunca antes habían sido vistos, y llevaban a bordo todo lo indispensable para perpetuar su existencia en cualquier lugar.

En el sur de España vivía por ese entonces una comunidad que atravesaba la última fase de la Segunda Edad de Bronce y que tenían un prodigioso conocimiento de la astronomía y la navegación. Estos individuos, que luego fundarían la próspera ciudad de Tarteso, por vivir de cara al mar, no le daban mayor importancia a la rueda y, por lo demás, aún no habían desplazado el uso del bronce en sus instrumentos, armas y utensilios.

Pues bien, una de aquellas naves expedicionarias que llevaban a los tartesos como astrónomos y pilotos, se perdió de las demás que subían frente a las costas de Portugal por efectos de una tormenta y, tomando la corriente del golfo, llegó al Pánuco. Lee la respuesta de los ancianos nahuas a los doce frailes... Lo demás ya lo sabes. Toda la tradición quetzalcoátlica procede de los olmecas. Lo tezcatlipóquico y lo huitzilopóchtlico vinieron después, en dos distintas migraciones norteñas.

En fin, Eugenio, ponte al tanto para cuando regrese, que será en un par de semanas a partir de la fecha límite en que se cumpla el

mes. En el sobre hay una llave, es la de mi cabaña. En cuanto llegue tenemos mucho que discutir.

Un abrazo: Ramón"

No cabía duda de que este viejo gallego estaba loco. Pero su locura era lúcida y sana; un sacudimiento disciplinario que no menoscababa la necesidad esencial que tiene todo hombre de sentirse libre de hacer lo que le venga en gana. Don Antonio solía decir: "Perro que busca encuentra, malo sea su chingadazo". Don Ramón no negaba la búsqueda, por eso estaba en el trópico (bueno, ahora, ¿en la montaña?), pero exigía la mayor cantidad de medios a su alcance y jamás bajaba la guardia. Tal era el instrumental metodológico de don Ramón San Isidro de Breogán. Quizá una segundidad como escritor, sin duda un gran hombre.

Esa misma tarde subí al refugio de don Ramón, abrí la puerta y entré en el sagrado recinto que en tierras indianas había erigido para su culta gozación el muy esforzado descendiente de Breogán.

—¿Sabes que la clase gobernante entre los celtas era rubia?

—¿Qué, también ellos eran racistas?

—No, te hablo con la verdad, los celtas de cabello oscuro y ojos castaños eran carne de batalla. Por eso yo creo, que más que de la parte baja de los de arriba vendría a ser de la parte alta de los de abajo.

Lo primero que percibí fueron los dos caparazones de tortuga que se encontraban frente a la puerta. ¿Hasta dónde llegaría la raíz del sacrificio de la tortuga? Tendría que preguntarle a don Ramón en cuanto llegara, quién le daría la puñalada a la tortuga. Bueno, podría ser Teto o alguien semejante. ¿Concebía acaso don Ramón la vida como un sacrificio? No como un sacrificio, sino tal vez como una ofrendación, una entrega ritual a lo inescrutable.

No sé por qué me llamó la atención un pequeño estuche de piel de venado que se encontraba en una empolvada repisa. Le quité el cierre

y me produjo cierta extrañeza el hecho de que contuviera *cassettes*. Eché un rápido vistazo al conjunto y leí todavía más extrañado: Paul Winter, Paul Horn, Michel Jarre, Isao Tomita y, una expresión que decidió mi curiosidad a su favor: *Catarsis*. Sacudí un poco el polvo que se había acumulado sobre el espléndido Sanyo cuadrafónico; metí la cinta y, luego de la silenciosa introducción corpuscular, se llenó el ambiente de una absorbente sensación de intemporalidad que me conducía a un mundo que desde los años neblinosos de la infancia se había configurado como la representación del querer que no se puede. Las voces, en un crescendo mareántico, se desplazaban por toda la estancia fundiéndose con el increíble mundo conservado amorosamente en espera de resurrección. Fue entonces, y por primera vez, que sentí la fuerza misteriosa de los cuadros. ¡Qué diálogo con la oceanidad! ¡Qué forma de atrapar la poderosa manifestación del trópico! Era algo muy próximo a la interiorización cósmica de Remedios Varo, con la diferencia de que en estas pinturas todo se refería a un mundo rebosante de naturalidad que se separaba en lo esencial del manierismo renacentista que había cautivado a la Varo. Los coros ¿montserratianos? resonaban ahora por doquier sublimando un rayo de luz que el declinante Tonatiuh introducía furtivamente para mi regocijo. Inspiré profundo para atrapar toda la pulsión energizante del momento y sentí que frente a mí, y tras los vidrios que los separaban del devorador presente, se encontraba un universo florido que se me ofrecía como premio por haber soportado, sin desfallecer, tanta dolencia. Me acerqué a los armarios y comprobé con estupor que las dos enormes vitrinas se hallaban clausuradas por unos candados de bronce del año de la pera, y que se abrían mediante una combinación serial de cuatro letras. ¿Pero cuáles había elegido el viejo gallego para guardar su entrañable tesoro? Pensé en un principio que cada candado tendría su propia clave. Estuve especulando un breve rato hasta que llegué a la sospecha de que la mentalidad sintética del viejo gallego no podría más que haber tomado las dos combinaciones como un todo, ¿pero cuál? Me fui al centro de la estancia y me tendí

sobre el petate, dejando ir mi mente tras la fluencia metamúndica de los cantos. Tenía que ser una palabra de ocho letras, cuatro para cada clave. Pensé en bibliotec... No, se pasaba; librería, podía ser, aunque probablemente al viejo no le gustara esa connotación comercial. Me levanté dispuesto a intentarlo. Tomé el primer candado, coloqué las cuatro primeras letras, tiré y ¡se abrió! Me sentí poseído por una absurda euforia triunfal y me fui hacia el otro candado: coloqué las cuatro restantes letras, tiré ¡y nada! Mierda, de golpe todo se había venido abajo. Bueno, por lo menos había logrado abrir uno de los libreros y con los libros que allí había tendría más que suficiente. Uno de los l-i-b-r-e-r-o-s me repetí mentalmente. Pues claro, cómo no se me había ocurrido. Puse las cuatro últimas letras en posición, tiré y se abrió. ¡Todo a mi disposición!

Dejé que mi vista saboreara tanto manjar acumulado. En casa de algunos amigos de mi padre había visto unas bibliotecas enormes, por no decir gigantescas, ¿efectos de la edad? Pero jamás, en ningún lugar, público o privado, había experimentado la sensación de lleno total, de completitud existencial, que la visión de esta biblioteca me inspiraba, ¿efectos de la magicizante espaciotemporalidad del trópico? Y sin intención consciente, cual bolita saltarina de una ruleta, mis ojos se pararon en un pequeño libro que tenía en la parte inferior el sello del Fondo de Cultura Económica. Doblé la cabeza y leí *Historia de la literatura griega* de C. M. Bowra. Vaya, me dije con inocultable alegría, por fin te atrapo. Y es que la obrita en cuestión, que un viejo paisano de mi padre había prendido de manera imborrable en mi adolescente memoria, al ponerla como ejemplo de lo que es una buena síntesis histórica y una espléndida traducción enriquecedora (de Alfonso Reyes, nada menos), se me había escapado, ("Se acaba de agotar, pero ya está en prensa otra edición", me decían), un par de veces en que el conocimiento del mundo griego se me había impuesto como obligación. Ahora era diferente. Además, acabando de leer la *Paideia* de Jaeger, sería muy interesante contrastar la visión metódica y precisa del germano con la de este reconocido divulgador oxfordiano.

Durante el día casi no salía de la cabaña de don Ramón. El oído no me permitía gozar la nadada, la pierna aún se resentía postergando todo deseo campeante, y la verdad que estaba muy a gusto repartiendo el tiempo entre la literatura y la escritura. Ahora, que tenía que rehacer las vicisitudes de la relación con Cathy, me parecía que todo lo sucedido no había sido más que una pesada indigestión literaria. Resultaba en verdad anonadante comprobar como todo un sólido encadenamiento experiencial desaparecía fugaz tras la meditada esencialización literaria. Ahí estaba el desgarramiento trágico del animal racionalizador: lo referido estaba condenado a carecer de la fuerza esencial de lo vivido. ¿Mas podría existir una búsqueda sin referencia? En definitiva había que lograr que la autosuficiencia referencial y la cruda vivencialidad se fundieran en un todo enriquecedor de las partes. Búsqueda y no huida, confrontación vital y no una mera invención abstracta. Pero entonces, ¿cómo valorar los sucesos que aun estando en apariencia insertos en una palpitante vivencia, no dejaban de ser el resultado de un caprichoso devenir mental? ¿Y si todo lo que decía que estaba en realidad sucediendo no fuera más que la invención de una conciencia deseante?

Y una vez más arribaba al islote mental en el que encontraban salvación momentánea los restos del naufragio especulativo. Sí, tal vez el problema residía en confundir la raíz de la *speculatio*, en hacer un todo indiferenciado con lo reflejante y lo reflejado. Y llevando la dinámica a su originario fundamento, la determinación de lo diverso aparecía inclinada en favor de la vivencia: lo reflejante puede existir de modo unívoco, sin necesidad de reproducirse-afirmándose en lo otro; pero lo reflejado sólo es tal en cuanto prolongación de la dinámica reflejante, no puede existir más que como repetición de la preexistencia que lo fundamenta. ¿Pero puede acaso hablarse de reflexión si lo reflejante no se exterioriza ante sí mismo como un otro?

Teto llegó varios días después de la fecha que me había dado. Estaba yo en el refugio de don Ramón, metido de lleno con un libro relegado sin justificación entre los encargados de fijar el destino estético del nuevo México. Era el *Arte antiguo de México* del ilustre discípulo de Worringer, Paul Westheim.

—¡Don Eugenio! —oí que me llamaban.

Miré sorprendido hacia la puerta y vi la imagen titubeante de Toñito.

—Que dice mi papá que baje.

—¿Qué pasó?

—Que lo busca Teto.

—¡Ah!, ¿vino Teto por fin?

Asintió con la cabeza.

—Está bien, ya bajo.

Guardé todo y me fui tranquilo pensando en lo rara que era le gente del trópico. ¿Rara? Más bien impredecible para una óptica occidentalizada. ¿Seguiría mi mente todavía bajo el imperio del *logos* y del *cogito*? Ahí estaba la prueba: las sorpresas seguían manifestándose.

—¿Qué pasó, don Antonio?

—Apúrale que les gana la noche.

—¿Y Teto?

—Córrele, allá está en la playa...

—Ah bueno, nos vemos entonces...

—¡Espera!

—¿Eh?

—Vieja, pásale su chamarra que está ahí colgada. Esa. Anda llévatela, la noche marina es traidora.

—Nos vemos.

—Suerte.

—Vámonos, que se nos hace tarde —dijo Teto sin darme tiempo ni siquiera de saludarlo.

—Pues a qué horas, mi estimado —respondí con intención crítica.

Teto o no oyó o no quiso oír, pues se limitó a gritarle al pescador que venía con él que fuera por la lancha y la trajera. Se tiró el aludido al agua y nadó unos cuantos metros hasta la lancha; levantó el ancla, jaló del motor y se acercó hacia un Teto ya excusante.

—Es que verdad de Dios que no pude venir. Está la plebe alborotada, tuvimos que hacer una junta de emergencia. Aquí mi tío juega para mero gallo. ¡Vámonos! —exclamó tomando el control del timón de manos del pescador.

Salimos a toda máquina rumbo a ese corte espacial que ubica la terminación del horizonte marino en un hipotético infinito.

En el camino, y ya con la monótona orquestación del ronroneo invariable de la máquina, comencé a pensar en la libertad indomable de esta gente. No respetaban tiempos, ni compromisos, ni propiedades. ¡Pácatelas! De golpe todo cambiaba y llegaban con una urgencia metaeinsteiniana; con un vigor y unas exigencias que hacían mirar con sorprendencia la decisión histórica de espartanos y prusianos. Pero así era el trópico: antiparisino, metamadridiano, ultraneoyorkino, translondinense. ¡El imperio del sol! Que requería de una puesta a punto incesante para no ser devorado por el fuego. ¿O sería tal vez conveniente recuperar la apasionante entrega del bubosito Nanahuatzin? No te confíes ni temas, respeta, parecían decir las voces de don Ramón y don Antonio.

Pronto la lejanía engulló a las playas y comenzamos a tener por única referencia las impresionantes montañas de la Sierra Madre. Vi que Teto volvía por momentos la cabeza buscando algo, hasta que pareció encontrar la referencia de su gusto, pues enfiló con decisión hacia afuera.

—¡Tira los curricanes! —le gritó al que nos acompañaba—. Hay un chingamadral de atún.

—¿Atún? —inquirí con descreimiento.

—Mira allí, adelante, ¿no los ves saltar y comer?

—Ah, cierto, ya los veo.

—Sí, están arrimando porque enfrió el agua, es esa corriente que llaman de Umbol, ¿así le dicen, no?

De repente y sin buscarlo, el comportamiento de Teto me abría otra clave: lo que hacía que esta gente pudiera vivir allí y conservarse tan natural y plena era el prescindir de todos los conocimientos superfluos que ahogaban al pobre animal urbano. Tal vez tuviera razón el viejo gallego al decir que la causa del desconcierto imperante estaba en los excesos viciantes. Todo lo que había que hacer entonces era una sabia recapitulación de lo andado. ¿Llevar la lucha a los dominios de la Historia? Sentí que el mundo se detenía de golpe obligándome a un esfuerzo descomunal.

—¡Aguántalo! —me gritó Teto.

Se le prendió entonces otro pescado en el segundo curricán y vi, entre asombrado y encabronado, cómo el curtido pescador jalaba la cuerda reduciendo con rapidez la distancia entre el pescado y la lancha. Al ver que ese hombre, físicamente menos dotado que yo, tiraba de la cuerda con tanta soltura, me desbordó la desesperación y al tratar de dar con todas mis fuerzas un tirón frontal, caí hacia atrás encima del trasmallo. Se me fue de forma aparatosa la cuerda de las manos y Teto, que estaba celebrando mi torpeza con ruidosas carcajadas, la agarró en el aire y sin dejar el timón comenzó a recobrar la pieza con una sola mano. Me incorporé de nuevo y Teto me dijo que mantuviera un momento el rumbo mientras él me indicaba la manera en que había que proceder para evitar lo que a mí me había pasado. Se puso de pie y comenzó a jalar la cuerda en un movimiento alternativo y diagonal con las palmas de ambas manos agarrando la cuerda hacia afuera. Ciertamente, yo ya había ido a curricanear barriletes un par de veces en Puerto Ángel, pero todo parecía indicar que aquella lejana experiencia no me había dejado aprendizaje alguno.

El atún que había agarrado el otro pescador no alcanzaba los cinco kilos, pero el que a mí me venció pasaba de los diez.

—Buen ejemplar —dijo Teto recuperando el control de la lancha.

El segundo atún, más chico, no me dio tanta pelea y me permitió comprobar la efectividad del modo de jalar que me acababa de mostrar Teto. Al quinto atún, las manos comenzaron a ampollárseme y no pude ocultar la satisfacción cuando Teto le preguntó al otro pescador:

—¿Cuántos van, Juan?

—Doce —respondió el tal Juan después de una rápida mirada.

—Está bien, recojan los curricanes. Estos los vamos a poner de carnada en el trasmallo. Y si en la noche no agarramos nada, pues le caemos a los atunes tempranito, al cabo no se van a ir, apenitas están arrimando.

Un cuarto de hora después, ya anocheciendo, Teto dijo que allí nos quedábamos. De modo que soltamos el trasmallo atándole aquí y allá suculentos trozos de atún; y ya cuando estuvo todo el trasmallo en el agua, Teto amarró el extremo de la cuerda a un banco de la lancha y le dijo a Juan que tomara la primera guardia, que estaba muy cansado y que necesitaba reponerse.

Pronto se dejó sentir la brisa marina y entre la imagen de Juan sentado impasible en la parte delantera de la lancha y la de Teto echado sobre un petate, decidí en favor de la actitud del último. Me puse la chamarra, estiré un petate en el compartimiento central y me recosté pensando agradecido en el detalle de don Antonio al recordarme la necesidad de la chamarra.

El mar estaba bastante tranquilo y el ligero bailoteo de la lancha, lejos de resultar desagradable, era como una especie de arrullamiento placentario. Reviví, ya sin remordimiento alguno, el percance del primer atún, y con la repetición coleante de las imágenes se me vino al recuerdo un hecho que, cuando me lo comunicó don Ramón, me había sumido en un profundo abatimiento: "Sí, de verdad, ningún pez de la familia de los túnidos puede jamás dejar de estar en movimiento pues se irían derechos al fondo; nadar y devorar para luego ser devorados, esa es su dinámica inevitable". Ahora, y acrecentada la sensación de tan espeluznante destino al llevarla al dominio de lo humano, pen-

saba que en realidad toda mi vida había sido una atúnica búsqueda carente de resultados. ¿Podría seguir así por mucho tiempo? ¿Dónde estaría el fatídico curricán o la tiburónica mandíbula que culminaría de una vez con mi errancia interminable? Enseguida recordé el texto que me había dejado a leer don Ramón y, no sin cierto desconsuelo visceral, tuve que reconocer que la recreación espaciotemporal de la tortuga era algo que iba más allá de mi potencialidad cambiante. No, definitivamente no era ni podría jamás ser un hombre tortuga, mi sino era otro. Pero cabría tal vez la posibilidad de ubicarse a medio camino entre el atún y la tortuga, ¿y cuál sería ese hipotético punto medio?, ¿el equivalente artístico entre la ciencia y la magia?

Sumido en las abismaciones deslumbrantes del trópico, no me di cuenta de que una oscura presencia me sacudía con fuerza.

—¿Qué pasa?

—¡Vámonos! ¡Ese hijo de la chingada nos va a dar en la madre!

Me volteé con rapidez y la imagen que ocupaba antes un preocupado pescador al mando de su empequeñecida nave, se llenó ahora con el oscuro acercamiento de una objetividad desplazadora de más de cincuenta mil toneladas. Apenas tuvimos tiempo para alejarnos a una distancia prudente de la ruta del buque tanque. Cuando pasó ante la diminuta lancha, se me ocurrió que si Melville hubiera visto esto, su *Moby Dick* no habría pasado de ser una mera caricatura. ¡Y pensar que los había de más de doscientas cincuenta mil toneladas!

—Vamos a recoger de una vez —expresó Teto—, debe estar todo el trasmallo enredado. Además se ve que no trae arrastre, a la de buenas y sacamos dos tiburoncitos.

Recogimos el enredado trasmallo con dos tiburones voladores y una cornuda.

—Ni modo —se lamentó Teto—, vamos a darle al atún.

Y fue entonces cuando de veras comprendí la tajante diferencia entre el mar como gozación y el mar como sufrimiento. Con el décimo atún, las manos comenzaron a sangrarme y tuve que ceder mi cuerda a un Teto sonriente.

—¿Jalan recio los atuncitos, mi estimado? Así es esta chingadera, la próxima vez procura traer unos guantes.

Sacamos en total treinta y cinco atunes. Me dejaron en Playa Tortuga con cinco de los más grandes; y, al decirme Teto "Un día de estos vuelvo a pasar para darle otro llegue", miré hacia la oceánica lejanía y me dije que pasaría mucho tiempo antes de que mi relación con el mar recobrara su antigua querencia.

Llegué a la cabaña y doña Victoria me comunicó que don Antonio había ido a buscar un tercio de leña. Me arrojé rendido en la hamaca y lo único que acerté a decir, antes de que se apagara el mundo exterior, fue que trajeran los atunes que estaban en la playa.

Dormí de un tirón, hasta que un bullicio inusual me despertó con un salobre sabor de boca que me hacía sentir naufragado en un mundo sin recuerdo. Poco a poco se definió el entorno, hasta detenerse mi visión ante una mesa sobremanera concurrida y en la que la presencia de don Antonio era central.

—¿Duro el aboyado, eh? —me interpeló ante la sonriente expectación de la concurrencia.

—Casi nos llevan a Salina Cruz —dije rememorando la impresionante aparición del petrolero.

—Así es esta chingadera, hay que andar muy aguzado.

Me levanté y, con permiso, les dije que me iba a dar un baño.

—¡Cuidado con el oído! —me choteó don Antonio al alejarme.

Estuve en la playa un buen rato. El sol indicaba ya que el mediodía había quedado atrás y me tendí boca arriba dejando que mi imaginación fluctuara con el susurro de las olas. Al regresar, la reunión estaba en su punto culminante y don Antonio hablaba sopesando cada una de sus palabras:

—Pues ni modo, si el gobernador quiere echarnos a la brava, a la brava lo vamos a esperar. Al cabo todos los huatulqueños estamos unidos: con nosotros todo, sin nosotros la guerra. ¿O qué piensan ustedes?

Se oyó un estruendo aprobatorio, que culminó al anunciar con

un saludo mi regreso circunstancial. Pasé entre ellos y me acerqué tanteante a la cocina.

—¿Quiere comer algo? —me preguntó doña Victoria, siempre solícita y educada.

—Pues la verdad, sí, tengo bastante hambre.

Me senté en una esquina y, mientras saboreaba la exquisitez de los trozos de atún fritos, volví a oír la voz encumbrada de don Antonio.

—Pues sí, acepto gustoso el cargo de agente; pero, como les venía diciendo, tengo que consultarlo con mi patrón que ya está por regresar.

—¿Cuánto sería la tardanza? —interrogó uno de los más viejos.

—Pues quién sabe, compadre. Pero no creo que dilate más de un par de semanas. ¿Te dijo a ti algo en la carta que te di, Eugenio?

—¿Qué?

—Que si sabes cuándo regresa don Ramón.

—Parece ser que la próxima semana —respondí haciéndome el ajeno.

—Entonces en eso quedamos —prosiguió ceremonioso don Antonio—. El sábado nos vamos a Huatulco para ultimar lo del frente unido; y lo demás ni para que moverle ahora, sea quien sea el agente lo importante es que todo se resuelva en asambleas, oyendo pros y contras y dejándonos de pendejadas. Que nadie pague ese chingado impuesto con el que nos están amenazando, ni se atemorice ante esos ingenieros y tinterillos que nos manda el gobierno para decirnos que no somos nada, que perdimos el derecho a disfrutar lo que con tanto esfuerzo y sudor hemos levantado, que tenemos que irnos al monte porque las playas son para los güeros y los millonarios. Pues ni madre, aquí nacimos y aquí seguirán pariendo nuestras mujeres; y si buscan las malas maneras y las formas mal intencionadas, aquí nos van a encontrar, unidos, seguros de nuestra causa, como auténticos herederos de esa grandeza indígena de la que a golpe de abusos y amenazas nos quieren privar.

Otra vez el colectivo asentimiento. Este don Antonio, pensé, se está volviendo un elemento peligroso; es férreo, sagaz y experi-

mentado; en pocas palabras, reúne todas las condiciones para que le den en toda la madre. Tendré que platicar con él, hacerle un par de ¿sugerencias?, que tomen todo con más tranquilidad, que dada la situación nacional e internacional es improbable, casi imposible, que acometan ahora una inversión turística de tanta envergadura. Tal vez todo sea consecuencia de los absurdos sueños de grandeza del anterior sexenio...

—Me parecen sensatas tus palabras, Eugenio —dijo don Antonio luego de oír mi comentario—, pero la vida no se resuelve con palabras sino con hechos, y cuando alguien tuerce su hacer sólo otro hacer puede enderezarlo. Sí, ya sé que el gobierno es todopoderoso, pero lo pequeño puede vencer a lo grande, el débil al fuerte, todo es cuestión de que se llegue al extremo. Ahí está la onza, ese animalito que se chinga a otros que lo superan en fuerza y tamaño. Es la fiereza del momento, Eugenio, lo que hace que lo chico sea grande. Mira, para que veas que la dejadez y la sumisión tienen un modo limitado y que más allá de la dignidad natural ningún animal tolera el avasalle.

Don Antonio se levantó y fue hacia la esquina de la cabaña donde estaba amarrado uno de sus perros.

—Mira, ven —me dijo mientras acariciaba al animal que se deshacía en muestras de afectuosidad para con su amo. Vieja, ¿dónde está ese chilillo que traje el otro día?

Doña Victoria suspendió por un momento su quehacer para entregarle a don Antonio una fina y cimbreante vara. Al tomar el amo el implemento castigante en sus manos, la perrita ocultó asustada el rabo entre sus patas traseras y se arrastró hasta perderse en un espacio insignificante.

—¿Te das cuenta? —me apuntó don Antonio—, ya reconoció la vara. Mírala, su corazoncito está perdido; vele la cara, es el miedo el que habla en sus ojos. Vieja, pásame una tortilla.

Don Antonio dejó la vara a un lado y se fue con la tortilla al encuentro de la perra. Ésta volvió a recuperar su anterior festividad y comenzó a brincar alrededor de su amo. Don Antonio le dio la tortilla

en el hocico y se vino hacia donde había dejado la vara. El animal estaba ahora gozosamente entregado a la ingestión de la tortilla de maíz. Don Antonio se colocó detrás de la perrita y con la vara comenzó a picarle los cuartos traseros. De pronto, como poseído por una fuerza nahuálica, el animal erizó el pelamen del lomo y peló los colmillos enseñando una expresión espeluznante. Don Antonio insistió en los piquetes y la perra se dejó venir hacia él mordiendo con inusitada fiereza la vara que antes la había aterrorizado. Dos o tres piquetes más y la vara quedó totalmente destrozada. Pura reflexología pavloviana, pensé al ver tan singular espectáculo.

—Así se está poniendo aquí la cosa con nosotros —prosiguió, ya sentado, don Antonio—. Todo se aguanta, todo hemos aguantado, pero ahora nos quieren quitar nuestras tierras, nuestras casas, nuestra forma de vida, y allí es, al igual que con la perrita, donde el pueblo, chiquito, temeroso, sobajado, se va a levantar con una fiereza que ni el todopoderoso gobierno va a poder controlar.

Exceptuando los espaciados ejercicios matutinos y dos o tres paseos metafísicos por la tarde, casi todo el tiempo lo empleé devorando libros y escribiendo en el refugio de don Ramón. Me sentía ya adentrado en el fundamento del mundo griego y del náhuatl, y cada vez se me hacía más evidente que don Ramón estaba en lo cierto: tanta grandeza había en un mundo como en el otro. Pero la cuestión diferencial volvía a manifestarse en forma de una desconfianza sustentada en la insoslayabilidad de la vivencia. La determinación grecolatina era un pasado de esplendor con un presente agotado; la determinación náhuatl era un pasado truncado con un presente retoñante y un futuro promisorio. Había dudas, incertidumbres; la pasión oculta del pueblo mexicano por los rituales sacrificantes y el peligro de que la pulsión teocrática renaciera de manera impetuosa posibilitando el surgimiento de un autoritarismo monstruoso. Pero de lo que se trataba

aquí y ahora era de reconocer las raíces de mi propia determinación individual, para poder así emprender una búsqueda fundamentada que me liberara ¿para siempre? del telaráñico entretejimiento secretado sutilmente por el acechante pesimismo.

Y así devenía reencontrante, hasta que una tarde, cercano ya el ocultamiento del numen vivificador, oí unos gritos lejanos que me arrancaron con brusquedad de la lectura. Salí a la terraza y vi, en el extremo más próximo de la playa, una lancha que se disponía a varar. Enfoqué con detenimiento la visión y pude distinguir la plateada aureola de don Ramón saludando a alguien, ¿a mí?, desde la lancha. Bajé y el fuerte abrazo que nos dimos nos hizo entender la solidez con que se había establecido entre nosotros una relación trascendedora de lo efímero.

—¿Y qué tal te fue? —me preguntó don Ramón mientras bajábamos los bultos de la lancha.

Recordé de golpe todo lo recién vivido y me sumí en un brumoso y especulante silenciamiento.

—¿Eh? —insistió don Ramón comenzando a sopesar el trasfondo de mi silencio.

—No sé ni por dónde empezar —hablé al fin—. Tal vez cabría decir que la dinámica de mi destino predispone el goce efímero de Eros y el triunfo concluyente de Tanatos.

—¿Tan mal te ha ido?

—No me quejo, nada más me limito a señalar.

—Probablemente todo se deba a que naciste bajo un signo desastrado.

—Sí, tal vez sea esa la causa de tanto desmadramiento. Sería interesante consultar el viejo calendario náhuatl; no me extrañaría que la fecha de mi nacimiento haya caído en uno de esos días nemontemi…

La llegada de don Antonio, que abrazó efusivo a don Ramón, y la presencia de Teto, que me preguntó, irónico, cómo seguían mis manos, abrió un paréntesis circunstancial que dejó flotante y extendida una red de preguntas y respuestas.

—Luego seguimos, tenemos mucho de que hablar —añadió don Ramón.

Ante la euforia y el alboroto con que don Antonio, doña Victoria y la muchachada recibieron a don Ramón, creí conveniente hacerme a un lado. Teto, que parecía tener cierta urgencia, se dedicó a subir las cosas a la cabaña de don Ramón y yo me sentí impelido a secundarlo en el esfuerzo.

Estaba ya anocheciendo cuando don Ramón, don Antonio, Teto y yo subimos los últimos bultos.

—Bueno, me van a disculpar, pero estoy urgido de tiempo; mi vieja anda muy celosa y ya está amenazándome con echarme a dormir al piso.

Reímos todos la salida de Teto y don Ramón le dijo que esperara a tomar un vasito de vino. Teto volvió a excusarse y don Ramón se limitó a darle las gracias acompañadas de varios billetes. Teto se despidió, quedando en pasar un día de estos para ir a dar otro lance, mi estimado.

—Yo también me voy —expresó don Antonio—, ya es tarde. Mañana nos discutimos ese vinito pues tengo algunas cosas que comentarle.

—Está bien— dijo don Ramón para mi regocijo por quedarnos solos.

Prendimos las numerosas veladoras distribuidas por toda la cabaña, y la estancia se inundó de una mágica atmosferación ritual.

—Siempre que salgo de aquí —murmuró don Ramón plenificado—, temo que el destino me vaya a negar el reencuentro. Cuando regreso todo parece vibrar en armonía, y el temor cede su lugar a la sensación de que esta espaciotemporalidad me necesita tanto a mí como yo a ella. Cuanto más salgo y veo a la gente encadenada a una domesticidad enajenante y desenergizada, tanto más se afirma mi convicción del privilegio que representa tener varios lugares para aligerar el desconsuelo existencial que abruma a nuestro tiempo. ¿Pasaste por Ciudad de México?

—Inevitablemente —respondí.

—¿No te parece terrible encontrar tanta disconformidad irresolucionable?

—¿Por qué dice irresolucionable, acaso no hay opciones cambiantes?

—Sí que las hay, aquí estamos nosotros, por ejemplo; pero la gente espera una redención de la totalidad, y son muy pocos en verdad los que creen en el cambio autodeterminante de las partes.

—Pero es que la totalidad está perdida, don Ramón, absorbida por la angustia beligerante y la manipulación política. Lo político-militar se ha tragado a lo civil, es casi imposible que un habitante de las grandes urbes viva ya para sí mismo. El miedo y la pulsión apocalíptica hacen gregaria a la gente. Después de vivir largamente en un redil es muy difícil acometer una búsqueda libre e independiente...

—Por desgracia tienes razón, Eugenio. El hombre urbanizado es sobremanera dependiente; en fin, demos gracias de que en esta parte del mundo todavía tengamos opción a lo diverso, porque en otros lugares uniformadores y totalizantes nuestras dudas, nuestros deseos, nuestras vidas, estarían condenadas al castigo y el escarnecimiento con que se trata de extirpar el mal ejemplo.

—Sin duda que somos un mal ejemplo, don Ramón. Pero por fortuna siempre habrá malos ejemplos. La supervisión paranoizante del *Big Brother* nunca podrá vigilarse a sí misma.

—¿No pensarás tú también que la única esperanza está en los proles?

—No hay esperanza, don Ramón. La esperanza nos esclaviza teleológicamente a un futuro indevenible. Todo lo que tenemos es un presente indominado que se agota de manera estúpida en especulaciones, temores y resentimientos. Hace poco leí *La guerra en la historia europea* de Howard, échele un vistazo y se dará cuenta de que cuanto más estricto y cerrado sea un modelo, menor será su capacidad de sobrevivencia; él mismo terminará autodevorándose...

—Vaya, parece que te han hecho mucho bien estas últimas semanas. ¿Y la muchacha, regresó ya a Nueva York?

Una vez más, como si la pregunta de don Ramón activara un mecanismo resucitador de una espaciotemporalidad ya fenecida, sentí que la vivencia se me iba de las manos, dejándome desamparado ante una negatividad opresiva. Don Ramón se dirigió hacia una de las bolsas y extrajo una botella de vino tinto.

—Vamos a ver qué tal está este Federico Paternina que me obsequió un paisano —dijo tratando de superar la incómoda presentaneidad de mi silencio—. ¿Y bien? Cualquiera diría que te tragó el infierno, ¿tan problemática fue la vivencia?

—No es eso, don Ramón. Es que todo me parece un fantástico sinsentido carente de fin y de comienzo.

—¿No hubo entendimiento?

—No, no. Fue algo más allá de eso...

—Está bien, dejémoslo así y tratemos de recuperar el presente...

—No es que no quiera referírselo, don Ramón, es que me paraliza la sola idea de reavivar todos esos acontecimientos. Se me ocurre que mejor se los dejo leer.

—¿Has escrito sobre ello?

—Sí, me hizo mucho bien hacerlo; por eso ahora...

—Hombre, me parece excelente la idea. Tú ya sabes la atracción que yo tengo hacia la escritura.

—Aquí lo tengo, se lo voy a dejar para que mañana le eche un vistazo.

—¿Trabajaste a gusto aquí arriba?

—Es increíble su mansión comejénica. Hace unos días me puse a volar oyendo una cinta de cantos gregorianos que encontré.

—¡Ah!, ese es un punto inexplicable en mi vida: cada vez que escucho esos cantos tengo la firme convicción de que mi vida es un palimpsesto infinito, y una de sus más visibles huellas es precisamente el mundo fluyente de esos cantos.

—Y, la verdad, me sorprendió que a usted le gustara la música electrónica.

—Bueno, todo eso se lo debo a la amistad que tengo con uno de los más sensibles musicólogos mexicanos. Por lo demás, ya te he dicho que mi pasión vital oscila entre los extremos: el mismo gozo puedo alcanzar oyendo el monólogo del chelo de Pau Casals sublimando los Brandeburgo de Bach, que fundiéndome en los llamados naturalizantes de Paul Horn, los sonidos ajedrecísticos de John Cage o las percutientes búsquedas de Stockhausen.

—¿Y no le llega la onda pinkfloydiana?

—Ah, sí. Pero nunca pudieron superar la apoteosis de *Ummagumma*. ¿Qué te parece el vinillo?

—No está nada mal. ¿Y el Jazz no le atrae?

—No especialmente, prefiero la ritualidad del viejo blues, aunque comprendo el deslumbramiento de Cortázar, los *beatniks* y los existencialistas ante la perspectiva liberadora que abrió la improvisación jazzística. Pero la verdad es que la música no es mi fuerte. Soy duro de oído, cómo te diré muy...

—¡Gallego!

—Bueno, eso. Tomándolo en el sano sentido, ¿eh?

—Por supuesto.

—Y aunque te rías te voy a decir que cada día me gustan más los corridos; oír a la gente de por acá cantar desgarrada la heroicidad y la bravura de sus semidioses me pone la carne de gallina, y más si tengo unos mezcales a bordo, entonces es algo extasiante, inenarrable.

—Es que los gallegos, como los aztecas, siempre tuvieron una atracción especial por la muerte.

—No había pensado en ello, puede ser. En fin, lo que ahora importa es que estamos aquí para vivir, para bombear una poca pulsión vital a este mundo ensombrecido por la amenaza de Tanatos, el *Big Brother* y Tezcatlipoca. ¡Salud!

—Es que Eros, Quetzalcóatl y Marx han fracasado en su intento liberador...

—Querido amigo, no olvides que nada es definitivo; el presente es efímero y el pasado y el futuro se intercambian sin cesar.

—Sí, pero no deja de ser terrible el hecho de que la búsqueda actual de plenitud devenga estrangulada entre el agotamiento del pasado y un futuro apocalíptico.

—El ser humano, Eugenio, busca siempre la plenitud de su naturaleza, por eso llega de manera inevitable a la saturación. Es impensable un mundo de armonía imperecedera, sería monstruoso por el aniquilamiento de las diferencias que lleva implícito.

—¿Acaso no puede concebirse una totalidad donde las partes coexistan duradera y armoniosamente?

—Concebir sí, pero no realizar. Todo tiene un límite, alcanzarlo es un reto; y no tanto por el esfuerzo que requiere, sino porque una vez logrado, lo deseado pierde su dinámica superadora y se transforma en un doloroso descendimiento o en una reiterante absolutización.

—¿Entonces no tiene sentido alguno hablar de superación?

—Lo que no tiene sentido es hablar de unidireccionalidad de la dinámica superadora. Se sube para bajar y se baja para subir. No existe un estadio a partir del cual el individuo pueda sentirse insuperable. La superación no tiene fin, por eso hay que estar siempre alerta y dispuesto a afrontar las caídas y descalabros existenciales.

—El trópico como filosofía.

—No sólo el trópico...

—¿Y qué tal le fue en la montaña?

—Muy bien, la montaña oaxaqueña es el tercer eslabón de la trilogía que determina mi existencia.

—¿La montaña, el trópico y... ?

—¡La ciudad!

—Vaya, creí que lo urbano había quedado superado para siempre.

—Jamás. Sin lo urbano la efusividad del trópico y la magicidad de la montaña terminarían devorándome. Amo demasiado los altos vuelos de la civilización como para permitir que el poder de la naturaleza termine salvajizando mi existencia.

—¿Y la teoría de las determinaciones?

—Las determinaciones se alternan, se desplazan, se entrecruzan; por eso el reto es lograr aquí que ninguna de las partes desplace de manera definitiva a las restantes con las que conforma el todo existencial. El día en que me vea imposibilitado de continuar alternando los tres elementos de la trilogía, mi vida entrará inexorablemente en su ocaso.

—Carajo, qué envidiable es eso de saberse convencido de los lineamientos de la propia vivencia.

—¿Es que tú no lo estás?

Don Ramón me ve llevar la mano a la cabeza y surcar mi enmarañada cabellera. Acerca el vaso de vino a la boca y se recrea sintiendo cómo la procesada sangre de la uva impregna su dinámica gustativa de una esencia ritual con profundo enraizamiento en las entrañas de la tierra. Me sigue viendo alejar mi mano del electrizante pelo para imitar, llevado por el desconsuelo, ese acto ceremonial que me habla de una gozación que no comparto pero que quiero. Siento la fuerza del vino crecer explosiva en mi interior. No, sin duda no es su sentimiento mi sentimiento. Hay un sabor a crudeza, a animalidad indominada, a sangre pura. De pronto la presión estalla subterráneamente y el vaso se fragmenta en mil pedazos sacrificándome la boca. Escupo con violencia una mezcla profana de sangre y vidrios rotos, y don Ramón interrumpe sorprendido su mirar para levantarse con rapidez y traerme una servilleta de papel. El mundo se salobriza en mi boca.

—¿Qué haces? —me dice don Ramón viéndome llevar a la piedra de los sacrificios el contenido de su vaso.

—Es que quiero saber cuál es la diferencia —le digo poseído por la atmósfera ritual.

—Déjate de pendejadas. Mira, te has desgraciado la boca —me dice mientras me limpia ¿paternalmente? la sangre que escurre entre mis labios—. Estás cansado y yo también, vamos a curarte ese corte que te has hecho en la boca y en seguida te vas a dormir, mañana continuamos nuestra charla.

Me dejé llevar hasta el camino, no veía nada, sólo recuerdo que alguien puso una lámpara en mis manos y palmeó mi hombro derecho incitándome a la marcha. Vi que enfrente de mí se desplazaba un círculo de luz y me fui tras él hasta llegar a un lugar, ¿inframundo?, donde una jauría de salvajes perros me obligó a volver a mi recuerdo y gritar los nombres de mis agresores. Se hizo un silencio nadificante que pronto dejó paso a la característica ruidiscencia de los pobladores de la noche. Encontré tanteante mi hamaca y me arrojé en ella, sumiéndome en unas visiones en las que sólo me sabía yo por el salitroso sabor a sacrificio floreciéndome en la boca.

—No es día oportuno —me decía el añoso rostro iluminado por las teas de ocote.

—¿Por qué? —preguntaba angustiado.

—El *Tonalámatl* no lo aprueba —respondía el viejo sabio.

—No puedo más, la inmundicia me doblega, he ofendido al Todopoderoso, he dudado de nuestro Señor Tezcatlipoca.

El viejo sabio extendió frente a mí un petate y prendió un pequeño fuego al que arrojó unos trozos de copal. Se colocó ritualmente sobre el petate y comenzó su canturreo oficiante:

—Señor, este vuestro vasallo viene aquí con gran desatino y mucha ofensa, reconoce haber errado y ofendido a vuestra persona, está sucio, está urgido, se reconoce culpable y merecedor de muerte. Señor nuestro muy piadoso, recibe a este pecador, aligérale su angustia.

Luego el viejo sabio se volvía hacia mí y me decía:

—Hijo, has venido ante nuestro Señor a molestarle con tus hedores, vienes a mostrarle tu corazón ofendiente y pecaminoso, mira que no desbarranques ni enmontes mintiéndole en su presencia; desnúdate y hazle públicos tus secretos, vierte tus maldades y excesos, no dejes nada, hijo mío, por vergüenza ni por indolencia.

Sentí que el salobre sabor de boca se mezclaba con la aspereza de la tierra y me caí arrodillado ante el anciano:

—Oh Señor, que a todos purificas y descargas, oye mis hediondeces, que por cierto ya conoces porque nada te es oculto, ante ti me

vacío confesante. He descreído de ti por cruel y por impío, me quitaste el gozo que me habías dado, privándome en seguida de mi compañera. Confundiste mi visión haciéndome creer en la grandeza de tu poderío, y tu culto no me ha traído más que desgracias. Para qué vivir así, por qué no me privas de una vez de tu aliento torturante. Por ti dejé todo, mi Señor, y a cambio me has dado la muerte como vida. Ya no quiero más pruebas, más sufrimientos, quiero la vida, que le des un cuerpo durable a mi cuerpo y que me hagas saber de una vez que tu culto es el por tanto tiempo esperado y no el del vicioso Quetzalcóatl. Mira Señor que mi mente está confusa, sin encontrar reposo, y mi vida perdiéndose te está perdiendo. Tú, que todo lo ves y oyes, sabes el grado de mi perdición; de ti depende Señor que te siga sosteniendo en mi creencia; dame fuerzas, dame pruebas de tu misericordia, dame para siempre una compañera.

—¡Ay, hijo mío! —intervino compungido el anciano—, qué graves ofensas y hediondeces has arrojado. Y ahora, ¿podrá haber ayunos y penitencias que remedien tanto daño? Mejor despéñate, hijo mío, tu vida está agusanada sin remedio, has renegado de nuestro Señor Todopoderoso, sólo te queda el alivio de la muerte.

Sentí que la tierra me tragaba y una angustia infinita comenzó a borrar con lentitud mi existencia. Desaparecieron mis piernas, los brazos, y pronto se diluyó mi abdomen, todo mi ser, dejándome tan sólo un sutil contacto con el mundo a través de la salobre terrenalidad de mi lengua. Experimenté entonces un extraño y creciente dulzor y sentí que mi lengua se fundía con otra lengua, y que otro cuerpo, impensable, inasible, activaba con su contacto el renacimiento virginal de mi existencia. Desde el primer instante supe que era ella, Tlazoltéotl, la gozación purificadora, la que da todo sin esperar nada a cambio. Me supe armoniosamente lleno de mí y partícipe de un mundo reencontrado; y al sentir como la otra lengua se separaba de la mía y comenzaba a lamerme con lujuria, extendí amoroso mis brazos en torno al deseado cuerpo y desperté ante la imagen de un perro sorbiéndome glotonamente la sangre que escurría de mi boca.

Al verme despierto, y enviciado ya con el sabor de la sangre, el animal comenzó a rugir amenazante, haciéndome ver que a su lado estaban acechantes los demás congéneres. Me levanté con violencia de la hamaca y me disparé lanzando patadas a diestro y siniestro. Entre los aullidos de los golpeados perros y las sillas caídas se armó un gran estruendo que despertó a don Antonio.

—¿Qué pasa ahí?

—Son los perros —respondí—, los cabrones no saben distinguir la vigilia de los sueños.

—Ah, bueno —dijo don Antonio más dormido que despierto.

A la mañana siguiente me levanté cuando ya el sol estaba en pleno ascenso. Fui a la playa a darme un baño, siempre cuidando el maldito oído, y vi que el voluntarioso gallego ya había dejado las huellas de su cotidiano ejercitamiento. "¡Carajo, qué sentido de la disciplina tiene ese hombre!", me dije desistiendo ante la exigencia de los primeros ejercicios.

Regresé a la cabaña y me preparé unos huevos revueltos que acompañé con las deliciosas tortillas que estaba haciendo doña Victoria.

—¿Y don Antonio? —pregunté.

—Está allá arriba platicando con don Ramón —me respondió la dulce mujer.

Terminé el desayuno y me encaminé hacia la mansión comejénica de don Ramón, pensando que una vez más tendría que improvisar mi escritorio allí abajo, a un lado de donde doña Victoria estaba echando tortillas. Al llegar, don Ramón y don Antonio se estaban despidiendo y el viejo celta le decía al zapoteca:

—Sí, hombre, no faltaría más. Yo aquí me arreglo mientras dure el cargo.

—Se lo agradezco mucho, don Ramón —dijo don Antonio—, en eso quedamos entonces.

—¿Qué tal? ¿Bonita la mañana, eh?

—Jalando —dije correspondiendo al saludo de ambos.

—Bueno, yo me voy a preparar mis cositas porque esta misma tarde salgo para Santa Cruz —dijo don Antonio ya encaminándose.

—Sí, hombre, aquí nos estamos viendo.

Se despidió don Antonio de mí y entré en la cabaña siguiendo a don Ramón.

—Vengo a recoger mis cosas —le dije—, voy a reinstalar mi tinglado allá abajo.

—No hay razón —replicó don Ramón—, aquí podemos trabajar a gusto los dos.

—No, mejor me bajo. Ni usted ni yo estamos acostumbrados a trabajar amontonados.

—Bueno, como quieras —se limitó a responder mientras sacaba unos libros de un maletín de mano—. Mira, te traje estos libritos para que le eches un vistazo, lee los dos primeros tomos que es lo que ahora interesa.

Tomé los dos libros y leí: *Historia general del arte mexicano. Época prehispánica* de Raúl F. Guerrero.

—¿Y esos otros?

—Son de Pedro Rojas y Raquel Tibol, sobre la Colonia y el México contemporáneo, pero por ahora no interesan para la plática que estamos preparando. ¿Y cómo vas?

—Pues creo tener una idea bastante clara del tema a discutir. Cuando usted quiera empezamos.

—Se ve que le has dado duro, ¿eh?

—Algo.

—¿Y ese algodón que traes en el oído?

—Es parte del desmadre que le voy a dejar para que lo lea.

—Cierto, ya se me había olvidado. ¿Lo tienes ahí?

—Sí, aquí está. Ahora se lo acomodo.

—Ah, te traje también otro regalito, el último libro de Castaneda.

—¿Ya lo leyó?

—No, nada más lo hojeé. Pero parece que hay algunas cosas interesantes.

—Pues muchas gracias, en estos días había estado pensando en la necesidad de releer esos libros. ¡Qué pena que los haya dejado en México!

—No, hombre, no te apenes. Aquí los tengo yo, cuando quieras te los paso. Por cierto, ¿qué te pareció el breve texto dramático sobre la tortuga?

—Pues no sé...

—¿Cómo que no sabes?

—Digamos que el fundamento es muy interesante, pero el lenguaje lo siento forzado, anacrónico, demasiado grecolatinizado.

—Sí, tampoco a mí termina de convencerme. Como que es un buen intento frustrado.

—Yo no diría eso, don Ramón. Hay en él un buen venero, algo más acá y a la vez más allá del teatro cruel de Artaud, o de las acciones masoquistas del grupo vienés. Lo que pasa es que hay una aparente disyunción entre el tratamiento filosófico del espaciotiempo y lo que es propiamente el ritual escénico tipo Grotowski. De todas maneras ya me lo apropié, claro está que reconociendo su autoría.

—¿Cómo es eso?

—Como le digo, lo voy a insertar al final de mis explanaciones vivenciales.

—Vaya, por lo menos sirvió de algo.

—Tal vez lo readapte en otro contexto.

—Bueno, ¿qué te parece si dedicamos el día de hoy a leer estas cosas? Además me serviría a mí para poner un poco de orden en mi quehacer.

—Está bien, ¿entonces empezamos el descalabro mañana?

—¿Descalabro?

—No sé cómo lo quiera llamar usted, pero para mí nuestras pláticas son un perfecto descalabro.

—Caray, quién sabe qué cosa habrás inventado.

—Nada nuevo.

—Espero que no me vayas a salir con que el arte griego era afeminado, o algo por el estilo.

—Y usted con que el arte prehispánico era bárbaro y reiterativo.

—Mejor dejemos el encuentro para mañana.

—Pues hasta entonces.

Me pasé todo el día leyendo a Raúl Guerrero. Los dos tomos sobre arte prehispánico, si bien no alcanzan el nivel teorético y universalista de los escritos de Whestheim, pueden considerarse con toda justicia como un recuento lúcido y fluido del quehacer estético de las diferentes culturas que señorearon nuestro México antes de la llegada de los españoles. Por su intención sistematizadora y el enfoque sociológico, las obras de Guerrero me recuerdan los dos tomos de la *Mitología náhuatl* de Cecilio Robelo, otro ilustre semidesconocido, estudioso de nuestra cultura que a mi entender quedaría en medio de la diferenciación donramoniana entre eruditos y vivenciales.

Esa misma tarde, don Antonio se fue para hacerse cargo de la Agencia municipal de Santa Cruz; de manera que sólo quedamos doña Victoria con un par de chamacos y yo. Le pregunté cómo le iba a hacer don Antonio en Santa Cruz sin tener a nadie para que le preparara la comida y sus cosas. Doña Victoria, siempre con una sonrisa brotándole en la boca, me dijo que allí tenían una cabañita que rentaban a unos parientes y que al lado vivía una de sus hijas mayores ya casada.

—¿Tiene una hija en Santa Cruz? —pregunté sorprendido.

—Tiene por todos los lados —me respondió la mujer sin darle mayor importancia.

—¿Y eso?

—Es que antes de que nos juntáramos, Antonio anduvo con muchas mujeres. Hasta donde yo sé tiene quince hijos.

—¡Qué bárbaro!

—Yo le conozco a dos de sus mujeres, a veces vienen a vernos y nos llevamos muy bien; también vienen sus hijos, que me quieren mucho, y son muy educados.

Me quedé viendo fijamente a esa mujer que a pesar del trabajo, el número de hijos y la dureza del lugar, tenía un rostro suave y terso,

una máscara de dulzura y despreocupación que me hizo reconstruir de golpe el rostro agriado de mi madre; reacio, por el calcinamiento sicológico, a todo tipo de cremas y tratamientos. No, no era el medio natural con sus manifestaciones indomables lo que acababa a las personas; eran los humanos mismos los que se autodestruyen corriendo sin cesar en pos de sus propias quimeras. Una vez más pensé en la sorprendente coincidencia que había encontrado entre filosofías tan desiguales y opuestas como la del fluido don Juan y la del rígido Martin Heidegger: "tener el ser a la mano" y "tener la vida en la mano".

A la mañana siguiente, don Ramón pasó por mí y nos fuimos a hacer ejercicio a la playa. Al llegar cerca de la división que separa la maleza de la arena, nos llegó un penetrante olor a descomposición y enseguida se abrió ante nosotros un espectáculo desconcertante: el mar estaba todo ensangrentado.

—¡La marea roja! —exclamó en tono lastimero don Ramón.

—¿Qué es eso? —inquirí.

—Un exceso en la cadena alimentaria marina. Son dinoflagelados concentrados a un nivel mortal para las especies marinas. No va a quedar nada vivo tras su paso, ¡mira eso!

Toda la orilla estaba llena de cientos de pescados muertos y en descomposición. Peces sapo, peces ballesta, morenas, pulpos; todo un mundo dependiente de las rocosas oquedades salía muerto a la orilla por efectos de la venenosa marea.

Corrimos a lo largo de la playa y esta vez don Ramón se comportó como un auténtico maestro, haciéndome calentar progresivamente los músculos con una serie de ejercicios armoniosos y bien ajustados. Por último, me enseñó las tres primeras formas sintetizadoras de los pasos y movimientos de defensa y ataque más elementales del karate. Subimos luego a su cabaña a preparar un

desayuno acorde al apetito que la dinámica ejercitante nos había despertado. Casi siempre don Ramón desayunaba unos platos que escandalizaban a los costeños, acostumbrados al café con un pan o una tostada en espera del almuerzo de las diez de la mañana. Primero se preparaba con leche, chocolate, avena y pasas una espesa papilla que dejaba enfriar para ingerirla al final con el café. Luego echaba en la sartén una impresionante rebanada de tocino, y ya que estaba bien dorada le adjuntaba un par de huevos estrellados. Tomaba un paquete de galletas saladas y una jarra con un litro de naranjada que preparaba con unos polvos sintéticos, de los que era, inexplicablemente, un verdadero fanático, y se sentaba con gran satisfacción en la terraza, teniendo como panorámica de tan frugal desayuno la esplendente visión de toda la playa. A la larga, y como tantas otras cosas donramonianas, este desayuno se me fue haciendo indispensable, a tal grado que no me sentía pleno si por alguna razón lo relegaba.

—Un buen desayuno —decía el viejo celta—, es la base de una jornada fructificadora. No entiendo cómo hay gente que pueda crear algo a base de tazas de café y cigarros.

Luego de terminar el último sorbo de café, don Ramón salía disparado hacia el baño, y cuando regresaba parecía un mecanismo perfectamente aceitado y listo para el máximo rendimiento.

—¡Qué hábitos tan exactos! —le dije ante tan inusual metodologización de las funciones fisiológicas.

—Yo creo, Eugenio —me respondió—, que el hombre que logra ajustar con cierto margen de precisión su maquinaria somática, tiene un cincuenta por ciento del camino andado hacia su realización diaria. Es terrible comprobar cómo el estreñimiento intestinal lleva inherente un estreñimiento mental; y qué decir de las colitis nerviosas, las almorranas y otros desórdenes digestivos que azotan al hombre de nuestro tiempo. Una buena comida y una fluida deyección desagresivizan la mente y hacen florecer las armonías. Pero, en fin, vayamos de una vez a ese mundo de sutilezas que arranca de la

consumación de una sana dinámica digestiva, ¿qué te parecieron los libros de Raúl Guerrero?

—Bastante fundamentados y fluidos.

—Sí, es una investigación muy seria y competente... Bueno, me estoy haciendo el tonto posponiendo como un chiquillo el asunto.

—¿Qué asunto?

—Que de veras siento mucho lo de esa muchacha norteamericana. Al leerlo no pude evitar acordarme de mi mujer; fue algo tan parecido por lo terrible...

—Fue un sueño, don Ramón. Estoy convencido que eso sólo existió porque está escrito.

—Sí, te entiendo, ¿y cómo estás tú?

—¿No me ve?

—Pues lo cierto es que me gustó mucho lo que escribiste. Lo único que le objeto es esa maldita desesperanza que dejas traslucir, y ahora ya matizada de un cruel sarcasmo. El pasaje de Ciudad de México es desgarrador.

—¿Es que usted no lo ve así?

—No tanto, yo soy afortunado por tener buenos amigos y conocidos en esa increíble ciudad que tu admirado Tlacaélel profetizó como la más grande del mundo. Sé que puede parecer injusta mi opinión, por distanciada y externa, pero a mí esa ciudad me fascina; en serio, no te rías. Es personal, única, insustituible; la sublimación de dos culturas dejadas a la libre fluencia de su dinamismo...

—¡El caos mismo!

—No olvides que la auténtica libertad es lo más cercano al caos. Lo insufrible es el supra ordenamiento y la vida laboratorial que muchos sueñan, sin saber que la realización de sus sueños sería una verdadera pesadilla.

—Ninguno de los dos extremos me convence. Yo estoy a gusto aquí, en la feracidad del trópico; y si no soy completamente feliz no es por culpa del lugar, sino por mi propia insania, porque nunca me siento plenificado en ningún lado.

—Es la edad, Eugenio. En unos años más te verás enraizado en algún lugar, y entonces comprenderás que lo que puede amarrarte también puede sostenerte. Hay que aprender de las plantas y de los animales. Aquí mes con mes todo cambia, pero nada deja de ocupar su sitio.

—Somos diferentes, don Ramón, usted está aquí por causa de una metodologización de su existencia que lo obliga a cumplir en este espaciotiempo el treinta por ciento de su ciclo. Yo estoy aquí sin saber el porqué y a la deriva. Usted, dentro de tres o cinco años, seguirá repartiendo su existencia entre el trópico, la montaña y la ciudad. Yo para ese tiempo quizá esté nuevamente en París, o en Barcelona, o en el Amazonas, o sepa la chingada.

—Vas a estar donde tengas que estar. Lo importante es que sepas estar, sea aquí, en China o en Honolulu.

—¿Empezamos?

—Un momento, vamos a prepararnos una jarrita de limonada.

Se oyó lejano un chachaláquico alborozo y don Ramón, desde donde estaba preparando la limonada, me gritó:

—¿Las oyes? Ya se están apareando. A ver si un día de estos vamos de cacería, ¿eh?

—Sí —respondí—, extraño esos momentos de liberación instintiva y sacrificante.

—Qué bueno que no fuiste militar —expresó el viejo regresando con su jarra.

—Hay que estar preparados, don Ramón, vienen tiempos difíciles y beligerantes.

—Tonterías, no te dejes arrastrar por el marasmo de los imperios.

—Lo bueno es que no tengo a nadie que llorar ni a nadie que me llore.

—Déjate de estupideces, mejor empezamos... En principio vamos a dejar aclarada una cuestión de suma importancia. ¿Qué pretendemos: una unidad monolítica y autocrática o una totalidad donde lo diverso sea lo determinante?

—¿Politizando la plática?

—No, no. Despejando el horizonte.

—Ah, bueno.

—¿Entonces?

—Pues apostémosle a la diversidad.

—Bien, si le concedemos, como es justo, a la tradición grecolatina una determinación indiscutible en los dominios de la filosofía, la política y la poética, ¿qué espacio le correspondería entonces a la determinación náhuatl?

—¿Qué, así nada más de un plumazo dejamos de lado lo propiamente hispánico con todo el bagaje judeoarábico?

—Estoy hablando de lo determinante, no de lo determinado.

—¿Y la ritualidad celta y el fanatismo godo?

—Sí, todo lo que quieras. Pero ya te he dicho lo que para mí es determinante.

—Está bien, digamos que el aporte principal de las culturas prehispánicas reside en lo artístico-mágico.

—Esclavizado por lo religioso.

—Yo diría, más bien, sublimado.

—¿Ritualidad mágica o magicidad religiosa?

—A quién le pueden importar esos resabios frazerianos. Ya Cassirer en su *Antropología filosófica* puso al viejo zorro inglés en su lugar. Lo que importa comprender es que en el mundo náhuatl, lo religioso es sustento y a la vez es sustentado por lo mágico-artístico.

—De ahí, amigo mío, la no evolución del arte prehispánico; o, como dijo Caso, la fatal limitación del Pueblo del Sol.

—Un pueblo que nace y muere día a día no puede preocuparse por cambiar de manera arbitraria de fundamento; su preocupación es la permanencia, la consolidación; por ello, el arte monumental prehispánico es un arte consolidado y permanente.

—¿Acaso no consideras aberrante que una obra que se pretende artística se cierre sobre sí misma negando su superación?

—Esa es una concepción prejuiciosa y sin fundamento, don Ramón. El arte prehispánico sí tuvo una clara superación dentro de su consolidada permanencia; de los olmecas a los toltecas y de éstos a los mayas y los aztecas, se ve una indiscutible superación de la percepción estética del mundo. Además, las pautas valorativas de los sistemas que analizamos son muy diferentes. En el mundo prehispánico el arte es la mundanización esencial de lo divino, mientras que para los griegos y romanos pretendía ser una divinización formal de lo humano. Por eso en el arte del Anáhuac son extraños los retratos humanos, pues sería una ofensa imperdonable a los dioses. Por el contrario, para los griegos y romanos los dioses eran un complemento amenizador del sentido tragicómico de sus vidas; de ahí que los disfrazaran de humanos, infundiéndoles sus pasiones y sentimientos; y los degradaban, aun cuando los pusieran al nivel del más hermoso y perfecto de los humanos...

—Un momento, un momento. No me irás a negar que uno de los estadios más logrados del arte grecorromano es la erección de bustos y estatuas a caudillos gloriosos, sabios e insignes ciudadanos. Basta ver los retratos de Esquilo con su frente descomunalmente trágica, de Sócrates con la característica fealdad negadora de la identidad entre esencia y apariencia, de Demóstenes, bella conjunción de reciedumbre, fortaleza e integridad, o los retratos del grandioso Alejandro, hechos por el genial Lisipo, (por mencionar sólo algunos de los que me son más gratos), para darnos una idea del extraordinario manejo de las formas expresivas y armónicas esenciales que eran capaces de lograr aquellos hacedores de arte.

—¿Pero qué es el plasmar lo mejor de lo humano ante el reto de enfrentar sin ofender la existencia de lo divino?

—No olvides que ha sido el exceso de religiosidad una de las causas que han encadenado a los pueblos a la barbarie. Cuando el hombre sublima con exceso a sus dioses, termina subyugado por ellos. Ahí está el ejemplo del arte prehispánico: lo terrible y lo sublime fun-

didos en una cosmovisión que no dejaba ninguna opción a la autovaloración del hacedor de arte. ¿Dónde encontramos en el mundo prehispánico los nombres de ceramistas como Psiax y Douris; arquitectos como Ictino, Calícrates y Mnesides; escultores como Kritias, Mirón, Fidias, Praxíteles, Escopas y Lisipo; pintores como Zeuxis y Parrasio? Aquí todo era un atroz anonimato, una insufrible carencia de ego...

—Lo terrible y lo sublime son la base dual de las más grandes creaciones del espíritu. El terror empequeñece al hombre; pero el hombre que vence su temor se sublima y se hace digno de compartir el mundo de los dioses. De ahí el antiegocentrismo de los grandes vuelos artísticos de la cultura prehispánica. Por otra parte, ¿qué, sino el afán desmedido de éxito y poder personal es lo que está acabando con la orgullosa cultura occidental?

—No nos desviemos. Lo que ocurre es que en el mundo prehispánico todo estaba bajo el negativo influjo de la religión. Ya no en determinado lugar y en cierto tiempo, sino en todo espaciotiempo exigía su tributo barbárico la religión: sangre y corazones. Es por ello que, para los aztecas lo terrible y lo sublime no eran algo artístico y divinizante, sino monstruoso y cotidiano.

—¡Ahí está la herencia que delata su extrañamiento! Usted, como los griegos, está ciego para el mundo que está más allá de la inmediatez y la razón.

—¿Y qué mundo es ése?

—Un mundo dual donde naturalismo y abstracción se funden en una totalidad superadora de las partes; un mundo donde lo único (monoteísmo) y lo múltiple (politeísmo) se subliman en una dinámica generadora de sorprendentes contradictoriedades. Ometecutli-Omecihuatl, la indivisible pareja divina, se perpetúa en Quetzalcóatl-Tezcatlipoca, la pugna universal, para que el sol alumbre y el hombre exista. Los dioses se sacrificaron para que existieran los hombres; los hombres son sacrificados para que sigan existiendo los dioses.

—¿Y dónde quedaría dentro de esa dualidad sacrificante el Dios único, Tloque Nahuaque?

—Ese era un problema de Nezahualcóyotl y otros tlamatinime angustiados...

—¿Tal vez los continuadores de la pacífica tradición tolteca?

—¡Sin duda los añoradores de un pasado superado para siempre por los hechos!

—Bueno, dejémonos de perogrulladas y tratemos de ver una cosa: ¿dónde tenían los nahuas algo similar a lo que los griegos llamaban estética?

—Esa es una cuestión muy intrincada y creo que la respuesta más pertinente no puede ser otra que: la estética de los nahuas está en sus grandiosas obras.

—Es decir, que no tenían lo que se entiende por estética. Esta parece ser, no la mía, sino la opinión de Lehmann, Fernández, Toscano, Whestheim y otros estudiosos del arte prehispánico.

—Pues no es la del maestro Garibay ni la mía.

—¡Ah caray!, eso sí que es importante. Vamos a ver, ¿cuáles son los fundamentos de esa teoría del arte sacada de la manga?

—El artista prehispánico no petrificaba a la deidad, sino que deificaba la piedra, ejerciendo la plenitud de su oficio en un hacer ritual que no buscaba de manera predominante la aprobación del ojo, ni la satisfacción de la fenomenicidad externa. El arte prehispánico es esencial, busca el universal ser en sí de las cosas y no la mera fijación particular de las formas. De ahí sus vuelos imaginativos y la sublimación geométrica de las apariencias, su sobriedad, su ritmo majestuoso y su sólida horizontalidad; un arte integrador de cielo y tierra, de lo real y lo suprarreal; un arte profundamente sintético, aun cuando el gusto y la recreación de los detalles parezcan indicar una inclinación analítica. Ahí están, para confirmarlo, ejemplificaciones como el *Marcador del juego de pelota* de Xochicalco, una cabeza de guacamaya tan sintéticamente estilizada que, como bien señala Whestheim, parece una creación del mejor Picasso; la escultura

monumental de *Chalchiuhtlicue*, geometrismo excelso, plenificación simbólica; y la impresionante *Coatlicue*, esa consumación irrepetible de lo terrible y lo sublime, cuya magnificencia llevó al sorprendido Justino Fernández a considerarla como una de las más grandes realizaciones del arte universal; admirable síntesis de amor y destrucción, en palabras del maestro Caso.

—De acuerdo, Eugenio. Concedamos que, si bien asistemáticamente, existía cierta idea de lo que era el oficio artístico. ¿Pero dónde están los escritos que nos hablen sobre ese oficio, como entre los griegos que escribieron una enormidad sobre sus hacedores de arte? ¿Dónde encontramos entre los pueblos prehispánicos las extraordinarias indagaciones que desarrollaron los griegos en torno al ideal de belleza y sus formas?

—¿Por qué ese empeño en uniformar criterios? El arte griego buscaba la imitación perfecta de lo visible; el titubeante geometrismo de los primeros tiempos de la influencia oriental, fue en seguida desplazado por un realismo que se esforzaba en reproducir lo existente sin sublimarlo. El arte prehispánico no obedecía a estos cánones, no buscaba la repetición perfecta de lo ya existente, sino la creación esencial de unicidades; por eso, aun cuando aparezcan en una combinación sublimadora, el geometrismo del conjunto supera siempre al naturalismo de las particularidades. Para los pueblos prehispánicos los dioses no eran bellos, eran imponentes, terribles, suprahumanos, y así había que representarlos. ¿Qué sentido tendría entonces hablar aquí de belleza? Y si no se escribía específicamente sobre el quehacer plástico, porque ya veremos que sí sobre el literario, era tal vez porque el mundo genérico del toltécatl devenía aislado por una aureola de ritualidad y magicismo; o, quizá, todo se deba a los barbáricos autos de fe con que algunos de sus ilustres antepasados, como Zumárraga y Landa, redujeron a cenizas cientos de códices extraordinarios.

—Buenos aprendices de tu admirado Tlacaélel.

—Con la diferencia de que este último sí sabía lo que hacía, mientras que aquellos eran unos títeres grotescos de un teatro macabro.

—Ya te he dicho varias veces que el resentimiento histórico va reñido con toda búsqueda clarificadora. Mejor háblame un poco más de esa seudoestética que no terminas de bosquejar.

—¡El viejo vicio teorizante!

—Yo diría el apasionamiento cognoscitivo.

—¿Conocer especulando o conocer haciendo?

—No puede alcanzarse una gran obra sin una buena base teórica.

—Muy bien, ¿quiere usted conocer la estética de las culturas prehispánicas?

—Hombre, ciertamente me gustaría...

—Entonces vaya al Museo de La Venta para comprobar cómo ya los olmecas distinguían la inmanencia de lo divino (abstractizando los monumentos a sus dioses, de la trascendencia de lo humano, representando de manera realista a sus sacerdotes y principales). Y verá, asimismo, que pocos artistas, desde la antigüedad más remota hasta las búsquedas actuales encabezadas por Dubuffet y Tapies, supieron como los olmecas llevar al límite la apariencia y texturidad de los materiales. Vaya a Teotihuacan y vea el conceptualismo, cromatismo y maestría sin par del *Mural del Tlalocan-Tamoanchan*. Y allí mismo admire la grandiosidad de la *Pirámide de Tlaloc y Quetzalcóatl*, prodigio artístico, como le dice Raúl Guerrero, donde los prismas y los círculos que divinizan las máscaras de Tlaloc contrastan con el naturalismo ritualizante de Quetzalcóatl; y qué decir del ritmo y la profunda visión astronómica: sumadas las serpientes y las máscaras dan 365, la completitud calendárica. Vaya a Malinalco, refugio mítico de los cultores de la luna, y vea el *Templo de las Águilas y los Tigres*, emergido del fundamento rocoso de la montaña. Y siga viendo: la *Pirámide Central* de Xochicalco, considerada por el sabio Seler como el monumento más grandioso del arte mexicano; la *Pirámide de Kukulcan* en Chichén Itzá, un prodigio de integración entre lo ritual y lo cósmico: el número de días del año, el número de años del ciclo calendárico, el número de meses, todo allí plasmado en una perfecta combinación simbólica. Los *Frescos de Bonampak*, hechos casi un mi-

lenio antes que los del Renacimiento y a los que difícilmente podría encontrársele paralelo en la tradición grecolatina. Y si le interesan las piezas de museo, recréese con la suprema estilización alcanzada por los aztecas en realizaciones como el *Ocelotl-Cuauhxicalli,* o la increíble forma simiesca de la vasija de...

—Alto ahí, muchacho. Esto no es una visita guiada.

—¿No decía usted que toda gran obra tiene atrás su dinámica teorética? Pues yo nada más me limitaba a remarcarle algunas de las más grandes realizaciones plásticas prehispánicas, con el ánimo de que usted pudiera encontrar detrás de ellas esa estética que tan obsesivamente pone en duda.

—Está muy bien tu cachondeo, pero ni tú ni yo estamos capacitados para extraer una sistematización teórica de entre tanta piedra. Si alguien me preguntara a mí qué opinión tenían los griegos de la estética, entonces le recomendaría leer los escritos sobre armonía, belleza, ritmo, proporción, etc., que nos dejaron los grandes estetas y filósofos griegos. Y solamente si me preguntaran por las realizaciones plásticas que nutrieron esa estética o fueron nutridas por ella, respondería que vieran el *Kroisos* del siglo VI a. C. primera escultura humana realmente libre en el espacio y de un naturalismo majestuoso difícilmente superable. Y el *Doríforo* de Policleto, cuyo sentido del ritmo y la armonía lo erigieron en canon de su tiempo; el *Discóbolo* de Mirón, obra cumbre de fluidez y equilibrio; la agonizante *Níobe,* muestra excelsa de realismo expresivo donde el sufrimiento y la nobleza se funden en un pathos sólo comparable al de las figuras guerreantes del *Templo de Egina.* Y la *Afrodita* y el *Hermes* de Praxíteles, que junto con el *Apolo Belvedere* sirvieron de pauta normativa para la concepción de la belleza del Renacimiento. Y qué decir del grupo de *Laocoonte,* del *Templo de Zeus,* del *Partenón*...

—Está bien, digamos entonces, y ya para llegar a alguna conclusión, que usted es partidario de un arte que busca la perfección en la reproducción; mientras que yo prefiero un arte sublimador de las apariencias; usted se siente cautivado por la armonización formal, la

exacta proporcionalidad, la línea directa y sobria; yo me inclino por la armonía esencial, la dinámica monumentalizante, la línea incisiva y de fluencia discontinua.

—Otra vez ese empeño por estar siempre en contra. Yo no veo en lo que dices la existencia de partes excluyentes, sino la posibilidad de un todo complementador de lo diverso.

—¿Y por qué ese empeño en uniformar la diversidad sometiendo las posibles alternativas al arbitrio de lo griego?

—Yo no pretendo, muchacho, ni jamás he pretendido, que la griega sea la cultura madre de todas las culturas en un sentido estrecho y uniformador. Por el contrario, propongo...

—Sí, ya sé, de todas maneras lo grecolatino aparecerá al final como lo determinante.

—Coño, eres obsesivamente antidemocrático e intransigente.

—La democracia es un invento de los griegos y ya ve usted que no los llevó a ningún lado...

—Mejor le paramos aquí. Es una pena que te hayas saturado tan rápido.

Don Ramón se levantó y desapareció tras la cabaña. Me quedé un largo rato ensimismado con la visión tortuguiforme de la isla. De pronto se abrió la parte posterior del caparazón de la tortuga y asomó con orgullo una construcción ajena por completo a las directrices estéticas de lo griego y de lo prehispánico; un monstruoso hotel del que salían unos seres que se consideraban elegidos y que tampoco tenían nada en común con la grandeza de los sabios helénicos y los tlamatinime nahuas. Sacudió entonces la inmensa tortuga toda su estructura milenaria y de la aleta delantera derecha salió disparado un puente que rompió, con su mole de cemento e infinidad de bloques graníticos a ambos lados de la espaciosa calzada, la continua fluencia de las aguas, haciendo posible que en la parte más protegida del recién brotado puerto surgieran ahora varias decenas de impecables yates, cuyas banderas tampoco eran afines a lo griego y a lo náhuatl. En la playa comenzaron a dibujarse inmensidad de cuerpos

idénticos a los que pululaban por el lomo hotelizado de la tortuga; y en los exuberantes cerros donde tenían su refugio inexpugnable venados y jabalíes, crecieron, como hongos, innumerables profanaciones semejantes a la primera. Una fuerza desconocida encaminó la visión hacia el lado en que el espacioso arenal, que se transformaba en caudaloso río de tiempos de lluvia, se unía con la laguna, y vi unos diminutos seres que arrastraban en su destierro todas sus pertenencias. Enfoqué la visión con detenimiento y percibí que uno de aquellos seres, desprendido del grupo, hacía aparatosos llamados en dirección a mi mirar. Forcé al máximo mi capacidad de observación y pude distinguir la imagen de don Antonio profiriendo unos llamados inaudibles. De golpe cambió la dirección del viento, y con las primeras ráfagas me llegó claro y rotundo el pronunciamiento de mi nombre. Me levanté de inmediato para ir en pos de aquel llamado desterrante, y de nuevo oí mi nombre, más cercano y distinto, permitiéndome reconocer la voz de don Ramón, que me hablaba desde la cocina. Me encaminé hacia allí y al llegar encontré al viejo celta en plena tarea.

—¿Dónde estabas que no me oías?

—Rememorando *La tierra pródiga* de Yañez.

—¿Y eso?

—Pienso que estamos como locos abonando y limpiando de impurezas el fundamento de nuestro enraizamiento, sin darnos cuenta cabal de la fuerza del nuevo brote que absorbe toda la energía que deparamos a lo grecolatino y a lo náhuatl.

—¿Cuál nuevo brote?

—¿No le habló don Antonio de la expropiación?

—¡Son puras estupideces!

—¡Qué poco conoce usted a nuestros gobernantes! No pasará una década sin que aquí, en el lugar que ahora llena nuestro diálogo, se erijan centros profanos para expansión y regocijo de los cultores de ese nuevo brote antimágico y extremadamente contaminante...

—¡Estás loco!

—Quizá. Sólo espero que un nuevo Tlacaélel surja a tiempo para evitar tan vil avasallamiento.

—Estás desvariando. Mejor ven y échame una mano con la comida, ya es muy tarde.

—¿Qué es eso?

—Un pargo bacalaodizado.

—¿Y cómo logró esa bacalaodización?

—Pues por medio de una acción bacalaodizante.

—Sí, ya sé. ¿Pero en qué consiste la acción de bacalaodizar?

—En hacer que algo se bacalaodice.

—Dejemos ya ese juego pendejo, ¿quiere?

—Qué mal genio, Eugenio. Cualquiera diría que estás desingeniado.

—Bueno, me voy a descansar un rato. Mañana continuamos con la plática...

—No, hombre, no lo tomes tan a pecho. Ven acá, te voy a enseñar la causa de tu repentina exasperanza, ¿o debería decir exaspereza?

—Dejémoslo en simple exasperación.

Don Ramón se fue hacia el interior de la cabaña y, aunque desganado, me fui tras él. Llegó ante un enorme cajón de cedro, ubicado en una de las esquinas. Y, luego de apartar varias cosas que estaban encima, lo abrió y pude ver unos pescados salados ordenados con impecabilidad en el interior del cajón.

—¿Que cómo le hago? Pues en principio he de decirte que no cualquier pescado es bueno para esto. Tienen que ser de carne blanca y resistente como el pargo, el mero, etc. Estos, como ves, son pargos. Después de capturarlos se abren al revés, es decir, no por la panza sino por el lomo; se les separa un poco la espina, pero sin desprendérsela totalmente, y se le hacen varios cortes longitudinales a la carne y procurando no cortar la piel; se lavan con detenimiento y se impregnan de sal; luego los pones varios días al sol, recogiéndolos en la noche para protegerlos del rocío, y ya que están bien deshidratados, los pasas a un lugar fresco y seco, donde corra el aire. Por último,

buscas un recipiente apropiado, como este baúl de cedro, le echas una capa de sal fina en el fondo con un poco de pimienta molida, laurel y orégano y los dejas allí guardados hasta que los necesites.

—¿Pueden aguantar todo un año?

—Y más, siempre y cuando seas cuidadoso en el secado.

—¿Y para prepararlo?

—Lo bañas varias veces en agua, hasta que se le quite la sal; y luego lo preparas como bacalao, con aceitunas, alcaparras, tomate, chile, aceite de oliva, etc.

—¿Y en qué quiere que le ayude?

—Precisamente en el lavado. Recuerda que tiene que quedar sin un grano de sal.

Nos pusimos a la tarea; y al ver don Ramón que el afán había endulzado mi semblante, me preguntó si mis demonios ya se habían ido con su intransigencia a otro lado. Le dije que me sentía algo mejor, que tales estados de ánimo eran algo natural en mí y que ya me estaba acostumbrando.

—¿Sabes una cosa? Tus planteamientos reflejan una curiosa contradicción. Por un lado ensalzas a Tlacaélel; lo consideras el gran iniciador de lo mexicano, el vencedor tezcatlipóquico-huitzilopóchtlico de Quetzalcóatl; y por el otro, hablas del fundamento artístico de la mexicáyotl, de la necesidad de artistizar la actividad productiva, tesis, por lo demás, ya planteada por Luis Racionero en España y Gabriel Zaid en México, ¿en qué quedamos, pues?

—En la incertidumbre infinita de toda auténtica búsqueda...

—¿Y las referencias antiextraviantes?

—Qué me puede importar a mí, aquí y ahora, el peligro de perderme si jamás me he encontrado. ¿No lo entiende? Para mí no hay nada sólido, definitivo, inamovible. Le apuesto todo a la pasión del momento, y lo hago con el fin de realzar al máximo los posibles asideros existenciales. Me siento como escalando un vertiginoso acantilado: puedo renunciar a continuar la ascensión acomodándome con temor en el hueco alcanzado o precipitándome de manera ritual

al fondo del abismo; pero puedo, asimismo, tratar de alcanzar la cumbre y con ella la totalidad de un ser plenamente convencido de sus logros y de sus desaciertos. ¿A qué apostarle?

—Pues a la subida, no hay de otra...

—Entonces, es inevitable el tener que agarrarme con uñas y dientes a todos los resquicios que el acantilado me ofrezca para lograr la ascensión.

—Entiendo perfectamente tu posición. Todo lo que te sugiero es que seas menos drástico y aniquilante con tus juicios. Tú mismo lo has dicho de forma admirable: ningún peldaño es el definitivo en una ascensión que no tiene fin.

—Ahí está el problema, ¡yo sí quiero que mi ascensión tenga un final!

—¿Cuál? ¿Cómo? ¿Dónde?

—Eso, justamente, es lo que estoy buscando.

—Pero pareces olvidar que la meta de toda búsqueda se logra a cada paso, a cada momento; no existe esa meta bienaventurada a partir de la cual lo deleznable se torne majestuoso, lo profano sacro, lo bélico pacífico, etc...

—Sí, ya lo sé, pero una cosa es aceptarlo en teoría y otra muy distinta afrontarlo en la vivencia. ¿No se da cuenta que todos esos ensalzamientos de Tlacaélel y lo náhuatl son intentos desesperados por tratar que lo vivido y lo pensado se fundan en una realización plena?

—Por eso, exactamente, hemos de ser más escrupulosos con nuestros juicios.

—¡Al carajo los escrúpulos! Es mi vida la que está con desesperación aferrada a la pared del acantilado, ¿no la ve? Entiéndalo, yo no podría soportar estar criticando o valorando las aportaciones de lo grecolatino y lo prehispánico, y después de la charla fantasmagórica volver a una realidad adulterada, antinatural, enajenante, que coloque a lo dialogado en un mundo bello, pleno, deseable, pero utópico por irrealizable.

—No te enfades por lo que te voy a decir, pero debes reconocer que tu ego es demasiado occidentalófilo como para que

ese legado prehispánico que tanto defiendes pueda salir al final triunfante.

—Me duele en lo más profundo esa verdad, es así y no puedo negarlo. Pero por eso, porque no estoy satisfecho con la determinación que hasta ahora ha ejercido en mí la occidentalidad, es que quiero agarrarme a la toltequidad, aztequidad, mexicanidad, o como quiera llamarle.

—¿Y por qué no miras hacia Oriente, como Schopenhauer, Borges, Paz y tantos otros buscadores no totalmente satisfechos con el legado occidental?

—A mí no me atrae el vacío, don Ramón, ni la renuncia, ni el ascetismo, ni la disolución de la conflictividad del yo en una nada ilusionante.

—¿Entonces?

—No me queda más que seguir buscando.

—No deberías desesperarte. Adentro de ti ya está en potencia el fruto, aun cuando tu exterior se manifieste a veces tormentoso y árido.

—Sí, por eso el exterior de lo azteca asusta y el de lo griego atrae. Sin embargo, sólo lo azteca atrae y repele como totalidad. Quizá ése sea el castigo insuperable de mi vida: tratar de reconciliar interminablemente lo terrible y lo sublime, lo pacífico y lo sanguinario.

—Pues no te va a quedar más que recurrir al autosacrificio disciplinario para desendiosar tu yo.

—¿Punzándome con puntas de maguey, flagelándome, ayunando?

—Forjando sin soberbia tu rostro y templando con sobriedad tu corazón.

Comimos el delicioso plato preparado por don Ramón; y éste, poseedor de una energía inagotable, comenzó a hablar de la literatura griega con una fluidez que rebasaba por completo los cauces de mi decaimiento. Le dije que estaba imposibilitado para intentar diálogo alguno, y decidimos que sería mejor dejarlo todo para el día siguiente.

Al bajar a la cabaña de don Antonio, me llamó la atención la presencia de una mujer cuyo rostro, de bien definida belleza costeña, me resultaba familiar. Saludé y me correspondió. Me eché en la hamaca con intención descansante, pero entonces apareció doña Victoria y, luego de saludarme, me presentó a su invitada como Rosalía, hermana de don Antonio.

—¿La trajo Teto? —pregunté no acordándome de haber oído el acercante ronroneo de lancha alguna.

—No —respondió sonriente la mujer—, vine por tierra caminando con mi chamaca.

Busqué de inmediato con los ojos a la niña y la encontré en un lado de la enramada jugando con los dos hijos que se habían quedado con doña Victoria.

—Pues qué bueno que ya tiene con quien platicar, doña Victoria, así no se va a aburrir.

—A ver si a Antonio no me lo retuerce la política —añadió doña Victoria—, que dice aquí mi cuñada que se está poniendo muy chilosa la cosa esa de la expropiación.

—No tengan cuidado, aquí los tienen que acomodar; ya verán que no los tiran en cualquier lado.

—¿Usted cree?

—Sin duda, siempre que estén unidos y no se vendan las autoridades.

—Eso me decía ayer Antonio —intervino la cuñada—, parece que las autoridades de Huatulco ya se están aflojando con los billetes.

—En fin, ya veremos. Me van a disculpar, pero me está venciendo la fatiga.

—Descanse usted —dijeron a coro las dos bravas mujeres.

Se me fue el resto de la tarde de un tirón, y a eso de la medianoche comencé a dar vueltas en la hamaca, atrapado por una dinámica onírica que iba de la atunidad a la tortuguisencia, de lo venádico a lo aguiliscente y, por último, me veía aferrado a una rama alternando la sabrosa ingestión de unas frutitas blancuzcas con la paranoica ob-

servación de la periferia, en busca de la furtiva irrupción de alguno de esos seres malolientes que rompen la silenciosa espesura con su paso y que arrojan, en medio de gran estruendo, unas bolitas de fuego que penetran de manera mortal a través del más sólido plumaje. Se fue diluyendo la última zoomorfización de mi soñar y semidormido oí unos pasos sigilosos que se dirigían hacia mi hamaca.

—Vamos, se nos hace tarde —me dijo don Ramón al verme medio despierto y tratando de incorporarme de la hamaca.

—¿Por qué siempre se nos hace tarde?

—Es un decir, hombre, vamos y deja las especulaciones para después de la caza.

—¿Qué caza?

—¿No oyes?

Concentré mi audición en el silencio y una lejana explosión carcajeante rompió la quietud premonitoria del amanecer.

—Están muy lejos.

—Qué va, ahí nada más tras la laguna, ¡apúrate!

Llegamos a la laguna e inmediatamente se vino sobre nosotros una agresiva vanguardia de zancudos y jejenes.

—¡Qué bárbaro! —exclamé manoteando en todas direcciones.

—Ya sienten las lluvias —dijo don Ramón—, fíjate cómo ha subido el rebalse.

Don Ramón le dio la última revisada a su escopeta y yo hice lo propio con el Remington 22. Oímos el estruendoso canto de las chachalacas ya muy cercano a nuestro estar.

—Mira —sugirió don Ramón—, tú te vas hacia la derecha y yo me sigo por aquí hasta encontrarnos al final de la huamilera, en la ceiba que está al pie del cerro; camina con mucho sigilo y mirando siempre hacia la parte alta de los árboles.

Nos separamos y me adentré hipersensibilizado en la espesura. Al rato de caminar se me levantaron, con la silbante sonoridad característica de su jético vuelo, un par de palomas arroyeras. Seguí adentrándome a través de los claros abiertos entre la nutrida maleza

y oí un sacudimiento de ramas seguido de un vuelo suave y extendido. Busqué el origen del estremecimiento y acerté a ver la huida de una espléndida ave asustada. Noté entonces que algo se movía en el mismo árbol del que habían partido las primeras chachalacas y, tras una rápida búsqueda, puede distinguir una masa negruzca contrastando con el verdor intenso del follaje. Apunté y, en el preciso momento en que el cuerpo de la chachalaca estaba en la cruz de la mira, la inquieta gallinácea se lanzó planeando por encima de mí hasta perderse una decena de metros más adelante. ¡Mierda! Soy un perfecto fracaso como cazador, me dije percibiendo ya el desagradable trotar de mi corazón. ¿Cómo carajo se podría enfriar una sangre tan caliente como la mía? Pasé bajo el árbol de donde habían huido las chachalacas y distinguí, regadas por el suelo, esas frutitas blanquecinas que de manera tan vívida había saboreado en mi sueño. Aunque con anterioridad don Antonio ya me había indicado cual era el árbol de zazanil, sólo ahora se quedaron grabadas en mi mente las características morfológicas de ese frutal que constituía el alimento chachaláquico por excelencia. Continué desplazándome en dirección a la huida de los cada vez más puteados plumíferos, hasta que volví a oír el repentino sacudimiento de las hojas seguido de un par de vuelos planeantes. Apunté con rapidez hacia el árbol y ¿milagrosamente? apareció en el centro de la mira un estirado pescuezo que remataba en una cabeza ya dispuesta a la supervisión del vuelo. Bajé un poco la mira en dirección a la masa sustentadora del paranoico periscopio y ¡piún!, se estremeció ruidosamente la arborescencia dándome a entender que había hecho blanco. Corrí enfebrecido hacia el lugar y la primera mirada no encontró lo deseado. Carajo, no es posible, estoy seguro que le di. Expulsé resignado todo el aire tensamente retenido y, usando una técnica computarizada, principié a barrer con mi mirar la totalidad del espeso ramaje. De pronto distinguí un rápido movimiento en la horqueta de dos de las más gruesas ramas del árbol; enfoqué con detenimiento la visión y allí estaba la cabeza de la asustada chachalaca mirándome con una expresión suplican-

te casi humana. Apunté a la parte visible de su palpitante pecho y ¡pummm!, un fuerte tronido enmudeció por segundos el entorno. Ya chingó don Ramón, me dije dispuesto a secundarlo. Apunté de nuevo a mi ¿agonizante? presa y ¡poing!, se vino al piso la preciosa ave comenzando una maromática carrera hacia la muerte. Me fui tras ella y ya cuando la agarré sentí sus últimos estertores en mis manos. ¡Vaya, por fin! No cabía en el gozo que me llenaba, y otra vez, pero ya sin angustia, el corazón comenzó a alborotárseme. Ni modo, me dije mientras caminaba hacia el punto de reunión, así lo quiere mi sino, todo en mí es impresionable e inquieto.

Iba así, convenciéndome mentalmente de la imposibilidad de controlarme, cuando unos metros delante de mí oigo el cacareo de una pareja de chachalacas. Caminé al ritmo entrecortado del cacareo, aproximándome mientras cantaban y deteniéndome mientras duraba el silencio, hasta que pude ver en la copa de otro árbol de zazanil a la festivocinglera pareja. Apunté a la de mayor envergadura buscando al macho y ¡poiang! Impactado frontalmente, el enorme pájaro se cayó produciendo un seco sonido al dar con su cuerpo contra la tierra.

No tuve necesidad de correr. Llegué con calma bajo el árbol y levanté la presa con una sensación más allá de la común euforia y del acostumbrado desborde taquicárdico. Sin mediar especulación alguna, se me hizo claro entonces que la causa de mi constante excitación era sin duda el miedo al fracaso, ¡yo, que toda mi vida había sido un legítimo perdedor! Jamás, desde la raíz primigenia de donde partía mi memoria, había ganado premio o concurso alguno; perdía siempre en los juegos de azar, y en la escuela, hasta la llegada a la universidad, donde cambió por completo la polaridad de la nefasta racha, fui un aspirante incuestionable a los últimos puestos, y si nunca llegué a ocupar el apestado último sitial, ello se debió a que siempre había alguien cuya evidente tendencia a la subnormalidad hacía inútiles los más denodados esfuerzos de mi parte. Pero ahora aquí estaba, al margen de toda competencia que no fuera conmigo mismo y dis-

puesto a afrontar con fiereza el desafío personal que el destino me tenía reservado. Otros tenían como referencia el vencimiento sobre los demás para encontrarse a sí mismos; yo tenía que vencerme a mí mismo para, tal vez algún día, poder hacerme merecedor del amor de los demás.

Al aproximarme a la ceiba que habíamos acordado como punto de reencuentro, pude distinguir la plateada aureola de don Ramón. Éste jugaba, ¿reminiscencias tribales?, con una ramita haciendo caprichosas filigranas sobre la tierra. Me vio venir con las manos rebosantes del chachaláquico plumaje y expresó:

—¡Caray, ahora sí que te saltaste la barrera!

—No se imagina lo que me costó la primera —dije henchido de satisfacción—. La segunda fue un disparo impecable, cayó redonda como un coco.

—Muy bien, pues con ésta que yo maté —dijo levantando otra chachalaca—, ya tenemos para prepararnos un suculento espagueti a la *porca madonna*.

En el trayecto de regreso floreció fluida una plática que del ensalzamiento de las virtudes cinegéticas pasó a la crítica filosófica de la hipertrofia racional. Don Ramón recordó que uno de los momentos cruciales en el devenir de la racionalidad occidental se dio con las búsquedas sistematicometodológicas de Descartes, Spinoza, Locke y Leibniz.

—Es justamente a partir de ese corte histórico —remarcó el viejo celta—, que la pugna entre el mundo sensciente y el mundo consciente se resuelve a favor de este último, con el consiguiente empobrecimiento de los órganos encargados de relacionar en forma directa al hombre con el mundo exterior. Después, el advenimiento de la ideología alemana por un lado, y por el otro el surgimiento del positivismo y el utilitarismo propios de un mundo en pleno proceso de tecnificación, no hicieron más que llevar al límite extremo la brecha infranqueable que aquellos cuatro filósofos habían interpuesto entre los sentidos y la razón.

—¿Pero cómo explicaría usted que los pueblos más identificados con la naturaleza, absurdamente llamados primitivos, tengan una capacidad sensorial superior a la de los más logrados modelos tecnocráticos?

—Precisamente ése es el punto de desunión. Cuanto más el hombre domina a la naturaleza tecnificándola, tanto más se tecnifica y se desnaturaliza él mismo; los sentidos pierden su natural relevancia, quedando reducidos a un vulgar empirismo, y la razón se torna en despótico arbitro de lo que se debe o no se debe hacer.

—¿Pero no le parece increíble que el ser humano haya reducido su capacidad sensciente a un nivel inferior al de la paloma, la chachalaca y el venado?

—Es el precio de la hipertrofia racional, y la verdad que, salvo raras excepciones, la determinación humana del mundo de los sentidos pertenece cada día más a las máquinas.

—¡Estamos jodidos!

—No tanto, todavía hay alternativas individuales.

—No seamos ilusos, don Ramón, cada año desaparecen millones de hectáreas de zonas boscosas y selváticas; se extinguen las especies, se contaminan y vulneran los ecosistemas...

—Bueno, no hay por qué ponerse tan negativos; cabe esperar que después del caos actual venga una recuperación de lo natural.

—Pero, ¿cómo? Dese usted cuenta que es precisamente la hiperracionalidad, y no el esplendor primigenio de los sentidos, lo que nos está llevando a la barbarie.

—Sí, sin duda, pero estamos llegando al límite; pronto vamos a ver la dinámica cambiante: un crecimiento demográfico cero o negativo; un control estricto en favor de las reservas forestales, proliferación de parques nacionales y zonas verdes...

—Está usted soñando.

—¿Acaso es otra cosa nuestra vida?

—¿Y la de los demás? Esos millones de hombres hormiga que viven amontonados en oscuras y antinaturales celdillas de cemento...

—Nada es definitivo, Eugenio, las condiciones del cambio ya están dadas: hay autoconocimiento del error y deseos imperiosos de corregirlo. Por lo demás, siempre ha habido dos formas de acometer la problematicidad de la existencia: la negativa, que por su propia dinámica interna lleva al individuo al nihilismo, al resentimiento y a la pulsión tanatofílica; y la positiva, que conduce al individuo a un estadio de esperanza, comprensión y pulsión erotofílica. Yo, en definitiva, me inclino por la segunda opción, aun cuando pueda pecar de ingenuidad y optimismo; y lo hago por la elemental razón de que creyendo en el triunfo de Eros sobre Tanatos mi vida será más llevadera y gozable.

Le dejamos a doña Victoria y a su cuñada una chachalaca y subimos al refugio de don Ramón a preparar las dos restantes. A mí me tocó desplumar las aves y trozarlas, mientras don Ramón se encargaba de alistar los condimentos. El espagueti a la *porca madonna* era otro invento del multifacético viejo; y, si bien con palomas en lugar de chachalacas, yo ya lo había probado. Por ello sabía que había que hervir durante largo rato las chachalacas; después freírlas con manteca de puerco hasta que estuvieran crujientes y doradas. A continuación se preparaba en otro sartén un rustrido de cebolla, jitomate y diferentes clases de chiles. Ya que estaba todo bien cocinado se le añadían unas cuantas cucharadas de crema de cacahuate y mermelada. Se ponía a hervir el espagueti en una cazuela; y, por último, se mezclaba todo dejando que la saborización se extendiera a todas las partes por acción de un fuego lento y prolongado.

Ni qué decir que si alguna de las partes del proceso fallaba, el resultado final disminuía la excelsitud del bocado. Empleamos casi un par de horas en llegar a la fase del fuego lento; dejamos la cazuela a la alquímica sazón de las crepitantes brasas y, luego de preparar el consabido desayuno breoganiano, nos sentamos en la terraza dispuestos a afrontar el enraizamiento literario de nuestras vivencias.

VII. ¿Literaturización o vivencialidad?

El desayuno transcurrió en un paréntesis contemplativo. El mar dejaba apenas oír su estremecimiento contra la arena, y un grupo de pelícanos, volando en victoriosa formación sobre la isla, le daba a la visión un aspecto de nostálgica aquiescencia. La profunda azulación ultramarina de la fracción intermedia, establecía una meditabunda parte de discontinuidad entre la luminosa celestidad del horizonte y la aturquesada transparencia de la liquidez cercana a la orilla. Una lancha irrumpió de pronto por el oriente, cortando con una pincelada de blanca ebullición la acentuada ultramarinidad de la apariencia. El color sorpresa, el toque maestro, pensé, mientras la blanquecina hendidura desaparecía fugaz tras la lancha. La discontinuidad heraclitiana, la oceánica inconmensurabilidad de Coleridge, la sensación melvilleana de que nada se puede hacer contra la salada inmensidad...

—¿Sabes? —expresó don Ramón sin desprender su vista del mágico cuadro—, una cosa que no comprendo, y aun comprendiéndola no la aceptaría, es cómo las culturas latinoamericanas pudieron permitirse relegar de forma tan inexplicable la grandiosa influencia del mar. Estoy convencido de que sin el influjo del mar los griegos y los romanos jamás habrían salido de la barbarie originaria de los sajones, los eslavos y los germanos. En el mar está la fuente civilizadora por excelencia, la cuna de las más grandes aventuras humanas, de la pasión deseosa de conocimiento...

—Ya nunca más, don Ramón, la fuente aventurera de nuestro tiempo está en el espacio exterior. El mar ya está al alcance de la mano y, como dijo con mucha sabiduría el viejo Jaspers: todo lo que está al alcance de la mano pierde de manera inmediata su valor.

—No digas majaderías que ofendan la condición sublime de este momento. La existencialidad jaspersiana nunca llegó a tenerse a sí misma como una totalidad. Jamás el espacio interestelar, desolado, frío, deshabitado, podrá igualar la misteriosa plenitud de los océanos.

—Cloro, aluminio, plomo, zinc, mercurio... Lo que ayer fue la ilímite dinámica de los más atrevidos sueños, hoy se está convirtiendo en un vertedero de desechos industriales.

—No negativices la grandeza de lo evidente, Eugenio, del mar salió la vida y, aún después del supuesto holocausto, el mar seguirá existiendo.

—Ya no hay más mar homérico o melvilleano, ¿no se da cuenta? Todo lo que nos queda es una especie de ensoñación baudelairiana con los pies firmemente anclados en la urbanidad del cemento.

—Yo diría más bien que los que ya no existen son los Homeros y los Melvilles que nos puedan elevar más allá de los sueños enfermizos de los innúmeros Baudelaires urbanos.

—¿Y los héroes que la *Ilíada* elevó al cielo y la *Odisea* trajo de regreso a casa? ¿Dónde están los Agamenones y los Aquiles con su arquetípica fuerza y valor, y los Odiseos con la invencible sagacidad propia de los dioses? ¿Hemos de buscarlos acaso entre nuestros inefables políticos y empresarios, o entre esos turistas lastimosos que recorren las costas de puerto en puerto sin salir jamás de sus yates confortablemente equipados?

—Ahora eres tú el que está mirando derrotado hacia atrás.

—Yo nunca me he negado a mirar hacia atrás; siempre y cuando se mire con la debida limitación espaciotemporal; de lo contrario, se corre el riesgo de quedar petrificado en un pasado sin futuro. Tal fue, creo yo, lo que le pasó a la tragedia griega: por tener su asunto encadenado en la edad heroica se quedó mirando hacia atrás eternamente.

—¿Insinúas que la tragedia griega se dio de golpe y sin evolución?

—No me estoy refiriendo a lo estrictamente cronológico; ya sabemos que la tragedia ática surgió a partir de la ritualidad dionisiaca, se sublimó en el siglo V a. C. y desapareció con la caída del poderío ateniense. Lo que yo sostengo es que la tragedia griega nació amarrada al pasado heroico y jamás pudo romper las ataduras. No sé, tal vez ése sea su mérito, ¿no?

—Querido Eugenio, te han hecho mucho daño los sofistas. Haces que la verdad de las cosas sea tu verdad; afirmas algo con total convicción e inapelabilidad y enseguida terminas abriendo un posible escape a lo imposible.

—¡Carajo, no entendí nada, maestro!

—Vamos a ver, dónde fundamentas tú el anquilosamiento de un buscador incansable como Esquilo, que no dejaba de aportar innovaciones, de aprender de todo cuanto veía, de perfeccionarse técnicamente sin descanso; o de un maestro de la caracterización como Sófocles, que elevó a rango de principios el acorde, el ritmo y la medida, que encontró la verdadera dimensión trágica de la caracterización vital en una sublimación totalizante de lo ético, lo estético y lo religioso; o de un humanista integral como Eurípides, tal vez el primer gran sicólogo de Occidente, cuya hondura de visión traspasaba los límites de lo evidente para encontrar las raíces pasionales de la experiencia trágica. ¿De dónde sacas tú, aprendiz de sofista, que estos insignes creadores fueron presa de un pasado indevenible?

—Tranquilícese, nadie le está tirando abajo su altarcito helenizante; y, por lo demás, yo no hago más que recordar la aguda observación de Isócrates, que sostenía que para los griegos la más alta admiración y estima no se deparaba tanto a las aportaciones originales, cuanto a lo llevado a su extrema plenitud. Y es lógico suponer que cuando un hacedor se esfuerza por llevar al límite el desarrollo de un legado anterior, necesariamente, y en la medida en que cumple con cabalidad su empeño, restringe el horizonte de sus indagaciones. Asimismo, cabe considerar que el continuador, en su empeño perfeccionista, desvirtúe y confunda los grandes valores que estaban latentes en el legado original. ¿No fue Aristófanes el que acusó a Eurípides de corruptor de la tragedia de Esquilo?

—Aristófanes es el padre de la crítica literaria despiadada y procaz. Y para que veas, ése sí era conservador y reaccionario; de ahí que atacara las innovaciones de Eurípides y la nueva moral que ejemplificaba Sócrates...

—¿Pues qué, es usted partidario de que la crítica literaria se limite a parabienes y falsos ensalzamientos?

—Claro que no, pero tampoco soy partidario de que se aproveche la plenitud de la libertad democrática para escarnecer en los demás los demonios que uno trae en sí mismo.

—En un régimen de auténtica democracia tanta libertad tiene el crítico para criticar como el criticado para replicar la crítica.

—Sí, es como si me dijeras que en una determinación beligerante tanto derecho tiene el atacante para destruir como el atacado para contraatacar. Sin embargo, el ideal libertario se centra precisamente en todo lo contrario, es decir, el respeto de lo ajeno como base de toda acción individual.

—Usted sabe muy bien que la gran sentencia de Juárez nunca podrá ir más allá de los dominios de la teoría.

—¿Por qué tiendes siempre a globalizar? Parece ser que para ti o todo es blanco o todo es negro. Donde no hay perfección total y absoluta, todo es imperfecto Si en algunos malhadados regímenes la libertad es coaccionada y perseguida, es que la libertad como tal es imposible o, cuanto más, sólo puede existir en los etéreos dominios de la teoría.

—Yo no niego la libertad existencial, desde el momento en que existen tantos hombres dando su vida por conseguirla; tampoco sostengo el ideal de una bienaventuranza eterna. Cada individuo, cada grupo, cada clase, cada nación, tienen su propio concepto de la libertad. Éste es el problema: ¿cómo reconciliar de manera armoniosa tantas libertades?

—Ahí es donde reside una de las más características aportaciones de los griegos, en evitar los excesos, en aceptar los límites de la libertad personal. Ya Sófocles sostenía que la falta de medida es la raíz de todo mal. No puede existir ninguna duda de que los griegos fueron los más grandes cultores de una dinámica vital antiexcesiva; la sencillez y la sobriedad son constantes del quehacer helénico...

—Permítame discrepar un poco de su panegírico; pues, si hemos de ser justos en nuestras opiniones, necesario es reconocer que tanto o más sobrios y sencillos que los griegos fueron los nahuas. Ahí están los *huehuetlatolli,* recogidos por el admirable fray Andrés de Olmos, como ejemplo del respeto sagrado a las normas éticas, la crítica a los excesos viciantes; y la moral pública, nítida, transparente, inviolable, como corolario de la entereza y la integridad de la moral individual.

—¿Y los excesos religiosos y sacrificantes?

—La excepción azteca...

—Yo diría, más propiamente, la regla.

—¿Y las orgías dionisiacas y la pederastia de los viejos salaces pervertidores de la juventud? Y qué decir de los excesos amorales que brotan aquí y allá, a lo largo de toda la literatura heroica, como flores ponzoñosas nutridas en un repulsivo estercolero: Amíntor, el padre de Fénix, disputa con su hijo para quitarle su amante; abandona a su esposa, y el hijo, impulsado por la abandonada madre, corteja a la amante y se la sustrae. La bárbara Medea, que mata a sus hijos para ultrajar a su desleal marido. Y no se trata de costumbres de guerreros embrutecidos, como señala con certeza Jaeger, sino que todo ocurre en tiempos de paz. Y qué decir del ofrendamiento de las siete doncellas y los siete donceles al monstruoso Minotauro. Y los sacrificios humanos ritualizados en el monte Lycaetos por los descendientes de Atlamas. Y las víctimas ofrecidas a Dioniso en Chío y Tenedos, en Potnia y en Orcomenos. Y los bárbaros lapidamientos practicados en Targelia y Abdera... ¿Y habla usted de excesos? ¿Y qué es toda la *Ilíada* sino una magistral narración de los más salvajes instintos sanguinarios?

—¿Quién te manda ir al estercolero, muchacho, habiendo tan bellos jardines admirablemente cultivados? Además, ¿no es la esencia de la tragedia el conocimiento de los límites de la pasión humana a través del dolor? No puede haber grandeza sin dolor. Sólo el que conoce los límites del sufrimiento puede alcanzar la verdadera felicidad.

—Por eso en Grecia se sublimó lo dramático como literatura, mientras que en el Anáhuac se sublimó como vivencia. Los griegos fueron prisioneros de la idealización del pasado como un acontecimiento heroico inigualable; de ahí la celebración literaria. Los nahuas, por el contrario, miraban siempre hacia delante, viviendo y muriendo día a día con el astro supremo Tonatiuh...

—Quizá por eso la cultura del Anáhuac alcanzó sus más altos vuelos con los cantos de desolación. La efímera condición de lo existente, la insignificancia del paso por la tierra, tan sincera y profundamente cantadas en los *icnocuicatl*, son, tal vez, el límite de un quehacer dramático que no pudo trascender los dominios de la vivencia para sublimarse como literaturización. ¿Trajiste la obra de Garibay?

—Sí, se la dejé sobre el escritorio.

—Hazme el favor de ir por el primer tomo.

Me levanté y fui a buscar el libro solicitado. En el trayecto se me vino a la mente, en forma sintética, la obra culminante de Garibay, escrita en un lenguaje transparente, poético, casi intemporal. Sin embargo, al tomar el primer tomo entre mis manos recordé que en ninguna obra de tanto mérito había encontrado tal cantidad de: "esto no lo tocaremos aquí", "dejamos este punto para autores más especializados", "este tema no es de nuestra incumbencia", etc. ¿Resabios teológicos? Cuando ya me regresaba, oí la potente voz de don Ramón atravesando la pétrea solidez de la cabaña:

—Tráeme también la libreta de notas que está sobre mi mesa de trabajo.

Regresé con el libro y la libreta, y don Ramón se dedicó a buscar lo deseado.

—Aquí están —dijo al fin—, te voy a leer dos de los fragmentos dramáticos más bellos y significativos de la sublime desolación de la poesía náhuatl:

> De igual modo me iré
> que las flores que fueron pereciendo...

¿Nada será mi nombre algún día?
¿Nada mi fama será en la tierra?
¡Al menos flores, al menos cantos!
¿Qué hará mi corazón?
¿En vano venimos y pasamos por la tierra?

—Y escucha este otro:

¡He de irme, serán llevadas las flores de mi alma:
se desgranarán las esmeraldas,
el precioso joyel que vino a ser perfecto,
sin tener en la tierra en parte alguna
modelo que imitar...!

—¿Qué te parecen, eh?

—¡Extraordinarios poemas! Sin duda alguna son modelos de valor universal. En cierta manera me recuerdan la grandeza dramática del mejor Esquilo, cuando Casandra le anuncia a Agamenón la inminente muerte de ambos; las últimas palabras son de un patetismo increíblemente emparentado con la excelsitud de la icnocuicatlidad náhuatl:

¡Menguada vida humana! En la fortuna
es sombra nada más; y en la desgracia,
pintura frágil que una esponja borra.

—¡Qué sobriedad, qué sencillez, qué contundencia dramática!

—En vista de estos ejemplos, don Ramón, es cuando uno percibe la vanidad egocéntrica de las alambicadas búsquedas literarias de nuestro tiempo.

—Eso no es cierto, Eugenio, en nuestro tiempo tenemos también búsquedas que serán ensalzadas en el futuro al lado de los grandes clásicos de todos los tiempos...

—¿Cuáles?

—No quiero ahora entrar en ese tema; simplemente te voy a nombrar a un autor que en nada desmerece al lado de los grandes griegos, Shakespeare o Cervantes: Borges.

—¡Joder!

—¿Qué?

—Tendríamos tema controvertible para rato.

—Ya lo tendremos, no te preocupes. Volviendo a lo que ahora nos ocupa, ¿no te parece extraño que un pueblo tan vivencialmente trágico como el azteca no haya logrado sublimar la tragedia como literatura?

—No olvide que la escritura de las culturas del Anáhuac era en gran parte figurativa. Cierto que había símbolos puros que no figuraban en la cosa; se estaba ya en camino del fonetismo silábico, en vías de lograr la fusión de lo figurativo, lo simbólico y lo fonético. Fue la Conquista la que impidió dar el paso desde ese estadio próximo a los ideogramas chinos, a la representación jeroglífica egipcia y al mundo sistemático del lenguaje. Pero no cabe duda de que, como sostiene Garibay, aquí se estaba ya en vísperas de pasar de lo ético, lo histórico y lo cronológico a lo estrictamente literario.

—¿Cómo es eso, acaso lo poético no era en el Anáhuac, como en Grecia y las grandes culturas antiguas, la forma originaria por excelencia?

—Claro que sí, pero lo que yo quiero decir es que aquí, exceptuando dos o tres sagas y algún fragmento épico, lo fundamental que se conserva son documentos éticos como los recogidos por Olmos en el *Huehuetlatolli* y por Sahagún en su célebre "Libro Sexto"; o históricos como la *Crónica mexicáyotl,* la *Historia tolteca-chichimeca,* los *Anales de Cuauhtitlan,* la *Historia de la nación chichimeca,* etc. Y ya a otro nivel, hay que considerar también el *Tonalpohualli,* libro astrológico; el *Xiuhámatl,* libro de los años; y el *Temicámatl,* libro de los sueños.

—¿Y qué me puedes decir de ese libro de los sueños?

—Nada, más allá de lo que nos dice su nombre. Se sabe que existía y punto.

—Ahí tendría que haber hermosos vuelos ficcionantes.

—Creo que existe una fuente, aunque la verdad, polémica, donde se puede rastrear algo al respecto.

—¿Cuál?

—Los libros de Castaneda.

—Ummm...

—Estoy pensando en volverlos a leer con más detenimiento. Tengo la impresión de que las enseñanzas de ese tal don Juan están con firmeza enraizadas en la concepción del mundo que se impartía en el Calmécac y el Telpochcalli.

—Es una verdadera pena que lo que se ha perdido de las grandes culturas supere con mucho a lo que conservamos. Tan sólo el hecho de pensar que de lo griego nos ha llegado una décima parte de lo que existió, me produce vértigo.

—Ésa es la némesis del proceso civilizatorio: no hay progreso sin destrucción.

—Habría más progreso si existieran menos bárbaros dirigiendo nuestros destinos.

—Llegamos a lo de siempre, don Ramón: la utopía como compensación.

—En fin, ¿qué te parece si abrimos un paréntesis chachalaquicófago?

—¿Tiene hambre?

—Hombre, la verdad no mucha, pero si nos echamos un mezcalito tal vez se alboroten los bichos.

Se oyó un retumbante tronido y al voltear en dirección a su procedencia vimos una negra condensación de nubes.

—Pronto van a venir las lluvias —expresó don Ramón—, es increíble cómo se estira aquí la noción del tiempo. Tengo la sensación de que han transcurrido varios años desde aquel día en que te encontré con Antonio.

—La nostalgia envejece, don Ramón. Mejor vamos a echarnos ese trago presentaneizador, de lo contrario terminaremos interiorizándonos de manera lacrimosa en la irrepetibilidad del pasado.

—Tienes razón, cada vez que pienso en Galicia se me amortaja el corazón.

—Ya ve, don Ramón, la vivencia es más fuerte que la especulación.

—No, Eugenio, cuando se vive en, por y para el conocimiento, vivencia y especulación se funden en un todo indivisible.

—¿Entonces, por qué rechaza usted hablar de Galicia y su pasado celta, mientras que en lo griego está continuamente regocijándose?

—Será porque lo celta lo llevo calladamente en la sangre, mientras que lo griego vibra sin cesar en mi mente.

—Lo que yo creo, don Ramón, es que su generación sufrió de lleno el proceso de mistificación judeocristiano. Estoy convencido de que, al igual que aquí se comienza ya a mirar con respeto y admiración las culturas prehispánicas, las nuevas generaciones gallegas van a entregarse a una revaloración histórica del legado céltico.

—Esperemos, querido amigo, que tal revaloración no culmine en una atomización fanática y suicida.

—No existen los cambios sin riesgos, don Ramón; por lo demás, a todos nos consta que las directrices históricas del presente están peligrosamente agotadas.

—Qué va a ser, hombre, lo que sucede es que nunca antes se había tenido un conocimiento tan exhaustivo y abarcador como ahora lo tenemos gracias al desarrollo excepcional de los medios de información.

—De desinformación querrá decir.

—Mira, Eugenio, lo que ocurre es que vosotros los jóvenes estáis abrumados por tanto conocimiento heredado; no sabéis cómo hacer, ni por dónde empezar para abrirle camino a vuestro febril deseo de originalidad.

—Puede que tenga razón, pero la determinación del devenir histórico es inapelable: hay que derrocar para aportar.

De pronto don Ramón se quedó silencioso, con la atención dirigida a la percepción de algo para mí inexistente.

—¿No oyes?

Orienté mi oído derecho, pues el izquierdo continuaba todavía dañado, en todas las direcciones y no pude captar algo significativo.

—Es el ruido de una lancha —dijo convencido don Ramón—, y se está aproximando a la playa.

Nos acercamos al terraplén en busca de una mejor posición observante y vimos que, en efecto, una lancha se arrimaba muy despacio a la playa. El mar estaba bastante golpeado en esa parte y la lancha subía y bajaba de manera aparatosa por efecto de las marejadas.

—Les va a costar un susto —comentó susurrante don Ramón.

—Parece Teto —señalé.

—Carajo, qué vista tienes, no oirás nada pero tu visión es de águila. Tráete los prismáticos de adentro, vamos a ver qué tan cierto es lo que dices.

Fui al interior de la cabaña y agarré el estuche de cuero donde estaban los binoculares. Se los di a don Ramón y, mientras éste abría el estuche y sacaba los binoculares, observé cómo el supuesto Teto dirigía una maniobra bastante complicada. Desde la proa de la lancha alguien arrojaba un grampín y, sujetando la cuerda con las manos, iba dejando que la lancha se aproximara despacio a la orilla.

—Sí, es Teto —dijo don Ramón acercando la maniobra con sus binoculares—, y viene también Antonio.

Enseguida surgieron unas olas amenazantes y el pescador que agarraba la cuerda tiró con fuerza de ella para pasar a duras penas el estallido envolvente de la primera ola. Estuvieron así un rato, hasta que el empuje marino pareció calmarse un poco; entonces el pescador soltó rápidamente toda la cuerda, permitiendo que la lancha llegara a la orilla. Un hombre saltó con agilidad a tierra y el pescador volvió a jalar con rapidez la cuerda. Vi que el que saltó hacía algunas señas a la lancha y ésta se alejó a toda máquina mar adentro.

—Este Antonio es increíble —dijo don Ramón sin apartar los binoculares de sus ojos—, acaba de cumplir sesentaidós años y fíjate qué agilidad y fuerza tiene.

—¿Y qué me dice de la maniobra de Teto?

—Un buen pescador hay que reconocerlo, yo nunca me hubiera atrevido a hacer tan peligrosa maniobra. ¡Qué bárbaro! Mira esos arcos, podría pasar por allí con holgura una pelea de perros.

Agarré los binoculares y centré la imagen de don Antonio caminando por la playa. La increíble convexidad de sus piernas le daba a la figura caminante tan cómico bamboleo que terminó venciéndome la risa.

—Ésa era una imagen común en los tiempos heroicos del caballo —expresó don Ramón—, ahora lo común son unas nalgas deformes y flácidas; tal es el precio estético del paso del caballo al auto y al escritorio.

—¿Quiere usted decir que las piernas de don Antonio están así por haber montado a caballo?

—Cientos de horas, tal vez miles. Ese hombre era un jinete consumado.

Nos sentamos de nuevo en la terraza, pero ya acompañados por el delicioso encendimiento del mezcal; y, como si estuviera viendo todavía la singular maniobra de la lancha, don Ramón expresó:

—Resulta sorprendente comprobar que lo que para nosotros es heroicidad, para esta gente es una rutina cotidiana.

—Es el mundo del espectáculo, don Ramón, el individuo urbanizado ya no busca la realización personal en la acción misma como un fin, sino en la celebración colectiva. La conciencia expectante desplazó a la conciencia actuante. Y cuando un hombre actúa para los demás, la vida se hace teatro; todo se duplica.

—Sí, tienes mucha razón. ¡Qué diferencia con los griegos! Hicieron del teatro vida, por eso le concedieron tanta importancia a la dramaturgia. Sólo por medio del auténtico teatro al hombre le es dado poder reinventar su vida. De ahí el amor desmedido a la

tragedia, el más extraordinario puente de enlace entre la Historia y la vida...

—¿Acaso puede existir una vida sin historia y una historia sin vida?

—Lo que yo quiero decir es que los griegos vieron como nadie que la dinámica teatral consistía, precisamente, en sublimar lo histórico, en hacer que la vida como historia y la historia como vida se fundieran en una nueva espaciotemporalidad con sus propias normas trascendedoras de la rigidez de lo vital y lo histórico.

—Yo creo, don Ramón, que la tragedia no deja de ser una representación excesiva de lo histórico. Las tragedias son, por naturaleza únicas, irrepetibles; de ahí que el punto débil del teatro sea fatalmente la repetición.

—No estoy muy de acuerdo contigo. Es innegable que cuando una tragedia es bien representada, sin importar el número de veces que se haga, es todo un acontecimiento.

—¡Espectacular!

—¿Acaso son extremos irreconciliables arte y espectáculo?

—No, siempre y cuando la obra sea original y plena en el sentido estético. Una obra que se limite a remedar un modelo ajeno o a repetirse de manera enajenante a sí misma, podrá ser un espectáculo atrayente, pero ya no será una aportación artística. Recuerde que toda repetición es una farsa.

—Estás loco, muchacho, si pretendiéramos que todo fuera único e irrepetible, la vida sería un caos.

—Quizá esté usted en lo cierto, pero sería un caos original y no un caos repetitivo como el que ahora vivimos. Por lo demás, a lo que yo quería llegar es que, a diferencia de lo que sucede en nuestros días, donde toda actividad artística es devorada de forma inapelable por el mundo del espectáculo, en las culturas antiguas el fin originario de la actividad artística no estaba desvirtuado: Homero componía para la recitación; los poemas nahuas eran hechos para ser cantados con música y baile, o para ser recitados en floridos coloquios.

—Sí, nadie niega eso. Pero.

—¿Ya arreglaron el mundo? —dijo don Antonio apareciendo de improviso.

—Hombre, Antonio, pásale. Ya pensábamos que estabas preso en Oaxaca —expresó don Ramón alegremente.

—A como van las cosas, quién sabe.

—¿Qué, nos van a echar por fin?

—Pues la verdad que está duro el asunto. De momento ya están pagando los terrenos de cultivo.

—¡Ah caray!, ¿y mi huertito?

—También.

—¿También qué?

—Se lo van a pagar.

—¿Y a cuánto están pagando la hectárea? —pregunté.

—Pues asegún, pero no pasa de los cuarenta mil pesos.

—¿Y los frutales? —insistí.

—Si están grandes a mil pesos y el pozo a quince mil.

—¡Qué hijos de la chingada! —exclamé furioso.

—Ahí tienes, querido Eugenio —intervino muy calmado don Ramón—, las consecuencias de un Estado patológicamente poderoso. De un plumazo del todopoderoso tlatoani, veinte mil hectáreas pasan de la determinación civil al usufructo de los comejénicos burócratas; y todo, obviamente, por el consabido bien de la nación.

—¿Y las viviendas? —pregunté a don Antonio.

—Hasta ahora nos han dicho los ingenieros de FONATUR que se le va a dar a cada quien un lotecito de veinte por veinte; pero la mera verdad es que todo es un desmadre.

—¿Y qué piensan hacer ustedes?

—Pues entrarle, no nos queda de otra.

—¿Entrarle a qué?

—A la lucha. Ya los de Coyula y El Arenal, que son los que más tierras de cultivo tienen, se están negando a la entrega.

—¿Y los pescadores de Santa Cruz?

—Jíjole, es un desmadre, nadie está de acuerdo. Nos ofrecieron, además del lotecito, lanchas y aparejos, pero unos dicen que todo eso es pura chingadera y que lo que van a hacer es echarnos al otro lado de la carretera, a los cerros.

—¿Un mezcalito para el mal paso, Antonio?

—Pues nos lo echamos, don Ramón.

—¡Salud!

—¿Y qué piensa usted de todo esto, don Antonio?

—Pues qué voy a pensar, que así es nuestro gobierno, chinga al que no tiene para dárselo a los que tienen.

—Todo esto, amigos míos, es la inevitable consecuencia del absurdo y anacrónico régimen de tenencia de la tierra que priva en nuestro México. Se mantienen, supuestamente en favor de la economía campesina, las antiprogresivas y antiproductivas formas de propiedad ejidal y comunal; y luego, por orden del innombrable, se desaloja a los campesinos con represión para que los grandes consorcios transnacionales y la mafia política hagan entrar al país en la quimera del desarrollismo.

—Es increíble que de un plumazo el hábitat natural de venados, mixilotes, pumas, jabalíes, chachalacas y un etcétera interminable de gozosas formas de vida, se vaya a transformar en campos de golf, clubes recreativos, albercas y discotecas para deleite de unos individuos que se escandalizan porque alguien golpee a su perro o porque los esquimales están extinguiendo las especies que le sirven de sustento. Y luego dice usted don Ramón que no hay que ser tan drástico ni pesimista...

—Bueno, la verdad es que hubiera sido mejor que hicieran de toda esta incomparable zona un parque nacional o algo semejante, pero tampoco era lógico esperar que esto siguiera así, salvajemente desconocido.

—Mejor desconocido que destruido.

—En fin, esperemos que respeten a los nativos y que no los manden a una cloaca periférica como hicieron en Acapulco y Cancún.

—Más que de optimista, usted a veces peca de ingenuo..., don Ramón.

—Prefiero ser ingenuo, como tú dices, y no terminar con el hígado destrozado o con los intestinos amargándome la vida, ¿o no es cierto, Antonio?

—Pues yo creo que el destino es sabio; lo que tenga que ser será, y más vale no agriarse la vida.

—Están hablando como dos viejos resignados al sacrificio.

—Tal vez, pero no como dos pendejos. De jóvenes radicales, querido Eugenio, está empedrado el mundo del olvido. Hay un dicho gallego muy pertinente al respecto: *leña verde e xente xoven todo é fume*.

—Mejor voy a calentar esas chachalacas antes de que nos las expropien. ¿Ya comió usted, don Antonio?

—Desayuné muy tarde, gracias.

—¿No me irá a rechazar mi cacería?

—Ya me dijo mi mujer que hoy encontraron abierta la pollería, ¿qué, estaban de oferta?

—Bájele, don Antonio, el hecho de que aún no haya podido matar un venado no le da derecho a tratarme de inútil.

—¿No fuiste a espiar al palo de ciruela?

—Apenas me estoy reponiendo del oído.

—Bueno, pasemos a la mesa —dijo don Ramón.

Nos sentamos a comer en silencio, embargados por los oscuros presagios expropiantes. Hubo un esforzado comentario sobre la exquisitez de las chachalacas, pero todos comprendimos que el dolor del corazón imposibilitaba la gozación de los sentidos. Dejamos más de la mitad de lo servido y don Antonio se levantó diciendo que tenía que buscar con su mujer unos papeles que le urgían, pues mañana mismo, muy temprano, tenía que regresar caminando a Santa Cruz.

—Sí —dijo don Ramón secundándolo—, lo mejor es desprenderse de la negatividad de estas noticias, y no hay mejor forma de desprendimiento que una buena siesta.

Luego de despedirnos, bajé con don Antonio a su cabaña y me pasé el resto de la tarde recostado en la hamaca leyendo sobre las esplendentes creaciones de un México belicoso y sacrificante, gobernado por sacerdotes y guerreros, pero de tal justicia e integridad que hacía que se vieran absurdas y arbitrarias las disposiciones tomadas por los actuales burócratas pregoneros de la paz. Nepotismo, corrupción, fuga de capitales mal habidos, acarreos, manipulación, especulación agrícola y financiera. Ninguna de estas lacras existía en el majestuoso Anáhuac antes de que llegaran los españoles. "¡Coño, quién os manda haber asimilado lo peor!", resonó estentórea en mi interior la voz de don Ramón.

No amanecía aún, cuando las manazas de don Ramón cayeron sobre mi sueño.

—¡Vámonos!

Vi que la oscura masa se alejaba con paso sólido hacia la playa y, sin pensarlo dos veces, me tiré tras ella. Don Ramón comenzó a acelerar el paso y ya cuando entramos en la playa estábamos en plena carrera. Recorrimos toda la playa de ida y vuelta y, sin dejar enfriar el cuerpo, don Ramón empezó una serie de ejercicios de aflojamiento de músculos y articulaciones; repetimos luego veinticinco veces cada uno de las flexiones de piernas que siempre hacíamos, y a continuación don Ramón me dijo que íbamos a templar un poco los músculos del abdomen y la cintura. Me indicó que me sentara con las piernas lo más abiertas posibles y que me relajara; en seguida se sentó sobre mis espaldas obligándome a flexionar. A las primeras presiones creí que se me iba a romper la columna, pero ya que estuve relajado comprobé con gran sorpresa que podía tocar la arena con la barbilla. Este detalle me infundió una inesperada energía y me disparé siguiendo a don Ramón en toda una serie de ejercicios que años atrás el sólo hecho de pensarlos me daba una pereza infinita. Don Ramón, viendo las ganas con que hacía los ejercicios, me dijo que lo siguiera hacia su cabaña, que me iba a enseñar la segunda parte de lo que él llamó la "primera fase disciplinante". Lo seguí hasta su

cabaña a trote lento pero constante, y al llegar a los primeros metros de la pronunciada subida sentí que las piernas se me acalambraban. Vi como don Ramón se iba sin romper su ritmo y me resigné a caminar tras él hasta llegar a la cima. Cuando alcancé la cabaña no vi a don Ramón por ningún lado. Habrá ido al baño, me dije mientras me reponía del fatigante ascenso. De pronto oí que la voz de don Ramón me llamaba desde atrás de la cabaña.

—Ven, no te vayas a enfriar —me gritó urgiéndome con su mano.

Me fui hacia él y me introduje por una veredita que me llevó justo al borde de una sorprendente fosa agonal. Se trataba de un círculo de algo más de tres metros de diámetro, cavado a un metro de profundidad y al que se llegaba a través de unos sólidos escalones de piedra. El piso estaba completamente tapizado de reluciente arena de la playa, y sobre el mismo se levantaba un extraño tinglado, conformado por dos horcones de preciosa madera labrada con mil filigranas y una rojiza solera de cuyo punto medio pendía un enorme costal de cuero negro. Noté que el suelo estaba un tanto inclinado hacia un lado y que justo en el borde inferior de la fosa había una hendidura que se prolongaba varios metros más allá de su origen.

—¿Y eso?

—Es para cuando llueve recio —señaló don Ramón parándose en posición de combate ante el costal—. ¿Has golpeado alguna vez un costal?

—No, nunca.

—Ven acá, vamos a ver qué tan bien has aprendido los golpes que te enseñé.

Me dijo que me parara en la posición en que él estaba y que comenzara a golpear el costal suavemente, como si fuera a platicar con él. Al primer golpe, que di con una fuerza bárbara, creí que se me deshacía la mano. Don Ramón me repitió que lo hiciera más despacio, tratando de centrar todo el impacto en los nudillos de los dedos anular e índice. Volví a golpear, ya más calmado, siguiendo la voz de don Ramón que me gritaba:

—Arriba, abajo, dos arriba, dos abajo; busca la frente del rival, la barbilla, el estómago; así, uno-dos, uno-dos, uno-dos.

—¡Ufff! —exclamé sacudiéndome las manos.

—Ven acá, muéstrame los puños, ¿te das cuenta? Has golpeado con todos los nudillos y hacia arriba en lugar de inclinar un poco el puño hacia abajo; por eso te has despellejado las manos.

Miré las manos, que me escocían dolorosamente, y comprobé que los nudillos y las coyunturas estaban cubiertos de sangre.

—Fíjate bien —me dijo don Ramón colocándose de nuevo frente al costal—, si no hay una relación metodológica entre lo golpeante y lo golpeado, la dinámica del impacto pierde su efectividad y se revierte contra su origen.

Comenzó a bailar de manera sincronizada con sus piernas, y sus brazos iniciaron un disparamiento rápido y de creciente contundencia contra el costal. Pronto el costal comenzó a oscilar sacudido por los impactos y, ya en pleno éxtasis golpeador, el sorprendente viejo soltó la energía de sus sólidas piernas, haciendo una verdadera exhibición de las más efectivas patadas de karate. Los impactos resonaban fuertes y secos, y el esforzado celta expulsaba un extraño chiflido cada vez que disparaba uno de los innúmeros golpes contra el costal. Se hizo así una curiosa orquestación de golpes y chiflidos que culminó en un crescendo rubricado con una excepcional patada circular. Don Ramón hizo una inclinación ritual ante el costal y se sentó sobre sus talones, con las rodillas apoyadas en la cortante arena del basamento. Estuvo así por espacio de dos o tres minutos controlando la respiración hasta que, de un salto, se levantó y se vino hacia mi encuentro.

—Mira —dijo enseñándome las manos.

Tomé sus enormes manos entre las mías y vi los nudillos del anular y del índice recubiertos de un enorme encanecimiento enrojecido.

—¡Qué bárbaro! —exclamé al ver esas protuberancias tan agresivas—. Con un golpe de estos puede matar a cualquiera. ¿Y cómo ha hecho para lograr esos crecimientos coriáceos?

—Pues, para empezar, es necesario templar las manos introduciéndolas en arena muy caliente. Aquí lo mejor es hacerlo en la playa cuando el sol esté calcinante. Después no queda más que golpear infinidad de veces el costal, hasta que se pase ya más tarde a la fase de rompimientos.

—¿Y es indispensable todo eso?

—El primer maestro que tuve, el coreano Lee Young, decía que así como la naturaleza de todo árbol es dar frutos, los rompimientos son el fruto del karate; pero para ti, que apenas estás empezando, te basta con el golpe del costal.

—¿Y qué tiene el costal adentro que parece piedra?

—Arena muy fina.

—Carajo, con razón sentía que se me rompían las manos.

Nos fuimos hacia la cabaña y, luego de darnos unos jicarazos, nos pusimos a preparar el desayuno.

—La verdad que el karate me está llamando mucho —le dije a don Ramón cuando ya estábamos sentados en la terraza desayunando—, lo único que me produce cierto reparo es el hecho de que la práctica tenga que cotidianizarse.

—No hay tal cotidianización —expresó don Ramón convencido—, cada quien debe encontrar su frecuencia ejercitante; de la misma manera que cada quien tiene sus golpes predilectos que practica con más frecuencia e intensidad que los otros.

—¿Y cuáles son los suyos?

—Bueno, a mí me han gustado desde el principio tres patadas con sus variaciones respectivas: la patada de lado, que es rápida, incisiva y casi imparable; la patada frontal, saltando hacia delante; y la patada circular, que es muy bella y efectiva. Lo importante de todo esto, Eugenio, es la constancia o metodologización del ejercicio. Hay momentos en que no puedes, por múltiples razones, entregarte al ejercicio, eso no importa mucho, pero cuando el cuerpo comienza a decirte que lo necesita de manera inaplazable, entonces todas las demás determinaciones pasan al segundo plano.

—¿Qué tan importante es el karate en su vida, don Ramón?

—Buena pregunta. La verdad que si tuviera que hacer un esquema valorativo de mis determinaciones vitales, lo pondría así: satisfacción de las necesidades básicas, karate y conocimiento. Las tres son indispensables para mí; si se produjera un quebrantamiento en alguna de ellas toda mi estructuración existencial se vendría abajo.

—¿No le parece extraño que este tipo de disciplinas guerreras no hayan tenido el menor eco entre los intelectuales, artistas y científicos?

—Es por la nefasta aureola de violencia con que se las ha rodeado, pero te garantizo que si los sabios citadinos se entregaran a alguna de estas prácticas desaparecerían los retorcimientos metamundanos, la acidez y la agresividad que tanto caracterizan a los sabios actuales. Sin embargo, querido Eugenio, hemos de reconocer que cada quien es libre de seguir los dictados existenciales que más le convengan. Nadie puede hacerse tonto a sí mismo, y lo ideal es que existan infinitos ideales; desde el antigozoso ascetismo cristiano hasta la apacibilidad de los budas barrigones y conformistas.

—¡Un estercolero de deformidades!

—A veces, inflexible Eugenio, en los estercoleros crecen las más esplendentes flores.

Nos levantamos y, mientras don Ramón iba a cumplir con su rutina deyectante, yo me dediqué a preparar una jarra de limonada. Terminada la preparación del refresco, regresé a la terraza. Estuve un rato recreando la visión en la marina lejanía hasta que una pregunta, que desde tiempo atrás deseaba hacerle al férreo celta, se adueñó de mi intención. Al regresar don Ramón, lo abordé inmediatamente.

—¿Por qué no eligió para vivir una isla del Mediterráneo español o, como Durell, un lugar de la amada Grecia?

—Yo no elegí, me eligieron.

—¿Cómo es eso?

—Es algo que ahora no te puedo explicar porque te confundirías y quizá cambiaras el cauce de tu actual discurrimiento.

—¿Tanto así?

—Creo conocerte un poco como para saber que tu lucha actual te zarandea con violencia entre la magia y la ciencia.

—Cierto, pero por momentos tengo la creencia de que la solución es el arte.

—Las creencias no sirven para nada; son máscaras que desvirtúan la realidad del verdadero rostro.

—Está bien, digamos entonces que por momentos tengo la seguridad de que el arte es la sublimación de lo mágico y lo científico.

—Esa es una vil mentira. Tal vez sepas teóricamente en qué consiste la ciencia, pero lo artístico y lo mágico sobrepasan toda pretensión teórica.

—¿Y qué sabe usted al respecto?

—Que cada quien debe encontrar sus propios límites.

—Vamos, don Ramón, ¿a qué viene tanto misterio?

—Tal vez algún día lo sepas por ti mismo.

—¿Usted lo supo por sí mismo?

—Ciertamente a mí me ayudaron. Mi vivencia artística es indirecta, adquirida a través de una larga convivencia con un auténtico hacedor de arte, y mi vivencia mágica es intransferible.

—¿Ese artista del que habla era su mujer?

—Sí.

—¡Carajo, si no quiere hablar dígamelo y me voy!

—No quiero hablar sobre eso, ya te lo he dicho. Pero podemos hablar sobre otras cosas.

—¿Qué cosas?

—Podemos volver a la plática que suspendimos con la llegada de Antonio.

—De acuerdo, ¿qué piensa de la iniciación eleusíaca?

—¡Coño, ya deja de hacerte el tonto!

—Bueno, ni modo, ahí nos vemos —dije levantándome en forma impetuosa de la mesa.

—Ven acá, muchacho, siéntate y escúchame. Conocer por conocer es dar pie a la locura, ¿me entiendes? Debes sosegarte, dejar de combatir al tiempo y no desesperarte por lo mucho que te falta por aprender. El camino del conocimiento no tiene fin; por eso, el que se esfuerza por terminar demasiado aprisa su aprendizaje, lo más seguro es que se extravíe o que sucumba al tomar una parte por el todo. ¿No has visto lo que le ha sucedido a tu afiebrada generación? Quisieron abarcarlo todo, deshacer mitos, romper ritos, hacer de la existencia una gozación sin límites, ¿y qué lograron? Una profanación anonadante; cayeron en la desesperanza, en el vicio, en el abandono. Fueron vencidos por un querer que desconocía su origen y su fin; negaron el pasado y se quedaron sin futuro. ¿Es eso lo que quieres?

—Yo lo que quiero, don Ramón, es conocer; tener un rostro propio y un corazón bien templado...

—Pues no tienes más opción que seguir macheteando. Entiende que apenas estás despejando la maleza que obstruye la floración de tu querencia; después, cuando ya hayas limpiado de abrojos tu camino, podrás cultivar tu parcela mental. ¿Te das cuenta de que desde que llegaste aquí no has hecho florecer vida alguna?

—¿Acaso todos debemos ser agricultores?

—No, claro que no. Tampoco todos hemos de ser tlamatinime, pero el que busca cultivar su mente debe aprender antes a cultivar la vida, y la forma más sana y sensitiva de cultivo vital es la vegetal. ¿Has conocido algún gran agricultor que no sea un gran ser humano? El cultivo de las plantas humaniza, Eugenio; cuando uno las siembra, siembra con ellas su esperanza; al regarlas y cuidarlas, riegas y cuidas tu esperanza; y si por algún motivo se muere alguna de las plantas que tú has energizado, se muere también parte de tu energía. Recuerda esto para lo sucesivo: un amante de las plantas es un amante de la vida y de la humanidad. Ahora estás aquí, en el tró-

pico, en el mar, y aquí la vida es dura, inclemente, agresiva, pero embarnecedora; tal vez algún día descubras el otro extremo, la montaña mágica, su cautivante exuberancia y la dulzura esencial de la gente que allí habita. Entonces entenderás por qué me quedé aquí y no me fui a ninguna isla para turistas.

Don Ramón suspendió su desahogo y llevó el vaso de refresco a sus labios. Me quedé viendo por un instante el fulgurante enrojecimiento de sus ojos y me embargó una sensación de profundo respeto por ese hombre que guardaba en su interior un mundo de grandiosas vivencias intransferibles. Ahora tenía la seguridad de que la gallega cerrazón de este hombre era una envoltura superficial que guardaba un interior sabio y dulce, el que una vez abierto se vertería de manera incontenible. Me sentía deleznable, desgraciado, profano; hastiado de la maldita urgencia que me hacía pasar de manera atropellada sobre todo lo existente en aras de un absurdo deseo de conocimiento. Estaba ya a punto de largarme, con la intención de tirarme en cualquier lado, cuando don Ramón me cortó la retirada con una pregunta desconcertante.

—¿Y qué piensas de los sofistas?

Tardé un rato en cambiar la frecuencia de mis sentimientos y poco a poco se fue activando la recordación de lo leído:

—Que eran grandes conocedores de la natural inclinación humana hacia el poder y el saber. Con ellos comienza la pedagogía en cuanto formación espiritual consciente de su fin. Sin ellos, serían impensables la paideia socrática y la techné política sublimada en el Estado ideal platónico.

—Cierto, pero ellos son también los más preclaros representantes de ese individualismo extremo que tanto te exaspera; y es con ellos que la educación se convierte, por primera vez, en una mercancía al alcance del mejor postor. El fin de la techné sofística era educar a los caudillos y futuros hombres de Estado; nunca se preocuparon por hacer llegar sus conocimientos al miserable pueblo.

—Hay algo que no entiendo en usted, don Ramón, ¿por qué ese empeño en ponerse siempre en contra de mis planteamientos? Donde yo ataco usted defiende, donde yo defiendo usted ataca, ¿es qué no tiene una convicción sólida sobre lo que estamos hablando?

—Yo no ataco ni defiendo nada; simplemente busco una aproximación analítica a la totalidad; búsqueda, por lo demás, que sé de antemano que no puede tener fin si es que pretende ser íntegra y sincera.

—Muy bien, digamos entonces que los sofistas son el origen de la desgraciante comercialización cultural que actualmente nos abruma.

—No estoy de acuerdo. Los sofistas jamás plantearon que el fin de sus enseñanzas fuera la comercialización cultural. Ciertamente exigían por sus enseñanzas el pago de honorarios, lo cual es justo e irreprochable, pero del hecho de vivir de la educación y para la educación, a hacer de la educación un negocio embrutecedor y enajenante, hay un abismo de tiempo y de acciones aberrantes que no se puede llenar de un plumazo.

—¿Y qué me dice del hecho de manipular las conciencias en favor de su propia causa, no es esto lo que tanto criticamos a los teóricos y a los movimientos políticos de nuestros días?

—El hombre que no lucha por su propia causa o que no está convencido de que su lucha es la mejor y más plena, o bien es un iluso o bien un pendejo declarado.

—¿Y el que lucha por una causa, sin creer en ella, nada más por el poder y el beneficio económico que dicha causa le depara, qué es?

—Sin duda, un sujeto deleznable.

—Como todos los sofistas de nuestro tiempo.

—Pero no como Simónides, Protágoras o Hipias de Elis, que jamás buscaron con sus enseñanzas prácticas la fortuna, el poder y el ensalzamiento personales.

—Quizá no buscaban eso, pero lo encontraron. Además, la práctica sofística no buscaba el conocimiento en sí, sino un saber enca-

minado a la formación de los tiranos, a cuya sombra medraban como medran los presentáneos actuales.

—Eso es una gran mentira. Los sofistas centraron sus enseñanzas universalistas en la formación de los caudillos porque sabían que educar directamente al pueblo es un absurdo. Es mejor y más fácil educar a los que mandan, para que éstos, una vez educados, hagan extensibles sus logros a los mandados. Los sofistas son los grandes renacentistas de la antigüedad helénica. La célebre frase de Protágoras: "El hombre es la medida de todas las cosas", representa el originario rompimiento entre la cultura y la religión que más tarde habrá de servir de ideal al humanismo renacentista.

—La célebre frase de Protágoras, al igual que su filosofía, fue contundentemente refutada por la no menos celebrada frase de Platón: "La medida de todas las cosas es Dios".

—¿Lo es para ti?

—La verdad no, pero...

—Estás hablando por hablar. No hay ni rostro ni corazón en lo que dices.

—¿Y usted cree en la frase de Protágoras?

—No creo, la vivo.

—¿Y cómo es que usted dejó el ideal sofístico de la enseñanza para dedicarse a la antisofística actividad literaria?

—Ya confundiste otra vez la diversidad de las partes con la uniformidad del todo. Yo no soy, ni creo merecer ser, un auténtico sofista. Y si ya no me dedico a la docencia es porque comprendí a tiempo que mis defectos podían ser negativos para mis educandos.

—Dígame con sinceridad, don Ramón, ¿acaso pondría usted a Protágoras como su ideal humano?

—No a Protágoras, pero sí a un hombre muy próximo a sus enseñanzas y que los superó a todos al poner a la pedagogía como fin supremo, centrando su esfuerzo en la formación de hombres íntegros y no en la actividad literaria; como habrás intuido me refiero a Sócrates.

—¡Carajo, jamás se me hubiera ocurrido que su ideal humano fuera Sócrates!

—Ya lo ves. Otros tienen por ideal a Leonardo, Marx, Lenin o el Che Guevara.

—Pues yo aún no he hallado el ideal humano al que referir mi existencia.

—Porque buscas una quimera; pretendes encontrar un modelo absoluto, perfecto, incorruptible, lo cual te hace caer absurdamente en el viejo vicio platónico de querer divinizar al hombre o humanizar a Dios. En el fondo eres un mal dialéctico y, por lo mismo, un mal sofista. No niegas para afirmar, sino que te afirmas en la negación. Ya que es imposible recuperar las *Antilogías* de Protágoras, por lo menos deberías repasar concienzudamente las *antinomias* kantianas...

—Yo no busco ninguna quimera, entendiendo por tal un ser mitológico con cabeza de león, busto de cabra y cola de serpiente. Cuando digo que aún no he encontrado mi ideal humano, hago alusión a que no conozco ser alguno que haya hecho de su vida y de su obra una auténtica y armoniosa totalidad. Por lo demás, como Descartes demostró con sagacidad, antes de afirmar hay que negar...

—La negación cartesiana es una premisa y no una conclusión permanente. Descartes negó porque tenía mucho, malo o bueno, que afirmar. Hasta ahora tu negatividad no ha engendrado afirmación alguna.

—Mire, a mí me valen madre Descartes, Kant y toda esa bola de fantasmas especulativos. Yo sé que el ideal que busco lo voy a encontrar, y le garantizo que no va a ser en un tipo como Sócrates, sino más bien en lo que suponemos que era un verdadero tlamatini.

—Sócrates fue un verdadero tlamatini: iluminador de rostros, forjador de corazones...

—Sócrates fue un hombre vicioso.

—Un hombre sin vicios no es un hombre, y Sócrates supo como nadie dominar la natural viciosidad humana.

—Un tlamatini no era un hombre vicioso.

—Mira, muchacho, los vicios son como el conocimiento, jamás tienen fin. El sólo hecho de luchar con desesperación contra los vicios es un vicio. Pero si lo que buscas es la renuncia y el ascetismo, pues vete a las montañas o al desierto. Tal vez si logras vencer las tentaciones puedas regresar predicando una nueva religión o renovar los excesos de las ya existentes.

—No tengo complejo de profeta ni madera de mártir.

—¿Entonces?

—Me quedo con la sabiduría náhuatl de un Nezahualcóyotl o un Nezahualpilli.

—Ah, vaya, ¿y dónde imparten cátedra esos señores?

—Adelantito de la escuela donde enseña Sócrates.

—Muchacho, vas que vuelas para mal aprendiz de brujo, ¿no habrás estado leyendo los libros de Castaneda?

—No, pero pienso releerlos con mucha atención y detenimiento.

—Sí, no te vaya a pasar lo que a tantos acelerados de tu generación, que confundieron la drogadicción con el conocimiento.

—Es mejor correr el riesgo de confundirse en una búsqueda que permanecer para siempre encadenado en el error.

—¿Y qué tanto te llama la expresión artística?

—¿A qué viene ahora esa pregunta?

—Bueno, como Aristóteles muy bien decía, el arte compensa las deficiencias de la naturaleza.

—Seguramente Aristóteles se refería a sí mismo cuando hizo tal aserción.

—Sin duda. Hay que considerar que Aristóteles fue el primer sistematizador de lo artístico.

—Que no es lo mismo que hacedor.

—Aristóteles no era un artista, sino un sabio.

—¿Y qué carajos es un sabio?

—Hombre, llevamos largo rato hablando de ello, pero si lo que deseas es una respuesta meditada, pues podemos basarnos en el gran Parménides, que pasa por ser el padre del pensamiento puro:

"Hombre sabio es aquel que se dedica a revelar los misterios de la verdad".

—A los sabios griegos les pasó lo que a Tales de Mileto, que por andar buscando la verdad en el cielo cayó en un pozo, y su criada, con razón, se burló de él diciendo que por querer saber las cosas del cielo no ve lo que hay bajo sus pies.

—Así es. En nuestro tiempo Einstein es un caso típico de la defectibilidad propia de los grandes sabios.

—No me imagino a un tlamatini tropezando y cayendo en cualquier lugar.

—No, sólo tropezaban y caían en ciertos lugares.

—Oh que la canción, ya estamos otra vez haciéndonos los suficientes.

—Es tu actitud, muchacho, elogias una filosofía que todos tus actos contradicen. Si tuviera que expresar de forma tajante tu proceder, diría que personificas casi a la perfección un antipoema náhuatl.

—¿Por qué dice eso?

—Tú, mejor que yo, lo tienes que saber.

—Pues no lo sé.

—En la poesía náhuatl, al contrario de lo que sucede en tu vida, no hay fluir atormentado de pasiones, ni ímpetus broncos o arrebatos desconcertantes; todo viene dado en una atmósfera ritual y mágica, en una tonalidad equilibrada y sostenida en la característica penumbridad de la experiencia. Todo en esta poesía es efímero, antideterminante: la vida como floración que se consuma con la muerte, la sublimación antiespeculativa, el goce de lo fugaz. Presta atención:

¿Qué meditáis, qué recordáis, amigos míos?
¡Ya nada meditéis!
A nuestro lado brotan las bellas flores
sólo así da placer a las almas el dador de la vida:
todos, si meditamos, si recordamos,
nos entristecemos aquí.

Todos, oh príncipes, todos con dolor y angustia
quedan adoctrinados.

—Cualquiera que lo oyera se iría con la finta de que usted es un amante declarado de la cultura náhuatl.

—Y lo soy a mi manera.

—Usted lo ha dicho: lo es a su manera. Pues yo lo soy a la mía.

—El problema es que tu amor es una dinámica atormentada y pasional que reniega constantemente de sí misma.

—El amor más pleno es el que se da entre lo diverso y no entre lo idéntico.

—Eres tú el que tiene que convencerse de eso, no yo.

—Bueno, y dígame una cosa, ¿cómo puede ser sincero un ser que dice amar al mismo tiempo dos culturas tan contrapuestas y desiguales como la griega y la náhuatl?

—¿No dijiste que el auténtico amor es el que se da entre lo distinto?

—No se salga socráticamente por la tangente y responda mi cuestión.

—El mal planteamiento de las premisas invalida tal cuestión. Lo que Pericles dice a los atenienses: "Somos un pueblo que ama la belleza sin extravagancia y la sabiduría sin afeminamiento", para mí es extensible a los pueblos del Anáhuac. Tanto los griegos como los nahuas amaban lo directo, lo llano, lo esencial. Ahora bien, allí donde los grandes griegos supieron separar la cultura de la religión y de la magia, es donde permanecieron encadenados los nahuas. Por eso lo que más me atrae de las culturas del Anáhuac, son esos poemas incomparables donde lo mágico y lo religioso aflojan por un momento sus ataduras para dejar en libre vuelo la incertidumbre del hombre frente a la inmensidad que lo rodea. Ningún pueblo supo como el náhuatl encontrar en la poesía la verdadera sublimación vital. Es entre ellos que la poesía se torna de manera inigualable congregación y celebramiento, rito y festividad; xochicuicatl e icnocuicatl, los dos

extremos de una ofrendación que permanecerá para siempre en el altar de lo insuperable.

—¡Carajo, qué gusto oírlo hablar así de lo propio!

—De lo universalmente propio.

—No eche tierra a mi gozación. Como sea, yo prefiero los cantos de desolación a los cantos floridos.

—Son un todo, muchacho. Mira, tráeme el primer tomo de la obra de Garibay y mi libreta de notas, que quiero leerte algo de lo que no me acuerdo ahora muy bien.

—Aquí lo tiene —dije regresando del mandado.

Don Ramón buscó sus notas y, abriendo el libro de Garibay, leyó emocionado:

> Ya viene, ya viene la mariposa, viene volando,
> viene abriendo las alas, sobre las flores anda. Y liba miel.
> ¡Qué se deleite: su corazón estalla: es una flor!

Luego pasó un par de páginas y se detuvo:

> Una esmeralda cayó al suelo,
> nació una flor: ¡tu canto!
> ¡Cuando entonas tus cantos aquí en México,
> el sol dura brillando!

Cerró el libro y se me quedó mirando con fijeza.

—Me recuerdan a...

—¡Nadie! Es todo lo demás lo que tendrá que recordarte a esto.

—Bueno, quería decir que en nuestros grandes poetas actuales hay huellas de esa sublimación primigenia.

—Claro que las hay, no en balde tenemos en México a algunos de los más notables poetas de todos los tiempos.

—¿Tanto así?

—¿En quién pensabas al llenar tu recuerdo?

—Pues en Efraín Huerta, Gorostiza, Sabines...

—Fíjate bien en lo que te digo: pasarán décadas, tal vez siglos, antes de que otro sol poético pueda emparejarse en brillo a Octavio Paz.

—Ahí está el perfecto ejemplo de lo que yo considero un falso tlamatini.

—¿No insinuarás que Paz es un nahualli?

—Mejor cambiemos de tema. Hablar de Paz me encabrona visceralmente, es algo que no puedo explicarme.

—Es la soberbia, muchacho, la envidia juvenil por la grandeza, la...

—¡La chingada madre! No quiero hablar de eso y punto.

—¿Por qué? ¿Porque Paz es el antibrujo genial, el ideólogo de la contracorriente, el azote de los afiebrados?

—Porque los discursos de Paz, como los de Iseo, Lisias y la fauna presentánea, sólo buscan el convencimiento y no la verdad.

—¿Tu verdad?

—Oh, que la chingada. O cambiamos de tema o me largo.

—A donde quiera que vayas llevarás contigo la soberbia ceguera.

—Prefiero ser ciego que lameculos —dije levantándome con violencia.

—¡Cuida tu lenguaje, muchacho! —oí al cabrón viejo gritar cuando ya me alejaba de la cabaña.

VIII. Recapitulación: ¿Paideia o Toltecáyotl?

Hacía tiempo que tenía abandonada la cacería. Exceptuando la vez en que fui con don Ramón a las chachalacas, no había vuelto a liberar con plenitud los sentidos en pos de algún sorpresivo ruido o repentino desplazamiento que rompiera mágicamente la quietud del entorno selvático. Para mi tendencia natural a no cesar por un momento de reconstruir el mundo en mi cabeza, la cacería era una auténtica catarsis. Concentrado de manera total en mi capacidad sensciente, suspendía de golpe el fluir especulativo experimentando un estado de inusual relajamiento y libertad. La misma tarde en que tuve el brusco rompimiento dialogal con don Ramón, doña Victoria me dijo que su marido le había encargado que me diera la escopeta y unos cartuchos, para que no dejara enfriar mi querencia por la cacería. Le dije que gracias, pero, debido a la disputa con don Ramón, no presté mayor atención al ofrecimiento. Me acosté temprano y, apenas suspendido el contacto con lo circundante, comencé a ser jalado por una serie de vivencias oníricas de marcada tendencia pesadillesca. Cuando por fin interrumpí el desastroso fluir onírico obligado por la urgencia fisiológica, una tenue claridad se filtraba a través del ramaje anunciando el aparecer del nuevo día. Regresé a la hamaca y estuve meciéndome un rato mientras oía el trajinante ir y venir de doña Victoria y su cuñada en torno a la lumbre. El estimulante olor a café recién hecho me hizo dejar el mecimiento especulativo con el fin de agenciarme una taza de tan incitante despertivo. Me senté en la mesa cercana al brasero y las atentas mujeres me sirvieron una humeante taza de café con unos panes dulces. No tenía ningún propósito definido para ese día, de manera que me entregué a la envolvente tarea de pensar en qué ocuparía mi tiempo. Por un momento me convencí de que iría a pedirle a don Ramón algo para leer. Pero el convencimiento no duró mucho. Me sentía medio apenado con el viejo y, en todo caso, era mejor esperar a que él pasara frente a la cabaña para que el surgimiento del posible diálogo se

viera más natural y espontáneo. Transcurrió un poco más de media hora sin que pudiera dejar por un momento de reflexionar en torno al cauce que había tomado mi relación con el viejo, hasta que se acercó doña Victoria preguntándome si quería un poco más de café. Reparé entonces en que ya había consumido todo lo que me habían servido, y al ver el amable rostro de la mujer, ¿cómo le haría para estar siempre sonriendo?, me acordé, de pronto, del ofrecimiento que la tarde anterior me había hecho y decidí irme de cacería a matar el tiempo. Le pedí el arma y los tiros y salí sin rumbo fijo.

Llevaba ya un poco más de una hora caminando cuando oí con claridad unas pisadas asustadizas. Quité el cartucho del seis que había puesto para las chachalacas y metí uno del cero para venados. Seguí en la dirección en que se había alejado el ruido y pronto llegué a los límites de lo que podía considerar como zona reconocida. Un extraño impulso me hizo continuar hacia adelante y, lleno de euforia, me dije que iba a entregarme a una verdadera acción exploradora. Al poco de caminar entre la maravillosa selva, descubrí unos árboles de ciruela cargados de maduro fruto. El piso estaba tapizado de un encendido color rojo, y aquí y allá se veía el rastro titubeante de varios venados. Tomé algunas ciruelas del árbol y, mientras experimentaba la agridulce explosión saborizante, me incliné a observar con detenimiento las huellas. Por lo que yo sabía de las pláticas con don Antonio y don Ramón, se trataba de un par de machos y una hembra, pues al lado de dos filas de huellas de agudo terminado triangular había otra más acorazonada y hundida. Seguí los rastros de los animales y pronto me vi ascendiendo un empinado cerro. Por doquier se veían deyecciones de venado y los pasaderos de los animales se extendían en todas las direcciones. Sentí que los dientes y la lengua empezaban a cortárseme y tiré al suelo todas las ciruelas que había guardado en la bolsa, ¿cómo le harían los venados para poder comer tanta ciruela? Algo se levantó con gran estruendo varios metros delante de mí y apenas tuve tiempo de ver los cuartos traseros de un venado con su nerviosa cola blanca perdiéndose entre la maleza.

Apunté en esa dirección atento al menor movimiento, pero al cabo de cinco minutos de quietud comprendí que el animal había desaparecido en la espesura. Seguí caminando y una parvada de chachalacas rompió el silencio circundante con su vuelo. Dudé por un instante en volver a cambiar la munición de la escopeta, pero decidí que me iba a centrar con exclusividad en el venado. Llegué a un árbol de ciruela impresionante, tal vez el más grande que jamás haya visto, y me confundió sobremanera el hecho de que entre tanta ciruela amontonada no hubiera la menor huella. Eché una mirada al ramaje del gigantesco frutal y vi un pequeño cacharrito colgado cerca de la horqueta central. Caminé unos pasos en derredor y descubrí en el piso una mancha negruzca sobre la que revoloteaban algunas moscas. La examiné con atención y concluí que era sangre, ¡con razón no había huella alguna! Pasarían semanas antes de que se atreviera a reaparecer por allí algún venado. El sol lucía ya con fuerza sobre mí y el canto espaciado de los pájaros le daba al lugar un encantamiento inenarrable. Llegué a la parte cimera del cerro y al mirar en todas las direcciones no vi más que selva por todos lados. Traté de ubicarme con el sol y me di cuenta de que la perpendicularidad del astro hacía imposible cualquier orientación. Recurrí a la brújula mental y torcí hacia la izquierda a lo largo de la cima del cerro. De pronto volví a oír el atropellamiento de unas pisadas, pero, por más que centré mi visión, no pude distinguir algo. Se me hizo claro entonces que el no poder oír con el oído izquierdo imposibilitaba la rápida y certera localización de cualquier desplazamiento. Llevaba ya casi una hora de caminar sobre la cima del cerro, cuando me encontré con una encrucijada. Me senté un rato con la intención de dejar que uno de los caminos me llamara y vi cerca de mis pies una inconfundible huella de felino grande. Me levanté como impulsado por un resorte y me fui ladera abajo tras las huellas. Mientras seguía el rastro del ¿puma o tigrillo? experimenté la convicción de que me gustaba mucho más campear de día que ir de noche a alumbrar o esperar en un árbol. Lo malo era que, hostigados por la voracidad humana, los venados y casi

todos los animales de pezuña y garra que constituían la fauna mayor del lugar, se habían habituado a la vida nocturna, por lo que era muy difícil poder encontrarlos durante el día. Quedaba la remota esperanza de que al caminar sigilosamente pudiera hallar de pronto algún animal echado y que me diera el suficiente tiempo para hacer el disparo. Continuando tras el rastro del felino y con la cabeza llena de posibles estrategias, no reparé en el medio hasta que llegué al lecho seco de un arroyo temporalero. Un desagradable olor a pudrición golpeó inmisericorde mi olfato. Y ya iba a alejarme del lugar, cuando noté sobre la arena, un par de metros adelante, un inusual trillamiento. Me acerqué y entre las huellas del felino pude diferenciar las de un venado. El olor a descomposición era untuoso, envolvente, casi insufrible. Sentí una violenta contracción del estómago y al encaminarme hacia un lado oí un tumultuoso zumbido. Me aproximé cauteloso y vi un mosquerío infernal revoloteando sobre los agusanados restos de un venado. Volví a sentir la contracción del estómago y los primeros vestigios del vómito afluyeron a mi boca. Me aparté a paso rápido de aquel nauseabundo pudridero y al detenerme, sediento y fatigado, un negro pensamiento se cernió sobre mí eclipsando la recién vivida euforia. ¡Estoy perdido!, oí gritar en mi interior. Tranquilo, me dije buscando el relajamiento. Miré hacia el sol y comprobé que estaba ya bastante alejado de la verticalidad. Traté de orientarme sabiendo que colocando el sol frente a mí, tendría que caminar hacia mi espalda, pues me acordaba haber visto desde el refugio de don Ramón la puesta del sol sobre el verdor de las montañas más próximas a la costa. Por un momento me sentí seguro, convencido del dictado racional. Caminé en la dirección opuesta al sol, olvidándome por completo de la dirección en que había venido. Pronto me encontré en medio de una maleza impresionante; comencé a dudar angustiado y me entregué vencido al desconcierto. Mi razón, en un intento desesperado por continuar ejerciendo su hegemonía, me dirigió a la cima de un cerro. Me enredaba en todos lados y la mala mujer, la garra de tigre y la uña de gato, despiadados enemigos de

todo campeador inexperto, comenzaron a hacer estragos en mi cuerpo, produciéndome todo tipo de escocimientos y cortaduras. Sentí varias veces el levantamiento explosivo de los venados, pero mi desconcierto era tal que ni siquiera hice el intento de localizar los huidizos cuerpos. Llegué a la cima del cerro al borde del desfallecimiento. Miré en todas las direcciones y nada, ¡la selva se extendía sin límites por todos lados! Decidí subir a un árbol para desde allí tener una visión más plena. Busqué alrededor y escogí un frondoso árbol de ocotín. Subí con gran esfuerzo a la parte más alta, observé en todas direcciones y, ¡la selva se extendía devorante por doquier! Del impacto que tal visión me produjo casi me caigo del árbol. Todo mi cuerpo temblaba, el sudor manaba profuso escociéndome los ojos. Bajé aferrándome como un primate a las ramas del árbol y me tendí en el piso boca arriba, exhausto y jadeante. Mi corazón latía desenfrenado. Estaba perdido; sin agua, sin comida y con los nervios destrozados. Mi cuerpo se levantó, libre ya de toda concientización supervisora, y se arrojó enloquecido ladera abajo. Las enredaderas atrapaban mis pies, las ramas de los arbustos me golpeaban sin clemencia; sentí que algo se aferraba de mi camisa y caí por tierra totalmente desenergizado. La razón hacía sus últimos llamados desesperantes al orden y a la calma, pero el cuerpo ya no oía, era como si mente y cuerpo se hubieran disociado de manera irreconciliable. Miré en derredor y tuve la increíble sensación de que los árboles se cernían amenazantes sobre mí. En un momento de fugaz reflexión mi mente se ocupó con el recuerdo de *La vorágine*, activando el pasaje en donde los huidos se pierden en la selva. Recorrí afiebrado el recuerdo en busca del desenlace, y cuando llegué al punto en que el vagar se hacía atrapante y circular, experimenté un mortal presentimiento y todo mi cuerpo se erizó electrizado. Me reincorporé de un salto y vi una forma luminosa que me jalaba hacia la espesura. Sin ninguna reflexión me arrojé en pos de ella hasta que me detuvo otra vez el repulsivo olor a podredumbre. ¡Había regresado al mismo lugar! Caí de rodillas, y al apoyar la cabeza en el piso empecé a ver a don Ramón sentado con

las piernas cruzadas sobre un petate y que parecía decirme algo ininteligible. Oí como una ráfaga de aire pasaba sobre mí y al levantar la cabeza volví a distinguir la aureola luminosa que parecía llamarme. Me fui tras ella como un loco, dejando atrás sombrero y trozos de camisa y pantalón que la maleza cobraba a mi paso. La sangre regaba ya mis brazos y mi cara, y el salobre sabor que producía al entrarme por la comisura de los labios aumentaba de manera insufrible mi sed. Subí, bajé, crucé cañadas y lechos de ríos temporaleros hasta que fui a caer en medio de un infernal espinero. El corazón pugnaba por salírseme del pecho y unas fuertes punzadas en el cuello me hicieron quedar pánicamente petrificado. Miré entre el follaje hacia arriba y vi que la claridad diurna empezaba a escaparse. Reparé en el lugar en que me hallaba y algo me dijo que aquel terreno había sido trabajado años atrás, por lo que tenía que haber cerca un camino, ¿pero dónde? Me levanté con intención de arriesgar todo el esfuerzo antes de que la noche me venciera; y, al poco rato de caminar extenuado entre la maraña, me encontré con una espesura que hacía imposible el menor desplazamiento. Me tiré al suelo y comencé a reptar por entre las laberínticas oquedades que los animales salvajes habían hecho a su paso. De pronto vi algo que me hizo saltar hacia arriba y golpearme con una rama en la cabeza. Chillaron explosivos mis oídos y el entorno se oscureció de golpe. Entré en un mundo de sombras armoniosas y apacibles; la sensación de bienestar era total y me dejé ir confiado y gozoso. Una diminuta esfera de luz irrumpió en un extremo de la visión y vino veloz hacia mí, golpeándome con suavidad en la frente. De nuevo vi a don Ramón sentado en el petate indicándome con la mano una dirección. Un cascabeleante sonido atrapó entonces mi atención y poco a poco fui recobrando la noción del espaciotiempo. El metálico sonido era ahora hechizante. Traté de localizar su ubicación y algo sucedió con violencia en mi mente, haciéndome retroceder de un pavoroso salto. Un par de metros adelante la serpiente de cascabel, incorporada para lanzar el mortal ataque, movía rítmicamente su cola avisando de la inmediatez del desenlace. Salté dispara-

do hacia atrás y me arrastré enloquecido en dirección opuesta a la serpiente. Los codos y las rodillas comenzaron a sangrarme y la vieja escopeta de don Antonio se aferraba inmisericorde a todos los entretejimientos vegetales como si quisiera quedarse allí para siempre. Estuve a punto de mandarla al carajo, pero un relámpago de racionalidad cruzó por mi mente, obligándome a seguir arrastrando tamaño estorbo. Ya estaba anocheciendo cuando salí a un claro oxigenante. Me levanté, miré en torno y descubrí un exuberante árbol. Me acerqué y no di crédito a mi visión, ¡era un árbol de mangos pericos rebosante de maduros frutos! Recogí varios en el suelo y me puse a comer como un animal salvaje. Tantos mangos comí, que se sacudió con violencia mi estómago dándome apenas tiempo a bajar los restos deshilachados del pantalón y vaciarme entre espasmos vomitivos y defecantes. Experimenté una ligera mejoría y me tendí boca arriba al lado del árbol, con la visión puesta en el cielo estrellado que tantas veces me había cautivado. Se me cerraron de manera involuntaria los párpados y empezó a vencerme el sueño. Me estaba ya abandonando a la onírica fluencia, cuando me pareció oír el rumoroso acercamiento de las olas. Abrí de pronto los ojos y el rumor desapareció por completo. Volví a cerrarlos, concentrando toda mi atención en el oído derecho, y de nuevo percibí el arrullante movimiento de las olas. Me levanté con los ojos cerrados y la atención prendida del murmullo y centré la dirección en que habría de encaminarme. Llegué a los reconocidos linderos de la playa cuando la constelación de Orión lucía casi vertical en el firmamento. Deduje que sería medianoche, y al límite del desfallecimiento me fui trastabillante pero victorioso hacia la nunca tan deseada hamaca. Al llegar, los perros hicieron un conato de ataque, pero enseguida me reconocieron y se pusieron a danzar festivos en torno a mi exhausta humanidad. Localicé mi amada hamaca y me entregué a ella incondicionalmente.

Ignoro cuántas horas o días estuve flotando en el ¿metamundo? Cuando doña Victoria me despertó sacudiendo ligeramente la hamaca, la imagen que acudió a mi mente fue la de un imponente árbol de ciruelas que por causa de un violento estremecimiento sufría con dolorosa resignación la pérdida de todos sus frutos.

—¿Qué pasa? ¿Está temblando?

—No lo quise molestar antes, don Eugenio —me dijo con cierta pena la mujer—, pero ya es tarde y se ve usted muy lastimado.

—Ah, sí. No hay problema, doña Victoria. Es que ayer me perdí.

—¡Válgame!

—Pero fuera del cansancio estoy muy bien.

—¿Y se desbarrancó, verdad?

—No, son sólo rasguños y cortadas.

—¿No quiere comer?

—Sí, gracias. Tengo un hambre comejénica, pero creo que antes me voy a dar un baño.

—Sí, pásele.

—¡Újule! —exclamé al ver el sol inclinándose sobre los cerros—, un poco más y me sigo de frente otra noche.

—Sí —añadió comprensiva la mujer—, ya es muy tarde.

Agarré el jabón y la toalla y me fui al pozo en busca de un reponedor baño. Al sentir los refrescantes jicarazos de agua, mi cuerpo comenzó a recobrar su natural vigor, inundándome una sensación de dicha plena. Me enjaboné dos veces con una fruición próxima a la que experimentan los europeos al meterse en la tina después de dos meses de invernal enmugramiento. Estaba ya en la tercera enjabonada cuando experimenté la certeza de que mi gozo era compartido. Me eché con rapidez un jicarazo en la cara y, al aclarárseme el mundo circundante, me encontré con la imagen de don Ramón sentado y jugueteando con la infaltable varita.

—No hay duda de que los excesos te cautivan —me dijo sonriente.

—La verdad que nunca en mi vida había gozado tanto un baño.

—Cualquiera diría que regresaste del infierno.

—¿Por qué lo dice?

—Por las señales que te dejó el descendimiento.

—Infierno o cielo, fue una experiencia inolvidable.

—Realmente debes considerarte afortunado.

—¿Y eso?

—No sé, tengo la impresión de que le has caído bien al numen protector de los venados. Deberías profundizar más en esa senda.

—¿Por qué no habla claro, don Ramón?

—¿Claridad vivencial o claridad referencial?

—¿Por qué no llega de una vez a donde quiere llegar?

—Es curioso, desde que te conozco no has dejado de atacar el fundamento de la racionalidad, y he aquí que en el preciso momento en que la razón se te muestra impotente, comienzas a reclamarla con desesperación.

—Bueno, es que una cosa es pensar el vacío y otra muy distinta afrontarlo.

—¿Entonces?

—¿Qué quiere que le diga?

—¿No sacaste nada en limpio?

—Sí, que la expresión vital de la irracionalidad es el temor.

—Muy bien, cabe entonces concluir que luchar contra la razón es un absurdo.

—Un momento, no saque conclusiones gratuitas. Lo que yo digo es que donde termina la razón empieza el temor, pero la cuestión ahora es saber qué existe más allá de donde termina el temor, ¿vuelve a ejercer la razón su dominio o nos adentramos en una nueva dimensión de lo real?

—Es decir, lo que tú preguntas es si puede el individuo vencer al temor sin ayuda de la racionalidad.

—Ajá.

—Pues en verdad que es ése un verdadero problema sistematicometodológico y, por ende, histórico.

—Explíqueme.

—Digamos que es sistematicometodológico porque tenemos que acometer el devenir relacionado de las partes que conforman u, así como la manera de proceder que lleva a la elaboración-conocimiento de ese todo; y es histórico porque a lo largo del devenir humano no existen dos concepciones sistematicometodológicas originales que sean iguales.

—¡Carajo, hágame más claro ese galimatías!

—Veamos, ¿qué era la razón para Hegel?

—Lo era todo.

—Es decir, que el pensar determinaba al ser.

—Ajá.

—¿Y para Feuerbach?

—No sé.

—Era una parte; es decir, que el ser determinaba al pensar.

—Bien, ¿y?

—Pues que a lo largo de toda la historia del pensamiento universal ha habido dos grandes vertientes filosóficas: los que consideraban como determinante el mundo de la seudoconcreción (los sentidos), y los que consideraban como determinante el mundo de la abstracción (la razón). Es por ello que no se puede hablar unidireccionalmente de qué hay más allá de la razón o más acá de los sentidos...

—¿Y el mundo del arte y de la magia?

—No sé a qué arte y a qué magia te refieras, pero déjame decirte que ha sido muy reciente que el mundo de los sentidos y el mundo de la razón fueron superados filosóficamente por un nuevo mundo totalizante y omniabarcador: la concreción.

—Bueno, eso está muy bien para ser referido en un salón académico, pero aquí se trata de saber qué hay más allá de la razón y cuál es su naturaleza y dinamismo.

—Pues no vas a tener más opción que volverte a perder.

—¿Para qué?

—Para saber qué hay más allá del mundo donde la razón ejerce su determinación.

—O sea, que si no me pierdo no podré saberlo...

—Mira, Eugenio, ningún logro vale la pena si es gratuito. Si el mundo de tu racionalidad no te satisface, déjalo, pero no hagas nada a medias.

—Carajo, usted me está pidiendo que me suicide.

—No, te estoy señalando que seas coherente.

—¿Pero cómo voy a lanzarme al vacío sin ninguna guía o referencia?

—Búscate un maestro.

—Eso es lo que estoy tratando de encontrar.

—Pues parece que no estás en el camino correcto.

—La verdad, yo pensé que usted y don Antonio podrían enseñarme algo.

—Yo no, muchacho, que apenas puedo contener en mi mano mi existencia.

—Lo que ocurre es que usted es muy egoísta; y lo entiendo: teme ser lastimado.

—No, Eugenio, la verdad es que yo me he quedado en el principio de todo.

—¿Entonces por qué se me apareció indicándome el camino?

—Esos son meros ejercicios que cualquiera puede hacer.

—¿Y acaso no tuvo usted un maestro que le enseñara a hacer eso?

—No, aprendí a tropezones con mi mujer.

El rostro de don Ramón se sonrojó de pronto. Tiró la ramita con la que había estado jugando y se levantó encaminándose hacia su refugio.

—¿No me invita a tomar un mezcalito?

Se detuvo un rato ofreciéndome la visión de su imponente espalda en un nervioso sube y baja respiratorio que me dejaba entrever su estremecimiento interior. El silencio me mordía incisivamente, pero me sentía incapaz de articular palabra alguna. Todos tenemos nuestros puntos vulnerables, y ahora sabía con certeza que el mundo

intocable de don Ramón era la memoria de su mujer. Traté de formarme una idea de tan extraño personaje, pero al término de un rápido repaso concluí que ni siquiera conocía la apariencia de esa singular mujer, ¿no conservaría don Ramón alguna fotografía de ella?

—Te espero arriba —dejó escapar al fin don Ramón encaminándose por la sinuosa vereda.

Terminé de bañarme con toda la calma y subí al refugio breogánico ya cuando el sol había desaparecido tras los cerros. Al llegar me encontré con algo inusitado. Toda la cabaña estaba ritualmente iluminada con veladoras; y en el centro, sobre una mesa, se hallaba lo que me pareció un auténtico celebramiento.

—¡Fiuuu! —exclamé a la vista de tan deliciosa recepción.

—Supongo que tendrás hambre, ¿no? —dijo don Ramón descorchando una botella de Clos San José blanco.

—¡No se imagina cuánta!

—Pues empieza, yo te acompañaré con un vaso de vino.

—¿De qué son las empanadillas?

—De atún; fue lo que comí al mediodía.

Empecé atacando los huevos tiernos de tortuga (¡coralitos!) que llenaban incitantes un hermoso recipiente de vidrio.

—¡Ambrosía pura!

—Sí, son mucho más exquisitos que los huevos ya maduros.

—¿Y qué le echó como condimento?

—Pimienta, ajos, alcaparras, sal, aceite de oliva y vinagre.

—¡Salud, porque esto dure indefinidamente!

—¡Salud, como quiera que sea!

Mientras comía en silencio, pensé que era mi obligación sacar a don Ramón del empozamiento en que lo había sumido al recordarle la existencia de su mujer. Sin embargo, por más vueltas que le daba al asunto, no sabía por dónde empezar. Por último decidí suspender la circularidad a que me encadenaba el pensamiento y dejar que la expresión fluyera incondicional de mi interior.

—¿Por qué no me habla de su mujer?

Don Ramón continuó acariciando con su mano la copa de vino y en sus ojos brilló un destello de preocupación. Levantó con lentitud su mirar de la dorada liquidez y dijo con aire de tristeza:

—No vale la pena, Eugenio, no vale la pena...

—¿No cree que le haría bien?

—No es eso. Mira, mejor cambiemos de tema.

—Como usted quiera, yo sólo lo hacía con una intención cicatrizante.

—No hay nada que cicatrizar, muchacho. Tal vez sea ese mundo inviolable lo que me hace vivir.

—¿No tiene ninguna fotografía de ella?

—¿Tienes tú alguna de Cathy?

—No es igual, don Ramón, yo a Cathy apenas la estaba conociendo...

—Yo a mi mujer también.

—No lo entiendo.

—No hay nada que entender.

—Carajo, no sé por qué está tan agresivo.

—Estamos yendo demasiado lejos, Eugenio.

—¿Por qué dice eso?

—Porque los dos estamos solos en el mundo, y yo quiero seguir estando solo y tú no.

—¿Le molesta mi compañía?

—Al contrario, me preocupa la afinidad de nuestra relación.

—¿Se refiere a la relación maestro-discípulo?

—Me refiero a que yo no tengo nada que dar a nadie.

—Yo no pienso lo mismo.

—¡Eres más terco que yo!

—¡Herencia de mi padre!

—Está bien, digamos entonces que estoy patológicamente cerrado a los sentimientos que me puedan llegar del exterior.

—Nada es definitivo, don Ramón. Usted lo ha dicho muchas veces: no hay cerrazón que no pueda abrirse, ni abertura que no pueda cerrarse.

—Para mí todo está clausurado sin remedio: el mundo de la magia, el mundo del arte... Todo lo que tengo es el método; frío, inapelable, esclavizante...

—¿Acaso no es feliz así?

—No es eso, ¿no entiendes? El problema es que mi felicidad no puede hacer feliz a alguien más.

—Eso no lo puede decidir usted.

—Bien, veo que no hay manera de convencerte. Estás decidido a arrojarte de cabeza en este mundo solitario. Te advierto desde ahora que yo no pude pasar, para mal o para bien, me quedé a medias sobre todo, pero tal vez tú puedas quedarte en lo buscado, o quizá te rompas de una vez la crisma y dejes ya de fastidiarme. En las próximas lluvias te voy a llevar a las puertas de ese mundo que tanto ansías, de ti dependerá el que seas aceptado o rechazado.

—¿A dónde me va a llevar?

—¿Qué, ya te estás echando para atrás?

—No, no. Sólo quería saber a dónde vamos a ir.

—Ya lo sabrás a su tiempo. Ahora te voy a proponer algo que considero inaplazable.

—¿Qué es?

—Dime una cosa, ¿cuáles han sido las directrices por las que han discurrido nuestras charlas desde que nos conocimos?

—Caray, vaya pregunta, pues muchas...

—¿Sobre Grecia y el Anáhuac?

—Sí.

—¿Sobre lo mágico y lo racional?

—También.

—¿Sobre la relación maestro-discípulo?

—En eso estamos.

—Pues vamos a hacer un último seminario con el fin de llegar a alguna conclusión. Estoy convencido de que al finalizar el mismo podrás ya saber con certeza a qué mundo apostarle.

—Usted dirá.

—Vamos a leer los *Diálogos* de Platón y *Las enseñanzas de don Juan*. ¿Por dónde quieres empezar?

—Por los libros de Castaneda.

—Muy bien.

Don Ramón se levantó con rapidez y se fue hacia uno de los libreros. Lo abrió y, luego de veloz búsqueda, regresó con los libros por mí solicitados.

—Aquí están —dijo depositándolos en una esquina de la mesa—, es tu postre. Dispones de seis días a partir de mañana. El séptimo día me los regresas y te llevas a Sócrates.

—¿Se ha dado cuenta, don Ramón, de la extraordinaria semejanza que revisten ambos casos?

—¿Qué dices?

—Que es curiosa la correspondencia histórica de los personajes de nuestro seminario: tanto don Juan como Sócrates son dos fantasmas que se negaron a la transmisión escrita de sus pensamientos; tanto Platón como Castaneda son dos discípulos que endiosaron las revelaciones de sus maestros. Y gracias a los cuatro nos es dado tener acceso a dos de las más grandes culturas universales...

—Eso es lo que tenemos que ver. Bien, por hoy fue suficiente, ambos estamos fatigados, mañana será otro día.

—¡Un día esperado!

—Ve tranquilo, no vayas a entregarte otra vez a tus enloquecidos excesos.

—Pierda cuidado, esta vez serán los excesos los que se entreguen a mí.

—No tienes remedio.

—Qué bueno, ¿no?

Cuando ya me alejaba de la cabaña vereda abajo, don Ramón me gritó desde la terraza:

—Sólo una cosa quiero decirte: cuando vayas al venado no vayas muriéndote por las ganas de matarlo, ve más bien pidiendo disculpas por tener que matarlo...

La semana transcurrió con una celeridad asombrosa. Por las mañanas don Ramón me despertaba para ir a ejercitarnos a la playa. A la hora del desayuno nos separábamos y yo me entregaba devorante a los libros de don Juan. Cuanto más leía, más crecía mi admiración por esa filosofía bisturística, antiacadémica, arrebatadoramente existenciaria. Ahora se me aparecía, por primera vez y en todo su esplendor, el fantástico universo náhuatl, y comprendía con claridad que los señalamientos de don Juan eran el eslabón perdido que venía a darle a los estudios de Garibay, Tibón, Portilla, etc., una condición totalizante o, como diría don Ramón, sistemáticometodologizadora. Le entregué a don Ramón los libros de Castaneda y él me dio el legado socrático. Traté de intercambiar unas palabras sobre lo leído, pero don Ramón se negó de plano, añadiendo que mientras no tuviéramos una visión total del objeto de nuestro estudio, abrir la boca sería convocar al error y a lo fragmentado. Alegué que de todas maneras nunca tendríamos una visión absolutizante. "Razón demás", concluyó, "para que tratemos de ser más estrictos e impecables con nuestros juicios". Pasó otra semana. Pero a diferencia de la anterior, ésta se me hizo más lenta y fatigante. Al llegar al *Menón*, comencé a dormirme sobre el grueso e indócil volumen de la editorial Porrúa y no pude evitar el pensamiento de que Sócrates era un elefante comparado con el felino don Juan. No era gratuito el hecho de que Sócrates se sepultara culébricamente en lo más recóndito del ser mismo, mientras que don Juan jamás cesaba de volar cuérvicamente abarcando todas las dimensiones del actuar. Al adentrarme en la *República*, todo pegó un vuelco repentino y el Sócrates que antes aparecía entregado a una inmersión en el etérico ser en, por y para sí, se manifestó ahora como un profundo propugnador del ser en, por y para lo social. Al lado de esta revelación, los vuelos de don Juan se tornaron huidizos y ahistóricos.

—Vayamos con calma —repuso don Ramón al oír estos comentarios el día que iniciamos el debate.

—¿Qué propone entonces?

—Que acometamos el estudio a un nivel sistematicometodológico.

—Eso es actuar con ventaja.

—De ninguna manera, es más bien un llamado al orden y a la cautela.

—Está bien, ¿por dónde empezamos?

—Si te parece, analicemos primero la concepción sistematicometodológica socrática; luego hacemos lo propio con don Juan; y, por último, las comparamos.

—Ummm...

—¿Qué, no te convence?

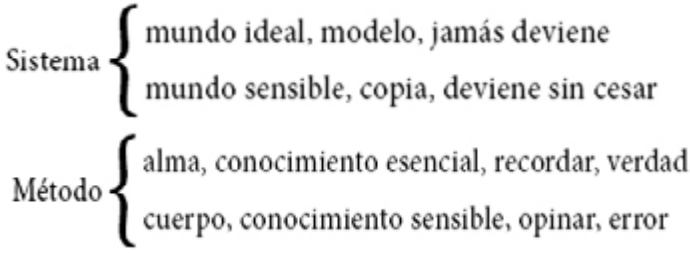
—Huele demasiado a occidentalidad ese guisado.

—¿Qué sugieres entonces?

—Vamos a ver, empiece.

Tomó una pluma, un papel y añadió:

—Pues representando esquemáticamente el legado socrático tenemos:



—Un momento, a mí me interesa una plática, no una cátedra. Todas esas esquematizaciones lógicas me enferman.

—Bueno, coño, pues empieza tú.

—Podríamos iniciar con la relación maestro-discípulo, o enseñanza-aprendizaje, que es lo que a mí me interesa. Le voy a referir lo que al respecto he entresacado de mis lecturas. Empezaré por don

Juan: para merecer las enseñanzas hay que conocer el sentir del corazón, esto es, saber con exactitud el porqué del compromiso. Todo cuanto hay que aprender debe hacerse por el camino difícil. Aprender por medio de la conversación es un desperdicio y una estupidez. El hombre vive sólo para aprender. Sólo a un chiflado se le ocurriría emprender por cuenta propia la tarea de hacerse hombre de conocimiento. Un maestro sólo puede señalar el camino y poner trampas. Un maestro nunca busca aprendices y nadie puede solicitar las enseñanzas. Lo que señala al aprendiz es siempre un augurio. El maestro debe enseñar al aprendiz a actuar sin creer, sin esperar recompensa, a actuar por actuar. El maestro tiene que engatusar a su discípulo... ¿Qué opina usted sobre esto?

—Pues en apariencia se trata de una visión preacadémica de la transmisión del conocimiento, pero si echamos mano del bagaje histórico acumulado hemos de concluir que tal visión es más bien posacadémica.

—¿Qué quiere decir?

—¿No has sugerido tú varias veces que lo que don Juan enseña a Castaneda, aunque con ciertas variantes, era impartido en el Calmécac y el Telpochcalli nahuas?

—Sin duda. Don Juan mismo lo señala al referir sus orígenes, como hombre de conocimiento, al mundo tolteca.

—Pues bien, de la misma manera don Juan dice que, a raíz de la Conquista, los hombres de conocimiento tuvieron que hacerse cautelosos y estrictos. Lo que equivale a decir que lo que se enseñaba en los centros superiores nahuas tuvo que subterranizarse, retrocediendo a la forma originaria de transmisión tribal.

—O sea, que en las condiciones actuales ya no es necesaria tanta cautela y rigidez; y, por lo tanto, la determinación del aprendizaje ya no queda bajo el dominio de la magia, sino de la volición del maestro y del alumno.

—Esa es tu conclusión y no la de don Juan. Para él lo mágico determina a lo racional; de manera que la determinación de la trans-

misión del conocimiento no recae sobre el querer del maestro o del discípulo, sino sobre el augurio que las todopoderosas e inescrutables fuerzas de la naturaleza tengan a bien señalar.

—Entonces la transmisión del conocimiento debe darse a través de una violentación: bien la del alumno que no quiera aprender, o bien la del maestro que no quiera enseñar.

—Sí en cuanto al discípulo; no en lo que concierne al maestro. Este último debe estar siempre atento a los dictados de lo supra personal.

—¿Pero no le parece a usted un sinsentido el sostener que el discípulo debe saber con anticipación lo que busca?

—No.

—Carajo, no veo cuál sea la maldita necesidad de tanto recelo. Además existe una contradicción insuperable entre los dos señalamientos referentes al discípulo: por un lado, no puede hacer nada volitivamente, pues son los caprichosos augurios los que deciden la elección; y por el otro, está obligado a saber el porqué de su compromiso, ¿en qué quedamos?

—Así es el mundo de tu querido don Juan.

—¿Y el de Sócrates?

—Es en extremo diferente en este punto. Tal vez si el castigo que se le infligió a Sócrates hubiera sido colectivo y no personal, los sobrevivientes socráticos hubieran rodeado su vida con un halo de misterio y desconfianza semejante al de don Juan. En la Grecia clásica, el modelo más aproximado al de don Juan es el pitagórico. Los pitagóricos supieron, como nadie, cultivar el sigilo y el secreto...

—Sin embargo desaparecieron.

—No desaparecieron, fueron absorbidos; como lo será el mundo de don Juan en la medida en que se haga asequible socialmente.

—¿En qué se basa usted cuando dice que el mundo socrático es por completo distinto al de don Juan?

—¿Quieres que hable de la relación enseñar-aprender o de los sistemas en general?

—De momento estamos viendo la relación maestro-discípulo.

—Pues me baso en que la pedagogía socrática es transparente, racional y pública. Nada en ella es dejado a la determinación de lo mágico o de lo suprapersonal.

—¿Entonces cómo explicaría usted la disertación de Sócrates en la *Apología,* cuando dice que él jamás ha prometido enseñar nada y que, de hecho, nada ha enseñado?

—Eso hay que entenderlo a la luz de la desconfianza socrática hacia los que pretendían poseer y enseñar la verdad. Creo que en el *Teeteto* más que en ningún otro diálogo, se haya manifiesta la dinámica de la pedagogía socrática. Allí se dice que el Dios único y Todopoderoso, por cuya creencia será en parte condenado Sócrates, le impone el deber de ayudar a los demás a parir, al mismo tiempo que le prohíbe su propia producción.

Recordando el oficio de su madre, Sócrates se dice partero del conocimiento. En este sentido cabe señalar que el desempeño socrático consiste, pues, única y exclusivamente, en hacer que los demás exterioricen su interior. De donde se puede concluir que las pedagogías de Sócrates y de don Juan son en extremo diferentes. Para el primero, poner la ciencia en otras manos es enseñar; recibir la ciencia es aprender; y tener la ciencia es saber. Ahora bien, como quiera que para Sócrates conocer es recordar, la relación maestro-discípulo queda reducida a un mero partear; esto es, el maestro ayuda al discípulo a reconocer lo que ya tiene en sí mismo. Mientras que para el segundo, enseñar, aprender y saber son partes de un proceso de derrocamiento-aportación, donde el que sabe somete al destinado a saber a una negación radical de lo que cree saber, con el fin de que las nuevas enseñanzas tengan una firmeza estructural a prueba de toda refutación...

—¡Qué rollo! ¿Qué no hay otra manera de hablar de lo mismo sin tanta confusión?

—Por supuesto que hay infinitas maneras, pero la mía es así y, de momento, no veo cómo pueda dejar de ser como es.

—Está bien, veamos si estoy entendiendo. Usted dice que el método socrático tiene por fin hacer emerger lo que ya existe; mientras que el método de don Juan busca demoler o nulificar la concepción del mundo que tiene el discípulo para poner en su lugar una nueva concepción totalmente ajena a la anterior. Si es así, no estoy de acuerdo con usted, porque a mi entender tanto el método de don Juan como el de Sócrates constan de dos partes: una negativa o derrocadora y otra positiva o aportadora. En la pedagogía de don Juan se habla de parar el mundo para ver; en la de Sócrates se hacen objeciones (eléntica) para finalmente descubrir la verdad (mayéutica o heurística).

—¡Caray, muchacho, me está sorprendiendo tu lucidez!

—¿Qué, no está de acuerdo con lo que dije?

—Sí... Pero, tal vez sin pretenderlo, has conducido la discusión a un terreno estrictamente metodológico.

—¿Y?

—Pues que si queremos llegar a alguna constatación significativa, no vamos a tener otra opción que meternos de lleno en la filosofía; y por lo que veo tú no tienes paciencia para esto.

—Por una vez voy a tenerla.

—A ver si es cierto. Escucha con atención. El método socrático es en principio mucho más esquemático y sencillo que el de don Juan. Como ya dije, consta de dos determinaciones fundamentales: el cuerpo y el alma. El cuerpo llena el mundo de los sentidos, de la apariencia; es mortal, soluble y mutable; mientras que el alma llena el mundo de la razón, de la esencia; es inmortal, indisoluble e inmutable. El conocimiento no reside, por tanto, en las sensaciones, sino en el razonamiento sobre las sensaciones; y ello es así porque sólo la razón afecta a la esencia de las cosas, y es precisamente en la esencia de las cosas donde reside la verdad. Tenemos, en consecuencia, que la dialéctica socrática, como proceso analítico-sintético, remonta la falsedad propia del mundo de los sentidos para encontrar en la racionalidad esencial de lo existente su verdad...

—¿Me permite una aclaración?

—A ver...

—De todo lo hasta aquí dicho se puede concluir que para Sócrates todo lo material es un estorbo, incluyendo el cuerpo y todas sus manifestaciones senscientes, ¿sí o no?

—Así es.

—Entonces en la doctrina socrática un hombre de conocimiento, un filósofo, vendría a ser un ente metamundano que busca sublimarse en la especulación.

—Digamos que referido a lo metodológico así es.

—Muy bien, sigamos.

—Un momento, muchacho. No empieces a guardar falsos triunfos en la manga.

—Yo no guardo ningún triunfo, nada más me limito a señalar ciertas cosas.

—¡Te conozco demasiado gorrión, como para que te me disfraces de jilguero!

—¿A qué se debe ahora tanta perspicacia?

—Está bien, sigamos adelante. La división socrática entre alma y cuerpo, toma en la metodología de don Juan la forma tonal-nahual. El tonal es el mundo de la razón, el ámbito del hombre común; el tonal le permite al hombre común ordenar su mundo y construir las reglas de su validez. Por su determinación racional, el tonal se relaciona directamente con el habla, y a través de ésta, indirectamente, se relaciona también con el sentir, el soñar y el ver. Más allá del mundo del hombre común, está el mundo extraordinario del brujo...

—¡Un momento!

—¿Qué pasa?

—Que no me gusta nada eso de brujo; mejor llamémosle hombre de conocimiento o tlamatini.

—¿Pues qué, acaso no es el propio don Juan el que se refiere al nahual como brujo?

—Ese es un malentendido histórico.

—¿En qué quedamos, analizamos el método de don Juan o el tuyo?

—De acuerdo, siga adelante.

—Decía que más allá del mundo del tonal está el mundo del nahual o mundo de la voluntad. En él no hay palabras, ni sensaciones, ni conocimiento, tan sólo creatividad. Este mundo se relaciona directamente con el sentir, el soñar y el ver, y su único contacto con el mundo de la razón es indirecto y viene dado a través del habla. La voluntad es una fuerza, un poder que se levanta victorioso allí donde la razón fracasa; pero este poder va ligado a un saber, y la única manera de tener acceso a este saber es mediante un aliado. El aliado es, pues, la mediación que relaciona el mundo del tonal con el mundo del nahual. Por atestiguar su existencia en el mundo de la voluntad, el aliado tiene poder y lo da, y este poder dado por el aliado es la ayuda indispensable para alcanzar el saber. Tonal y nahual, saber y poder, se erigen así en la fundamentación de una metodología que, al igual que toda la filosofía náhuatl, funciona por pares. De ahí que para la transmisión del conocimiento heredado sean necesarios dos elementos clave: el maestro, que actúa sobre el tonal del discípulo sacudiendo el fundamento racional y predisponiéndolo para entrar en el mundo del nahual; y el benefactor, que actúa sobre el mundo del nahual y ayuda al discípulo a saber moverse en lo extraordinario.

—Le faltó mencionar lo más importante.

—¿Qué cosa?

—Lo siguiente: que a diferencia de Sócrates, don Juan no niega la fundamentación de los sentidos (recuerde su notable aforismo: "entregarse a la negación es el peor de todos los modos de entrega"), sino que busca sublimarlos en una interiorización metasensible que trascienda el mundo de la razón. Por ello, para don Juan, fiel continuador de la filosofía náhuatl, el mundo del hombre de conocimiento no se restringe a una totalización de la relación tonal-nahual; pues el tonal, como razón, ordena y construye sin creación; y el nahual, como voluntad, crea y da poder sin conocimiento. Para que estos dos

mundos trasciendan como autenticidad es necesaria una sublimación metodológica, y esta sublimación metodológica la proporciona el ver. Sólo viendo se puede saber. A diferencia de un hombre de conocimiento, el brujo no ve, ni tiene por qué ver; para ser tal sólo necesita saber usar su voluntad. En comparación con un hombre que ve, un brujo es un pobre diablo. Cuando un hombre aprende a ver ya no necesita vivir como guerrero o como brujo, porque el que ve es un hombre de conocimiento y un hombre de conocimiento es el único que puede penetrar la esencialidad del mundo.

—Curiosa coincidencia con el fin socrático.

—¿En qué sentido?

—Pues que tanto para Sócrates como para don Juan, el fin del verdadero conocer es alcanzar la esencia de las cosas.

—Creo haberle oído decir que todas las grandes filosofías tuvieron siempre como fin la esencia de las cosas...

—¿Y qué me dices del soñar?

—Ese es uno de los mayores puntos de desunión. Para Sócrates, los sueños son en parte revelación de los misterios insondables de la divinidad y en parte falsas opiniones que se originan al tomar la semejanza de una cosa por la cosa misma. Para don Juan, por el contrario, el soñar es uno de los accesos al poder; arreglando los sueños el hombre de conocimiento aprende a moverse a voluntad. El soñar está relacionado con el no-hacer, y el no-hacer es la base del ver; soñar es la actividad máxima del nahual. De manera que, cuando un hombre se entrega al no-hacer detiene el diálogo interno, y al parar el diálogo interno borra su historia personal y entra en el soñar, y al entrar en el soñar, ve.

—Yo creo que Sócrates era un auténtico soñador; prueba de ello es que gran parte de sus extraordinarias revelaciones emanaban de sus sueños. La concepción occidental del soñar como fuente de distorsión y falsedad parte más bien de la doctrina hipocrática expresada en *De los sueños* y de la aristotélica sintetizada en *De la adivinación en el sueño.*

—No me venga con falsas excusas, don Ramón, usted sabe mejor que yo que en Sócrates la razón tiene siempre la última palabra. Además, son justamente el ver y el soñar los puntos determinantes en que la filosofía de don Juan se une a las grandes filosofías orientales y se separa de la racionalidad occidental.

—No son falsas excusas. El método socrático es sobremanera claro: el autoconocimiento es el fin del verdadero filosofar; y sólo se puede llegar al autoconocimiento a través de la razón. Razón y filosofía son inseparables; atacando a la razón se ataca a la filosofía misma, y sin filosofía no hay verdad...

—¿Pero está usted de acuerdo con eso?

—No del todo, yo tengo otro método. Pero eso no importa ahora. Lo que sí importa subrayar es que, a diferencia del mundo de don Juan, en el mundo socrático la filosofía busca la verdad, pues sin verdad no hay virtud, y sin virtud no hay justicia, y sin justicia no hay patria...

—Sí, de acuerdo, pero vayamos por partes. De lo que hasta ahora hemos visto a nivel metodológico, podemos concluir que la metodología socrática busca aprender hablando; mientras que la metodología de don Juan busca el aprender haciendo. Ahora la cuestión es, ¿a cuál de los dos métodos hemos de apostarle?

—¿Quieres saber mi opinión?

—¿A quién sino a usted me estoy dirigiendo?

—Pues yo le apuesto a los dos.

—O sea que usted, sabiendo que la decadencia de Occidente reside en la hipertrofia de la racionalidad y del lenguaje, sigue apostándole al caballo perdedor.

—Mira, Eugenio, eso de aprender haciendo, postulado por el pragmatismo de Dewey y de James, ya has visto a dónde ha llevado al *american way of life*. Yo soy un hombre que ama por igual lo rural y lo urbano, lo pragmático y lo racional; por eso acepto por igual la urbanidad de Sócrates y la ruralidad de don Juan. Cuando estoy en lo rural, la filosofía náhuatl sistematizada por don Juan me parece

fluida y contundente; pero cuando devengo en lo urbano, la mayéutica socrática y, sobre todo, los imperativos éticos sistematizados en la verdad, la justicia y la patria, me parecen geniales e irrefutables.

—¿De cuándo acá es usted un patriota y un propugnador de la justicia social?

—¿Es que alguna vez dejé de serlo?

—Déjese de socratismos, don Ramón, usted es un apátrida transnacional.

—¿De dónde carajos sacas tú eso?

—Bueno, ya tendré oportunidad de hacérselo ver. Ahora dígame una cosa, ¿cuáles son los principales obstáculos que debe vencer el hombre común para hacerse hombre de conocimiento?

—¡Coño!, ¿qué pretendes con esas preguntas tan peregrinas e inconsistentes?

—No se enfade, querido maestro...

—¡Ya te he dicho que yo no soy maestro de nada ni de nadie!

—¡Újule, qué tonito, don Ramón!

—El que tú me impones, muchacho.

—Está bien, se lo voy a plantear de otra manera. Yo creo que los imperativos éticos socráticos son perfectos en teoría, pero en la práctica social terminan siempre por desvirtuarse. Y ello es así porque desde Sócrates hasta nuestros días, el saber occidental ha atacado siempre con ingenuidad al poder; porque en el fondo, y como muy bien lo atestigua la *República* de Platón lo único que busca el saber occidental es el poder. De esta manera, agobiado por la corruptibilidad propia del poder, el saber occidental se ha refugiado en un absurdo egocentrismo: vive dentro del ámbito del poder social, pero le es totalmente inútil; y cuanto más inútil se sabe, tanto más se esfuerza por separarse del ámbito del poder; de ahí que el saber de los grandes sabios de Occidente no tenga gran validez para la mayoría social y la sociedad misma a la que tanto se esfuerza teóricamente por hacer mejor; esto es, más verdadera, más justa y más patriota. ¿Ve usted lo que ocurre con los imperativos socráticos? Por el contrario, a don

Juan los imperativos sociales no le importan. Él se sabe continuador de una tradición minoritaria por naturaleza y que sólo podrá seguir existiendo mientras siga siendo minoritaria y marginal. En oposición al filósofo socrático, el hombre de conocimiento del que habla don Juan sí ha logrado hacer del poder y del saber un todo coherente; y lo ha logrado porque, lejos de ubicar sus obstáculos en un todo social por naturaleza inconquistable, los ha centrado en sí mismo...

—¿Y qué obstáculos son esos?

—El miedo, que nos encadena a la rutina diaria y nos impide trascender lo conocido; la claridad, o el saber que nos hace sentirnos únicos y egocéntricos; el poder, que nos endiosa y ensoberbiza; y la vejez, que nos arroja vencidos en brazos de la muerte. Estos son los obstáculos que un hombre de conocimiento debe superar.

—¿Es decir, que lo que tú propones es que en lugar de cambiar el todo para cambiar las partes, se cambien las partes para cambiar el todo?

—¿No está usted de acuerdo conmigo en que el marxismo y las demás doctrinas que pretendieron cambiar el todo olvidándose de las partes, degeneraron en monstruosos modelos deshumanizantes?

—¿Y no olvidas tú que la metodología occidental más próxima a la de don Juan degeneró en una misantropía deleznable precursora del nazismo?

—¿De qué metodología está hablando?

—De la del voluntarioso Schopenhauer. Él, al igual que don Juan, consideraba el mundo de la razón débil y falseador; por ello había que recurrir a la voluntad como dinamismo determinante. Y te vas a sorprender todavía más: es con Schopenhauer que las filosofías orientales entran por primera vez, y de manera seria y rigurosa, en Occidente.

—Bueno, a mí eso no me importa.

—¡A ti sólo te importa lo que crees conocer! Haces de las virtudes defectos y de los defectos virtudes, y siempre tratando de llevar

los triunfos a tu mano. Sólo falta que te unas a Anito, Melito y Licón y que digas que Sócrates fue sentenciado con justicia porque era un corruptor y un degenerado.

—No hay mucha diferencia en decir que lo condenaron por revolucionario. ¿Cuántos Sócrates hemos tenido desde entonces?

—¡Estás loco sin remedio!

—¡Pobres los que buscan con desesperación el remedio!

—Pero ven acá, muchacho, ¿conoces a alguien que haya hecho tanto mal a tu generación como don Juan?

—A esto habría que responder lo mismo que Sócrates dijo en su apología: "No es mi culpa si los que me escuchan se hacen pícaros, hombres de bien o tiranos".

—Entonces convendrás conmigo en que, o bien condenamos a Sócrates y a don Juan por corruptores, o bien los ensalzamos como propugnadores de una nueva forma de existencia más íntegra y sincera...

—A mi entender, no cabe la menor duda de que ambos representan dos de las conciencias más lúcidas de su tiempo. Pero lo que a mí me interesa, don Ramón, no es señalar las similitudes, sino encontrar las divergencias. Y si bien coincido con usted cuando dice que en Sócrates la preocupación sociopolítica fue muy importante, mientras que en don Juan es prácticamente nula, no por ello voy a dejar de señalar que uno de los mayores desaciertos socráticos fue el oponer lo racional a lo dionisiaco. Y en esto coincido por completo con Nietzsche, cuando acusa a Sócrates de ser el culpable de la separación entre la razón y la naturaleza como principios determinadores del helenismo. Con Sócrates desaparece el culto a la naturaleza y principia el imperio autocrático de la razón.

—Lo mismo podría decirse que con don Juan desaparece la razón y resurge el fenomenologismo oscurantista.

—¿De dónde demonios saca usted eso?

—De un libro llamado *Cultural Materialism,* escrito por un señor de nombre Marvin Harris, y que debería ser una lectura obligada para ti.

—¿Es gringo?

—Y maestro de la Universidad de Columbia.

—Seguro otra de esas ranas eclécticas que, como dice con sorna don Juan, luego de arreglar el mundo en su cubículo universitario de un modo bello y luminoso, se van a casa a las cinco en punto para olvidar su arreglo y entregarse al rutinario croar.

—¿Te das cuenta? Sólo tú estás en condición de afirmar qué es lo verdadero y valioso. Te hablan de algo que no conoces y enseguida comienzas a despotricar como si fueras el único detentador de la verdad. Será mejor que dejemos aquí esta plática, porque tu presunción ya me está llegando a los...

—¡Tranquilícese, maestro!

—¡Vete al carajo!

—Espere, espere. Todavía no hemos hablado de las sustancias de poder.

—Mira, ahí viene llegando Antonio —dijo el enfurecido viejo señalando una lancha que se arrimaba a la playa—. Ve con él para que te platique todas esas mamarrachadas que quieres saber.

—¡Ya se resintió el orgullo celta!

—¡Qué orgullo, ni qué niño muerto!

—Vamos, don Ramón, debería usted ser más paciente.

—No tengo necesidad de aguantar todas esas majaderías.

—¡Lejos de mí siempre ha estado el ser majadero!

—Entonces la cosa está peor, pues eres un majadero inconsciente.

—Ya deje de atacarme con tanta saña.

—Mira, Eugenio, creo que ya hemos dicho todo lo que teníamos que decir sobre el tema. Ahora tómate un tiempo para recapacitar sobre todo esto. Es necesario que medites mucho el paso que vas a dar, no vaya a ser que después le cargues la culpa a Sócrates, a don Juan o a algún otro.

—¿Entonces de plano se niega a hablar conmigo?

—¿De qué quieres que hablemos?

—De las sustancias de poder, ¿ha tenido usted alguna experiencia con ellas?

—Ya te dije que no quiero hablar de los enteógenos.

—¡Vaya término tan rebuscado!

—No es mío.

—¿A quién se le ocurrió?

—Otro día platicaremos de eso.

—¿A qué viene tanto misterio?

—¿Me ayudas a preparar algo de comer?

—Está bien...

Nos fuimos silenciosos hacia la cocina, y así permanecimos por un largo rato mientras preparábamos unos trozos de cecina con papas fritas y la típica ensalada breoganiana hecha con jitomate, cebolla, aceitunas, aceite de oliva y vinagre. Cuando ya llevábamos poco más de un cuarto de hora de faena, sentimos unas voces en el camino y tras ellas aparecieron don Antonio y Teto.

—¿Qué hubo?

—¿Cómo os va?

—Pues aquí, don Ramón, visitando la querencia.

—¿Qué dice la pesca, Teto?

—Jalando, don Ramón, a ver cuándo se animan para ir a dar un lance.

—Cuando tú digas.

—¿Le parece bien mañana?

—Hombre, no sé...

—¿Pasado mañana?

—Podría ser.

—¿Y qué me cuenta mi estimado?

—Pues nada Teto, aquí don Ramón es el que no quiere contar.

Don Ramón me lanzó una mirada perspicaz y se metió en el interior de la cabaña.

—¿Anda bravo? —me interrogó don Antonio con sorpresa.

—Sólo conmigo.

—Entonces mejor no le digo nada de lo que venía a platicarle.

—¿Malas noticias?

—Pues que lo mandan llamar de Huatulco.

—¿Para qué?

—Ya vino la televisión y andan todos alborotados.

—¿Qué, nos echan ya?

—Pues quién sabe, a lo que yo alcancé a oír parece que van a indemnizar a don Ramón y que le van a dar un lotecito por acá.

—¿Por acá dónde?

—Eso sí no lo sé. Para eso vine. Tiene que ir a Huatulco, aquí traigo el citatorio.

—Será mejor que se lo diga todo de una vez, don Antonio. Más encorajado no creo que se ponga.

Salió don Ramón con una botella de mezcal y unos vasos. Luego de servir y darle a cada quien su vaso, se enfrentó a don Antonio.

—¿Así que ya nos mandan a la chingada, Antonio?

—No lo creo, don Ramón. Nomás lo van a ubicar de acuerdo al proyecto.

—Pues vas a decirle a las autoridades de Huatulco que si quieren que vengan ellos a hablar conmigo. Yo estoy aquí legalmente y no soy ningún pendejo para que anden trayéndome y llevándome.

—No se encabrone, don Ramón. Las autoridades de Huatulco lo aprecian mucho; son esos licenciados de FONATUR y del gobierno del estado los que andan haciendo y deshaciendo.

—¿Y qué va a pasar con ustedes?

—Todavía no sabemos, don Ramón. Pero eso sí, de Santa Cruz no nos vamos.

—Va a haber jaleo, Antonio.

—Pues a ver de a cómo nos toca...

Continuamos la plática un largo rato. Don Ramón, sin dejar el diálogo, trajo varios trozos más de cecina y me indicó que pelara más papas. Luego de tomarnos un par de mezcales, nos sentamos a comer en la terraza. Teto se soltó hablando de la rique-

za pesquera del lugar; pero su plática, lejos de separarnos de la nefasta presencia de la expropiación, nos llevó a clavar nuestros ojos en ese mar que tanto celebraba, embargándonos una tristeza inexpresable.

—Hay un chingo de lugares como éste, don Ramón —dijo al final Teto tratando de superar lo insuperable.

—¡Cómo éste ninguno, Teto!

—Bueno, parecidos, don Ramón.

—No, Teto. Ni siquiera parecidos.

La negatividad del momento enmudeció la conversación. Recogimos los platos y Teto y don Antonio se despidieron alegando no sé qué asuntos. Me acerqué a don Ramón y le palmeé con afecto su poderosa espalda.

—No se preocupe, don Ramón, ya encontraremos otro lugar donde plantar un nuevo refugio.

Movió afirmativamente su cabeza, pero todo su interior parecía desplazarse en sentido contrario. Me fui caminando despacio vereda abajo detrás de don Antonio y Teto. Al llegar a la cabaña de don Antonio, Teto se despidió recordándome que a más tardar en un par de días vendría por nosotros para ir a dar un lance al tiburón con el trasmallo aboyado.

Tal como habíamos acordado, dos tardes después Teto pasó por nosotros. El día estaba medio nublado y el mar, aunque bastante tranquilo, tenía una misteriosa tonalidad parduzca. Pronto dejamos atrás la isla, y la imagen de Teto eufórico y pleno de ilusión se alzaba contrastante, sobreponiéndose a la alejante Playa Tortuga. Don Ramón, que no dejaba de mirar intranquilo hacia el sur, pareció divisar de pronto algo que opacó todavía más su semblante. Como si estuviéramos de común acuerdo, Teto y yo miramos hacia el mismo punto negruzco que sobresalía entre las olas.

—Es una tortuga muerta —expresó el experimentado pescador sin darle mayor importancia.

Seguimos alejándonos de la costa y por todos lados comenzaron a saltar gozosos los atunes y los barriletes.

—Hay pesca de a madre —dijo Teto—, tiren los curricanes; vamos a sacar carnada para enredársela al trasmallo.

Solté mi cuerda y vi que don Ramón hacía lo propio con la suya, pero sin quitar los ojos ni por un momento del diminuto punto negro que el oleaje empujaba hacia la costa. Agarramos unos quince pescados entre atunes y barriletes y, cuando estábamos recogiendo las cuerdas, Teto nos gritó señalando hacia un lado de la lancha. Unas impresionantes manchas oscuras nadaban cerca de la superficie.

—Son cornudas —añadió Teto—, las vamos a madrear retebonito.

Don Ramón continuaba con su ensimismamiento y esto empezó a preocuparme. Me acerqué y le dije qué pasaba. Se quedó silencioso un momento y se limitó a balbucir:

—Malos presagios, Eugenio, malos presagios.

—Está loco —le dije—, hay cantidad de pesca.

Me miró a los ojos y sentí que mi ser se fisuraba escapándoseme toda la energía.

—¿Qué pasa, don Ramón? —pregunté al borde del estallido.

—Deberíamos regresarnos, esa tortuga era un aviso.

—Déjese de donjuanadas y dígame de una puta vez a qué viene todo esto.

Don Ramón negó con su cabeza y se quedó viendo con una pena infinita la expresión sonriente de Teto.

—¿Qué vieron? —dijo éste sin alterar su ánimo celebrante.

—Puras pendejadas —añadí molesto.

—Nos vamos a chingar más de una tonelada, ya verán —expresó Teto.

El sol, semioculto por las nubes, era ya un tenue resplandor a punto de perderse en la inmensidad del océano. Estuvimos un largo rato en silencio y la imagen desolada de don Ramón cayó con pesa-

dez sobre mi ánimo. Jamás, desde que lo conocía, lo había visto tan abatido, ¿qué traería en su mente?, ¿le tendría miedo por primera vez al mar? Traté de desprenderme de tan negativa influencia y me fui hacia atrás a platicar con Teto. Éste, imagen totalmente opuesta a la de don Ramón, se soltó hablando del dinero que necesitaba para comprar otra lancha y otro motor, y que si todo iba como debía ser, en tres o cuatro lances, como el que íbamos a dar hoy, terminaría de completar la cuenta. Me invitó a ir al siguiente día a un burdel de Pochutla, donde ya tenía una güera a todo dar apartada para él y sus amistades.

—Ya casi no se ven las montañas —dije medio alarmado por lo mucho que nos estábamos alejando.

—Aquí adelantito vamos a tender.

Ya estaba oscureciendo y una ligera brisa del sur comenzó a levantar incómodas marejadas.

—No es nada —dijo Teto saliéndome al paso—, un vientito medio pendejo que ni para marear chilangos alcanza.

Pensé de nuevo en el abatido semblante de don Ramón, y al voltearme para ver si había mejorado un poco su desasimiento, que me encuentro con la sorpresa de su desaparición. Me levanté preocupado pensando lo peor, y Teto sonriendo me dijo que, mientras platicábamos, don Ramón se había ido al compartimiento delantero a descansar.

—Fueron chingones, pero ya están viejos.

—¿Qué cosa? —pregunté medio destanteado.

—Don Ramón y mi tío, ya no la hacen, les da miedo el mar; así nos va a pasar a nosotros algún día.

—A mí siempre me ha dado miedo el mar —expresé impresionado por la salada inmensidad que nos rodeaba.

—Pues yo ya me le he pelado varias veces. Lo conozco más que a mi sagrada madre, no hay pedo. Aquí vamos a tender .

Me dispuse a despertar a don Ramón, pero Teto sugirió que lo dejara descansar, que entre los dos podíamos hacerlo sin problema.

—Voy a dar marcha atrás y vas soltando el trasmallo con mucho cuidado, no te vayas a enredar en él y te lleve la chingada.

Me fui hacia la parte delantera y vi a don Ramón sentado con las piernas cruzadas sobre el fondo de la lancha y con la cabeza inclinada hacia su pecho; su respiración era rítmica y profunda, y al verlo tuve la sensación de que la parte directora de aquel cuerpo no estaba allí, sino a kilómetros de distancia. Comencé a soltar con precaución el trasmallo y en un acelerón repentino que dio Teto, casi me voy al mar en medio del trasmallo.

—¡Ojo, mi estimado! —exclamé medio molesto.

—Se tapó un momento la manguera y tuve que acelerar —dijo Teto sin darle mayor importancia.

Por fin tendimos los ciento cincuenta metros de trasmallo y, apagando el motor, nos quedamos al garete.

—Ponte la chamarra y échate a descansar —expresó Teto—, yo me quedo haciendo guardia, no vaya a venir un petrolero jijo de la chingada como nos pasó la otra vez y nos dé en toda la madre.

Me recosté en el fondo de la lancha con intención de dormirme un rato para disipar la ligera sensación mareante que me embargaba, pero el golpeteo de las olas contra el casco y el extraño comportamiento de don Ramón me encadenaron a una vigilia obligada. Luego de varias horas de recorrer los más recónditos rincones de mi vida, comenzó a vencerme el cansancio y la sensación de mareo desapareció por completo. Centré mi atención en el constante golpeteo del agua y pronto me sentí arrastrado por una fuerza burbujeante. Iba de aquí para allá a merced de la corriente, sin saber dónde me encontraba, pero con la firme convicción de que me encaminaba a un preciso lugar a varios cientos de kilómetros más adelante. De repente sentí que mi columna rompía el sostenimiento rítmico y un impulso endemoniado me sacaba disparado hacia un mundo entenebrecido. Sentí un frescor increíble recorriendo mi interior y una vez más me sumergí en la nitidez de la masa burbujeante. Poco a poco fui descubriendo la dinámica de mi moción y una indescriptible sensación de

bienestar me poseyó al comprobar la asombrosa facilidad con que podía cambiar de dirección con un sólo sacudimiento de la cola. La visión comenzó a aclararse progresivamente y podía ver en forma panorámica en una extensión de varias decenas de metros a la redonda. Todo era de una blancura luminosa, que sólo se rompía cuando un fuerte sacudimiento de mi columna me impulsaba hacia el medio borroso e inconsistente, donde, a través del orificio que tenía en mi frente, inhalaba gran cantidad de aire. Algo se activó en mi cabeza y sentí que unas ondas salían proyectadas de mi frente, volviendo enseguida con una información que determinaba mi desplazamiento. En una de tantas emisiones, me llegó nítidamente la presencia de un obstáculo. Oí unos impresionantes silbidos y pronto entendí que me estaban comunicando algo. Comencé a emitir idénticos sonidos y a mi lado aparecieron por decenas unos seres parlanchines que anunciaban con gran escándalo que enfrente había algo peligroso. Me perdí entre ellos por momentos hasta que percibí la existencia de una muralla infranqueable. Comencé a dar vueltas asustado sin saber hacia donde encaminarme. Las señales se confundían en mi mente y por doquier resonaban los penetrantes llamados de peligro y retroceso. De pronto sentí que mi cola era retenida por algo y me sacudí angustiado con todas mis fuerzas. Todo sucedió con fugacidad, y cuando me entregué vencido y exhausto noté que mi cuerpo se encontraba inmovilizado por una red de hilos irrompibles y cortantes. Empecé a sentir la necesidad de aire y todo en derredor se tornó difuso y abismante. Con agónica lentitud me fui desenergizando y un postrer y leve sacudimiento de mi otrora poderosa columna me hizo saber de la proximidad del fin. Estaba ya consumando el total desaparecimiento cuando sentí que una piel suave se frotaba contra la mía. Apenas pude distinguir que era un semejante que me decía que me dejara llevar, que él conocía cómo sacarme de allí. Me agarró con suavidad por la cola y comenzó a moverme en sentido circular. La vida se me iba con desesperación y una presión angustiante me llevó al límite del estallamiento. Se empezaron a diluir todas las se-

ñales y lo último que sentí fue que me arrastraban de una aleta hacia un mundo de plena oscuridad...

—¿Qué pasa, qué pasa?

Vi a don Ramón saltar felinamente hacia la parte de atrás de la lancha a ayudar a Teto, que enseñaba su blanca dentadura al esforzarse con desesperación por subir el trasmallo.

—¡Ven para acá, apúrate, échanos una mano! —me gritó don Ramón.

La lancha se estaba inclinando peligrosamente a popa, y ya toda la parte delantera estaba en el aire.

—¿Qué pasa? —pregunté al tomar el sitio que hacía a mi esfuerzo.

—Te dije que íbamos a madrear —expresó Teto—. Capaz, que hay más de dos toneladas.

—¡Vamos a cortar el trasmallo, Teto! —exclamó imperativo don Ramón.

—No chingue, don Ramón. Aquí hay un madral de lana —replicó el esforzado pescador.

Empezaba ya a clarear, aunque estaba completamente nublado, y el mar se agitaba peligroso por efecto de las ululantes ráfagas de viento. Concentramos nuestro esfuerzo y al primer jalón una gran cantidad de agua entró a ambos lados del motor.

—¡Te digo que hay que romper el trasmallo, coño, es demasiada carga! —volvió a rugir don Ramón.

—Vamos a jalarlo despacito. No hay pedo, don Ramón. Usted déjeme a mí y verá que la hacemos a toda madre —dijo Teto aparentando una seguridad que ridiculizaba la actitud temerosa de don Ramón.

Subimos el primer tiburón, el segundo, el quinto, el sexto y, con la carga puesta en el compartimiento central, la lancha comenzó a nivelarse pero sin lograr suspender la peligrosa tensión de la popa. Seguimos subiendo con extrema lentitud el trasmallo enredado con los tiburones, y pronto el golpeteo de las olas comenzó a meter agua en la lancha por todos lados.

—¡Me cago en diez, muchacho, o rompes el trasmallo o te parto la cara! —explotó titánico don Ramón.

Ante la expresión de fuerza de don Ramón, Teto suspendió un instante el jalado y se quedó mirando en dirección a las formas blancuzcas que aparecían escalonadas en el hundido trasmallo. Don Ramón, sin decir nada más, agarró el cuchillo que llevaba Teto en la lancha para abrir el pescado y, con una rapidez endemoniada, cortó las guías del trasmallo. Al ver desaparecer su cuerno de la abundancia, Teto se soltó en un lloriqueo que por primera vez me hizo ver con claridad el nefasto yugo de la ambición y la codicia.

—Chingada madre, cuántos miles de pesos se van ahí. Me cae que hubiéramos podido subir tres o cuatro más; esta lancha aguanta más de dos toneladas. De perdida cien mil pesos se fueron a la chingada y además el trasmallo, me lleva la chingada...

Mientras Teto continuaba enceguecido parado sobre la popa, don Ramón me urgió a irme con él hacia delante para equilibrar la lancha y achicar el agua. Agarré un pequeño recipiente de plástico y me entregué a la tarea.

—¡Apúrate, el mar se está poniendo muy feo! —le gritó don Ramón a Teto.

El pescador, con visible desagrado en su expresión, comenzó a jalar de la cuerda del motor, y al cabo de media docena de intentos se oyó el crepitante estallido del arrancamiento. Jamás en mi vida me había producido tanto bienestar el ruidoso encendido de un motor. Teto giró en redondo la lancha y al dar la vuelta una gran cantidad de agua entró por la borda.

—¡Tiene demasiado peso! —volvió a rugir don Ramón.

Teto, sin responder, enfiló la lancha hacia la brumosa formación ¿de montañas? que se perdía en la angustiante lejanía.

—¿No iremos en sentido contrario? —pregunté asustado a don Ramón.

—No —respondió con contundencia—, vamos bien.

Me quedé viendo por un instante a don Ramón y me sorprendió mucho percibir de nuevo el halo de energía a que me tenía acostumbrado. Al parecer el decaimiento pesimista de ayer ya había sido su-

perado. Esto me infundió nuevos ánimos y me absorbí en la función de achicar el agua con un brío que cualquier máquina hubiera envidiado. De pronto se oyó un crujido y don Ramón le gritó a Teto que fuera más despacio o tendríamos que tirar parte de la carga por la borda. Teto, bastante malhumorado, gruñó por lo bajo que mejor lo tiráramos a él, que al cabo ya todo le valía madre.

—No te dejes vencer por el avorazamiento, muchacho —le dijo con firmeza don Ramón—, con la mitad del pescado que llevas aquí es más que suficiente para reponer el trasmallo.

La lancha, al golpearse con violencia por efecto de las cada vez más amenazantes olas, volvió a crujir desgarradoramente.

—¡Ayúdame! —me gritó don Ramón.

—¿Qué hacen? —protestó Teto al vernos cortar los enredados restos del trasmallo para desprender algunos tiburones.

—¡Tenemos que aligerar la carga o nos vamos a ir al carajo!

—¡No, ni madre!

Don Ramón agarró por las aletas delanteras un enorme tiburón y me dijo que lo ayudara para jalarlo hacia delante y tirarlo por la borda. Tomé al impresionante escualo, que pasaba de los ciento cincuenta kilos, por la cola y con gran esfuerzo lo arrastramos hacia el compartimiento delantero, donde lo dejamos caer con gran estruendo. Nos incorporamos sobre el asiento para pasarnos a donde estaba el tiburón y tirarlo al mar, cuando un brusco acelerón de Teto en respuesta a lo que estábamos haciendo nos hizo caer encima del tiburón. Don Ramón bufó de encabronado y, cuando nos estábamos reponiendo de la caída, se oyó un terrible crujimiento y la lancha se partió por medio. Me sentí de pronto reviviendo algo ya vivido, ¿era un sueño?, y traté de impulsarme con la cola para salir disparado al medio oxigenante. Pero esta vez la orden no funcionó y me vi moviendo mis extremidades con angustia para salir de aquel medio asfixiante. Lo primero que distinguí al emerger al bienaventurado mundo oxigenante fue una extraña formación blanquiverduzca que flotaba a un par de metros de donde me encontraba. Nadé aprisa

hacia allí y al aferrarme comprobé que era la parte delantera de la lancha, que flotaba invertida gracias al compartimiento de aire que albergaba. Busqué a don Ramón y Teto por todos lados y no vi nada. Me entró un pánico paralizante y una cálida fluencia tocó la parte interna de mis muslos.

Como un verdadero delfín salió impulsado don Ramón una decena de metros delante de mí. Le grité, me vio, y se vino nadando con fortaleza hasta donde yo estaba. Se agarró a la milagrosa boya y, luego de controlar la respiración, me dijo que le había sido imposible rescatar a Teto, que se había ido al fondo enredado con el motor, el trasmallo y los tiburones. Miré desesperado en derredor y al no ver más que el embravecido oleaje por todos lados, me venció un pánico histérico. Comencé a gritar que no quería morirme, que por qué el pinche viejo no había evitado esto, que la culpa la tenía él, que... Al abrir la boca me entró de lleno un salobre torbellino y creí que me asfixiaba. Empecé a toser de manera convulsiva y a tragar más agua. Sentí que algo estrujaba mis entrañas y vomité los residuos de lo que el día anterior había comido. Don Ramón me sujetó con fuerza por el abdomen y me subió a la parte cimera del flotante resto de la lancha. Controlé un poco los espasmos, pero el pánico lejos de desaparecer alcanzó extremos nunca antes sospechados. Me quedé paralizado contemplando, sin ver, la nada que me estaba devorando. Experimenté una fuerte sacudida y vi a don Ramón que me golpeaba varias veces con la palma de la mano sobre la nuca.

—¡Ya está bien! —grité recobrando la noción del espaciotiempo.

—¡Escucha bien lo que te voy a decir! —me conminó el aguerrido viejo.

Me lo quedé viendo y sentí que una onda de calor brotaba de aquellos ojos de águila, infundiendo a mi ser una inusitada seguridad.

—Escucha, esto era inevitable, ¿entiendes? Nadie puede cambiar los designios del destino. Ni tú ni yo vamos a morir, pero tenemos que afrontar la prueba con entereza y con hombría. No dispon-

go de mucho tiempo para hablarte, pues el compartimiento estanco está rajado y pronto va a hundirse...

Al oír esto busqué desesperado la confirmación de sus palabras y un escalofrío de terror erizó todo mi cuerpo al ver el mencionado tajamiento y comprobar que el milagroso salvavidas cada vez estaba más hundido.

—¡Escucha! —volvió a jalarme don Ramón—. Vas a hacer todo lo que yo diga. No te puedes permitir ni el más ligero asomo de duda, ni el menor desfallecimiento. Yo sé que nuestra muerte no está aquí. Esta es tu prueba y yo voy a ayudarte a salir de ella. Ahora es cuando tienes que demostrarte a ti mismo que quieres ser un hombre de conocimiento. No te dejes atrapar por el temor. Si quieres pensar en monstruos marinos y en tiburones hazlo ahora. Tan pronto este compartimiento se hunda empezará la lucha de poder. Usa el método, confía en él sin cuestionamientos.

—¿Cuál método? —pregunté un poco más calmado.

—No importa, encuéntralo en la vivencia, haz que ocupe tu mente. El método es el faro que guía nuestros actos. No pienses en ti, no dejes que tu presente te atrape; piensa en los grandes hombres de método. El método es invencible.

—¿Pero cuál método, don Ramón? —interrogué medio confuso.

—¡Encuéntralo coño! Hazte merecedor de él. Para empezar controla tu respiración. Sólo controlando la respiración podrás evitar la desenergización de tu cuerpo. Céntrate en el ritmo y la fluencia. Una vez que controles la respiración, ocupa tu pensar en el método. Haz un balance de cuántos métodos crees conocer, cuál te parece más apropiado, cuál te infunde al rememorarlo mayor energización. No importa si se trata del método socrático o del de don Juan.

—¿Y cuál es su método, don Ramón?

—No empieces otra vez con preguntas pendejas, cuando salgamos de ésta ya te lo enseñaré. Ya voy a terminar de hablar; esto se está hundiendo. Por última vez te repito: duerme tu cuerpo con la respiración controlada y ocupa tu mente en el método. Y no dejes

de hacer, sin replicar para nada, todo lo que te diga. Ahora quítate la chamarra y el pantalón y quédate nada más con el calzoncillo y la camiseta.

Obedecí en el acto.

—Muy bien —dijo don Ramón después de haber hecho él lo mismo.

—¿Hacia dónde vamos a ir don Ramón? —pregunté cuando ya empezaba a vencerme otra vez el desconcierto.

—¡No hagas preguntas, joder! —explotó don Ramón enfurecido.

Me aferré con más fuerza a la cada vez más hundida punta de la lancha y dejé que mi mente se llenara con el fluir metódico. Recordé que desde mis años de preparatoria, la lógica y la metodología habían sido para mí unos escollos insalvables. Se detuvo aquí mi dinámica mental y la imagen de los escollos fue sustituida por la de unas corrientes envolventes. Sí, así habían sido para mí los distintos sistemas filosóficos, como una corriente poderosa y turbulenta. Me acordé del *cogito* cartesiano con su duda radical e innovadora, del criticismo kantiano, de la idealización absolutizadora hegeliana. Al llegar a este punto la imagen de mi padre entró bruscamente en mi recuerdo. Empecé a sentirme mal; experimenté un frío sacudimiento en el estómago y haciendo un gran esfuerzo trasladé la rememoración al mundo reconfortante de la mayéutica socrática. Recordé toda la plática que había tenido con don Ramón, y el ejemplo excepcional de Sócrates al enfrentar su muerte me transmitió un vigor impresionante. De Sócrates pasé a Séneca y Petronio y, sin mediación alguna, me vi de pronto inundado del eufórico culto azteca a la muerte. Mi respiración fluía susurrante, y tenía la sensación de encontrarme formando parte de una inmensa masa vital que se inflaba y desinflaba de manera armoniosa. Vi entonces una extraña reunión de vigorosos muchachos sentados en torno a un anciano semicalvo y de florida barba blanca, que les decía algo gesticulando teatralmente con sus manos. La visión se fue acercando y los contornos se hicieron más nítidos y comprensibles. El ligero arrastramiento de una voz apenas llegaba a mis oídos. Como si estuviera asistiendo a algún tipo de proyección o

evento cautivante, mi cuerpo se reacomodó inundándome tal bienestar que deseaba que todo se quedara así detenido para siempre. Una fría marejada sacudió mi rostro, y al abrir con brusquedad los ojos vi que mis manos aferraban algo que se estaba yendo a pique. Volvió a golpearme en la cara el oleaje y oí a don Ramón que me gritaba:

—¡Suéltate, suéltate!

Desaferré mis manos y me quedé suspendido en el vacío.

—Escucha —me dijo don Ramón agarrándome por el hombro—. ¿Estás bien?

—Sí, muy bien —contesté admirado por la fiereza del oleaje.

—No hagas ningún esfuerzo por avanzar; déjate ir nada más sin separarte de mi lado; limítate a flotar y cuando te fatigues me lo dices, ¿entendido?

—Sí.

Intenté una vez más ocupar mi pensamiento en las reconfortantes imágenes que recién había vivido, pero el hecho de tener que mantenerme a flote moviendo los brazos y las piernas comenzó a entregarme a la devorante negritud del océano. De pronto ocupó mi fluir mental la imagen de un espeluznante tiburón y empecé a intranquilizarme creyendo ver formas acercantes por todos lados. Recordé el recurso de la respiración y, al cabo de varias inspiraciones y espiraciones profundas, fui recobrando el control de mi ánimo. Me concentré en la imagen socrática que había estado contemplando y al cerrar los ojos y dirigir la visión hacia dentro, sentí que caía en un abismo devorante. Debatí angustiado y no pude evitar la ingestión de gran cantidad de agua. Estallé en aparatosos tosidos, hasta que don Ramón, alzándome por la cintura, me ayudó a controlarme.

—¿Qué pasó?

—Nada, don Ramón, me destanteé un poco.

—Mantén los ojos bien abiertos. Tienes que separar tu mente de los sentidos, de manera que tu cuerpo quede en un mundo y tu mente en otro; acostumbra primero a tu cuerpo. ¿Ya estás bien?

—Sí —respondí dejando que mis ojos empezaran a acostumbrarse a la inmensidad salada que me rodeaba.

Nos dejamos ir derivantes con el impulso de la corriente durante lo que me pareció una eternidad. El viento había empezado a amainar y el sol estaba ya acercándose a su ocultamiento. ¡Qué lejos quedaba ya la imagen eufórica del pobre pescador vencido por la codicia y la soberbia! Mi mente había recorrido infinidad de mundos, pasando de Sócrates a don Juan, de éste al mundo prehispánico, de aquí, a la Conquista y, por último, a los naufragios de aquellas cáscaras de nuez en que los intrépidos españoles se habían aventurado a cruzar el océano. Largo rato había estado cuestionando la concepción que antes tenía sobre aquellos hombres ávidos de aventuras y de dinero. Sin embargo, había una cosa que no podía aceptar: que se arriesgara la vida de manera tan brutal por la codicia y el afán sin límite de poseer riquezas. Ahí estaba la diferencia entre don Ramón y el desaparecido Teto: el mundo pleno del conocimiento y el mundo vacío de la riqueza.

De cuando en cuando don Ramón se volteaba de espaldas incitándome a imitarlo. Al principio, al estirarme de plancha, como le decía don Ramón, había tragado cantidad de agua, pero al cabo de repetidos intentos, y conforme fue calmándose el oleaje, comencé a experimentar el descanso increíble que suponía el dejarse ir boca arriba con los brazos y las piernas abiertas. Estando así, se me vino al recuerdo la impresionante aventura de aquel náufrago colombiano, magistralmente recogida por la pluma de García Márquez. Pensé en la enorme ventaja de poseer una balsa como la de aquel náufrago, y esta imagen despertó de inmediato mi pánico visceral a los tiburones. Me volteé con brusquedad y empecé a respirar como un desesperado. Comencé a girar nervioso en todas las direcciones, hasta que en una de tantas vueltas vi la plateada cabeza de don Ramón como unos quince metros adelante.

—¡Espere, espere! —le grité angustiado.

Don Ramón se vino con rapidez hacia mí y me preguntó:

—¿Qué sucede?

—Son los tiburones, don Ramón. Estoy convencido de que me van a atacar...

—Tranquilízate, es tu estúpida actitud la que los está llamando. Compórtate con entereza, no hagas movimientos bruscos. Vamos bien —dijo don Ramón.

—Estoy muy cansado —carraspeé—, se me está durmiendo todo el cuerpo.

—Mira allá —dijo don Ramón señalando con la barbilla hacia la derecha—, ¿no ves?

—¿Son cerros? —pregunté.

—Así es, la corriente nos está acercando; debemos estar a poco más de dos millas.

Las palabras de don Ramón no me energizaron en lo más mínimo, ¿cuál era la diferencia entre estar a dos millas o estar a veinte? Sabía que no podría llegar; todo mi cuerpo estaba reblandecido; la sed era inmensa y la garganta me ardía de manera insoportable; y, para colmo, el jodido oído izquierdo empezaba a latirme con fuerza.

—Nade usted para tierra, don Ramón. Yo aquí me quedo, no puedo más...

—¡Cierra la boca y déjate de pendejadas! Ven aquí, agárrate de mi hombro y ocupa tu mente en el método.

Me dejé llevar por don Ramón, y cuando desperté, por efecto de un violento trago de agua, comprobé que todo estaba oscuro.

—¿Cómo estás? —preguntó don Ramón no pudiendo ocultar su fatiga.

—Mi mente está un poco mejor, pero ya no tengo cuerpo, don Ramón. Esto no tiene sentido, déjeme aquí y tal vez usted pueda llegar a la costa...

—Vamos a hacer la plancha un rato —fue todo su comentario.

La idea de la muerte empezó a rondarme. Pensé en don Juan y en sus tragicómicas enseñanzas. Nada me podría sacar de aquí; era cuestión de horas, tal vez de minutos, mi definitivo hundimien-

to. Me embargó una tristeza infinita, ¡morir sin haber afirmado nada! Me estaba ganando el sopor y en ese estadio intermúndico, se me fue haciendo querible la idea del desaparecimiento. Me fui dejando ir en un burbujeante torbellino y una infinidad de imágenes explotaba por doquier con una fugacidad incontenible. Sentí una dulzura paradisíaca y todo en derredor se tornó neblinoso y engullente. Experimenté una fuerte sacudida en mi cabeza y reaparecí en la superficie viendo a don Ramón abrir y cerrar con esfuerzo la boca mientras me jalaba por los pelos.

—¿Por qué lo ha hecho? —acerté a balbucir en tono quejumbroso.

Me dio un par de cachetadas y comencé a llorar desconsolado. Don Ramón me puso boca arriba sujetándome por la espalda.

—¡Escucha! ¿Me oyes?

—Sí —respondí pudiendo apenas entreabrir los pegajosos labios.

—Mira hacia tu derecha.

Levanté con trabajo la cabeza y me pareció ver una luz que alternaba sus destellos.

—Parece la luz de un barco —susurré.

—No, es un faro. Y no puede ser otro que el de Puerto Ángel.

No dije nada.

—¿Me estás oyendo? —insistió jadeante el titánico viejo.

—Sí.

—Esa es nuestra salvación...

—Vá-ya-se us-ted, yo ya no pue-do.

La cabeza se me dobló hacia atrás y volví a tragar agua. Don Ramón me sujetó por los sobacos mientras me decía algo que yo ya no entendía. Me golpeó con la palma de su mano en la nuca y recobré, por un instante, la conciencia del inevitable desenlace.

—Escúchame, vas a agarrarte a mis hombros; centra toda tu energía en sujetarte y no te desprendas, ¿entendiste?

—Sí.

Don Ramón pasó mis manos por sus hombros y comenzó a nadar con una energía sobrehumana, hundiéndose y reapareciendo en

un desplazamiento acompasado. Al décimo o undécimo hundimiento de su cabeza, perdí el contacto con sus hombros y me quedé temporalmente suspendido en un mundo ingrávido. Don Ramón volvió a jalarme, me tomó por un brazo y me desprendió la camiseta; luego se sacó la suya y me pareció ver, en la agonía, que hacía un nudo con ambas. Sentí que algo se ceñía en torno a mi pecho y que mi espalda era apoyada contra una pared colosal y palpitante. Experimenté un tirón hacia abajo y luego una subida, otro tirón y otra subida, otro tirón y... Me vi de pronto arrastrado a un mundo de una blancura exquisita. Todo pasaba ante mí silencioso, apacible y poco a poco se me fueron haciendo audibles unos penetrantes silbidos. Miré hacia la izquierda y vi una sombra ominosa que corría a mi lado; volteé asustado hacia la derecha y vi un grupo de delfines que se acercaban veloces hasta tocarme con su halo energético. Me centré en la visión maravillada de esa emisión luminosa y comprobé que a cada aletazo de los delfines mi cuerpo experimentaba un fuerte impulso hacia adelante. ¡Qué dicha indescriptible! ¡Qué bienestar sublime! Seguí así por una eternidad, impulsado hacia delante en ese mundo celestial, hasta que noté que el impulso cesaba y los delfines rompían su formación para rodearme. Quedé atemporalmente suspendido en la nada, hasta que un fuerte tirón me hizo abrir los ojos y ver un mundo nuevo de alboreante claridad. Oí unos extraños sonidos y fui arrojado de bruces contra un fondo encordado.

Cuando desperté, lo primero que vi fue el trasmallo sobre el que estaba tendido. Oí con claridad las voces de los pescadores y un poco más lejano el festivo sonido de una rocola. Sentí que la luz desaparecía de pronto, y al mirar hacia arriba vi la querida imagen de don Ramón fatigado pero sonriente.

—Bienvenido al mundo del conocimiento, lo hemos logrado.

Ayudado por don Ramón, me levanté tambaleante sobre la lancha y me dejé caer de bruces en la orilla. Todo era como un sueño, intenso, vívido, pero distante. Me arrastré hacia la playa y reconocí el muelle de Puerto Ángel con cantidad de gente observándonos. Cada

vez afluían más pescadores hacia nosotros. Don Ramón me tomó de los sobacos y pasó mi brazo derecho sobre su hombro. Caminamos hacia las enramadas y, al llegar cerca de la carretera que pasa frente a la playa, experimenté un fuerte zumbido seguido de una sacudida electrizante. Sin concientización alguna mi cabeza volteó de repente hacia la cuesta que baja frente a las enramadas y vi un grupo de enmochilados que caminaban en amigable plática. Uno de ellos jaló entonces mi atención, y casi me caigo por el sacudimiento que me produjo el verme caminar alegremente con mi mochila a la espalda con destino a Zipolite. Quise gritar, decirle que se regresara, pero el mundo se apagó de pronto y los brazos de don Ramón me aferraron para siempre.

Índice

Mapa cruzado para Leonardo da Jandra
3

I. Preambulación aproximante
11

II. La somnolencia de la razón y el despertar de los sentidos
41

III. Resurgimiento sistemático de la dolencia
61

IV. En busca de los orígenes de la dinámica beligerante
81

VI. Oceanidades y divagartistizaciones
149

VI. Predecisiones y acercamientos
213

VII. ¿Literaturización o vivencialidad?
279

VIII. Recapitulación: ¿Paideia o Toltecáyotl?
311

Cada episodio de *Entrecruzamientos* tiene las dimensiones de una montaña o de un avión gigantesco movido por múltiples motores: el erotismo, la sensualidad y el enigma de la identidad. [...] El lector que emprenda este viaje no echará nada en falta. Hasta ahora no hay nadie que haya leído el primer tomo y no haya sentido la necesidad imperiosa de concluir los demás.

Martín Solares

Pretendiendo interpretar profundamente el sentido de su generación, Leonardo da Jandra aspira a una visión de largo alcance y prácticamente omnicomprensiva. [...]El angustioso didactismo y la desinhibición de Da Jandra al escribir una novela tan descaradamente intelectual lo convierten en *rara avis* de la literatura mexicana. Ignorar a Da Jandra sería una insensibilidad.

Christopher Domínguez Michael

El ritmo intrépido y polivalente que Da Jandra impone a su escritura es [...] elocuencia vital y ansiedad de conocimiento, hecho que no debería amedrentar a ninguna curiosidad genuina.

Guillermo Fadanelli

avispero